
Somos lo
PROHIBIDO
MARTINA LEIVA

Somos lo PROHIBIDO

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Somos lo prohibido

©Martina Leiva

©julio, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 1



Hacía dos semanas que había llegado a la ciudad, proveniente de mi pueblo, uno pequeñito de la sierra, donde nos conocíamos todos. El cambio fue brutal, aquí no se conocían ni los vecinos del mismo bloque, como para conocerse todo el mundo. Por suerte, contaba con la inestimable ayuda de mi prima y mejor amiga, Nuria, sin cuya presencia no habría sabido sobrevivir.

No es que fuera una de esas personas a las que le tuvieran que dar todo hecho, para nada, que, desde bien pequeñita, cuando me quedé sin padres, me supe sacar las castañas del fuego yo solita, pero es que no estaba acostumbrada a vivir en un lugar tan grande.

Pero será mejor que empiece por el principio. Mi nombre es Cloe, y nací en un pequeño pueblo de la sierra de Madrid, hace veinticinco años. Por motivos laborales, me había trasladado hasta la capital, un gran cambio, como podéis comprobar. Había estudiado estética y peluquería, y en mi pueblo, salvo para los cuatro eventos que había, no tenía mucho trabajo, por eso acepté la oferta que me hizo mi prima, y aquí estaba, en su casa y trabajando con ella.

—Cloe, esta noche salimos, que todavía no te he enseñado como nos divertimos en esta ciudad —me dijo mi prima Nuria, cerrando el salón de belleza del que era propietaria.

—Miedo me da comprobarlo, Nuria.

—Anda ya, boba, iremos a cenar al bar de siempre y luego nos tomaremos unas copas en el pub al que solemos ir. Nada de discotecas ni de grandes aglomeraciones, te lo prometo.

—Eso espero, porque tengo claro que, si no me siento a gusto, tomo un taxi y me voy para casa.

Vivíamos en un barrio obrero, con mucha diversidad cultural, y eso me encantaba. No era ninguno de esos peligrosos, pero tampoco era uno de alto standing, era de clase media, como casi todos sus habitantes.

El piso lo heredó mi prima de su abuela paterna, y lo reformó entero, por eso nunca me habló de que pagara alquiler ni nada por el estilo. Tan solo la comida y los suministros, que los pagábamos a medias, como era lógico.

Contaba con tres habitaciones, bastantes amplias, un baño y un aseo, y con una preciosa terraza desde donde se veía el transcurrir de la gente desde bien temprano, y eso me encantaba.

Estábamos a principios de diciembre y, a pesar del frío, se notaba en el ambiente la alegría de la gente por la proximidad de las fiestas navideñas, esas que, de un tiempo a esta parte, me resultaban más nostálgicas que nunca.

Llegamos a casa sobre las dos y media, ya que el salón lo cerrábamos a las dos y hoy no había mucha gente, otros sábados nos daban allí las cuatro, debido a la afluencia de público.

—He dejado una carne en salsita hecha, tan solo tendremos que freír las patatas —le dije a Nuria.

—No sé de dónde sacas fuerzas. Yo, antes de venir tú, la mayoría de las veces venía tan cansada, que me comía un bocadillo.

—Ah, no, de eso nada. Sabes que me encanta la cocina, me relaja muchísimo. Así que, los bocadillos, los dejas para desayunar en el trabajo.

—Al final, tendré que renovar todo mi armario, de la cantidad de kilos que voy a coger, verás.

—Anda, tonta, si estás fantástica. Un par de kilitos tampoco te vendrían nada mal.

—Claro, me lo dice la que podría pasar modelos de alta costura.

Nos estuvimos riendo durante un buen rato, y es que ella era así, exagerada como nadie. No es que yo fuera fea o estuviera diciendo alguna mentira, que tenía un buen cuerpo, con curvas dónde debía tenerlas, una melena rizada morena y unos ojos color miel que resaltaban unas largas pestañas. Pero es que mi prima no se quedaba atrás. Era todo lo opuesto a mí en cuanto a físico se refería, ya que ella era rubia, con una larga melena rubia y los ojos negros como el carbón, que le hacían un contraste precioso.

—¿Saldremos las dos solas esta noche? —pregunté, temiendo lo que me pudiera decir.

—No vayas a empezar con la timidez, Cloe. Tendrás que conocer a gente, vamos digo yo, que a monja de clausura no te vas a meter.

—No, entre otras cosas porque el voto de silencio lo llevaría regular.

—¡Qué idiota eres! Eso, y porque te gustan los hombres, como a mí, y no sabrías vivir sin ellos. Saldremos con mis amigos, en los que hay de todo, desde ya te lo digo —dijo mi prima, entre risas.

—¿Algún narco o delincuente? Me dices quiénes son, para no meter la pata.

—Mira la niña, que hoy se ha levantado con ganas de guasa. Me refiero a sus profesiones, y a su orientación sexual, que también.

—Sabes que a mí eso me da exactamente igual. No tengo yo suficiente con mi vida como para que me importe la vida de los demás. Mientras que ellos sean felices y no le hagan daño a nadie, que se acuesten con quién les dé la gana.

Eso era lo malo de los pueblos pequeños, que todo el mundo llevaba la vida de los demás al dedillo. Cuando empecé a salir con Nico, y los del

pueblo nos vieron, poco les faltó para organizarme la boda, y en el momento en el que rompimos, hace un año ya, fue como si tuvieran un funeral, todo el mundo lamentándose, diciéndome la bonita pareja que hacíamos, que era una pena que lo hubiéramos dejado. Lo que no sabían ninguno de ellos era lo cabrón que había sido, y que lo había cogido acostado en mi propia cama con una chica de otro pueblo cercano.

Terminamos de comer y nos sentamos en el salón a ver una serie, sobra decir que no vimos nada, porque nos quedamos completamente fritas, cuando nos despertamos eran cerca de las siete y media.

Nos tomamos un café rápido, y fuimos a arreglarnos para salir. No sabía que ponerme, y al final me decanté por un vestido de punto en color camel, que combiné con unas botas altas de tacón cuadrado en marrón chocolate, como el abrigo y el bolso. Resalté mis rizos, me apliqué sombra de ojos de color marrón, máscara de pestañas y brillo labial.

—Wow, vaya pibón acaba de salir al salón — dijo mi prima, cuando me vio.

—Y lo dijo la que está calva, por los cojones. Anda vámonos ya, que al final me arrepiento y me vuelvo a poner el pijama, con el frío que hace.

—Un mojón para ti, chavala.

Salimos de casa riéndonos, como era lo normal desde que estaba viviendo con ella. En estas dos semanas me había reído más que en toda mi vida, os lo prometo, y es que esta mujer tenía cada ocurrencia que te dejaba doblada de la risa.

Como no íbamos a salir del barrio, y el restaurante no quedaba lejos, fuimos dando un paseo. Algo en mi interior me decía que estuviera tranquila, que mi prima no tendría amigos clasistas ni mucho menos, pero siempre quedaba ese gusanillo de saber si le caerías bien a la gente.

Éramos las primeras, y eso me inquietó un poco más, hasta que Nuria levantó la mano, llamando a tres personas que se acercaban, no nos había dado tiempo ni a pedir la bebida.

—Hola amor, ¿quién es esta muchacha tan mona? ¡Qué pelazo, hija! Si no fuera gay, te prometo que esta noche te tiraba los tejos. Soy Pelayo —me dijo ese muchacho tan simpático, dándome dos besos.

—Ay, muchas gracias. Soy Cloe, la prima de Nuria.

—Nosotros somos Dafne y Dulce — dijo otra de las chicas, siguiendo la misma maniobra.

Nos sentamos todos, me iban contando cosas de su vida, como por ejemplo donde trabajaban. Dafne era abogada de uno de los despachos más importantes de Madrid, donde también trabajaba Dulce, solo que ella era la recepcionista. Pelayo, por su parte, trabajaba en unos grandes almacenes, como escaparatista.

—Buenas noches, ¿llego demasiado tarde? —escuché la voz de un hombre que me puso los pelos de punta, por su tono y su volumen.

—¡Carlos! ¿Cuándo has llegado? —Se levantaron todos para saludarlo, con muchísima alegría.

—Hace un ratito. Iba a descansar, pero me he dicho: “que leches, voy a ver a mis amigos, ya descansaré mañana” —contestó él, sonriente.

—Desde que te has vuelto famoso, ya no quieres nada con el pueblo llano —le espetó Pelayo.

—Mira, te presento a mi prima, Cloe, se ha venido a vivir a Madrid hace dos semanas. Cloe, él es Carlos, otro más de mi pandilla —Nos presentó mi prima, y cuando me puso la mano en la cintura para darme dos besos, sentí una descarga eléctrica que no había sentido nunca con nadie.

—Encantado, Cloe.

—Igualmente, Carlos.

Ese hombre me había impactado, y mi prima se había dado cuenta de ello. Estaban hablando entre ellos, preguntándole como le había ido la

presentación y demás, y yo no sabía de qué iba la cosa, y tampoco quería preguntar, la verdad.

Después de la cena, que resultó amena y muy familiar, nos movimos al pub. Ellos seguían diciéndole a Carlos que esperaban que no se le subiera la fama a la cabeza, mientras este no paraba de hacer bromas al respecto.

—Nuria, una preguntita. ¿Por qué es famoso Carlos? No paráis de hacer referencia a eso y me muero de la curiosidad —le pregunté a mi prima, cuando ya no pude aguantar más.

—Escribió un libro, hace muchos años, y están rodando una serie basada en él. La editorial le ha dicho que quiere que escriba la segunda parte, porque la plataforma en la que lo van a emitir, quiere una segunda temporada —me contó mi prima.

Cuando me dijo el título del libro, yo que era una devoradora de letras, y vi que lo había leído, no me podía creer que tuviera a su autor delante de mis narices.

—Veo que Nuria ya te ha puesto al día de quien soy — dijo Carlos, cuando nos sentamos en una de las mesas del pub.

—Pues sí, y lo que menos me podía imaginar es que iba a estar compartiendo una cena y una copa con el autor de uno de los libros que más me ha gustado.

—¿En serio? Pues mira que, cuando lo publiqué, no las tenía todas conmigo. Me resultaba un poco chocante el tema para que lo tocara un hombre.

—¿Por qué? Es un tema que puede tocar cualquiera, sea hombre o mujer, y déjame decirte que lo hiciste de manera magistral.

Estuvimos más de dos horas hablando del libro, de sus proyectos, y de un poco de todo en general. Si me había parecido guapo, en las distancias cortas todavía me gustaba más. Era un peligro en potencia para mi corazón, porque no dudaba de que podía enamorarme de él a las primeras de cambio.

—Nuria, ¿has incluido a tu prima en el grupo de *WhatsApp*? —le preguntó Carlos, cuando ya nos estábamos despidiendo.

—Anda, ni me había acordado, pero ahora mismo lo hago.

Mi prima sacó el móvil de su bolso, tecleó algo y, a continuación, me llegó una notificación al mío, que sacó una sonrisa en Carlos.

—Veo que Carlitos ha dejado huella en ti —me dijo Nuria, sonriendo.

—La verdad es que me ha sorprendido mucho, aparte de lo guapísimo que es.

—Está bueno que te cagas, pero ten cuidado con él, no te hagas demasiadas ilusiones, que es un picaflor.

—Joder, Nuria, ni que te hubiera dicho que me quería casar con él. Vale que yo sea de pueblo, pero eso no significa que me quiera agarrar a un clavo ardiendo.

—No me seas más gilipollas, que sabes que no voy por ahí. A lo que me refiero es que, tiene mucha labia, el envoltorio es para chillarle, pero no se toma a ninguna mujer en serio. Acuéstate con él, si te apetece, disfruta, pero deja tu corazón a un ladito, que no quiero verte como cuando Nico te dejó destrozada.

Capítulo 2



Cloe

Estaba todavía en la cama, cuando mi móvil empezó a vibrar, era un número que no tenía agendado, con lo cual ni me molesté en colgarle, ya se cansaría. Había dado por hecho que era una de esas llamadas para ofrecerte productos, de esas que bloqueabas un número y te llamaban desde otros veinte más, ese fue el motivo por el que no le eché cuentas, hasta que recibí un mensaje.

Desconocido: Hola preciosa, soy Carlos. No me gusta hablar por mensaje. ¿Te puedo llamar? Es que he intentado llamarte hace un momento y no lo has cogido, no sé si continúas durmiendo.

No me lo pensé, guardé su número en la agenda, y lo llamé yo. Me había dicho que no le gustaba hablar por mensajes, así que, ¿para qué iba a contestarle?

—Hola preciosa, ¿te he despertado? —preguntó en cuanto descolgó la llamada.

—Hola Carlos, no, para nada. No he contestado a tu llamada porque pensé que era uno de esos números de spam.

—¿No me tenías en la agenda? Le acabas de asestar un golpe a mi autoestima, y yo que pensaba que te había gustado charlar conmigo…

—Eres un poco payaso tú, ¿no? —le dije, sin parar de reír.

—Un poco, dice... Soy el tío más antipático del mundo cuando alguien no me cae bien, pero también el más payaso cuando la otra persona es de mi agrado y confianza.

—Es bueno saberlo, entonces.

—En fin, te llamaba por si te apetecía ir a tomar un café esta tarde, conmigo, por supuesto.

Si os digo que me temblaron hasta las pestañas, no penséis que estoy exagerando, porque no lo hago para nada. Mi corazón se había acelerado al máximo, y eso que solo me había ofrecido un café.

—Cloe, ¿sigues ahí? —me preguntó.

—Sí, sí, perdona, es que, por un momento, no he sabido que contestar.

—Mujer, te estoy pidiendo un café, no matrimonio.

—Venga, vale, sí. Yo te invito a comer y tú al café —Me envalentoné, total, de perdidos al río.

—Eso no va a poder ser, pero no porque no me apetezca, sino porque tengo una reunión a la una y media con los de la editorial, pero les he dicho que, a las cinco, tengo que estar fuera que tengo otro compromiso.

—Pues te espero a las cinco, entonces. Dime dónde quedamos.

—Te recojo debajo de tu casa con el coche. Cuando esté llegando te mando un *WhatsApp*. Un beso, preciosa, luego nos vemos.

Me levanté con una sonrisa en la boca, ya me pudiera decir Nuria lo que quisiera, pero este hombre me gustaba, y yo no era de esas que podían dejar el corazón en casa, yo iba a por todas, apostando todo lo que tenía, aunque luego me pegara el batacazo.

Cuando llegué a la cocina, ya estaba Nuria calentando la comida, esa que yo había dejado lista la semana anterior, ya que cocinaba para toda la semana, y así no me tenía que complicar la cabeza.

—Este solomillo al whisky tiene que estar de vicio, porque huele que alimenta —dijo, cuando me vio entrar.

—¿Qué hora es, para que ya estés calentando la comida? —pregunté, totalmente desubicada.

—La una y cuarto, como comprenderás, a la hora que es, ya no me voy a preparar un café y unas tostadas. Comemos, y el café nos lo tomamos luego.

—Yo he quedado a las cinco con Carlos para eso mismo, para tomar café, así que no creo que me lo tome ahora, sabes que, si tomo mucho, luego me duele el estómago.

—Ay, pillina, por eso es la sonrisa que traes.

—No seas tonta, que voy a una cafetería, no a un hotel.

—Sí, sí, yo no daría tanto las cosas por hecho, que capaz es. Si lo conoceré yo…

Seguimos con el tira y afloja que teníamos desde la noche anterior, ella que no me dejara engatusar y yo, que quería conocer a la persona para juzgar por mí misma.

Miré el reloj al terminar de comer, y vi que eran más de las cuatro, por lo que entré a ducharme y arreglarme un poco. No es que me fuera a poner de punta en blanco, pero tampoco iba a ir en pijama. Me puse unos leggins tejanos azul oscuro, que me resultaban muy cómodos, junto a un jersey de punto en beige, mis botas de pelitos, que eran de cuña y cogí el pluma del mismo color. Cambié las cosas de bolso, porque el de la noche anterior no me pegaba con la ropa que llevaba ahora, y yo para eso soy muy maniática, la verdad, y, justo cuando iba a mirar la hora, recibí un mensaje de Carlos, diciendo que estaba llegando.

Salí para despedirme de mi prima, pero la encontré dormida en el sofá, y no quise despertarla. Ella sabía que había quedado con Carlos, por lo que salí haciendo el más mínimo ruido posible, para bajar a darle el encuentro, pues ya estaría a punto de llegar.

—Hola, preciosa — dijo, dejando un beso en mi mejilla.

—Hola, guapo —le contesté, no sabía de donde estaba sacando el descaro, la verdad, porque lo normal yo no era así.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar. Lo han abierto nuevo, está en el centro, espero que no te importe ir hasta allí.

—Para nada, no tengo prisa hasta que, entre mañana a las nueve en la peluquería, así que, puedes llevarme donde quieras.

—¿Sabes qué? Mejor te voy a llevar a mi casa, donde estaremos más tranquilos y podremos incluso cenar. Y no es porque me duela gastar dinero, que no es así, sino porque no tendremos que estar pendientes de nadie, y como me has dicho que te lleve a donde me dé la gana…

—¡Tendrás cara! Ahora échame la culpa a mí, cuando te lo has tomado al pie de la letra.

—Por supuesto, me lo has puesto en bandeja.

Vivía en una casita unifamiliar a las afueras, que era una preciosidad. Durante el trayecto me estuvo contando que, cuando estaba en la ciudad, era frecuente que los chicos pasaran allí el fin de semana, haciendo barbacoas y demás, así que, con total seguridad, la semana siguiente quedaríamos allí.

—¿Te sueles quedar por mucho tiempo? —pregunté algo temerosa.

—Normalmente, durante un par de semanas, y así cada cinco o seis meses, pero eso se terminó. Estoy cansado de ir dando vueltas, de ir de hotel en hotel, por eso este ha sido mi último viaje. En enero me incorporo a mi puesto de profesor de literatura en la universidad, que iré alternando con la escritura del nuevo libro.

—¿Los chicos lo saben? —pregunté, algo así como ilusionada.

—No, eres la primera en conocer los planes del gran Carlos Castilla.

Me salió una sonrisa, primero porque hubiera decidido contármelo a mí en primer lugar, y luego, porque eso significaba que no se volvería a marchar, lo que me daba un hilito de esperanza.

Nos sentamos en el porche cerrado, desde donde teníamos unas vistas preciosas del jardín, pero no experimentaríamos el frío que hacía fuera, ya que estaba encendida la calefacción.

—Eh, tunante, o te has dejado la calefacción encendida sin darte cuenta, o ya tenías planeado traerme aquí —le dije, entre risas.

—Me has pillado. No sabía como decirte que viniéramos a mi casa, y con tu comentario, he visto el cielo abierto — contestó, riendo al igual que yo.

Preparó dos cafés y sacó unas pastas, no sé como se había enterado, pero eran mis preferidas desde siempre. Muchas veces, como en mi pueblo no las había, las pedía por Internet para que me las llevaran a mi casa.

Estuvimos un buen rato hablando de todo y de nada, me sentía tan a gusto con él, que ni cuenta me di de la hora que era.

—Será mejor que me vaya, mira la hora que es —le dije, aunque con la boca pequeña, porque no quería marcharme.

—Quédate a cenar conmigo. Ahora mismo meto yo dos pizzas en el horno, luego, si quieres, te acerco a tu casa — contestó, dejando claro que era si yo quería, lo que me sacó otra sonrisa.

—Está bien, pero luego me llevas a mi casa, que mañana trabajo y tengo que descansar.

Sí él podía ser descarado, yo no iba a ser menos. Nos fuimos a la cocina y, mientras que él metía las pizzas en el horno, yo me senté en uno de los taburetes de la isla que separaba esa estancia del salón. Estaba equipada con

electrodomésticos de última generación, y una encimera de *Silestone* en color blanco, que contrastaba con los muebles azul marino con los tiradores plateados. Rezumaba elegancia la miraras por donde la miraras, al igual que el salón, que tenía una chimenea de gas que era una preciosidad, justo delante del sofá y debajo de una enorme televisión.

Mientras cenábamos, los gestos cómplices entre los dos se fueron sucediendo, uno detrás de otro, y cuando terminamos de cenar, y llegó la hora de marcharme, me abrió la puerta del coche, pero antes de sentarme en el asiento del copiloto, dejó un breve beso en mis labios, que me trastornó, como me supo a poco.

Durante el camino de vuelta, ninguno de los dos dijo nada, pero no era un silencio incómodo, todo lo contrario, Carlos iba pendiente de la carretera y yo iba tarareando las canciones que sonaban en la radio.

Ojalá y el trayecto hubiese sido más largo, porque no me apetecía para nada tener que separarme de él. Sé que era un pensamiento absurdo, porque entre nosotros no había pasado nada, pero no podía evitar sentirme de esa manera.

—Ha sido un placer pasar la tarde contigo, Carlos, me lo he pasado muy bien —le dije, cuando estaba a punto de bajarme del coche.

—Cloe, no me gustaría que esto se quedara en algo aislado. Me gustas mucho, y no sólo físicamente. Me gustaría seguir conociéndote —me contestó, y mis mejillas se sonrojaron.

—A mí también me gustas mucho, Carlos, y estaría encantada de que pudiéramos conocernos mejor — dije, a media voz.

En ese momento, puso una mano en mi cuello, se acercó a mí, y me besó. Fue un beso dulce, donde nuestras lenguas salieron al encuentro de la otra, donde iniciaron un baile de seducción, que me robó el aliento.

—Mañana te llamo, preciosa, que descanses — dijo cuando nos separamos.

—Estaré esperando esa llamada. Que descanses tú también — contesté, y esa vez fui yo la que dejé un beso de pico en su boca.

Subí a la casa como si estuviera flotando en una nube, encontrándome a Nuria con Pelayo en mi salón, charlando.

—¿Y esa cara que me traes? Pues no parece que se ha encontrado con Brad Pit por la escalera —dijo Pelayo, con todo el arte que tenía.

—Ay, Pelayín, que se me había olvidado contarte que se fue con Carlos a tomar un café. ¿Dónde habéis ido, Cloe? —le contestó Nuria, con una sonrisa.

—Hemos ido a su casa…

—Entonces, ya sé porque traes esa cara. Dime que no es un mito y que te ha empotrado de categoría —suplicaba Pelayo, de rodillas y con las manos juntas, como si estuviera rezando.

—¿Qué dices, loco? Tan solo hemos tomado café, charlado durante toda la tarde y hemos cenado pizza que tenía Carlos preparadas.

—¿No ha intentado nada contigo? ¿Estás segura?

—Joder, como si algo así se me pudiera pasar por alto. Otro que se cree que, porque venga de pueblo, no me he dado un revolcón con nadie.

—No hija, es que, siendo Carlos, nos extraña, la verdad.

—Para que veáis que todo el mundo puede cambiar. Tan solo nos hemos besado cuando me bajaba del coche, me ha dicho que le gusto mucho y que quiere que nos conozcamos mejor —dije, bajando la voz cada vez más, todavía me daba vergüenza hablar de estas cosas.

—Ver para creer, nuestro Carlitos ha caído en las redes del amor.

Cuando Pelayo dijo eso, mi prima y yo soltamos una carcajada, ese era más iluso que yo.

Capítulo 3



Esa noche me costó quedarme dormida, estaba tan feliz, que todo me parecía un sueño. Tenía claro que, para Carlos, no significaba lo mismo que para mí, pero eso no era impedimento para que me encontrara emocionada.

—Buenos días, amapola silvestre — dije al entrar en la cocina, donde Nuria preparaba el café.

—Me da la impresión de que alguien se ha levantado más contenta de lo habitual — respondió ella, con una sonrisa pícara.

—Pues sí, siento que mi suerte está empezando a cambiar.

—Vamos por partes, reconozco que no es la maniobra habitual de conquista de Carlos, pero eso no implica que esté enamorado de ti. No expongas tu corazón tan rápido, cariño, que no quiero que te hagan daño.

—Sabes que no puedo evitarlo, me gusta mucho, y en las distancias cortas, todavía es mejor.

Mi prima prefirió cambiar de conversación, se notaba que no se fiaba de él ni un pelo, por la larga lista de conquistas que llevaba arrastrando, y la entendía. A veces, me daba miedo pensar que yo pasaría a formar parte de esa lista, pero, por otro lado, la manera que tenía de mirarme y de hablarme, me decía que yo le gustaba al igual que me gustaba él a mí.

Pusimos rumbo al salón de belleza, donde nos esperaba un día de lo más ajetreado. Con eso de que se acercaban las fiestas, todo el mundo quería ir a arreglarse el pelo. Nosotras todavía no habíamos hablado de lo que haríamos en esos días, pero suponía que cenaríamos las dos solas en casa y luego saldríamos a tomar una copa. Me anoté, mentalmente, preguntarle a Nuria cuando saliéramos del trabajo.

Estaba despidiendo a mi última clienta, cuando lo vi entrar. Todas las mujeres se voltearon para mirarlo, porque era uno de esos hombres que hacían que te giraras al pasar por tu lado, pero él no me vio a mí. Todavía me quedaba una manicura por hacer, así que pasé a la señora al cuarto de estética, seguramente no había venido por mí.

—Pero, mira a quién tenemos aquí. ¿Has venido a cortarte el pelo? —le preguntó Nuria, ante la atenta mirada de todo el salón.

—No, había venido a buscar a Cloe para invitarla a comer.

—Pues le queda un ratito todavía, acaba de pasar a su última cita de la mañana. Yo estoy libre ahora, si quieres aprovechar, te doy un repasito —le contestó ella, con doble sentido, y en tono bromista, de eso estaba claro.

—Preferiría que el repasito me lo diera tu prima, pero como ella está con la parte estética, me voy a poner en tus manos.

Desde donde estaba, porque dejé la puerta abierta, los escuchaba reír. Si hubiera sido alguna depilación o masaje, la hubiera tenido que cerrar, pero siendo una manicura, no tenía por qué. No los veía, pero sí que los escuchaba, sobre todo reírse, lo que me sacaba una sonrisa.

—¿Ha venido tu novio a buscarte? —me dijo Salud, que era una señora de ochenta años que no perdonaba su cita semanal en el salón de belleza.

—No es mi novio, señora Salud, qué más quisiera yo. Es un amigo, que ha venido para invitarnos a comer —Pluralicé, porque no iba a dejar a mi prima que comiera sola.

—Ah, no. Ese mozo está por ti, te lo digo yo, que los años me avalan. Verás como, de aquí a unas semanas, me dices que ya os habéis hecho novios.

Me hizo mucha gracia la manera que tenía de referirse a Carlos, sobre todo cuando me dijo que era un buen pretendiente. Terminé de hacerle la manicura y la acompañé hasta el salón, donde Nuria le cobró y la despidió en la puerta.

—Hola Carlos, ¿qué haces aquí? —le pregunté dándole un beso en la mejilla, pero volvió la cara y cayó en sus labios, haciendo que me sonrojara.

—Invitarte a comer, espero que no tengas otros planes.

—No, porque además me toca salir ya, que hoy no cerramos a mediodía. Estamos a tope, pero no voy a dejar que Nuria coma sola.

—Llegas tarde, ya se lo he dicho. Ha entrado por el bolso.

Cuando mi prima salió, fuimos a comer a la hamburguesería de enfrente, no nos daba tiempo para nada más, por mucho que viviéramos a la vuelta de la esquina.

—Oye, Carlitos, una cosa te voy a decir: como le hagas daño a mi prima, te la vas a ver conmigo, que lo sepas.

En ese momento, casi muero, pero no de la vergüenza, que también podía ser, sino porque estaba tragando un bocado de la hamburguesa y se me fue por el otro lado.

—Joder, que susto me acabas de dar —dijo Carlos, mirándome, y comprobando que estaba bien.

—¿Yo, o mi prima, con lo que te ha dicho? —le contesté, con una sonrisa.

—Tú, lo de tu prima me da igual, porque no le voy a dar la oportunidad.

—Eso espero, o tú y yo vamos a terminar muy mal —le decía Nuria, llevándose los dedos en forma de V a los ojos, en plan mafiosa.

—Te voy a decir lo mismo que le dije a ella anoche. No quiero acostarme con ella, por lo menos, no solo eso, quiero que nos conozcamos, que nos dejemos llevar a ver dónde termina esto.

—¿Y cuándo te vayas de viaje? Porque, te recuerdo, que pasas más tiempo fuera que en la ciudad.

—No me marcho más, ella ya lo sabe. Fue a la primera persona a la que se lo dije. En septiembre vuelvo a mi puesto de profesor en la universidad, de los viajes solo quedará alguno suelto que tenga que hacer, y que haré coincidir con sus vacaciones, para que me acompañe.

Eso no me lo había dicho, y en mi rostro se mostró una sonrisa, que me salió sola, y de la que los dos fueron conscientes.

—¿Lo sabías y no habías dicho nada? Qué mala persona —me dijo mi prima, fingiendo una indignación que no sentía.

—No me correspondía a mí decirlo, es una cosa suya —Me defendí, mientras me metía una patata en la boca.

—Sé que mi pasado no me hace tener muy buena imagen, pero te prometo que, en cuanto la vi, me gustó mucho, pero en el momento en el que tuve el placer de hablar con ella, algo en mi interior se removió.

—Te voy a dar un voto de confianza, porque sí es verdad que te veo muy cambiado con respecto a las mujeres. En condiciones normales, ya te habrías acostado con ella, sobre todo después de llevarla a tu casa.

—Ya te he dicho que con ella quiero algo más que eso, quiero ir despacio.

—Pero tampoco mucho, chaval, que mi Cloe también tiene sus necesidades.

Cuando la bruta de Nuria soltó aquello por su boquita, el sorbo de refresco que estaba dando en ese momento, salió disparado de mi boca, dándole de lleno a Carlos en toda la cara.

—¡Lo siento, lo siento! —me disculpaba, sacando un paquete de toallitas de mi bolso para limpiarlo, mientras Nuria salía como un rayo para el baño.

—Si querías tocarme, no hacía falta que me bañaras en refresco de cola —Me dijo, jalando de mi brazo y sentándome en su regazo.

—Por favor, que vergüenza.

—Eh, mírame —me levantó el mentón, se quedó mirándome a los ojos, y me besó.

Cada vez que lo hacía, notaba algo distinto. Esta vez era necesidad, como si con ese beso me quisiera mostrar que yo estaba por encima de todo y de todos, y lo estaba disfrutando al máximo, hasta que la inoportuna de mi prima llegó.

—No he visto nada, no he visto nada —dijo, haciendo como la que se tapaba los ojos.

—Nuria, hija, cada vez eres más oportuna —le dijo Carlos, que negaba con la cabeza.

—Pues sí, porque al final se iba a calentar el asunto, y esta y yo entramos de nuevo al salón en cinco minutos. Vamos, el tiempo de fumarnos un cigarrito, y de vuelta al tajo.

—Te propongo una cosa —me dijo, sin levantarme de su regazo.

—A ver, soy toda oídos.

—Cena conmigo en mi casa esta noche, te ofrezco un masaje relajante y un pescado al horno, que me sale de vicio. Coge ropa, y pasa la noche allí, conmigo, y mañana te traigo yo al trabajo.

—Está bien, me fumo el cigarro por el camino, y subo un momento a preparar una mochila.

—Si viene alguna de tus citas, le digo que te espere un momento, que enseguida bajas. Eso sí, no te vayas a poner a jugar a los médicos con mi amigo, que entonces se te acumulará el trabajo y saldrás mucho más tarde — me contestó Nuria, guiñándome un ojo.

Salimos del bar y me acompañó a casa, donde rápidamente, saqué una mochila para meter ropa para el día siguiente, y para esa noche, por qué no decirlo.

No lo dejé entrar en mi cuarto, quería que viera lo que me iba a poner esta noche cuando estuviéramos en su casa, por lo que lo dejé sentado en el sofá.

—Ya estoy lista, vamos.

—¿Me vas a dejar ahora entrar en tu cuarto? Me muero de curiosidad por ver el cajón de tu ropa interior — dijo de broma, y me provocó una carcajada.

Al igual que en la subida, en la bajada me volvió a arrinconar en el ascensor, apoderándose de mi boca de una manera fiera, que me volvió loca. Estaba deseando que diera un pasito más, porque ese hombre en la cama tenía que ser un portento.

—Te recojo a las nueve, preciosa —dijo, poniendo su mano en mi cintura y dejándome un beso en los labios.

—Aquí te espero.

Quiso llevarse la mochila para su casa, pero estaba segura que la curiosidad le podía, y que no dudaría en mirar la ropa que había cogido, por lo que entré en el salón de belleza con ella al hombro, ante la negativa de él con la cabeza mientras me sonreía.

La tarde se me hizo eterna, parecía que las manecillas del reloj no corrían. Mil veces me acerqué a ver si se había quedado sin pilas, ante la carcajada de Nuria.

—Déjalo ya, Cloe, por mucho que te acerques el tiempo no va a correr más rápido — dijo, a la enésima vez que lo comprobé.

—Dios, no veo la hora en que el puñetero reloj marque las nueve… Por cierto, ¿qué vamos a hacer en las fiestas?

—Supongo que cenaremos las dos en casa y luego saldremos a tomar algo. Aunque ahora que está Carlos aquí, lo mismo nos dice que lo celebremos en su casa.

—¿Él no las pasa con su familia? ¿Los chicos tampoco? —no sabía nada de ninguno de ellos, así que pregunté de la manera más inocente.

—Carlos no tiene a nadie, bueno tiene un hermano, pero no se hablan desde hace muchísimos años, cuando le hizo firmar unos papeles de la herencia, él no los leyó porque confiaba en él, y se quedó con todo.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Pelayo sí tiene familia, de estas conservadoras, que no admitieron su homosexualidad, y lo pusieron de patitas en la calle. Dafne y Dulce, que son hermanas, por si no te has dado cuenta, tampoco las pasan con su familia, que tiene como costumbre marcharse a esquiar, y como ellas tienen que trabajar, para estar dos días no les compensa.

—¿Por qué no las pasamos todos juntos? Ya sea en casa de Carlos o en la nuestra.

—Nunca nos lo hemos planteado, el único que suele venir, aunque tampoco todos los años, es Pelayo, pero será cuestión de hablarlo.

Capítulo 4



Por fin habían dado las nueve, y ya estaba Carlos esperándome en la puerta, apoyado en su coche. Había empezado a llover, y en breve nevaría, sobre todo por las temperaturas que teníamos. Esperaba que pudiera venir mañana a trabajar, que la climatología no me lo impidiera.

—Hola, preciosa. ¿Lista para la aventura que te espera conmigo? —preguntó, levantando las dos cejas a la vez.

—Miedo me da pensar en lo que has podido hacer.

—Nada, de momento he dejado la chimenea encendida, el baño lleno con sales y el agua hirviendo, para que cuando lleguemos tenga la temperatura ideal, y podamos disfrutar de ella, con una copa de vino…

—Veo que lo tienes todo pensado, señor Castilla.

Me acerqué, y le di un beso en los labios, que se tornó más intenso cuando nuestras lenguas entraron en juego.

—Será mejor que nos vayamos, o no llegaremos a mi casa.

—Sí, vamos, o terminaremos detenidos por escándalo público.

Nos montamos en el coche, y fuimos todo el trayecto cantando, me sentía feliz, y no podía ocultarlo. Me encantaba la manera que tenía de mirarme, como si fuera el ser más precioso que hubiera descubierto.

Efectivamente, y tal y como me había dicho, la chimenea estaba encendida, y había un olor a comida que te entraba por los cinco sentidos.

—Umm, por favor, que bien huele…

—Mejor sabe. Pero antes de eso, toca relajarse un rato, que la comida no se va a mover de ahí.

Me tomó de la mano y me llevó hasta el baño que estaba en su dormitorio. Con mucho mimo y dulzura, y sin dejar de besarme, me ayudó a desnudarme, yo intenté hacer lo mismo con él, pero no me lo permitió, alegando que entonces, no podría resistirse.

Lo que yo pensaba que sería un baño compartido, se convirtió en algo mucho más íntimo e intenso. Me metió en el baño, con una copa del vino blanco que a mí me gustaba, cogió una esponja nueva, y empezó a enjabonarme, sin entrar en la bañera. En mi vida me habían tratado de esa manera, con tanto mimo y cuidado, como si quisiera protegerme de todo lo exterior.

Se dedicó a darme un masaje en la cabeza, a la vez que lavaba mi cabello, se recreó en cada centímetro de mi cuerpo, sin ninguna intención sexual, pero con todo el amor del mundo.

Cuando me enjuagó y salí de la bañera, me tendió una toalla suave y esponjosa, con la que me envolvió, y me secó, con toda la paciencia y amor del mundo, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te dejo que te vistas, yo voy a ponerme cómodo — dijo, con la mirada nublada por el deseo y la voz ronca.

Salió de la habitación, dejándome sola, y completamente anonadada. ¿Cómo había podido resistirse? Si yo estaba a punto de la combustión espontánea, no me quería imaginar como estaba él.

No sabía si lo conseguiría, pero iba a poner toda la carne en el asador para que, esa noche, diéramos un paso más. Me moría por sentirlo en mi interior, por verlo desnudo, al igual que me había visto él a mí, y por tocarlo.

Os podéis pensar que me resultó incómodo, pero nada más lejos de la realidad, lo que me pareció fue lo más erótico del mundo. La próxima vez que lo repitiéramos, tenía claro que lo quería dentro de la bañera conmigo.

Me puse un minúsculo tanga de encaje negro, casi transparente, que me regaló Nuria cuando llegué a Madrid, según ella, para que estuviera lista en el momento en el que me gustara un hombre, y lo acompañé con el camisón a juego, que también era transparente y entallado, y me hacía un pecho fantástico. Encima, para que no se diera cuenta de mi jugada, me puse una bata de pirineo.

Cuando llegué al salón, ya tenía la mesa puesta, cerquita de la chimenea, mientras que él se encontraba en la cocina, terminando de emplatar.

—Eso huele que alimenta — dije, dándole un susto, puesto que iba descalza, al ser el suelo radiante.

—¿Estás más relajada? — preguntó, acercándome a él, para darme un beso.

—Depende de como se mire. Si te refieres al estrés del trabajo, estoy como nueva, si lo dices por otra cosa, me parece que no — dije, y soltó una carcajada.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Creí que me quedaba eunuco mientras que te enjabonaba.

—Porque has querido, en esa bañera cabíamos los dos.

—Anda, vamos a cenar. Si seguimos con esta conversación, nos comeremos el pescado como la suela de un zapato, de tieso que se va a quedar.

Con un plato en cada mano, y detrás de mí, salimos al salón, donde degustamos el maravilloso pescado al horno, acompañado de unas patatas panaderas al romero. Había preparado también una tabla de ibéricos, con unos frutos secos de acompañamiento.

—¿Cómo vais a pasar las fiestas, Cloe? — preguntó mientras cenábamos.

—Eso mismo hemos hablado Nuria y yo, y la verdad es que no lo sabemos todavía.

—Podríamos pasarlas aquí, todos juntos. Hay habitaciones de sobra para que no tengan que conducir después, además, creo que mi primo Fabio vendrá también, por lo que Nuria se pondrá muy contenta.

—Tu primo Fabio, ¿es el Fabio del que mi prima habla tanto?

—El mismo, y debo decir que es recíproco. Tengo la seguridad de que, si él viviera en Madrid y no en Roma, ya estarían viviendo juntos.

—Ojalá, Nuria se merece lo mejor. Lo ha pasado muy mal y se ha tenido que hacer a sí misma, como yo, pero ella peor, que estaba en la capital.

—¿Tus tíos no viven? Perdona que sea así de directo, pero es que Nuria nunca menciona a sus padres.

—Como si no lo estuvieran. Ellos se creían que vivían en el siglo XVIII, y le dijeron a mi prima que, si quería salir del pueblo, tenía que casarse con el hombre que ellos habían elegido para ella.

—No me lo puedo creer…

—Y eso, con diecisiete años. Mi prima les dijo que no, que en cuanto cumpliera la mayoría de edad, se iba, le faltaban nueve meses para cumplirlos. Esa noche, le pusieron las maletas en la calle y la echaron de su casa.

—¿Se vino sola a Madrid? ¿Sin conocer a nadie y sin dinero?

—No, por suerte, su abuela todavía conservaba el piso de aquí, sin que ellos lo supieran. Le dio las llaves y todo el dinero que tenía ahorrado, para que pudiera empezar, al menos. Con tesón y mucho trabajo, se sacó el título de peluquera y empezó a trabajar en el salón, cuando la dueña se jubiló, no dudó en quedarse con el negocio.

No hablamos más de la familia, de ninguno de los dos. Terminamos de cenar hablando de las fiestas, al día siguiente hablaría con todos para organizarse. Recogimos el salón, y cuando fuimos a sentarnos a ver una película, fue mi turno de dejarlo sorprendido.

Le dije que yo preparaba las copas, y lo senté en el sofá. En la cocina, dejé la bata y llegué hasta allí con dos *gintonics* y ataviada con la ropa que llevaba debajo. Cuando me vio, la mandíbula casi le llega al suelo…

—Pretendes que me la tengan que cortar, y así asegurarte de que no la uso más — dijo, con la voz ronca por el deseo.

—Sería una pena que lo hicieran sin haberla probado, ¿no crees?

Dejé las copas en la mesita baja que había delante del sofá, pero dejando mi trasero a la altura de su boca, y no se pudo resistir a morder una de las nalgas.

—Me lo estás poniendo muy difícil —me dijo, tomándome de las caderas para que cayera en su regazo, donde pude notar como su miembro estaba completamente duro.

—O muy fácil, según se mire — contesté, llevando mi boca hasta su cuello.

No sé como lo hizo, el caso es que, cuando quise darme cuenta, me había dado la vuelta, quedando a horcajadas sobre sus piernas, rozándome en mi sexo con su miembro, lo que me provocó un gemido que salió de lo más profundo de mi interior.

Metí las manos por debajo de su camiseta, obligándolo a que levantara los brazos para sacarla por su cabeza, y fui dejando un reguero de besos desde la mandíbula hasta su torso, bajando mi cuerpo a la vez.

Cuando llegué a la cinturilla de su pantalón, metí los dedos y lo bajé, él me ayudó levantando el trasero, y su miembro me saltó justo delante del rostro. Se me antojó como un manjar, tan rosado y con esa gota de líquido preseminal, no pude resistirme.

Lo miré a los ojos, saqué la lengua y lamí esa gota. Hice ese movimiento varias veces, hasta que lo introduje en mi boca. Hizo una coleta en mi pelo con su mano, y me fue guiando, sin apartar los ojos de mí, de una manera tan sensual que me estaba poniendo cardíaca.

—Para, para, o terminará antes de empezar — dijo, levantándome del suelo.

Apartó la mesa de una patada, y me tumbó en la mullida alfombra que había delante de la chimenea. Bajó los tirantes de mi camisón, dejando mis pechos al aire, y llevó su boca hasta ellos. Los chupó, los succionó, los mordió, haciendo que de mi boca salieran jadeos sin poderlos controlar.

Una vez estuvo saciado de ellos, y de un solo tirón, se deshizo de mi camisón, y fue bajando por mi vientre con su lengua, de una manera de lo más erótica. Al llegar a la altura del tanga, ayudado de sus dientes, me lo quitó y lo tiró por ahí. Se retiró para admirarme, como si no lo hubiera hecho antes en la bañera, como si quisiera que se le quedaran clavados en las retinas cada lunar y cada pliegue de mi piel.

—Eres preciosa, y me muero por hacerte gritar mi nombre —me dijo, abrió mis piernas y se lanzó a mi sexo.

Un grito de placer me sacó con la primera lamida, y lo vi sonreír con picardía. ¿Cuánto tardó en hacer que me corriera? No os lo puedo decir, porque no me dio por cronometrarlo, pero a mí me pareció un suspiro. Y yo que pensaba que Nico era bueno en el sexo oral, una mierda para él. Comparado con Carlos, era un simple aprendiz.

Se retiró, pegándose a mi cuerpo, lo cogí de la nuca y lo atraje hacia mí, devorando esa boca que tanto que me gustaba, esos labios tan gruesos y apetecibles. Me penetró, lentamente, como si quisiera saborearlo, y empezó a moverse muy despacio.

—Carlos, por lo que tú más quieras, que me estás matando —le dije, entre gemidos, y soltó una carcajada.

—¿Tienes prisa?

—Ninguna, lo que tengo es necesidad.

Fue decir eso, y adquirir otro ritmo, ese que nos llevó a los dos al más espectacular e intenso de los orgasmos, donde no solo fui yo la grité su nombre, sino que él también lo hizo con el mío.

Cuando pudimos recuperar el aliento, nos levantamos y subimos hasta la habitación, de la mano, con una complicidad cada vez que no mirábamos, que indicaba que eso iba más allá de un mero encuentro sexual.

Entramos en el baño para asearnos, pero esta vez no lo haría solo él, así que, lo tomé de la mano y lo metí en la ducha, junto a mí. Mientras que el agua caía caliente sobre nuestros cuerpos, me eché jabón en las manos, y esta vez fui yo la que recorrió todo su ser, mientras que ese miembro suyo volvía a coger consistencia.

No me lo pensé, quería devolverle el orgasmo que él me había regalado con su lengua, por lo que lo acogí en mi boca, lo chupé, lo mordisqueé y lo succioné, hasta que logré que se derramara dentro de ella.

Capítulo 5



Habían pasado ya seis meses desde que pasamos nuestra primera noche juntos, y solo puedo decir que, durante este tiempo, me había sentido como la mujer más dichosa del planeta tierra.

Fabio, su primo, vino para quedarse y, a pesar de que ni él de Nuria admitían que tenían una relación, rara vez salían el uno sin el otro, o hacían planes fuera de la pandilla que había formado todos, y ni hablar de tener sexo con otro, eso estaba totalmente descartado.

Yo alternaba las noches en mi casa con otras en casa de Carlos, pero pasaba más tiempo allí que en la mía, todo hay que decirlo.

Era fin de semana, y nos íbamos para hacer una barbacoa y disfrutar de la piscina, a su casa, que era la única que tenía, porque su primo optó por un ático en pleno Paseo de la Castellana, alegando que estaba más cerca del trabajo y que no tendría necesidad de coger el coche. Carlos se incorporaba en septiembre a su puesto de profesor en la universidad, y estos meses los había utilizado para meterse de lleno en su nuevo libro, ese que llevaba ya muy adelantado.

Durante los meses de calor, y debido a la baja afluencia de clientes, solo trabajábamos de lunes a viernes en una jornada de nueve a tres, pero si alguna clienta nos necesitaba fuera de ese horario, no dudábamos en acudir, previa cita telefónica, pero eran muy raras veces las que eso ocurría.

—Date prisa, haz el favor, que lleva Fabio diez minutos abajo —le decía a mi prima, que no paraba de dar vueltas de un lado para otro, sin hacer nada.

—Ya voy, ya voy. Pues no parece que la bronca te la van a echar a ti, en vez de a mí.

—Tú tienes armas para calmarlo y que se le olvide, yo no.

—Ja, Ja, muy graciosa. Anda vamos, ya lo buscaré luego cuando volvamos.

—¿Pero qué coño estás buscando?

—Mi pareo blanco de hilo, el que se pone como un vestido.

—Si cuando digo que no das para más, no lo digo en broma. So pedazo de idiota, lo guardaste en mi mochila porque era más grande y no se te iba a arrugar.

—¡Anda, es verdad! Que cabeza la mía.

—A ti te pasa algo, y no me lo quieres contar, pero ya me lo dirás, aunque tenga que torturarte para ello —le dije, y es que durante la última semana la notaba más distraída que nunca.

Bajamos, y nos encontramos con el pobre chico desesperado ya por la tardanza de Nuria.

—Si tardáis un minuto más, me hubiese marchado. No soporto la impuntualidad de la gente —dijo Fabio, bastante enfadado y mirando directamente a Nuria.

—Pues hubiéramos pedido un taxi, no te preocupes. Últimamente, no soportas demasiadas cosas, sobre todo, las que son parte de mí —le contestó ella, que se subió en el asiento de atrás.

—No vayas a empezar con las tonterías, Nuria. Ya te he dicho que entre Paloma y yo no ha pasado ni va a pasar nada. Deja las escenitas de celos para

otro día, que vaya semanita que me llevas dada.

Ahora lo empezaba a entender todo, algo había visto Nuria entre Fabio y esa tal, Paloma que no le había gustado.

—No son celos, ni soy ciega. Vi lo que vi, a esa mujer salir contigo de tu edificio, bastante acaramelados, por cierto. Sé que hemos dicho, por activa y por pasiva, que no tenemos una relación, pero no veo justo que, si tú te acuestas con otras personas, yo no lo haga.

—Y yo te repito, por enésima vez, que vinimos a recoger una documentación antes de ir a ver a un cliente, que se me había olvidado coger. Lo que tú dices muy acaramelados, era mi brazo sujetándola porque se iba cayendo. A ver si vas a ser tú la que se quiere acostar con otro y me estás poniendo de excusa.

—Chicos, chicos, tiempo muerto. ¿Por qué no habláis esto en privado? Me siento un poco incómoda escuchando todo, cuando ni sé de qué va el asunto ni me interesa, de verdad. Que no lo digo para que me lo contéis —les dije a los dos, tratando de calmar un poco los ánimos.

—Tienes razón, perdona Cloe, ahora cuando lleguemos a casa de mi primo, ella y yo, nos meteremos en el despacho, y dejaremos las cosas bien claritas — contestó Fabio.

Ese día era mi cumpleaños, pero salvo Nuria, nadie lo sabía, y ella ni siquiera se había acordado, puesto que si lo hubiera hecho me hubiera felicitado, y no había sido el caso. Desde que me quedé sola, no había vuelto a celebrarlo, era un día más, tan solo que me recordaba que la vida seguía y que estaba viva.

Llegamos a la casa, donde ya estaban Pelayo y las chicas, montando una mesa de aperitivos digna del más suculento de los convites. Fabio cogió la mano de Nuria, sin dejarla ni saludar a nadie, y se la llevó al despacho, tal y como había dicho que haría.

—¿Y esos dos? ¿Problemas en el paraíso? —preguntó Carlos, mientras cogía mi cintura y me daba un beso.

—Durante todo el camino, vienen discutiendo. Ella que sí lo había visto con una tal Paloma en actitud cariñosa, él que si la tenía agarrada por la cintura era porque había tropezado, para evitar que se cayera…

—¿Paloma? Pero si ella es lesbiana. Todavía si me hubiera dicho que lo había visto agarrado a otra, a lo mejor, que tampoco, porque Fabio está deslumbrado con Nuria — dijo Carlos, sin parar de reír.

—Pues, al parecer, ese detalle no lo conoce ella, y el cabronazo de tu primo no suelta prenda —contesté, riendo como él.

Nos trasladamos hasta la zona donde habían puesto el aperitivo, que no era otra que la del porche, donde nos tomamos un refresco bien frío, con mucho hielo, porque el sol apretaba que daba gusto.

Sin pensarlo, porque llevaba el bikini debajo, me quité el vestido y me lancé a la piscina, el calor que tenía era insoportable. Cuando Carlos me vio, hizo lo mismo, y ya se unieron todos, excepto esos dos, que seguían dentro.

—Que sepas que ese bikini me ha puesto cardíaco —me dijo mi chico, poniendo sus manos en mi trasero y obligándome, de ese modo, a que le rodeara la cintura con mis piernas.

—Pues tengo otro que todavía te va a gustar más, pero ese lo dejo para cuando estemos los dos solos.

—¿Sí? Apuesto a qué sé por qué. Quieres que te lo quite con los dientes, en cuanto que me ponga cachondo y te folle como un animal —me dijo en el oído, de manera que solo yo pude escucharlo.

—Joder, no me digas esas cosas estando gente delante, que me pongo muy malita.

—Entonces, ya estamos empatados.

Cuando dijo eso, me dio un beso espectacular y se separó de mí, dejándome ver el bulto que se había formado debajo de su bañador.

—Ya estamos aquí —dijo Fabio, lanzándose también al agua.

—¿Te puedes creer que, el muy capullo, me ha dejado pasarlo mal, cuando la Paloma esa es lesbiana? Para matarlo —comentó Nuria, desde el filo de la piscina.

Me salió una carcajada, mientras que ella se daba cuenta de que yo también lo sabía, aunque en mi defensa diré que me acababa de enterar. Se quitó el vestido, y se tiró en bomba, salpicando a todo el mundo, pero también sacándonos una risa profunda a todos.

Cuando llegó la hora de hacer la barbacoa, las risas se acentuaron más, sobre todo porque ya llevábamos todos unas cuantas cervezas en el cuerpo. No había manera de encenderla, hasta que se dieron cuenta de que no habían comprado carbón.

Como ninguno estábamos en condiciones de coger el coche para ir a comprarlo, dejamos la barbacoa para el domingo, y Carlos llamó a un asador cercano, que nos deleitó la comida con una carne asada que era su especialidad, así como con un cochinillo al horno de leña.

Llegó la hora del postre, y Carlos entró a la casa, mientras que los demás me miraban sonrientes. Yo no entendía nada, ni a que venían esas miradas ni, mucho menos a que venían esas risas, hasta que lo vi.

—No me lo puedo creer. ¿Quién te lo ha dicho? — pregunté, al verlo salir con una tarta helada de selva negra con cerezas, que era mi preferida.

—Hija, que poquitas luces tienes a veces. ¿Quién va a ser? Pues yo, que soy la única que lo sabía, tontita.

—Pero si yo pensaba que no te habías acordado, como no me has felicitado esta mañana, como hacías siempre…

—Venga, venga, déjate de tonterías y apaga la vela, que queremos darte los regalos.

Y las soplé, veintinueve velas, ni una más ni una menos, y pedí el deseo, como no podía ser de otra forma. ¿Qué pedí? Que la felicidad que sentía me acompañara toda la vida.

Empezaron a darme los regalos, mi prima me había comprado una cesta de los productos cosméticos que yo usaba, bastante completa, y que le había tenido que costar un pico, porque precisamente baratos no eran.

Dafne y Dulce, me regalaron un bolso de firma que había visto hacía unos días en el escaparate de una tienda, y del que me quedé prendada, diciendo que iba a ahorrar para comprármelo. No era de esos que valen miles de euros, que a esos no aspiraba yo ni de cachondeo, pero para mí, gastarse ciento cincuenta o doscientos euros en un bolso era un desembolso que no me podía permitir.

Pelayo fue el más original, porque me regaló una experiencia de spa, con cena y masaje para dos personas durante un fin de semana. Y Fabio, unas sandalias que mi prima sabía que me gustarían, de cuña de esparto, de una firma que me encantaba.

—Chicos, muchísimas gracias, de verdad que no me esperaba nada de esto —les dije, emocionada y abrumada por tanto cariño.

—Aún falta el mío, ¿no lo quieres? — dijo Carlos, poniendo en mis manos un sobre y una cajita.

—Claro que lo quiero. ¿Qué abro primero? — pregunté.

—Yo abriría el sobre, pero hazlo en el orden que quieras.

Al abrir el sobre, me encontré con dos pasajes para un viaje a Venecia, una ciudad que sabía que me encantaba y que no conocía. En realidad, no conocía nada fuera de España, las poquitas veces que había podido viajar, no había pasado de ahí, mi economía no me lo permitía.

—Gracias, no sabes la ilusión que me ha hecho — dije, dándole un beso.

—Espero que el otro regalo te haga mucha más ilusión que esto —contestó, dejando un breve beso en mis labios.

Abrí la cajita, y me encontré con un llavero del que colgaban unas llaves, que parecían de una casa. No entendía nada, porque estaba claro que una casa no me iba a regalar. Que Carlos no tuviera problemas económicos no significaba que estuviera nadando en dinero, tampoco.

—Vente a vivir conmigo —me dijo, y me cogió totalmente sorprendida.

—¿Me estás hablando en serio?

—Más que en toda mi vida. Sé que llevamos poco tiempo para esto, pero no quiero pasar una noche más sin tenerte a mi lado, no soportaría ni un solo amanecer sin que estuvieras entre mis brazos.

En ese momento, las lágrimas rodaban por mis mejillas sin control. ¿Era una locura? Sí. ¿Me lo iba a pensar? Absolutamente no. Estaba dispuesta a cometer la locura más bonita de mi vida, el empezar a convivir con el hombre que me había robado el corazón, con ese que me trataba como una princesa cada día que pasábamos juntos.

—¿Qué me dices? —volvió a preguntar, porque me había sumido en mis propios pensamientos.

—Sí, sí, y mil veces sí.

Todos empezaron a aplaudir, mientras que nosotros nos fundíamos en un dulce beso, que a la vez era profundo y pasional.

Capítulo 6



Hicimos la mudanza ese mismo fin de semana. Tampoco es que yo tuviera mucho que llevarme, la verdad, porque era mi ropa y poco más. Me daba pena dejar el piso con mi prima, porque sabía que se quedaría sola. Pero, por otro lado, así había vivido siempre, y nos seguiríamos viendo todos los días en el trabajo.

—No me vayas a llorar, que yo me quedo igual que he estado siempre —dijo Nuria, mientras que nos abrazábamos.

—Te voy a echar de menos, pero sabes lo que siento por Carlos, desde el primer momento.

—Y él por ti, no lo olvides. Y pensar que, al principio, ninguno daba un duro por vosotros. Pensábamos que sería un calentón por su parte, y mírate ahora, viviendo juntos.

—Tengo que reconocer que, al principio, no las tenía todas conmigo. Ha sido su forma de tratarme, de mirarme, de protegerme, lo que hizo que, poco a poco, fuera confiando en él.

—Pelayo y yo lo comentamos el otro día. Carlos se ve tan enamorado de ti como tú de él. Así que, vive el momento, disfrutad del amor, pero no nos dejéis sin piscina que hace mucho calor.

Estallamos las dos en una profunda carcajada, era única para romper los momentos bonitos con sus tonterías, pero entendía que era su coraza para no

romperse, por mucho que ella dijera, también me echaría de menos.

El lunes empezaba mis vacaciones en el salón de belleza, por lo que Carlos había reservado el viaje de martes a viernes, así tampoco nos cogería todo el fin de semana, que preferíamos pasarlo en casa disfrutando de la piscina.

Fue un viaje corto, pero intenso, en el que terminamos agotados, ya que no parábamos, ni de día ni de noche. Durante el día, nos dedicábamos a visitar todos los monumentos, tomar un café en la Plaza de San Marcos y pasear en góndola, como no podía ser de otra manera. Y por la noche, esa estaba diseñada exclusivamente para el disfrute de nuestros cuerpos, para gemir y jadear, para darnos todo el placer posible el uno al otro.

Trajimos regalitos para todos, esos de los que no me permitió pagar ni un céntimo, al igual que con los gastos de la casa. Ya me había dejado claro que, mi sueldo, sería solo para mí, para mis caprichos o para ahorrarlo, eso ya lo dejaba a mi elección.

Volvimos de Venecia el viernes por la tarde–noche, y ya nos estaban esperando todos en casa de Carlos, nuestra casa, y es que, todavía, me costaba trabajo pronunciar ese pronombre posesivo, tenía que acostumbrarme.

—¿Qué me habéis traído? ¿Qué me habéis traído? —Saltaba Pelayo como un loco alrededor nuestro.

—Es como un niño pequeño. A mí, siempre me hacía lo mismo cuando llegaba de algún viaje, no te asustes —me susurraba Carlos en mi oído.

—Te estoy escuchando, que lo sepas.

—Lo que a mí me importa que lo hagas, o vas a decir que no estoy diciendo la verdad.

—Eso no, mi lado infantil me acompañará siempre, no renunciaría a él por nada en el mundo.

Nos sentamos, sin dejar ni las maletas en el dormitorio, sino que las pusimos en un ladito del salón, y repartimos los regalos que habíamos traído, y que a todos les encantaron.

—Chicos, os quería pedir un favor —dijo Dafne, mientras que su hermana la miraba sonriendo.

—Tú dirás, ¿en qué podemos ayudarte? —le respondió Carlos.

—Me gustaría traer mañana a alguien a pasar el día con nosotros. Se llama Roberto, y es un compañero nuevo del despacho, con el que estoy empezando algo.

—Eso no tienes ni que pedirlo, Dafne. Sabes de sobra que, si tú lo has elegido, para nosotros es motivo suficiente — contestó Carlos, tomándola por los hombros y dejándole un beso en la mejilla.

—Y tú, Dulce ¿no tienes a nadie? —le pregunté, porque jamás la había visto con ningún chico en todo este tiempo.

—¿Queréis que os diga la verdad?

—Por supuesto, para eso somos tus amigos.

—Pues allá voy. La verdad es que no me gustan los hombres, soy lesbiana. Llevo enamorada en secreto de la misma persona muchos años, pero no me atrevo a dar el paso. Ni siquiera sé si ella está en mi acera o en la de enfrente —dijo, intentando quitarle hierro al asunto con esta última frase.

—¿Has tardado tanto tiempo en contarlo? No me lo puedo creer, pensaba que tenías la suficiente confianza con nosotros como para no ocultar algo así —le espetó Pelayo, muy dolido.

—No es cuestión de confianza, Pelayo, no se lo conté ni a mi hermana hasta hace unos meses. Era que no me sentía segura conmigo misma. He derramado muchas lágrimas por no sentirme como las demás, por creer que era un bicho raro.

—¿Me lo dices a mí? Te recuerdo que fui repudiado por mis propios padres, que no se han preocupado de si estoy vivo o muerto, de si tengo un techo o vivo en la calle. Esa excusa no me vale. Sabías que yo te podía entender mejor que nadie, y, aun así, no has confiado en mí.

—No te enfades, Pelayo. Tienes que entender que cada persona es un mundo, y que ella necesitó su tiempo para asimilarlo —le decía Carlos a nuestro amigo.

Al final, terminamos todos abrazados a Dulce, que nos agradecía que no la juzgáramos, cosa totalmente improbable, por la manera de ser que teníamos y por la unión que habíamos formado. Éramos una familia, un tanto peculiar, para que negarlo, pero familia, al fin y al cabo.

Cuando nos quedamos solos, ya que todos se marcharon para volver al día siguiente, pues ninguno traía ropa para pasar el fin de semana allí, volvimos a dar rienda suelta a nuestra pasión.

Ese fin de semana conocimos a Roberto, un abogado de treinta años bastante apuesto y simpático, que congenió con nosotros a la perfección. Gastaba bromas como si nos conociera de toda la vida, y con el que Pelayo pareció conectar de una manera especial.

—Chicos, si alguna vez tenéis claro que queréis hacer un trío, buscadme, por favor. Me muero por morder ese culito —le decía a Roberto, que lejos de enfadarse, se reía a carcajadas.

—¡Pelayo! De verdad, no sé como puedes ser tan bruto —le reprendía Dafne, con una sonrisa.

—Bruto, dice. Bruto me voy a poner el día que pueda montar al semental de tu chico. Madre del amor hermoso, ¡vaya culo! —Seguía picándola.

Lo que nos pudimos reír ese día no tenía precio. Dulce, a pesar de su risa, se la notaba decaída, como ausente, así que me acerqué a ella.

—¿Qué te pasa, corazón mío? —le pregunté, tomándola de la mano.

—Que me gustaría disfrutar de algo como lo que tenéis vosotras, pero lo veo tan lejano, que duele.

—Yo también lo veía así, créeme, y al final, el destino te pone por delante lo que es para ti. No pienses más en eso y, si tan claro lo tienes, habla con esa chica. Debes descubrir si está en la misma sintonía que tú, o de lo contrario, estarás perdiendo el tiempo.

—Sí, he tomado una decisión. El lunes, en cuanto que entre a por el café, voy a hablar con ella. No tiene sentido que, si ella no es lesbiana, siga dejando pasar el tiempo sin encontrar la felicidad.

—Así me gusta, hay que ser valiente en esta vida.

Le di un beso en la mejilla y volví con mi chico, que me llamaba desde la piscina. Cuando llegué a su lado, me devoró la boca, de una manera de lo más pasional.

—Carlos, que están aquí nuestros amigos —le dije, cuando metió la mano por el lateral de mi bikini.

—Desde aquí, y en la postura que estamos, no nos verá nadie — contestó, acariciando mi sexo e introduciendo un dedo en mi interior.

Me moriría de vergüenza de saber que alguien nos había descubierto, pero, por otro lado, no me podía imaginar en otra situación más morbosa que esa, por lo que no tardé en correrme.

—¿Ves cómo no era tan difícil? — dijo, acallando mis gemidos con un beso.

—Para mí, no, pero ¿y para ti? —le contesté, recuperando el aliento.

—Yo lo único que quería era que mi mujer se corriera entre mis brazos. Me debes un orgasmo, que me lo cobraré luego.

Fue a salir de la piscina, y se me ocurrió algo. Lo tomé de la mano, y salimos los dos a la vez, y lo introduje de un tirón en el pequeño aseo que

había junto a la barbacoa.

¿Qué hice? Pagar mi deuda y de la forma más placentera. De un tirón, le bajé el bañador, dejándolo a la altura de sus tobillos, tomé su miembro y lo acaricié de arriba abajo. Cuando noté que ya tenía una dureza considerable, lo lamí, de la base a la cabeza, haciendo círculos con mi lengua en esa última parte. Lo introduje en mi boca, y me dediqué a chupar y a succionar, volviéndolo loco, hasta que noté como se derramaba en mi interior. No pudo reprimir un grito, que afortunadamente, le salió ahogado. Me puse de pie con una sonrisa, y lo besé en los labios.

—Deuda saldada. Volvemos a tener el marcador a cero —le dije, abriendo la puerta y saliendo de allí.

—Vaya con Cloe. No sé lo que le habrás hecho al señor Castillo, pero por como ha gritado, le ha tenido que gustar bastante —dijo Pelayo, sacando una carcajada a todos.

—A ti te lo voy a contar… Sigue soñando, chaval — contestó Carlos, que venía detrás de mí, y por cuyo comentario, Pelayo, se hizo el indignado.

Roberto seguía doblado de la risa, decía que en su vida había visto un grupo de amigos más dispares que nosotros, pero que se llevaran tan bien. Él tampoco paraba de hacerle muestras de cariño a Dafne, que se veía encantada.

Nos estuvieron contando que llevaban algo más de tres meses, pero que habían decidido no poner etiquetas a lo que tenían, sino dejarse llevar y descubrir hasta donde los llevaba eso que sentía.

—Es lo mejor, te lo aseguro. Así empezamos nosotros hace algo más de seis meses, y míranos, viviendo juntos y de lo más felices — dijo Carlos, mientras que tomaba mi mano para sentarme en su regazo.

—Eso mismo le he dicho yo, que no tenemos necesidad de ir deprisa, que saboreemos el momento, que el tiempo ya dirá — dijo Dafne, que estaba sentada en la misma posición que yo.

En ese momento me di cuenta de que, ni mi prima ni Fabio estaban allí, no sabíamos a donde habían ido, aunque nos podíamos imaginar lo que estaban haciendo.

En un momento dado, los vimos salir del mismo baño en el que habíamos entrado Carlos y yo, y nos salió una carcajada enorme a todos.

—No me vayáis a decir nada, que vosotros sois los culpables, que habéis abierto la veda — dijo Nuria, mientras que su chico salía del baño, detrás de ella.

—Tendrás cara dura. A ver si ahora, en mi casa, no voy a poder entrar con mi mujer donde me dé la gana —dijo Carlos riendo.

—Y yo he entrado con tu primo, que es de tu sangre y, por tanto, también tiene derechos en esta casa —le contestó ella, guiñándole el ojo.

—Cariño, más vale que te calles, o al final nos restringirán el acceso a determinadas zonas —le dijo Fabio a mi prima, haciéndose el compungido.

—Vamos, Dafne, que somos los únicos que no hemos probado las maravillas de ese baño. No sé lo que tendrán allí, pero vamos a comprobarlo, que salen todos con una carita de satisfacción… —le dijo Roberto, haciendo como si la tomara de la mano para levantarla.

—Quita, quita, que no quiero que me pongan la cara colorada, como a Nuria —respondió Dafne, que no podía parar de reír.

—Que sepáis, que la semana que viene, cuando volváis, ese baño tendrá una cerradura, cuya llave solo tendré yo —contestó Carlos.

Así pasamos todo el fin de semana, entre risas y complicidad, esa que solo era palpable en un grupo de amigos como nosotros.

Capítulo 7



Habían pasado ya más de tres meses desde que nos fuimos a vivir juntos, y hoy era el primer día de trabajo para Carlos, que desde que volvió a Madrid, había dedicado su tiempo a escribir, y ya tenía el libro muy avanzado.

Tan solo tuvo que viajar un par de días en estos meses, y por supuesto que no dudó en pedirme que lo acompañara, y eso hice. Durante esos días conocí al reparto de la adaptación del libro, así como a todo el personal de la productora, que me trataron de mil maravillas.

—¿Te puedes creer que estoy nervioso? —me dijo, sonriendo.

—Pues claro, si llevas demasiado tiempo sin enfrentarte a eso, es normal que lo estés. Pero tú, tranquilo, que seguro que todo va las mil maravillas — le contesté, antes de sentarme en el asiento del copiloto.

Tendría que hacerme con un vehículo pequeño, ya que el mío había muerto, así Carlos no tendría que desplazarse tanto para llevarme ni recogerme de mi trabajo. Se lo comenté, y quedamos en que iríamos al día siguiente para mirar alguno al concesionario de un amigo.

—Que tengas un buen día, mi amor — dijo, dándome un beso en los labios.

—Igualmente, que no te toque una clase muy rebelde y cuidado con las niñas, que cuando te vean, se te van a tirar al cuello — dije, medio en broma medio en serio.

Era algo que me preocupaba, y no es que yo fuera una celosa compulsiva, nada de eso. El problema radicaba en la fama que había tenido mi chico, y en que algunas de las chicas que iban serían realmente preciosas, y una tentación para cualquier hombre. Si a eso le sumamos que Carlos era todo un monumento… pues ya teníamos el lío formado.

—No me vayas a decir que tienes miedo de que Carlos caiga con alguna alumna — dijo Nuria, sin poder parar de reír.

—Yo no me reí cuando tú dudaste de Fabio.

—Ay, alma de cántaro. Si me lo hubieras dicho al principio de todo lo vuestro, no habría dudado ni un instante en decirte que lo mantuvieras vigilado, pero ahora, a estas alturas, nada más lejos de mi pensamiento. Si ese hombre bebe los vientos por ti, no me seas más idiota.

—Ya, pero ellas tienen muchos años menos que yo, y eso para un hombre, siempre es atractivo.

—No digas más tonterías, de verdad, que no lo soporto ni un minuto más.

Se alejó de mí, y se fue a atender a una clienta que acababa de entrar. Yo, encima, no tenía tampoco una cantidad de trabajo hoy que me permitiera alejar mis pensamientos, pues tan solo había una manicura y una pedicura, que no me llevó más de un par de horas.

El día se me tornó largo y tedioso, hasta el punto de que, cuando lo vi en la puerta a mediodía, me parecía mentira.

—¿Qué tal te ha ido? — pregunté, disimulando mi malestar.

—Si a lo que te refieres es si hay muchas chicas guapas, la respuesta es sí. Si me ha gustado alguna, es un no rotundo, porque tengo en mi cama a la mujer más bella de toda la ciudad. Ahora, recoge el bolso que nos vamos a casa, he pactado con Nuria una reducción de jornada mientras no haya mucho trabajo — contestó, dándome un profundo beso en los labios.

Mi prima me miraba con una sonrisa, no me había dicho nada de lo que habían hablado los dos, pero seguro que le había ido con el cuento de mi malestar, porque de otro modo, Carlos no habría hecho ese comentario.

Salimos de allí y, antes de coger el camino a casa, paramos para comprar algo de comida, ya que no había dejado nada preparado el día anterior.

Capítulo 8



Durante toda la tarde noche, se encargó de demostrarme que mis celos eran ridículos, que no tenía nada más que ojos para mí. ¿De qué manera? Cuidándome y mimándome como solo él sabía hacer, haciéndome el amor de la manera más especial con la que era capaz de hacerlo.

—Gracias — dije, después de hacer el amor.

—¿Gracias? ¿Por qué? — contestó, extrañado.

—Por hacerme ver que las dudas que tenía eran simples tonterías. Por quererme como sé que me quieres, y por estar ahí, a mi lado, siempre que lo necesito.

Se levantó y fue hasta el armario del vestidor, dejándome completamente descolocada. Abrió uno de los cajones donde guardaba sus cosas, y se volvió a meter en la cama, con una cajita en la mano.

—Tenía pensado hacer esto de otra manera, pero no es el como, es el cuándo. Y ahora, es cuando tú lo necesitas. Cloe, ¿te quieres casar conmigo? — dijo, mientras que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—¡Dios mío, sí! —exclamé, comiéndomelo a besos.

Todavía continuábamos desnudos, así que, ya os podéis imaginar como terminó la cosa, con los dos enroscados, sin saber dónde terminaba el cuerpo de uno y empezaba el del otro. Sudorosos, porque todavía las temperaturas

no habían empezado a dar tregua, y jadeantes, porque no podíamos separar las manos el uno del otro.

Hicimos el amor de todas las maneras habidas y por haber, con las manos, con la boca, hasta con el alma, dejando constancia de que lo nuestro no era un capricho, sino que era amor del bueno, ese que nos duraría durante toda la vida.

No sé a qué hora caímos rendidos, pero no debería ser muy temprano, a juzgar por las ganas con las que nos habíamos levantado cuando sonó el despertador.

—Venga, dormilona, o al final llegaremos tarde al trabajo — dijo, intentando que me levantara de la cama.

—No puedo, llama a Nuria y dile que me encuentro mal, necesito dormir —contesté, cogiendo la almohada para taparme la cara.

—Claro, y yo digo en la universidad que no me arranca el coche. ¡Arriba!

Jaló de mis pies, dejándome al filo de la cama, tan solo con mi trasero y mi espalda apoyado en el colchón. Os juro por lo más sagrado que era como si tuviera plomo en todo el cuerpo, me costó media vida ponerme en pie y empezar a marchar.

Mientras yo luchaba con mi propio cuerpo, Carlos ya estaba vestido, sentado en la cama y doblado de la risa al verme, como si la noche la hubiera pasado solo yo.

—Te recojo a las tres y vamos a ver el coche, quiero que tengas independencia para poder moverte — dijo, una vez que estábamos en la puerta del salón de belleza.

—Sí, claro. Tú lo que quieres es no tener que venir hasta la otra punta, a ver si te crees que me chupo el dedo —le repliqué, y una carcajada brotó de su garganta.

—¿Estamos de mal humor? Venga, piensa en que, cuando lleguemos a casa, podrás darte un bañito en la piscina y dormir la siesta.

—¿Un bañito en la piscina? Eso no te lo crees ni tú, que ya sé como terminan tus bañitos. Me voy a ir directa a la cama, creo que voy a desayunar fuerte para no tener ni que perder el tiempo comiendo.

Su carcajada se escuchaba incluso cuando el coche estaba parado en el semáforo. Sabía que todo era de boca para afuera, porque a mí me gustaban esos baños casi más que a él, que ya es decir.

—Uy, ¿y esa cara que me traes? — preguntó Nuria al verme.

—No puedo ni con mi cuerpo, necesito una cura de sueño.

—Anda, entra en tu cabina y échate en el sofá, todavía quedan un par de horas para que venga tu primera cliente, aprovecha y duerme este tiempo.

—¿No me necesitas aquí fuera?

—Si te necesitara, no te lo diría. Corre, antes de que me arrepienta.

Esas dos horas que estuve durmiendo me supieron a gloria, y cuando me levanté, era otra Cloe. Nunca había llevado bien eso de dormir poco, podía aguantar cualquier cosa, pero mis ocho horas de sueño eran intocables, las necesitaba como el aire para respirar.

—Se levantó la bella durmiente — dijo mi prima, cuando me vio salir de mi cabina.

—No sabes cuanto lo necesitaba, te lo prometo.

—Pues nada, si quieres puedes dormir un poco más, porque tu clienta ha llamado para decir que se retrasará un rato.

—No, no, ya estoy bien, ¿no me ves la cara?

—Te veo la cara, y un precioso anillo en el dedo. ¿Tienes algo que contarme?

—¡Síii! —le dije, alargando la vocal como signo de alegría —Anoche Carlos me pidió matrimonio.

—Enhorabuena, Cloe, te lo mereces. Carlos es un buen hombre que ha demostrado que, por muy mujeriego que se sea, cuando llega la persona adecuada, las demás sobran.

Nos abrazamos las dos, emocionadas y con las lágrimas saltadas. Si me lo hubieran dicho al oído cuando me monté en aquel autobús de camino a la capital, me hubiera reído de lo lindo.

Yo, que después de lo de Nico no quería ver a un hombre ni en pintura, fue llegar aquí, conocer a Carlos, y en menos de un año, quererlo todo con él, y conseguirlo, que era más importante.

Nos pusimos a diseñar la boda de mis sueños, que, por otro lado, no tenía nada de glamurosa. Ninguno de los dos teníamos más familia que la que formaban nuestros amigos, y esas eran las únicas personas que quería que estuvieran ese día. Quería una boda civil, sencilla y en la que pudiéramos comer y beber todo lo que quisiéramos, nada más.

Casi sin darme cuenta, llegó la hora de la salida, y ya estaba él en la puerta, con esa sonrisa eterna que siempre adornaba su cara.

—Veo que el paso de la mañana te ha sentado bien — dijo, después de cogerme por la cintura y acercarme a él, dándome un beso de tornillo.

—El paso de la mañana no, que mi primera clienta se ha retrasado dos horas y he podido echarme una siestecita en el sofá de mi cabina.

Una carcajada resonó en toda la calle, la suya después de decirle eso, lo que provocó que yo también riera con ganas.

—Anda, sube, que vamos al concesionario y, mientras te preparan toda la documentación y demás, comeremos en el restaurante que hay enfrente.

—Como que preparen la documentación, no entiendo nada.

—Digamos que he hablado con mi amigo que, casualmente, tenía el coche que te gusta entre su stock, así que tan solo hay que llevarle tu DNI para que te lo puedas llevar hoy mismo.

—¿Y la financiación? Porque déjame decirte que no tengo tanto dinero ahorrado para pagarlo, y mucho menos si es nuevo, yo había pensado en alguno de segunda mano.

—Regalo de la casa, por ser tan maravillosamente maravillosa — dijo, dándome un beso y aprovechando que el vehículo estaba parado en un semáforo.

—Ah no, tú lo has pagado, pero yo te lo devolveré poco a poco, lo tengo claro. Ya me haré un plan de ahorro para hacerlo.

—Y yo te lo volveré a ingresar en tu cuenta. Así que, déjate de hacerme dar tantas vueltas con el dinero, y acepta mi regalo, no seas cabezona.

Con esas palabras zanjó el tema. Una vez que estuvimos en el concesionario, ahí estaba el coche que le había dicho que me gustaba, completamente listo para llevármelo puesto. Según me enteré allí, lo había pedido desde hacía un mes, por eso estaba matriculado y todo, tan solo faltaba mi DNI para que todo estuviera legal.

—¿Por qué no me habías dicho que lo tenías comprado desde hace un mes?

—Porque entonces, no hubiese sido una sorpresa, que era lo que quería que tuvieras. Simplemente por eso.

Capítulo 9



Esa tarde estuvimos hablando de la boda, le dije lo que me gustaría, y estuvo completamente de acuerdo conmigo, aunque me dijo que tendría que invitar a alguno de sus compañeros de trabajo, lo que no me pareció mal, sino completamente lógico.

—¿Estamos de acuerdo entonces que será el día siete de octubre? Lo digo porque tengo delante la página web, y ese día está disponible, por si quieres que lo reserve —me preguntó, mientras que tenía el portátil en la mesa.

—Sí, tampoco necesito tanto. Mañana iré con Nuria a mirar algún vestido que me guste, y para tan pocas personas, podemos reservar en cualquier restaurante.

—Ah, por ahí sí que no paso. Ni vas a coger cualquier vestido, ni vamos a celebrarlo en cualquier restaurante. Tú elige un vestido de novia, bien bonito y sexy, que de la celebración me encargo yo.

—Está bien, pues entonces avisaré a Nuria para que me acompañe mañana sábado, que ponga un cartelito en el salón de belleza que no se va a abrir. Tengo menos de un mes, y no sé si será viable en el caso de que me tengan que hacer algún arreglo.

Me levanté para coger mi móvil, y llamé a Nuria para comentárselo, recordándome que todavía no estábamos abriendo los sábados, con lo cual no tendría ningún problema para acompañarme.

Esa noche apenas pude dormir, y no fue porque Carlos me diera marcha en el cuerpo, que también, pero terminamos a una hora medianamente decente, como se suele decir. Eran los nervios los que me estaban consumiendo, con solo pensar que en menos de un mes sería la esposa de Carlos Castilla, hacía que tuviera un nudo en el pecho.

Me levanté antes de que sonara la alarma, y me fui a la cocina a prepararme un café, no podía estar más tiempo en la cama, a pesar de que tenía tiempo de sobra y hubiera podido dormir un rato más.

—Veo que alguien está un poquito nerviosa — dijo mientras me abrazaba por la espalda.

—¿Un poquito solo? Estoy atacada de los nervios. ¿Y si no encuentro ningún vestido que me guste? ¿Y si no me queda ninguno bien? ¿Y si…

—Para, para, deja los "y si" para otro día. Estarías preciosa hasta con un saco de basura, así que, relájate, o terminará dándote un chungo. He pensado, que para que conozcas a mis compañeros antes de la boda, invitarlos a una barbacoa mañana. ¿Te parece bien?

—Todo lo que tú hagas me parecerá perfecto. Gracias por quererme tanto y saber tranquilizarme.

—Anda, ven aquí y dame un beso, y no me des más las gracias, que soy tu pareja, no un extraño.

Nos fundimos en un beso, uno que no sabía que necesitaba tanto hasta que me lo dio. Cuando nos separamos, subí al cuarto para arreglarme, sería una misión casi imposible que encontrara algo con tan poco tiempo, pero lo intentaría, al menos.

Cogí mi coche, despidiéndome de Carlos antes de salir, quedando en que vendría para comer, pero que yo me encargaba de traer todo lo necesario. Él había llamado a Fabio para que lo acompañara a buscar su traje para el gran día, por lo que no dudaba que se viniera también a comer. Llamaría a Carlos antes de salir para nuestra casa.

—Ya está aquí la alegría de la huerta —dijo Nuria, entrando en mi coche, puesto que había ido a recogerla.

—Supongo que estabas al tanto de lo de mi coche nuevo, porque ni siquiera te has inmutado.

—Por supuesto, yo fui quien le dije el color que te iba a gustar. Aunque tengo que reconocer que es precioso, y muy cómodo.

Durante el trayecto hasta el centro de la ciudad, que sería donde me compraría el vestido, estuvimos hablando un poco de todo, pero en especial de lo feliz que me veía y de lo mucho que nos había cambiado la vida.

—¿Lista para encontrar el vestido de tus sueños? —me preguntó en la puerta de una de las tiendas de vestidos de novia.

—Esperemos que lo encuentre, porque no me gustaría tener que casarme con uno que no fuera de mi agrado, o con el que no me sintiera cómoda.

—No empieces con la negatividad. Es más, lo vas a encontrar, será tu talla y estará de rebajas… Puestas a pedir, hagámoslo con el kit completo.

Lo que nos reímos antes de entrar, fue memorable, porque todo lo que decía era lo opuesto a lo que a mí me gustaba, y ella lo sabía. Tenía la completa seguridad de que lo estaba haciendo para rebajar mis nervios.

—Buenos días, ¿en qué podemos ayudarla? — dijo una de las dependientas, con una sonrisa.

—Buenos días. Verá, me caso en menos de un mes, ha sido algo precipitado, y necesito un vestido de novia.

—No se preocupe que no es la primera novia que tenemos así. Por ello, contamos con un perchero de vestidos listos para que puedan llevárselo, y al que le podríamos hacer los ajustes necesarios para que pueda lucirlo el día de la boda. Acompáñenme, por favor.

—Lo ves, tonta, como no tenías que estar nerviosa —me decía Nuria por el pasillo.

—Ahora que haya alguno que me guste y que me quede bien, que eso es lo más difícil.

Nos pusimos a mirar en esos percheros, hasta que vino la chica de nuevo, preguntándome si la ceremonia sería civil o religiosa. Al decirle civil, nos indicó donde podríamos encontrar algo adecuado para ello, porque hasta ahora, todo lo que habíamos visto era demasiado pomposo para lo que yo tenía en mente.

—Dios, creo que lo he encontrado —le dije a Nuria, mientras que descolgaba uno de ellos de la percha.

—Es precioso — contestó mi prima en cuanto que lo vio.

—Pase por aquí y se lo prueba. Si necesitamos hacer alguna modificación, llamaremos a la modista.

Entré en uno de los probadores, y cuando me lo vi puesto, se me saltaron las lágrimas, al igual que a mi prima. Me quedaba como un guante, y me hacía una figura espectacular.

Era en color champán, de una seda especialmente suave, de escote en V, que me llegaba hasta casi el ombligo, y la espalda fuera. Tenía corte sirena, y en la parte de la cintura, contaba con un fajín tableado que todavía estilizaba más mi silueta. Cuando la chica entró y me lo vio puesto, abrió la boca de la sorpresa.

—Parece que te estaba esperando. Es la primera vez que veo que no hay que hacerle ningún arreglo a un vestido así —dijo la chica, dando vueltas a mi alrededor para verlo desde todos los ángulos.

—Me encanta. Me siento una novia de verdad, ahora sí.

—Espera, tengo los complementos perfectos, no te muevas ni te lo quites.

Salió del probador, y volvió al rato con un montón de cajas. En la primera, había unas sandalias joya, del mismo tono del vestido, y con una fina pedrería en la pulsera del tobillo, que me dejó tan prendada como lo había hecho el vestido. A continuación, sacó una pequeña diadema, que me puso a modo de pasada, recogiéndome el pelo en un moño bajo, y a la que acompañaban los pendientes a juego, eran largos, y tenía la misma pedrería que la diadema y los zapatos.

—No me lo voy a pensar, me lo llevo todo —Le dije, y ella me miró con una sonrisa.

Por lo visto, el vestido era de una colección del año anterior, y tan solo quedaba ese y de esa talla en el almacén, por lo que estaba a un sesenta por ciento de descuento. A mí eso me daba igual no es que fuera a ir a mi boda con el catálogo de la firma en la mano, y así que esa casualidad me vino de lujo.

Al final, por menos de lo que costaba el vestido, me llevé todo el atuendo completo, lo que me sacó una sonrisa, no por el hecho en sí, sino porque todo lo que Nuria había dicho que sucedería, antes de entrar a la tienda, había sucedido.

—¿Te has dado cuenta de que todo lo que dijiste se ha cumplido? —le dije, porque no se había percatado de ello.

—Vamos a comprar un billete de lotería, que antes de entrar, voy a decir que nos va a tocar y vamos a ser millonarias —soltó, y me salió una carcajada.

Fuimos a dejar todo en el coche, y cuando cogí el móvil para llamar a Carlos, lo vi, junto a Fabio y una mujer, charlando muy animadamente en la terraza de un bar, así que, miré a Nuria, y nos fuimos directas hasta donde estaban sentados.

—Buenas tardes —les dije, y noté como, tanto Carlos, como Fabio, se ponían un poco nerviosos.

—Buenas tardes, ¿tú quién eres? — preguntó ella, como muy altiva.

—Eso tendríamos que preguntarlo nosotras, que estás con nuestras parejas —le contestó Nuria, que miró a Fabio con desconfianza, sentimiento que me transmitió a mí, que miré a Carlos con una ceja arqueada.

—¿Perdona? No sabía que Carlos o Fabio tuvieran pareja, es más, las veces que nos hemos encontrado no han dicho nada ninguno de los dos.

—Desde que estamos juntos no hemos coincidido, Jara —dijo mi chico, que me tomó de la mano para que me acercara a él y dejarme un beso en los labios.

—Contigo no, pero con Fabio sí que hemos coincidido —dijo ella, y la cara de mi chico pasó de la sorpresa a la furia.

—¿Es eso cierto? Porque me llevaría una gran desilusión.

—Sí, pero no es como tú piensas que ha sido —Se defendió Fabio.

—¿Queréis dejar de hablar como si estuviéramos traduciendo un jodido jeroglífico? —dijo Nuria, que cada vez estaba más enfadada.

—Uy, veo que aquí alguien tiene que dar muchas explicaciones, yo mejor me marcho —dijo la tal Jara, levantándose y marchándose de la terraza.

—Verás, digamos que Jara es una vieja amiga común, y cuando digo eso, es en todos los aspectos. Quedábamos con ella en El Paraíso, un club de sexo libre, pero hace muchísimo tiempo que no vamos, por lo menos yo, que la última vez fue antes de que me marchara con lo de la película —dijo Carlos, intentando echarle una mano a su primo, pero tenía la impresión de que no había nada que hacer.

—Yo sí que he ido, pero a tomarme una copa con un amigo —dijo Fabio.

—Claro, porque no había bares para eso en todo Madrid. ¿Te crees que soy gilipollas? Bueno, en realidad sí que lo soy, porque para confiar en ti, tengo que serlo.

—Te prometo que no pasó nada ese día, fue al principio de que estuviéramos juntos. Lo hice para comprobar que tan solo te quería y deseaba a ti.

—Por supuesto, porque la mujer que se acaba de ir es tuerta y feísima. Manda cojones el tío, decirme eso, y en mi puta cara.

—Confía en mí, por favor. No tires por tierra esto que hemos construido.

—¿Yo lo voy a tirar por tierra? ¿Estás seguro? Porque yo, lo único que he hecho desde que estamos juntos, es luchar por lo nuestro, dejándome la piel, mientras tú te dedicabas a tacharme de celosa, y tenía más razón que un santo.

—Fabio, será mejor que la dejes tranquila. Ordena tus sentimientos y cuando los tengas claro, hablas con ella, con el corazón en la mano —le aconsejó Carlos a su primo, mientras que yo consolaba a Nuria, que lloraba con el corazón encogido.

—Yo tengo claro mis sentimientos, solo la quiero a ella, y se lo voy a demostrar —dijo Fabio, levantándose y abandonando el lugar.

—Un día, vino con una mancha de carmín en la camisa, y me dijo que había sido su compañero, que se había besado con una chica, se limpió con la mano y no se dio cuenta de que tenía manchado el dedo. ¿Os lo podéis creer?

Empezó a contarnos cosas que, Carlos y yo nos mirábamos, pensando como podía haber aguantado tanto la pobre Nuria. Mi chico me aseguró que hablaría con él, eso no se podía repetir. Si quería estar con ella, suponiendo que lo perdonara, tendría que poner toda la carne en el asador.

Capítulo 10



Esa noche, Nuria la pasó en nuestra casa, no queríamos que estuviera sola en estos momentos. Era cierto que lo estaba pasando mal, porque estaba muy enamorada de Fabio, y siempre era ella la que tiraba del carro en esa "no relación". Lloró lo indecible, lo maldijo en todos los idiomas habidos y por haber, pero contó con nuestro apoyo.

Estábamos desayunando, hoy venían todos a la barbacoa que había organizado Carlos, tanto sus compañeros de trabajo como nuestros amigos, para que se conocieran antes del día de la boda, cuando le sonó el móvil, era Fabio, por eso no dudó en poner el altavoz, para que Nuria escuchara todo lo que él tenía que decir.

—Dime Fabio, a que debo el honor de tu llamada — dijo Carlos, en un tono de lo más irónico, ya que la noche anterior le había hablado muy claro.

—Estoy jodido, Carlos. Me he dado cuenta de que amo a Nuria con todo mi corazón, y no sé si va a ser demasiado tarde.

—¿Ahora te has dado cuenta? Me parece muy elástico eso que me estás diciendo, cuando anoche ella nos contó todo lo que ha tenido que aguantar.

—Te juro que, mientras que he estado con ella, no me he acostado con ninguna otra. Tan solo hubo unos besos con una compañera, pero me detuve, no era capaz de ponerle los cuernos a Nuria.

—Esos besos también son cuernos, el simple hecho de desear a otra, para mí, ya es una infidelidad.

—No me jodas, Carlos, que busco tu ayuda, no que me des otro sermón.

—Pues si quieres mi ayuda, ya sabes lo que tienes que hacer. Ven aquí a la hora de la barbacoa, o incluso antes, y habla con ella. Dile lo que sientes de verdad, y reza para que te perdone.

Cuando se terminó esa llamada, Nuria seguía llorando. Tenía los ojos rojos e hinchados, así que me la llevé al baño, le eché colirio y la obligué a que se metiera en la ducha, quedándome con ella mientras lo hacía.

—No sé qué hacer. Mi corazón me dice que confíe en él, que le dé otra oportunidad, pero mi cabeza grita que ni se me ocurra, que va a seguir haciéndome daño. ¿Qué hago, Cloe? — decía mi prima mientras se secaba.

—No puedo decirte lo que tienes que hacer, en eso solo puedes opinar tú. Lo que si puedo es decirte lo que haría yo en tu lugar.

—¿Y qué harías?

—Hablaría con él, le pondría las cosas muy claritas. Al más mínimo error, le das una patada en el culo, y no lo vuelves a mirar más.

—Sí, creo que eso es lo que voy a hacer. Lo dejaré hablar, le exigiré que me cuente todo, como si no hubiera escuchado nada y, cuando termine, será mi turno.

Nos pusimos el bikini y un pareo, a pesar de ser mediados de septiembre, el calor se había instalado con nosotros y no había manera de que se fuera. Me notaba nerviosa, no quería desentonar entre los compañeros de Carlos, y él lo notó.

—Relájate, son buena gente. Además de que, no he invitado a todos, solo los más cercanos a mí, Angela, Mateo y Adolfo.

—No sé, pero tengo un mal presentimiento. Lo mismo es por lo de Nuria y Fabio.

Salimos al jardín, donde ya habían llegado nuestros chicos. Vimos a Nuria y a su primo dirigiéndose a una zona más apartada para hablar, y eso, en cierto modo, nos dio tranquilidad.

Pelayo entró como lo que era, una diva, como si estuviera en una pasarela, detrás venían Roberto y Dafne, y al fondo, vimos a una sonriente Dulce de la mano de una chica, lo que nos sorprendió bastante.

—Chicos, ella es Camila, la chica de la que os hablé. Estamos empezando algo y, no he dudado en traerla, tal y como me ofreció Carlos —dijo Dulce, a quien la sonrisa no se le caía de la boca.

—Vaya por Dios, aquí el único soltero, yo. Espero que alguno de los compañeros que has invitado, esté bueno y juegue en mi liga, porque de lo contrario, me estoy viendo, tirándole los tejos al del juzgado, ya verás —dijo Pelayo, y nos sacó una carcajada a todos.

En ese momento, llamaron al timbre de fuera. Carlos miró por la cámara y abrió, yendo a darles el encuentro a sus compañeros, yo fui con él.

Entró un lujoso coche, en el que venía conduciendo una de esas mujeres que parecían sacadas de la portada de una revista de moda, con una manicura perfectamente cuidada, al igual que la pedicura, y unas piernas interminables. He de decir que me sentí insignificante a su lado, como si no valiera nada en comparación con ella.

—Ángela, ella es mi prometida, Cloe —le dijo mi chico, que se acercó para darle un beso en la mejilla.

Ella me miró de arriba abajo, con una cara de asco impresionante, que hasta Carlos se dio cuenta de ello, y la miró interrogante.

—¿Te pasa algo, Ángela? —le preguntó, bastante serio.

—No sé, chico, me esperaba a una mujer más… no sé como decirlo… más a tu altura —contestó ella, y algo se me removió por dentro, y no me pude callar.

—No todo el mundo puede ser *top model*, a lo mejor estoy a su altura en otros muchos aspectos —le dije, adelantándome a Carlos, que también le iba a decir algo.

—Permíteme que lo dude, no creo que una vulgar peluquera pueda estar capacitada para lidiar con un hombre del carisma de Carlos, que puede tener a la mujer que quiera —seguía cargando contra mí, pero no iba a permitir que me insultara en mi propia casa.

—Ángela, sal ahora mismo de nuestra casa. No voy a consentir que nadie venga a insultar a mi mujer. La que no estás a la altura de nadie, eres tú. Por supuesto, no te dirijas a mí nada más que para asuntos estrictamente profesionales, nuestra amistad termina aquí y ahora —Esta vez fue Carlos el que se me adelantó, y en cierto modo lo agradecí, así no me quedaría la duda de lo que hubiera hecho él.

—Te vas a arrepentir, no dudes ni un instante que serás más desgraciado que nunca con esta mujer tan insignificante a tu lado —respondió ella, montándose en su coche y saliendo, quemando ruedas.

—Déjame que te pida disculpas, Cloe. Jamás pensé que se fuera a comportar de este modo.

—No tienes que disculparte por la actitud y los comentarios de otra persona, Carlos, tú no has tenido la culpa.

—Pero yo la he invitado. Te prometo que, mientras que hemos estado en la facultad, jamás en la vida ha hecho comentarios de este tipo, más bien todo lo contrario.

—Quizás lo que ha pasado es que no esperaba que, eso que tanto temía, fuera a pasar. Porque déjame que te diga, y no son suposiciones mías, que esa mujer está enamorada de ti.

—Tanto como enamorada, no diría yo, pero obsesionada, seguro. Soy Mateo, y no le hagas caso a la gilipollas esa —me dijo su compañero, que se acababa de bajar del coche.

—Y yo soy Adolfo. Juego en otra liga, pero no tengo ninguna duda de que eres tan preciosa por dentro como lo eres por fuera — dijo el otro chico, que se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Si os soy sincera, me preocupa que una mujer así esté tan cerca de mi chico, es capaz de hacer cualquier cosa —les dije, a los tres, mientras que nos movíamos hacia el jardín.

—Pero siempre tendrás la certeza de que, por mucho que ella sea capaz de hacer cualquier cosa, yo haré lo indecible para pararle los pies — contestó mi chico, dándome un beso en los labios, y supe que así sería.

Llegamos hasta la zona de la piscina, donde Pelayo ya estaba haciendo de las suyas, con la chica de Dulce en hombros, mientras Dafne estaba encima de Roberto, jugando a ver quién tiraba al otro antes.

—Madre del amor hermoso. Creo que voy a volver a estudiar. ¿En esa universidad todos los profesores son así? —lo escuchamos decir desde la piscina.

—Si quieres, te doy clases particulares —le contestó Adolfo, que tenía el mismo descaro y la misma poca vergüenza que él.

—Dime que serán de anatomía, y pido hasta una hipoteca para pagarte —le contestó, y todos soltamos una carcajada.

—Como le sigas el juego, vas a terminar peor que él, te lo advierto — dije, pensando que Adolfo sería un tipo serio, pero nada más lejos de la realidad.

—Me encanta, y no solo físicamente, que también está cañón. Voy a tirarme y charlar un poquito con él —dijo, despojándose de la camiseta y lanzándose al agua.

Ni que decir tiene, que la chica de Dulce salió disparada de sus hombros, cayendo al agua inmediatamente. Cuando salió, no podía parar de reír, incluso se tuvo que agarrar a la barandilla para no ahogarse, mientras su chica fue a su rescate.

En ese momento, vimos a Nuria y a Fabio llegar, no venían de la mano, y las caras que traían no presagiaban nada bueno. Me acerqué a mi prima, la tomé de la mano, y me senté con ella un poco retirada, sabía que necesitaba hablar.

—¿Qué tal ha ido todo? — pregunté.

—Supongo que bien, pero en estos momentos tengo la cabeza tan embotada, que no soy capaz de distinguir nada.

—Pero, habréis hablado por lo menos, ¿no?

—Sí, sí, eso sí, hablar hemos hablado. Se ha abierto a mí, me ha contado que se besó con una compañera del trabajo, pero que paró a tiempo, que no quería hacerme daño. Me ha jurado y perjurado que, el día que fue a ese club, lo hizo para comprobar que solo me quería a mí, pero no sé si creerlo.

—Sigue a tu corazón, no pierdas la oportunidad de ser feliz por el miedo.

—Le he dicho que, si quiere que lo perdone, se lo va a tener que currar, y mucho, y que, a la próxima que algo no me cuadre, lo mando de excursión al lugar por donde amargan los pepinos.

A pesar del drama que tenía encima, mi prima nunca perdía el sentido del humor, así que nos estuvimos riendo un buen rato. Mateo no le quitaba el ojo de encima, y Fabio lo notó, por lo que se acercó a ella, le cogió la cara y le plantó un beso de tornillo con el que me temblaron las piernas hasta a mí.

—¿A qué viene esto? —preguntó Nuria, que no sabía de qué iba el tema.

—El macho alfa marca territorio sobre la hembra, evitando así que cualquier otro macho de la manada se acerque —dijo Carlos, hablando como

si estuviera narrando un documental de animales, y a mí me salió una carcajada.

—¡No! ¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó mi prima, anonadada.

—Y tan en serio. Este se ha dado cuenta de que Mateo no te quita el ojo, y ha venido a decirle, sin palabras, que ya tienes dueño —le dije, como pude, entre tanta risa.

—Se va a enterar este.

Se levantó, se fue hasta donde estaba el compañero de Carlos, y se presentó, dejándole claro a Fabio que su beso no había servido de nada, que ahora iba a pagar por todo lo que ella había sufrido.

A pesar del mal rollo que se instaló al principio, por lo de Ángela, terminamos pasando un día espectacular, donde la complicidad entre todos se hizo muy patente, sobre todo entre Adolfo y Pelayo, que se gastaban bromas como si se conocieran de toda la vida.

Capítulo 11



Había llegado el día de la boda, y estaba realmente nerviosa. El encargado de llevarme hasta el altar fue Pelayo, no encontraba otra persona mejor que él para hacerlo. Cuando se lo propuse, se puso a llorar de la emoción, decía que ese era el mejor regalo que podía hacerle en un día tan bonito.

Ese día no me arreglé en nuestra casa, sino que lo hice en la de mi prima Nuria, no quería que me viera antes de tiempo. Ella se había encargado de mi peinado y mi maquillaje, y me veía realmente bonita. Me coloqué el vestido y todos sus accesorios, y dos lágrimas brotaron de mis ojos.

—Nada de llantos, te lo advierto, a pesar de que el maquillaje sea resistente al agua. Hoy es un día para disfrutar, para reír, así que no te lo voy a consentir —dijo Nuria, que también se veía espectacular.

—A ver la novia más bonita del mundo, que ya está aquí el padrino —dijo Pelayo, y cuando lo vi me quedé con la boca abierta.

Había elegido un traje de raya diplomática en tonos azules, que había combinado con un chaleco en azul eléctrico, una camisa blanca y la corbata del mismo color del chaleco. Los zapatos y complementos los llevaba en marrones, de piel, en mi vida lo había visto así de guapo.

—Pelayo, estás… espectacular —le dije, al igual que Nuria, que asentía con la cabeza.

—No menos que la novia. ¡Jesús! Cuando Carlos te vea, se va a desmayar.

—Anda que cuando lo haga Adolfo…

—Ese no se desmaya, pero va a tener dolor de huevos durante todo el día.

Ese era el bruto de mi amigo, capaz de llevar al lado obsceno cualquier comentario inocente, por lo que nos sacó una carcajada.

—Yo me bajo ya, que Fabio me ha avisado de que está aquí. Os veo en el juzgado —nos dijo, dándonos un beso en la mejilla a cada uno.

Después de ese día de la barbacoa, poco a poco todo volvió a su sitio entre esos dos. Eso sí, mi amiga lo tenía recto como una vela, y dispuesta a todo como sacara los pies del tiesto.

Carlos había contratado un coche de caballos para que me llevara hasta el juzgado, y en él, me sentía como Cenicienta cuando iba al baile, solo esperaba que, al llegar las doce, mi sueño no se convirtiera en pesadilla, como le sucedió a ella.

Fue una boda sencilla y rápida, en menos de quince minutos ya estábamos fuera, y nos dirigimos hasta uno de los mejores restaurantes de Madrid, donde mi chico había reservado un salón con un menú cerrado, digno de cualquier boda, y donde estuvimos hasta altas horas de la madrugada, a pesar de haber empezado a medio día.

No nos fuimos hasta nuestra casa cuando todo terminó, sino que lo hicimos a un hotel, donde pasamos nuestra primera noche como marido y mujer. Os podéis imaginar que al parchís no jugamos, precisamente.

—Cuando te he visto llegar, con este vestido, te juro que me han entrado ganas de cogerte en plan cavernícola y salir corriendo contigo —me decía Carlos, mientras me dejaba un reguero de besos por el cuello y por la espalda.

—Yo también me he puesto muy malita cuando te he visto así vestido, tan elegante, tan guapo…

—No te preocupes, que ahora te pongo el termómetro, a ver si tienes fiebre.

Se quitó la chaqueta y el chaleco, y yo me dediqué a desabrochar su camisa, mientras besaba cada centímetro de piel que iba descubriendo. Cuando llegué a su pantalón, hice lo mismo, hasta dejarlo completamente desnudo.

En ese momento, en el que me disponía a degustar su miembro, Carlos me levantó, abriendo la cremallera del vestido y bajando los tirantes, para que cayera al suelo, descubriendo que tan solo llevaba un minúsculo tanga blanco, que lo volvió loco.

La noche nos supo a poco, por lo que continuamos durante gran parte de la mañana, hasta que caímos rendidos. Necesitábamos descansar, pues al día siguiente, nos íbamos de viaje de luna de miel a las Maldivas, un viaje de ensueño que me tomó completamente por sorpresa.

¿Qué decir de nuestro viaje de novios? Pues no puedo decir otra cosa nada más que fue idílico. Disfrutamos de la tranquilidad y la paz del lugar, pero también de nosotros, de nuestros cuerpos y de la pasión que derrochábamos cada vez que estábamos juntos.

—Jamás en mi vida habría pensado que podría estar así, contigo —le dije, en uno de los momentos en los que habíamos dado buena cuenta de esa pasión que nos consumía.

—Ni yo. Ni en mis mejores sueños pude ver que te encontraría, que vendrías a completar mi vida como lo has hecho. Ahora solo quiero una cosa, que aumentemos la familia, quiero una pequeña Cloe dando vueltas por el jardín —contestó, dejándome ojiplática.

—No hay nada que me apetezca más que ser madre, contigo a mi lado, y que podamos criar juntos a nuestro bebé.

—Pues, a partir de este momento, se acabó poner medios, cuanto antes empecemos, antes lo conseguiremos.

Y nos volvimos a enredar otra vez. Estos días estaban siendo tan maravillosos, que me daba miedo volver a la realidad, en la que el trabajo nos consumía y en la que nos rodearíamos de otras personas.

En mi cabeza siempre estaba el miedo de que pudiera conocer a otra persona, alguien que estuviera a su altura, en todos los aspectos, y que decidiera que yo no era suficiente para él. Pero luego, pensando detenidamente, eso también me podía pasar a mí, por lo que no debía tener ese miedo. En realidad, no debería tener ningún miedo, porque a diario me había demostrado que me quería y que estaba por encima de todo.

Seguimos disfrutando de los días que nos quedaban de vacaciones, pero esta vez ya en casa. No avisamos a nadie de nuestra llegada, todavía pensaban que seguíamos de viaje, y es que, necesitábamos estar solos el tiempo que nos faltaba para volver al trabajo.

—¿Llamamos a estos para que vengan? — preguntó Carlos. Era el último día que teníamos libre, ya que al día siguiente volveríamos a nuestra rutina.

—Sí, porque como se enteren que estamos aquí y no hemos avisado, salimos en las noticias — dije, riendo, mientras me levantaba para ir al baño.

Eso hicimos, avisamos a todos en el grupo de WhatsApp, donde habíamos incluido a Roberto y a Adolfo. Me moría por saber que se traían Pelayo y el compañero de mi marido. ¡Qué bien sonaba eso, mi marido!

Llamamos al restaurante al que siempre llamábamos en estos casos, y encargamos una parrillada de carne asada con verduras y una paella para diez personas, que nos traerían a las dos de la tarde. Ese día se había levantado nublado y hacía un poco de frío, todo anunciaba que el clima empezaría a cambiar, casi podría decir que estaba a punto de llover, con lo cual preparamos todo en el porche cerrado.

—¡Asquerosos! Mira que no llamarnos cuando habéis llegado, eso no os lo perdono —dijo Pelayo, en plan reina de los dramas.

—Entiende que querrían estar solos, Pela, igual que tú y yo. ¿Habrías venido anoche, si te hubieran avisado? —le preguntó Adolfo, que lo cogía de

la mano.

—Pues no, pero tengo que quedar bien, como si me hubiera afectado su actitud. Créeme que, ni, aunque lo hubieran hecho hace unos días, hubiera venido. Anda que no me ha costado nada cambiar mis turnos para que, cuando tú terminaras de trabajar pudieras encontrarme libre como los taxis.

—¿Estáis juntos, entonces? —preguntó Carlos, con una sonrisa.

—Desde el mismo día de la boda, oficialmente —contestó Adolfo.

—Extraoficialmente, desde el mismo día en que nos conocimos. Aunque ambos pensábamos que el otro no quería nada serio —esta vez fue Pelayo el que habló.

—Me alegro una barbaridad por ustedes, de verdad —Les dije, y es que Adolfo me caía genial, que no es que Mateo no lo hiciera, pero nada en comparación a éste.

El resto fue llegando, poco a poco, y cuando estuvimos todos en mi casa, llegó el pedido del restaurante. Tal y como habíamos previsto, la lluvia hizo acto de presencia, poniéndose la tarde muy fea, por eso le dijimos que se quedaran en casa, que no cogieran los coches con la que estaba cayendo, pues nos daba miedo que tuvieran un accidente.

Estuvieron junto a nosotros hasta bien entrada la noche, en la que el tiempo dio una tregua, y se decidieron a marcharse, ya que al otro día todos teníamos que ir a trabajar, y sería un lío de mucho cuidado. Fueron avisando en el WhatsApp cuando fueron llegando a su destino, dejándonos más tranquilos a nosotros.

Había pasado ya un mes de nuestra boda, y me encontraba trabajando, cuando algo me sucedió, me subió una arcada al oler el café que me había traído Nuria, y tuve que marcharme al baño urgentemente.

—Uy, que me da que vamos a ser uno más en la familia… — dijo Nuria, y la miré extrañada, puesto que la semana anterior había tenido la regla.

—Ojalá, porque estamos buscando, pero siento decirte que no va a ser eso, porque tuve la regla la semana pasada.

—Si yo fuera tú, y para curarte en salud, iba a la farmacia para comprar una prueba de embarazo.

—No, de verdad, debe ser que algo me ha sentado mal de la cena.

Seguimos trabajando, y salimos a comer. Ya trabajábamos durante todo el día, pero cerrábamos un par de horas a mediodía para poder comer tranquilas.

Carlos había venido ese día a comer con nosotras. Normalmente no lo hacía, sino que comía con Adolfo y continuaba, estaba impartiendo un master por la tarde, hasta que llegaba mi hora de salida, que era cuando nos veíamos en casa.

—Tienes mala cara, Cloe, ¿te ocurre algo? — dijo en cuanto me vio.

—Ando hoy un poco revuelta con el estómago. Supongo que me habrá sentado algo mal anoche.

—Sí, claro, lo que te ha sentado mal es el chorizo que tiene Carlitos colgando entre las piernas, ya te lo he dicho— soltó la bruta de mi prima.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Carlos.

—Se lo he dicho esta mañana, que fuera a la farmacia por una prueba, pero no me ha hecho caso —contestó Nuria.

—Es prácticamente imposible, me vino la regla la semana pasada —dije, hastiada ya de decir siempre lo mismo.

—¿No sabes que algunas mujeres tienen la regla durante todo el embarazo? Termina de comer, que nos vamos ahora mismo al médico — dijo Carlos, mientras Nuria asentía, sonriente.

No es que no quisiera saber que era lo que me pasaba, sino que me daba miedo que no fuera eso, que fuera otra cosa y que la desilusión nos

embargara a los dos. No tuve elección, en cuanto nos tomamos el postre, Carlos le dijo a Nuria que anulara mis citas de la tarde, y las pasara al otro día, que nos íbamos a la clínica donde trabajaba su amigo.

—Te vas a llevar una desilusión, y no me gustaría —le dije a mi marido, que me llevaba con la mano cogida durante todo el trayecto.

—No será ninguna desilusión, te lo prometo. Si estás embarazada, seré el hombre más feliz de la tierra, pero si no lo estás, tendré un motivo más que justificado para seguir intentándolo — dijo, alzando ambas cejas y con una sonrisa pícara en los labios.

Cuando llegamos a la clínica, ya nos estaban esperando, su amigo le sonrió y le dio un apretón de manos.

—Me ha comentado tu marido que llevas toda la mañana revuelta, y que tuviste la regla la semana pasada, ¿no es así? —me preguntó Hugo, el doctor.

—Así es, ha sido oler el café y tener que correr al baño.

—Vamos a empezar por hacer una prueba de embarazo, según el resultado que arroje, haremos más pruebas hasta dar con lo que te lo provoca.

Capítulo 12



Un positivo como una casa de grande, ese fue el resultado que arrojó la prueba de embarazo que me hicieron en el hospital. Por lo visto, a muchas mujeres, el primer mes de gestación, la coge con los ovarios que han producido más óvulos, lo que hace que tengan un pequeño sangrado, similar a la regla, pero sin llegar a ser una menstruación como tal.

—Bueno, pues vamos a ver a este pequeñín o pequeñina, y así te digo del tiempo exacto que estás — dijo el doctor, señalándome la camilla donde debería tumbarme.

—Estoy tan contento, solo espero que todo vaya maravillosamente bien — dijo Carlos, visiblemente emocionado.

—Yo también, aunque siendo sincera, tengo un poco de miedo — contestaba mientras Hugo me echaba el gel en el vientre y empezaba a pasar el ecógrafo.

—Es normal, todas las mujeres suelen tener miedo, pero no te preocupes en exceso, verás como todo sale bien. Pues aquí lo tenemos… según sus mediciones, estás aproximadamente de unas seis semanas, por lo que nacerá a finales de Julio, si no me equivoco.

Carlos se agachó para darme un beso en los labios, se le veía realmente contento, y yo también lo estaba. Un hijo, nuestro, fruto del amor que habíamos sentido desde el primer momento en el que se cruzaron nuestras miradas…

Salimos de allí subidos en una nube. Él decía que quería que fuera una niña, y que se llamaría Anaís, y yo decía que era un niño y llevaría el nombre de su padre, a lo que él se negaba.

—Venga, vamos a buscar un nombre por si es niño, porque Carlos no se va a llamar.

—¿Por qué? Si es un nombre precioso.

—Imagínate que, un día cualquiera, en casa, tú gritas "Carlos, ven aquí" ¿vamos los dos o no vamos ninguno? Me niego, siempre he dicho que, cuando tuviera hijos, no les pondría el nombre de nadie de la familia, tiene que ser uno que no haya por parte de ninguno de los dos. Y eso es fácil, porque no tenemos familia, además, no puede tener diminutivos.

—Me lo estás poniendo muy difícil, que lo sepas. Ahora mismo no se me ocurre ninguno…

—Héctor, se va a llamar Héctor Castilla, un nombre con carácter, ¿te gusta?

—Me encanta. En este primer embarazo, elegirás tú el nombre, si es niña, Anaís, y si es niño, Héctor. Pero en el siguiente, lo elegiré yo, si es niña, se llamará Carla, y si es niño Carlos, no quiero más discusión.

Con esta conversación, llegamos a la cafetería de enfrente de la clínica, donde entramos a tomar algo, porque prácticamente, ni él ni yo, habíamos comido nada durante el almuerzo.

Hugo, me había dado un listado de cosas que no podía comer, y la verdad es que no me iba a resultar nada complicado, podría pasar sin ellas perfectamente. También me recetó varios complejos vitamínicos y ácido fólico, así como me citó a la semana siguiente para llevar a cabo las pruebas del primer trimestre. Para las náuseas, me recetó unas pastillas que tenía que tomar por las mañanas, junto a un zumo de naranja, y que me dijo que me aliviarían bastante.

—Voy a enviarle un mensaje a los chicos, seguro que se alegrarán muchísimo — dije a Carlos, mientras él se levantaba a pedir a la barra.

Cloe: La familia Castillo–Suarez, se complace en anunciaros que, aproximadamente para finales de Julio, serán uno más. Por ello, se os emplaza este sábado en casa para una barbacoa de celebración.

Cuando le enseñé el mensaje a Carlos, se doblaba de la risa, decía que me había salido como si fuera de la Casa Real, y es que yo lo había hecho a propósito. Ni dos minutos tardaron en contestar, entraba un mensaje detrás de otro, lo que nos sacó una sonrisa a los dos.

Nuria: Te lo dije… debí apostarme algo contigo. Allí estaré, en la barbacoa y el día que nazca mi sobri.

Pelayo: ¡Enhorabuena! Ese niño va a tener al tío más molón del globo. Yo tampoco pienso perdérmelo.

Rodrigo: Dafne y yo nos alegramos muchísimo por vosotros. Y tampoco faltaremos a esa cita tan importante.

Y así, uno detrás de otro. No tendríamos familia de sangre, pero sí que teníamos una elegida, que poco a poco se había ido ampliando, y que sabíamos que estaría a nuestro lado en este momento tan sumamente feliz.

Mi marido y yo estuvimos hablando, e iba a decirle a Nuria que restringiría mi jornada laboral a la mitad, por lo menos hasta que el bebé fuera algo más mayor y pudiera ir a la guardería o al colegio, eso todavía no lo habíamos decidido.

Era cierto que, económicamente, no nos hacía falta, que yo trabajaba para sentirme útil, para tener independencia económica, pero no porque Carlos me obligara a pagar algo o a disponer del dinero que me diera la gana.

Ese sábado, en la barbacoa, todos llegaron con un detalle para el bebé, y no algo grande o caro, todo era precioso y simbólico, como chupetes, biberones, camisetas, que nos sacaron una sonrisa y alguna que otra lagrimilla.

—Nuria, quería hablar contigo.

—Pues estoy a tu entera disposición.

—Verás, hemos pensado que, durante el embarazo y hasta que el bebé sea un poco más mayor, solo voy a trabajar media jornada.

—Yo también iba a proponértelo. Podemos poner tus citas a partir de las diez y hasta la una, para que sobre la una y media o las dos, dependiendo del servicio, puedas marcharte a casa.

—Pues te lo agradecería eternamente, la verdad.

—Y eso hasta los siete meses, en los que te darás de baja sí o sí, que no quiero que la barriga llegue antes a la mesa que tú.

Nuria me entendía perfectamente, y eso fue lo que hicimos. Durante los seis meses de embarazo que me quedaban hasta poder coger la baja, trabajé en ese horario, con lo cual, cuando Carlos llegaba de la universidad, ya estaba yo en casa con la mesa puesta y la comida solo para servir.

Los dos últimos meses de embarazo, se me hicieron eternos, por varias razones. Me sentía gorda, fea, inútil, y me pasaba la mayoría del día sola, porque Carlos seguía trabajando. Me dio por pensar que estaba liado con Ángela, y que por eso cada día llegaba más tarde, cuando en realidad era que estaba ya en la recta final del curso y estaba de trabajo hasta el culo.

Esa mañana Carlos se había marchado para la universidad un poco antes, tenía una reunión con el decanato para hablar sobre unas becas que iban a sacar nuevas, así que, me quedé durmiendo.

Un dolor me recorrió la espalda, era algo extraño que no había sentido en la vida. Me levanté de la cama y, al hacerlo, noté como un líquido me corría por las piernas. Primero pensé que me había hecho pis, pero al ver el color, me di cuenta de que no era eso, sino que me había puesto de parto. Todavía me faltaban dos semanas para salir de cuentas, pero como todo el mundo sabe, esto no es una ciencia exacta.

Me puse nerviosa, porque además de en la gran puñeta, ya que desde donde estaba mi casa hasta la clínica donde daría a luz, había más de una hora en coche, si a esto le sumamos que estaba sola y que no podría conducir, el llanto me vino solo. ¿A quién llamaba para que viniera? Si lo hacía a Carlos, no me iba a poder atender por la reunión; Nuria, ella estaba en el salón de belleza, y no podía dejar a medias a la clienta que estuviera atendiendo; Pelayo, tampoco podría dejar su trabajo. Me agobié muchísimo, así que, llamé a Adolfo, que me contestó al segundo tono.

—Adolfo, por favor, localiza a Carlos, que me he puesto de parto y estoy sola —le dije llorando.

—Tranquilízate, está en una reunión, pero ahora mismo lo aviso. ¿Has intentado llamarlo tú?

—No, sé que cuando está reunido no atiende el teléfono.

—Cloe, pero esto es una emergencia, llámalo mientras yo lo localizo.

Un tono, dos, tres, diez, y no me cogía el teléfono. Las contracciones eran cada vez más fuertes, así que hice algo que no hubiera hecho en mi vida. Cogí la bolsa que teníamos preparada, salí fuera y llamé a casa del vecino, al que solo conocía de hola y adiós, mientras seguía intentando localizar a mi marido. Como no llegara a tiempo, lo iba a matar, ese era mi pensamiento.

—Vecino, buenos días, no nos conocemos de nada, pero estoy de parto y mi marido no está. ¿Podrías llevarme a la clínica? Yo te pago lo que sea —le dije, mientras que el pobre hombre me miraba sorprendido.

—Para nada, mujer, venga, saco el coche y en un plis estamos en la clínica. Por cierto, me llamo Héctor — dijo, y entonces encontré la forma de agradecérselo, que por otro lado era lo que habíamos decidido cuando supimos que era un niño.

—Pensamos que es un niño, si es así, le pondré tu nombre, como agradecimiento — dije, y él empezó a reír.

—No hace falta, aunque es un nombre muy bonito. Mi madre, que se enamoró de un personaje de una serie que se llamaba así, y aunque mi padre me quería llamar Álvaro, ella no lo consintió.

Fue contándome la historia de como sus padres se habían decidido por ese nombre para que estuviera distraída, hasta que mi móvil sonó.

—¡Te quiero en la puerta de la clínica a la voz de ya, o me vas a oír, Carlitos! —le gritaba, porque en ese momento me estaba dando otra contracción.

—Mi amor, se me olvidó el teléfono en el despacho, cuando Adolfo ha venido a decírmelo y visto la cantidad de llamadas perdidas, casi me da un infarto.

—El infarto me iba a dar a mí, cuando me he visto sola de parto. Gracias a Héctor, el vecino, que me lleva para allá en su coche muy amablemente. Por cierto, el niño se va a llamar como él, no hay discusión.

Cuando mi marido me escuchó, soltó una carcajada, sabía que ese era el nombre elegido casi desde el principio. Colgó la llamada y me dijo que en cinco minutos estaba allí, que Adolfo lo llevaría.

La puerta de la clínica, a mi llegada, parecía la película “Bienvenido Mr. Marshall”, tan solo faltaba la pancarta, todos mis amigos, sin excepción estaban allí, tal y como dijeron que harían, con mi marido a la cabeza.

Decir que me emocioné es poco, mi llanto era como si me hubieran dado una paliza, malditas hormonas que me hacían estar irreconocible. Carlos se acercó le dio las gracias a mi vecino, diciendo que no tendría manera de pagarle lo que había hecho por nosotros, cuando de nuevo me dio otra contracción.

—¿Te importaría dejar el protocolo para luego y llevarme dentro? Como sigas así, tu hijo va a ser mecánico, porque terminará debajo del coche —dije.

Sé que mostraba un tono muy borde y desagradable, pero es que nadie sabe lo que duele esto hasta que no se pone de parto. Y yo decía que quería otro hijo más, un mojón para mí y otro para él, primera y última vez que yo pasaba por esto. Si quería tener más hijos, que los adoptara, porque yo no paría ni una sola vez más.

Casi todas las madres dicen que, una vez que tienes a tu bebé entre los brazos, todo se olvida, pero yo veía difícil que me fuera a olvidar de los dolores tan malos que estaba sufriendo.

—Venga, campeona, vamos a paritorio que el pequeño Héctor ya está aquí, dos empujones y lo plantas en el mundo — dijo Hugo, en cuanto me reconoció.

—¿No me vas a poner la epidural?

—No da tiempo, ya está casi afuera, sería hacerlo sufrir.

Capítulo 13



Efectivamente, si tardo dos minutos más en entrar, lo suelto en la recepción de la clínica. Eso que decían que las primerizas tenían partos largos, pues yo, más que parirlo, lo cagué, porque en cuanto me subieron al potro y empujé dos veces, ya estaba mi niño en el mundo.

—No puede ser más bonito, mi amor. Gracias, por hacerme el hombre más feliz del mundo —me dijo, mientras besaba la cabecita del niño.

—Todo ha merecido la pena, y volvería a pasar por esto una y otra vez si la recompensa es la misma — contesté, con lágrimas en los ojos, por la emoción.

—Cloe, no va a ser necesario cogerte puntos, ha sido un parto limpio, en el que no ha habido que cortar, por lo que, mañana mismo, te daré el alta. Si no hay ninguna complicación, que no lo creo —me dijo Hugo, con una sonrisa.

Tomaron al niño de mis brazos, y se marcharon con él para hacerle la revisión que se les hacían a todos los bebés, quedando en que, en un rato, lo llevarían a la habitación.

En el momento en el que ambos entramos en la habitación que nos habían asignado, aquello era como una feria. A parte de estar todos allí, que no eran pocos, cada uno había ido a comprar algo para el bebé, por lo que me encontré con cestas de productos para el baño, de pañales, un oso gigante que sujetaba un montón de globos azules con su nombre…

—Estáis locos. ¿Cómo se supone que nos vamos a llevar todo esto mañana? —les dije, riendo.

—Pues como lo hemos traído, cogemos uno cada uno, y listo —dijo Pelayo, que sostenía al bebé en esos momentos.

Efectivamente, el día fue un transcurrir de personas y anécdotas que tendría que contarle a Héctor cuando fuera mayor. Una de ellas fue cuando entró Hugo a la habitación, menos mal que Adolfo había salido con Fabio a tomar un café, porque a mi prima y a mi amigo se les cayeron la baba al verlo.

—Estoy por quedarme embarazada solo para me lleve el embarazo semejante espécimen. Joder con el mediquito, está para hacerle un monumento —dijo Nuria, haciéndome reír.

—Y yo te acompaño a las revisiones, porque por mucho que me pusiera un cojín en la barriga, no se la iba a poder colar —contestó Pelayo, haciendo como que se quitaba el sudor de la frente.

—Dad gracias que, ni Adolfo ni Fabio, están aquí, porque íbamos a ser testigos de las rupturas más inmediatas de la historia —dijo Carlos, sin poder parar de reír.

—A ver si te vas a creer que ni tu primo ni tu compañero miran lo que les interesan por la calle, vamos que, si lo hacen, y muchas veces sin importar que esta y yo estuviéramos delante —dijo Pelayo, como si fuera lo más normal del mundo.

A cierta hora, todos se marcharon, y en cierto modo lo agradecí, porque estaba realmente cansada. A Héctor lo íbamos a alimentar con biberón, porque me había subido poca leche, y así tampoco notaría la diferencia cuando tuviera que volver al trabajo, por lo que Carlos me dijo que durmiera, que él se encargaba del niño.

No sé cuándo lo hice, pero al despertar, ya estaba Hugo allí con el alta en la mano, por lo que no dudé en levantarme y vestirme para marcharme.

Nuestros amigos, el día anterior, se habían llevado todo para mi casa, aprovechando que mi marido había ido a ducharse, y lo habían dejado allí.

Preparamos al niño, y salimos de la clínica siendo una familia de tres, de la que me sentía más que orgullosa. A Carlos le habían dado unos días libres, que coincidían con los exámenes finales, que ya había dejado preparados, por lo que Adolfo, que era quien lo sustituiría, solo tendría que corregirlos, y para eso contaría con la ayuda de mi marido, puesto que lo harían en mi casa.

El verano pasó rápidamente, y ese día Carlos empezaba un nuevo curso. Llevaba varios días quejándose de dolor de cabeza, pero decía que todo se debía a la falta de sueño, que todo sería acostumbrarse al bebé, y lo dejamos pasar.

Mi hijo había cumplido ya la cuarentena, y cada vez se parecía más a su padre. Yo no me podía sentir más dichosa por todo, la felicidad me salía por los poros de la piel, porque ignoraba que el destino me iba a asestar una puñalada mortal.

Monté a mi hijo en la sillita de seguridad del coche, y puse rumbo al centro comercial, donde había quedado con Pelayo, ya que necesitaba comprar algunas cosas. Había recuperado mi figura, pero todavía notaba la barriguita un poco flácida, así que estaba poniendo una crema que decían que era muy buena, y me había quedado sin ella.

—¿Dónde está lo más bonito de su tío? —le dijo Pelayo a mi hijo, sacándolo de allí para que lo pusiera en su carrito.

—Gracias por la parte que me toca. Te recuerdo que a mí me conociste antes —le dije, fingiendo celos del bebé.

—Anda, ven aquí y dame un beso, que hace mucho tiempo que no nos vemos a solas.

—Ahora tampoco estamos a solas, que mi pequeña mochila va incorporada conmigo.

—Y bendita mochila, me dirás que tienes quejas de él, si más bueno no puede ser.

—Ni que lo digas, otro como él no me va a salir.

Entramos en el centro comercial, pero primero nos dirigimos a la cafetería, porque tenía hambre y no me había dado tiempo a desayunar. Además, a Héctor le tocaba el biberón en menos de media hora, y no perdonaba, era el único momento en el que veía a mi hijo llorar.

Estaba sacándole los gases al niño, cuando mi teléfono empezó a sonar. Miré que era Carlos, y me dije que ahora lo llamaría. Cuando vi que sonaba otra vez, supuse que era urgente, así que le di el bebé a Pelayo y contesté.

—¿Es usted Cloe, la esposa del profesor Castilla? — dijo una voz de chica que no reconocí.

—La misma. ¿Quién eres y por qué tienes el teléfono de mi marido? — Pregunté, porque no me gustaba que nadie lo tuviera, ya que tenía fotos de nuestro hijo.

—Mi nombre es Carmen Carbonell, soy alumna suya. Su teléfono me lo ha dado el profesor Santos, Adolfo. Verás, su marido ha sufrido un desvanecimiento en medio del pasillo, y se lo llevan en una ambulancia. El profesor Santos va con él. Era para que la avisara de que va para la clínica de su amigo, me ha dicho que le avisara.

—Gracias, Carmen, voy para allá. Si puedes darle el teléfono a Adolfo, bien, si no, déjalo en la secretaría de la facultad, ya pasarán a recogerlo.

Me puse muy nerviosa, y no atinaba a contarle a Pelayo lo que pasaba. Por suerte, Adolfo lo llamó, le dijo para donde iban, y salimos en mi coche para allá. Cogimos el mío porque era donde estaba la sillita del niño, pero condujo Pelayo, porque yo no daba pie con bola.

—Verás que no es nada, eso será del cansancio y del estrés —decía mi amigo, cogiéndome la mano.

—Tengo un mal presentimiento, algo no marcha bien, debería de haberlo obligado a ir al médico cuando me decía lo de los dolores de cabeza.

Cuando aparcamos, acababa de llegar la ambulancia, Pelayo me hizo un gesto de que fuera, que él se ocupaba del niño.

—Tranquila, Cloe, seguro que es lo que dijimos esta mañana, la falta de sueño —me decía, mientras tomaba mi mano.

—Tenías que haber venido antes, no esperar a esto —lo regañaba, con lágrimas en los ojos.

Se lo llevaron dentro, y quedaron en avisarnos cuando tuvieran un diagnóstico claro. Fueron las peores horas de mi vida, y tan solo pensaba en que no podía ser nada grave. Era un hombre sano, que se tomaba la vida sin excesos de ningún tipo, así que tendría que ser eso, el estrés. Trataba de convencerme a mí misma.

Pelayo y Adolfo no se movieron de mi lado, y en poco tiempo llegaron todos los demás. Éramos una piña, para lo bueno y para lo malo. Todos decían lo mismo, que no podía ser nada grave, y yo casi que me lo creí, hasta que salió el doctor.

—¿Es usted la esposa de Carlos Castilla? —me preguntó muy serio, y yo asentí con la cabeza —¿Hay algún otro familiar presente?

—Sí, yo soy su primo, no tiene más familia —dijo Fabio, que me miraba con preocupación.

—Acompáñenme a mi despacho, por favor, lo que tengo que decirles no es para comentarlo aquí, delante de tanta gente.

¿Qué sería lo que nos tenía que decir? ¿Acaso no estaba Carlos bien? El camino hasta el despacho se me hizo como si estuviera haciendo el camino de Santiago, hasta que llegamos y nos invitó a sentarnos.

—Verá, en una de las pruebas que le hemos practicado a su marido, hemos detectado una masa en el cerebro. Todavía no podemos decir si es mala o no

con seguridad, pero todo apunta a que sí. Por ello, vamos a preparar todo para intervenirlo el lunes a primera hora.

Cuando escuché esas palabras el mundo se me cayó encima. No podía dejarme, no ahora con lo felices que éramos con nuestro hijo.

—¿Qué probabilidad tiene…

—¿De vivir? No se lo puedo decir ahora mismo, todo depende de la operación que le vamos a realizar, y de si hay metástasis o no. Por eso la hemos programado para el lunes, porque antes tendremos que hacer muchas más pruebas.

Salimos de allí llorando con el corazón encogido. Él no se merecía morir tan joven, no con un niño tan pequeño, no cuando tenía toda la vida por delante.

Al llegar a la sala de espera, y vernos nuestras caras, nuestros amigos se pusieron a llorar, y más cuando les dijimos lo que había. No me quería separar de mi niño, pero tampoco quería dejar a mi marido solo, por eso me decidí a hablar con el médico.

—No es lo habitual, pero visto el caso, le daremos permiso para que permanezcan los dos en la habitación a la que lo vamos a subir, que es la doscientos siete. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para salvarlo, téngalo claro — dijo el médico.

Nuria se negó a que el niño permaneciera allí, era muy pequeño y podía coger cualquier virus, por eso se lo llevó con ella y con Fabio, prometiendo que lo acercaría todos los días a la habitación para que su padre lo tuviera en brazos durante el tiempo de las visitas.

Me enjugué las lágrimas antes de entrar, él me tenía que ver fuerte, aunque cuando se durmiera me fuera al pasillo para hartarme de llorar, pero no delante suya.

—Ya está aquí tu peor pesadilla —le dije, con una sonrisa, haciendo de tripas corazón.

—Está aquí lo mejor que me ha pasado en la vida, junto a mi hijo.

—¡Qué filosófico, hijo mío!

—Escúchame bien, sé que me voy, pero quiero que sigas adelante, que vivas por mí, por nuestro hijo.

—No digas eso, Carlos. Estás en las mejores manos. Seguro que todo queda en un mal sueño dentro de unos meses —le dije, con un nudo en la garganta.

—Ojalá, pero tengo claro que no va a ser así. Busca a un buen hombre, que te ayude con la crianza de Héctor, que lo haga ser una buena persona, y no te olvides de hablarle de su padre, porque no podré verlo crecer en la tierra, pero lo protegeré desde donde esté.

Llegados a este punto, ninguno de los dos pudo aguantar más, y nos abrazamos llorando, diciéndonos lo mucho que nos queríamos y la suerte que habíamos tenido de poder haber vivido un amor tan intenso.

Capítulo 14



Durante esos días, le realizaron miles de pruebas, pero hasta no tener algo concluyente, no nos iban a decir nada. Nuria se encargó de llevar al niño cada tarde, y en el tiempo que estaba allí, su padre, con las pocas fuerzas que le quedaban, lo cargaba y le hablaba con todo el amor del mundo.

Escucharlo decir que cuidara mucho de mí, que él lo estaría viendo crecer desde donde estuviera y que, cuando fuera un poco más mayor y mirara al cielo, recordara que su padre estaría en una estrella, sentado, viendo como se hacía un hombre, me mataba.

Esa mañana estaba un poco más cansado de lo normal, por lo que la pasó prácticamente durmiendo. Le habían puesto unos calmantes en vena, para que pudiera soportar los dolores de cabeza que tenía.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —me dijo el doctor que lo estaba tratando, llevándome hasta su despacho —Por desgracia, no se puede hacer nada. Someterlo a esa operación sería hacerlo pasar por algo que no serviría para nada. Ni siquiera la quimioterapia sería efectiva, tiene metástasis por todo el cuerpo —me dijo, y sentí como mi cuerpo se quedaba completamente flojo, como mi corazón se hacía pedazos.

—¿Qué alternativa hay para que no sufra? Si su partida no se puede evitar, por lo menos que lo haga de la manera más tranquila posible —dije, sin poder parar de llorar.

—Sedarlo, si le aplicamos una sedación más fuerte de la que tiene, no notará nada, se irá quedando profundamente dormido hasta que se vaya.

—Hágalo, pero deme un rato para que pueda despedirse de nuestro hijo —le pedí al doctor, que me dijo que se la pondrían en una hora.

Llamé a Nuria, con un nudo en el corazón que creí que me iba a matar, le conté todo lo que me habían dicho, y le pedí que trajera al niño.

Salí al pasillo a esperarla, quería que este fuera un momento para nosotros solos, como familia, y sabía que ni Nuria, ni ninguno se opondría, ya luego podrían entrar a decirle adiós.

—Mira a quien tenemos aquí, papi, ha venido a que le des un beso —le dije, haciendo de tripas corazón, no quería que la última imagen que tuviera mía fuera llorando, si no que se fuera con nuestra imagen como familia en la retina, ya lloraría luego.

—Mis dos amores —dijo a media voz y con lágrimas en los ojos.

Lo tomó en sus brazos, lo acunó y lo colmó de besos. Cuando vio que ya no tenía fuerzas para sostenerlo, me lo dio, no sin antes indicarme que me acercara, y me besó en los labios. No podía decirme nada con palabras, no le salía la voz, pero me lo dijo todo con esa mirada y ese beso.

El médico entró en ese momento, para decirle que le iban a poner algo más fuerte para que pudiera soportar el dolor. Me miró y una lágrima se resbaló por su mejilla, era completamente consciente de que se iba, y ya no pude aguantar más.

Dejé que entraran los demás, que no estaban mucho mejor que yo, pero entre todos nos sujetábamos. Él estaba completamente dormido, pero su respiración cada vez era más espaciada, hasta que llegó el momento en el que no respiró más, y ahí sí que no pude esconder mi dolor.

Nuria llamó a la chica de Dulce, que estaba libre, pero decía que ella no lo había conocido lo suficiente como para estar ahí en ese momento, y le preguntó si se podía quedar con Héctor. Ni lo dudó, y en menos de diez

minutos estaba allí para recoger al niño. Por suerte, mi hijo no extrañaba con nadie, así que supe que estaría bien, por él no me tenía que preocupar, por lo menos no de momento.

Todos los planes que teníamos se habían ido al traste. No pudimos celebrar nuestro primer aniversario de bodas, no podría ver las primeras navidades de su hijo, y todos nuestros buenos momentos, pasaron ante mis ojos en ese instante.

—¿Qué voy a hace ahora? ¿Cómo voy a vivir sin él? —era lo único que salía de mis labios cuando llegamos al tanatorio.

—Seguir adelante, tal y como él te pidió. Vivir todo lo que él no va a poder, y hablarle a tu hijo de la gran persona que era su padre —me dijo Fabio, quien también lo iba a extrañar muchísimo.

Aquello se convirtió en un ir y venir de conocidos, compañeros e incluso alumnos, todos se acercaban a mí, para darme el pésame y hablarme de lo bueno que era. La última persona que esperaba que apareciera por allí era Ángela, pero lo hizo, abrazándose a mí y pidiendo perdón por lo que había dicho.

Llegó un momento en el que todo me sobraba, tan solo me senté delante del cristal a mirarlo, como si estuviera durmiendo. Seguía sin saber como lo iba a hacer, tenía claro que tendría que salir adelante, nuestro hijo me necesitaba, pero era como si una parte de mí se hubiera ido, como si me faltara el corazón.

Él había dejado un testamento vital, en el que expresó que quería que lo incineraran y enterraran sus cenizas en el jardín, donde quería que plantáramos un árbol, para que lo recordáramos siempre, como si fuera fácil olvidarlo.

Cuando nos dieron las cenizas, todos nos fuimos hasta mi casa. Entrar en ella, donde habíamos pasado momentos tan felices, se me hacía un mundo. Cada rincón de ella hacía que viniera un recuerdo, y eso me estaba matando. Fabio fue el encargado de todo, porque yo no sabía ni donde estaba de pie.

El momento en el que mi hijo lloró, fue el que me sacó del trance en el que me encontraba, y al cogerlo y ver lo mucho que se parecía a su padre, fue el detonante para que mis ojos se convirtieran en dos compuertas abiertas.

Contaba con la presencia de todos ellos, y solo por eso era muy afortunada, sin contar con el tiempo que habíamos pasado juntos. Todo lo hicimos rápido, salir, convivir en la misma casa, casarnos, tener un hijo, era como si algo nos hubiera dicho que aprovecháramos el tiempo, que se nos escapaba entre los dedos.

Esa noche, Fabio y Nuria se quedaron conmigo, Pelayo y Adolfo lo intentaron, pero no quería tanto jaleo. Si por mí hubiese sido, me habría quedado sola con mi hijo, pero no me lo permitieron, dijeron que ellos se encargarían del niño mientras yo sacaba todo lo que tenía dentro.

Me dejaron a mi aire durante unos días, en los que ni siquiera sabía que hora era o si a mi hijo le habían cambiado los pañales o no, hasta que consideraron que ya era suficiente.

—Se acabó, Cloe. Entiendo que tienes que estar rota, porque todos lo estamos, cuanto más tú, que lo amabas con toda tu alma. Te hemos dejado unos días para regodearte en tu dolor, ahora toca salir de esa cama, y ser fuerte, tu hijo te necesita —me dijo Nuria, levantando la persiana que llevaba echada desde que entré después de enterrarlo en el jardín.

—No puedo, Nuria, no tengo las fuerzas suficientes para enfrentarme a este dolor —respondí, llorando.

—Pues tienes que sacarlas del fondo de tu corazón. A Carlos no le gustaría verte de este modo. Así que, venga, a la ducha y a ocuparte de tu hijo, que ha perdido a su padre, pero su madre sigue vivita y coleando.

No tuve más remedio que hacerle caso. En cuanto que me vio entrar por el salón, me puso al niño en mis brazos, cogió a Fabio por el suyo y me dejaron sola. En ese momento, me pareció una crueldad que le hicieran eso a mi hijo, pero con el paso de los días, me di cuenta de que lo habían hecho por mi bien, o no hubiese salido del pozo en el que estaba sumergida en mi vida.

Tenía un ritual, cada noche, antes de irnos a dormir, porque puse la cuna del niño en nuestro cuarto, me acercaba al árbol donde reposaban sus cenizas, con nuestro hijo en brazos, y le contaba como nos había ido el día.

Os puede parecer una locura, pero fue la única manera que encontré de salir adelante. Cuando terminaba, le deseaba buenas noches y me despedía hasta el día siguiente. Así lo sentía cerca, era como si una parte de él continuara con nosotros.

Por las noches, en mi cama, no podía evitar que las lágrimas salieran a borbotones, lo echaba de menos, sus caricias, sus besos, su forma de cuidarme, estaba segura de que no encontraría nunca a nadie como él, por mucho que me dijera que buscara una pareja, si no era igual que Carlos, no me valía.

Día a día y semana a semana, el tiempo iba pasando. De todos los temas legales se ocuparon Dafne y Rodrigo, ellos fueron los que hicieron la verificación del testamento, tramitaron la pensión de viudedad y todo lo necesario.

Yo solo salía para ir a comprar lo que Héctor necesitaba, y lo hacía en el menor tiempo posible, porque no quería que nadie me parara y me hablara de él, eso me rompía por dentro. No había vuelto a trabajar, con la pensión que me había quedado y el dinero que teníamos ahorrado, no me hacía falta, para nosotros dos teníamos más que de sobra, así que no lo iba a llevar a la guardería, separarme de mi niño en estos momentos, me terminaría de hundir.

Casi sin darnos cuenta, había llegado la Navidad, y mi hijo ya tenía casi seis meses. Eran sus primeras fiestas, y no pude evitar acordarme de lo que habíamos planeado, de como las viviríamos, pero ya no estaba. Como era muy pequeño aún, ni me planteé hacer nada, ni adornos, ni comida ni nada por el estilo. La pasaríamos él y yo, solos, y luego iríamos a hablar un ratito con su padre.

—¿Tienes pensado ya como vamos a pasar la Navidad? —me preguntó Nuria, que venía todas las tardes a mi casa.

—¿Navidad? ¿Crees que tengo ganas de Navidad? Vamos, no me jodas.

—No puedes seguir así, Cloe. Tu hijo no tiene la culpa de lo que ha pasado.

—Mi hijo todavía es muy pequeño, el año que viene me lo plantearé, pero este año todo lo que sean fiestas, están de más para mí.

—Vendremos todos a cenar contigo, eso no hay ni que discutirlo.

—No, no quiero a nadie aquí. Ese día es de alegría, como la última que pasamos todos juntos, y yo solo tengo ganas de llorar.

—Vas a terminar enferma y, entonces, ¿quién se ocupará de Héctor?

—Déjame en paz, Nuria. He dicho que no, y es que no. ¡A ver cuando coño vais a respetar mi duelo! —le grité, porque ya no podía más.

—Si lo que pretendes es echarme hablándome de ese modo, vas a conseguir todo lo contrario. No te estoy diciendo que cantemos ni bailemos, solo que cenemos todos juntos, en esa misma mesa en la que lo hicimos con él, que es lo que a Carlos le gustaría.

—Está bien, cenáis y os vais, no quiero árbol ni regalos. Una cena como cualquier otro día.

—De eso nos encargamos nosotros, tú solo quítate el pijama y ya, que vas a terminar con uno de ellos tatuados en la piel.

—Claro, el traje de brillo me voy a poner. Por cierto, a ver si Fabio viene y se lleva los trajes de Carlos, estoy segura de que le encantaría que su primo los utilizara. Yo tan solo me voy a quedar con un par de prendas para cuando nuestro hijo sea mayor, lo demás puede venir a recogerlo cuando quiera.

Y es que, abrir el vestidor y ver toda su ropa, cada vez era peor, por eso necesitaba que se la llevaran, que le dieran uso, aunque no sé si sería peor verla colgada o verla puesta a Fabio, con lo que se parecían los dos.

Capítulo 15



Cuatro años después…

Habían pasado cuatro años desde la trágica partida de Carlos, con él se fue mi casa, mi paz, pero no tuve más remedio que seguir adelante, por mí, que no podía seguir así, vagando como un alma en pena, por nuestro hijo, que no se merecía tener una madre ausente. Aunque seguí adelante, jamás volví a ser la misma, ni a reír de la misma manera, por mucho que mi hijo me sacara una carcajada de vez en cuando.

El árbol que plantamos sobre las cenizas de mi marido ya estaba grande y daba sombra, por lo que, en muchos momentos, Héctor y yo nos sentábamos bajo su copa, apoyada en su tronco, y le leía a mi hijo sus cuentos favoritos. Era como si su padre, en cierto modo, estuviera presente.

Héctor supo en todo momento quien era su padre y, tal y como él le había dicho siendo un bebé de pocos meses, le conté que estaba en la estrella más brillante que había en el cielo.

—Hoy papá tiene que estar cansado y se ha ido a la cama, porque no hay ninguna estrella —me decía, cuando la noche estaba nublada, o amenazaba lluvia.

—Seguro, cariño. Esta noche todos se han quedado dormidos —le respondía yo, en cuyos ojos se podía ver lo mismo que en el cielo, amenaza de lluvia en forma de lágrimas.

Mi hijo ya había empezado a asistir a la escuela, por lo que yo volví al trabajo. No tenía el mismo horario de antes, por supuesto, ya que entraba cuando lo dejaba en el colegio y salía justo antes de recogerlo, para pasar la tarde con él.

Esa mañana estaba en la recepción del salón de belleza, esperando a que llegara mi próxima cliente, cuando lo vi entrar. Era un hombre que desprendía un aura especial, y con unos ojos que transmitían una tranquilidad pasmosa.

Me quedé sin saber que hacer ni que decir, hasta que él rompió el hielo, y creo que eso fue incluso peor. ¿Qué me pasaba? ¿Cómo podía mirar a ese hombre de esa manera?

—Buenos días, tenía cita para un corte de pelo y una manicura —dijo, con un tono amable, pero que irradiaba seguridad, todo lo contrario, a mí.

—Buenos días, ¿me dice su nombre, por favor? —le contesté, para comprobar que estuviera en la agenda del día.

—Por supuesto, Rodrigo Álvarez — dijo, con una sonrisa.

—Un segundo, señor Álvarez, mi compañera está a punto de llegar, ha salido para hacer algunas gestiones. Siéntese, por favor —ni la voz me salía, era como si se me hubiera quedado atascada en el fondo de mi garganta.

—Sólo Rodrigo, si es usted tan amable, señorita… o señora, que veo que lleva alianza.

—Señorita, soy viuda. Y si quiere que me dirija a ti como Rodrigo, yo solo seré Cloe. Ahora, si me disculpa, acaba de entrar mi cita.

Entré con mi clienta a mi cabina, mientras veía como Nuria se acercaba por el cristal del escaparate del local. Cerré la puerta a cal y canto, tan solo esperaba que fuera la propia Nuria, que al parecer lo conocía, la que se encargara de hacerle también la manicura. Ese hombre me imponía, y mucho, y no entendía el motivo.

—Cloe, Rodrigo está esperando para la manicura, estaba incluido en tu agenda —me dijo Nuria con una sonrisa que no me gustó nada.

—¿Me dará tiempo? Sabes que tengo que ir a recoger a Héctor al colegio —le pregunté, quería evitarlo por todos los medios, pero no me lo permitió.

—Sí, Adolfo y Pelayo me acaban de llamar para decirme que lo recogen ellos. Al parecer se les olvidó comentarte que hoy lo llevarían al cumpleaños del sobrino de Adolfo.

—Está bien, pero hazme un favor, diles que lo traigan antes aquí, quiero verlo.

Me había vuelto tan protectora con mi hijo, que no era capaz de pasar más de un rato sin verlo. Por otro lado, intentaba que pasara tiempo con todos nuestros amigos, por una simple razón. Si a mí me pasaba algo, no quería que se sintiera rodeado de extraños, si no que se sintiera en familia, y eso lo estaba consiguiendo.

—¿Tienes un hijo? —me preguntó, bastante interesado.

—Sí, se llama Héctor y tiene casi cinco años. Es la razón por la que todavía estoy de pie. Pienso que, si él no hubiera estado en mi vida, quizás no hubiera podido seguir adelante —no sé por qué, pero tuve la necesidad de contarle todo a Rodrigo.

—Deduzco, entonces, que estabas muy enamorada de tu marido, además de que es algo reciente.

—Hace ya cuatro años, cuando se marchó —me negaba a decir la palabra fallecido —, nuestro hijo tenía solo dos meses. Fue rápido, pero tremendamente doloroso.

—¿No has tenido otra pareja desde entonces?

—Ni creo que la vaya a tener nunca. Sería como si lo estuviese traicionando, y eso me mataría por dentro.

—No puedes cerrarte a vivir sin amor, Cloe. Eres joven y muy bonita, si me permites decirlo, además, estoy completamente seguro de que tu marido no te querría ver así. ¿Estoy equivocado?

—No, antes de partir me dijo que buscara un buen hombre que me ayudara con la crianza del niño, pero ¿cómo puedes estar tan seguro?

—Porque yo haría lo mismo. No me gustaría, desde donde fuera que estuviese, ver a mi pareja llorar y no disfrutar de lo que ella puede y yo no —con esa reflexión, me dejó con las patas colgando, porque era como si estuviera escuchando a Carlos hablar.

—Pero dejemos de hablar de mí, o te irás de aquí con un doctorado en Cloe Suarez. ¿Tienes mujer, pareja, novia…? —le pregunté, intentando darle la vuelta a la tortilla.

—Eso quisiera mi madre. La verdad es que solo he tenido una novia formal, pero me dejó plantado en el altar, prácticamente, y se fugó con su monitor de zumba, pero eso fue hace muchos años.

—Deduzco, por lo cual, que eres un picaflor.

—No, para nada, después de eso me volví muy selectivo con las mujeres. Digamos que, todavía, no ha llegado la mujer que mueva mis cimientos.

—Pues a este paso, la vas a conocer en el geriátrico —por primera vez, desde que Carlos se fue, reí de esa manera, y me fustigué a mí misma por hacerlo.

—No pares, tienes una risa preciosa. Apuesto a que eso fue una de las cosas por las que se enamoró de ti.

Cada vez era más difícil continuar con esa conversación, y agradecí la interrupción de mi hijo en esos momentos, que llamó a la puerta para ver si podía entrar.

—Pero bueno, mira quién ha venido a verme. Dame un abrazo y un beso enorme, que te he echado de menos —le dije a mi hijo, abriendo los brazos y

dejando la manicura de Rodrigo durante unos momentos.

—¿Eres Héctor? —le preguntó, sonriente.

—¡Vaya, como te pareces a mi padre! —le contestó el niño, que había visto las fotos por toda la casa desde que nació.

—Ah, ¿sí? Pues entonces, tengo que ser muy guapo, porque tú te tienes que parecer a él, y lo eres.

—Eso dice mi madre, que soy igualito que él, y tú me lo recuerdas mucho. ¿Cómo te llamas? —le preguntó mi hijo, yo seguía en shock.

—Me llamo Rodrigo, y espero verte más a menudo.

—Pues como no vengas a mi casa o me veas aquí… mi madre no suele salir nunca —le contestó mi hijo, y el me miró con una ceja arqueada.

Mi hijo, sin que nadie le dijera nada, fue a darle un beso en la mejilla, que Rodrigo le correspondió, con una sonrisa.

—Pásalo bien en el cumpleaños, y hazle caso a Adolfo y a Pelayo —quise zanjar esa conversación que tan incómoda me estaba resultando.

—Mamá, sabes que siempre me porto bien, no sé para qué me lo dices… — contestó, llevándose las manos a la cabeza, en señal de desesperación, y ambos soltamos una carcajada.

Otra vez tenía esa sensación, que por un lado me agradaba, pero por otro, me dejaba un mal sabor de boca. Para mí, era una traición a mi marido, y eso no podía sacarlo de mi cabeza.

Terminé con la manicura de Rodrigo, que siguió mostrándose muy amable, y salimos de la cabina. Mi hijo ya se había marchado con mis amigos, por lo que decidí quedarme en el salón de belleza ayudando a Nuria. Cuando estaba en mi casa sola, se me hacía un mundo, por eso procuraba que no ocurriera casi nunca.

—Encantado, Cloe. Vendré a menudo, me has dejado las manos fantásticas. Nuria, un placer, como siempre —dijo, despidiéndose, y dándonos la mano a cada una.

—Igualmente, Rodrigo —contesté, algo azorada.

—El placer es nuestro, como te digo siempre —le dijo Nuria, que me miraba sonriente.

En cuanto que se marchó, miré a mi amiga, a la que no se le iba la sonrisa de la cara, y se lo reproché.

—No sé por qué me miras así.

—Porque hacía mucho que no te veía reír de ese modo. Este hombre me gusta.

—Pues para ti, aunque no creo que a Fabio le haga mucha ilusión saberlo.

—Para mí, no. Me gusta para ti, porque en un momento, he sentido que volvía la Cloe que conocía, y me ha sacado una sonrisa.

—Esa Cloe no volverá nunca, y más vale que te lo metas en la cabeza.

—¿Por qué te haces esto? ¿No ves que tienes toda la vida por delante y la estás malgastando tontamente? ¿Piensas que a Carlos le gustaría verte así? Porque ya te digo yo que no.

—Tú lo has dicho, es mi vida. Carlos no está aquí para reprocharme nada, por mucho que quisiera que estuviera a mi lado —le contesté, y rompí a llorar.

—Está bien, tú sabrás lo que haces, pero tu hijo no se merece vivir de esta manera.

—Deja al niño a un lado, no trates de hacerme chantaje emocional con él, porque no lo vas a conseguir.

Cogí mi bolso y me marché, me senté en la terraza de enfrente, donde podía disfrutar de los rayos de sol que, en ese frío día, se sentían estupendamente. No me di cuenta, puesto que tenía los ojos cerrados, de que Nuria se había sentado a mi lado.

—Perdóname, ¿vale? Solo quiero que vuelvas a vivir, no que veas la vida pasar, como estás haciendo ahora.

—No puedo vivir, no sin Carlos a mi lado, sería como traicionarlo —le dije, envuelta en llanto.

—Para nada, no puedes pensar así. Mientras estuvisteis juntos, fuisteis el uno para el otro, pero él ya no está, por mucho que nos duela, y la vida tiene que seguir adelante. Eres muy joven, Cloe, y te mereces volver a conocer el amor.

—¿Y si no puedo querer a nadie de la misma manera que lo quise a él? ¿Y si me vuelve a pasar lo mismo? No sería capaz de remontar de nuevo.

—Con respecto a lo primero, será lo más probable, pero eso no significa que no vayas a sentir amor por esa persona. Piensa que el primer amor siempre se queda en nuestros corazones…

—Pero, no sería justo para esa otra persona.

—¿Por qué no? Además, en todo caso, sería él quien tuviera que decidirlo, no tú. Y con respecto a la segunda, ¿qué probabilidades hay de que te vuelva a suceder? ¿Una entre un millón? Si nos parásemos a pensar en todo lo que nos puede hacer daño, para tratar de evitarlo, no podríamos vivir, y eso es justamente lo que tú estás haciendo con tu vida.

—No tengo fuerzas para conocer a nadie. Tan solo quiero centrarme en que mi hijo sea feliz, nada más.

—Pero es que, tu hijo, para ser feliz, necesita que su madre lo sea, y créeme cuando te digo que no lo eres.

Con esa frase dimos por concluida esa conversación. Una que sabía que me daría muchos dolores de cabeza, porque yo era así, de las que le da mil vueltas a todo.

Capítulo 16



Rodrigo

La había visto varias veces, concretamente, cada vez que había ido a cortarme el pelo a ese salón de belleza. Todo empezó como una casualidad, pero será mejor que empiece por el principio…

Mi nombre es Rodrigo Álvarez, y, a mis cuarenta años, soy un empresario madrileño que se ha hecho a sí mismo, hasta llegar a lo más alto. Mi familia era de clase media–baja, bueno, en realidad mi madre, porque siempre hemos sido ella y yo, enviudó cuando yo tenía poco más de dos años, y no volvió a casarse. Ella fue la encargada de que yo no tuviera ninguna carencia, de ningún tipo, ni afectiva ni económica, aunque para ello trabajara casi de sol a sol en nuestra panadería.

Estudié empresariales, y me dediqué de lleno al tema de las inversiones inmobiliarias. Al principio tuve miedo, porque arriesgaba mucho, más de lo que tenía, y si aquello no salía bien, me podía ver endeudado para el resto de mis días. Afortunadamente, la jugada fue una jugada maestra, a pesar de que me tuve que patear todos los bancos hasta encontrar uno que pusiera en mis manos un préstamo de una cantidad elevadísima, que me sirvió para comprar y reformar mi primer edificio, para después venderlo como oficinas.

A partir de ahí, me convertí en un tiburón de los negocios, y así mismo era conocido entre el resto de los empresarios que se dedicaban a lo mismo que yo, como “Tiburón Álvarez”.

Ese día, había acudido al barrio donde tenía el salón de belleza Nuria, de la que me había hecho buen amigo, sin desvelar mi posición, por supuesto. La vi salir de allí, con esa sonrisa melancólica que tanto me recordaba a mi madre, y era como si la conociera de toda la vida, como si hubiéramos compartido algo, no sé explicarlo.

Hacía cuatro años que era una persona completamente diferente. Tuve una enfermedad cardíaca, que se zanjó con un trasplante, y era como si mi corazón la hubiera reconocido, porque empezó a latir más fuerte. Mentiría si dijera que no me asusté, lo hice, y mucho, por lo que me monté en el coche y salí pitando de allí.

Esa imagen, la de esa mujer saliendo del establecimiento, se repetía en mi mente, una y otra vez, como si estuviera en bucle, y eso me estaba matando por dentro.

—Alonso, ¿puedes venir a mi despacho? —le dije aquella mañana a mi mejor amigo y mano derecha en los negocios, a través del interfono que nos comunicaba.

—Termino de hacer lo que estoy haciendo, y voy.

—No tardes, por favor.

Me sentía inquieto, como si mi cuerpo quisiera ir en una dirección y mi cabeza en otra. No me había pasado eso en la vida, y empezaba a preocuparme.

Había tenido una mala experiencia con mi novia de toda la vida, esa que me dejó plantado a pocas semanas de la boda, largándose con su monitor de zumba. A partir de ese momento, me volví muy selectivo con las mujeres, y pocas habían sido aquellas con las que había tenido algo más que un rato de cama, por eso no entendía lo que me estaba pasando.

—Ya estoy aquí —dijo Alonso, entrando por mi despacho y sacándome de mis pensamientos.

—Tengo un problema, y no es laboral, no te preocupes por eso —le dije, y algo en su rostro se tornó en preocupación, pensando que era algo de salud, por eso se lo aclaré —. Ni de salud.

—Pues como no sea mal de amores… Y lo dudo, porque tú no gastas de eso —dijo divertido, aflojando los gestos de su cara.

—Precisamente eso, aunque yo no lo llamaría de esa forma, todavía al menos.

—¿Qué me estás contando? Habla ahora o calla para siempre — dijo, haciendo alusión a lo que se decía en las bodas, porque tenía un sentido del humor algo irónico y especial.

—No me seas más cabrón, que estoy preocupado.

Empecé a contarle todo lo que había sentido desde que la había visto, como mi corazón había latido más fuerte, como los nervios se habían hecho presente durante toda la noche… Y él se doblaba de la risa, empezando a cabrearme.

—No entiendo dónde está la gracia. Si lo llego a saber, no te cuento nada. Pensé que me ayudarías, no que te cachondearías de mí — dije, evidenciando el cabreo que sentía.

—Perdón, perdón, pero es que te has puesto muy profundo, muy profesor de literatura — dijo, juntando sus manos a modo de plegaria.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Por supuesto que sí, eso no lo tienes ni que dudar.

—Estoy hecho un lío. Mi cuerpo me pide ir a ese sitio y conocerla, mientras mi mente me dice que me esté quietecito, que la cosa es más complicada de lo que se ve.

—En mi humilde opinión, te diré, que yo solo le veo dos opciones a lo que has sentido. La primera, que sea un flechazo, la has visto y te has enamorado

de ella…

—Esa no me vale, sabes que yo no creo en esas cosas. Dale con la segunda, a ver si es un poquito más coherente.

—Tu corazón la ha reconocido porque siempre ha estado enamorado de ella. Sabes que, desde que te hicieron el trasplante, has cambiado mucho. ¿Con cuantas mujeres te has acostado desde que sucedió eso?

—No sé, cuatro o cinco, quizás, no me he parado a contarlas.

—Exacto, y antes de eso, ese sería el número de mujeres que pasarían por tu cama a la semana. No pretendo asustarte, pero yo que tú, investigaría por si acaso. Por lo menos, trataría de ponerme delante de ella, a ver si ella siente lo mismo.

Estábamos investigando cosas sobre el salón de belleza, cuando entró Fabio, uno de nuestros mejores empleados. Antes trabajaba para otra empresa, en Roma, pero desde hace algunos años, lo hacía con nosotros.

—Rodrigo, tengo aquí la documentación que me… ¿Qué coño hacéis mirando el local de mi novia? ¿No pretenderéis comprar la finca y dejarla en la calle? Porque no lo pienso consentir —nos dijo, bastante enfadado.

—¿La chica que trabaja allí es tu novia? —pregunté, completamente decepcionado, porque si ese era el caso, no la miraría más.

—Una de ellas, ¿por?

—¿Cuál? Dile que no es la morena de rizos, por lo que tú más quieras.

—¿Cloe? ¿Cuándo dices la morena de rizos te estás refiriendo a ella? —preguntó, asombrado.

—No sé como se llama. La vi ayer salir de allí, a mediodía, y montarse en un coche para salir con bastante prisa.

—Iría a lo justo para recoger a su hijo al colegio, sí, es ella — contestó Fabio, con una sonrisa un tanto especial en sus labios. Le tenía muchísimo cariño, estaba claro.

—¿Está casada? ¿Tiene pareja? ¿Es madre soltera? —solté esa batería de preguntas casi sin respirar.

—Para el carro, que has cogido carrerilla y te vas a ahogar — contestó Alonso, que miraba a Fabio con complicidad.

—Es viuda. Su marido murió cuando no llevaban ni un año de casados, dejándola con un niño prácticamente recién nacido. Era mi primo —me contaba Fabio, cuyos ojos se anegaron de lágrimas, que no se permitió derramar.

—Joder, sabía que sería más complicado de lo que parecía —dije, llevándome las manos a la cabeza.

—Y tanto que es complicado. Se ha negado a sentir después de aquello. Está volcada en su hijo, y trabaja para no sentirse sola entre las paredes de su casa. Lo hemos intentado todo, porque estoy seguro de que a Carlos no le gustaría que ella estuviera así.

—¿A qué se dedicaba él? —pregunté, con un nudo en la garganta que no sabía por qué tenía.

—Era un escritor muy famoso, y profesor de literatura de la universidad. En una de las plataformas de televisión, adaptaron dos de sus obras como series, la última a título póstumo.

Alonso y yo nos miramos. ¿Y si era su corazón el que me habían puesto? No me atreví a preguntarle eso a Fabio, sería como clavarle un puñal, así que me lo callé.

—Tengo que llegar a ella de alguna manera —dije en voz alta, más para mí, que para nadie.

—Pues conmigo no cuentes, lo intenté una vez, que le presenté a un amigo mío durante una de las barbacoas que hacemos en su casa, y se llevó dos meses sin dirigirme la palabra. Media vida me costó que volviera a hacerlo —dijo Fabio, santiguándose.

—Pues lo haré yo solo. Iré por allí, casualmente, y tantearé el terreno. No le diré a nadie que soy tu jefe, así cuando se enteren, ambos nos haremos los sorprendidos. No mencionaré nada del trabajo, estate tranquilo —le dije, y empecé a trazar mi plan.

Recogí mis cosas y me marché para comer con mi madre. Si alguien sabía como se sentía ella, esa era Lola, que había pasado exactamente por lo mismo que Cloe. Me encantaba su nombre, era muy acorde a ella, a su manera de andar, elegante y sencilla.

—Anda, el hijo pródigo ha vuelto a casa — contestó mi madre.

—No me seas dramática, doña Lola, que vengo a verte todas las semanas —dije, dándole un beso en la mejilla.

—Y te parecerá bonito, como si lo viera. ¡Una vez a la semana a ver a su madre! Seguro que será porque quieres algo.

Ella era así, impulsiva, intuitiva, y no se callaba nada ni debajo del agua. No tenía filtros. Todavía recuerdo cuando le presenté a mi novia, de la que me dijo, delante de sus narices, que era un putón verbenero que me iba a dejar en cuanto tuviera oportunidad, y no se equivocó.

—Pues sí quiero algo, tu opinión sobre un asunto.

—No me vayas a decir que es algo de salud, porque me caigo en redondo. En mi memoria todavía está esa pregunta del trasplante, y me tiemblan hasta las piernas.

Se sentó en una silla, cogiendo un folleto para abanicarse, se había puesto hasta blanca, por lo que me senté a su lado, tomando sus manos y mirándola a los ojos.

—Tranquila, no es nada de eso. He visto a una chica, y me ha llamado la atención. He podido averiguar, por personas que tenemos en común, que es viuda, con un niño pequeño…

Le conté a mi madre todo lo que Fabio me había dicho sobre ella, y vi la comprensión en sus ojos. Cuando le expliqué mis sospechas sobre que su marido podía haber sido el donante, una lágrima corrió por su mejilla, que ella se quitó corriendo, intentando aparentar que no sentía nada.

—Si eso que me estás contando es cierto, es lo más bonito que he podido escuchar nunca. A pesar de la muerte, el corazón de su marido la ha vuelto a reconocer. Ojalá me hubiera pasado eso mismo con tu padre, pero por desgracia, ni eso pudimos salvar de él.

—No sé qué hacer, mamá. Es como si algo me llamara, estoy muy confundido.

—Lo primero que tienes que hacer es tener paciencia, y mucha. Por lo que me has contado de ella, estaba muy enamorada, y sentirá que lo traiciona si se fija en ti.

—Lo sé. De lo que no tengo ni idea es de como acercarme a ella.

—Pues lo tienes muy fácil, a través del centro de belleza. Ve a cortarte el pelo allí, hazte amigo de sus amigos, entra en su vida despacio, casi de puntillas.

—Llevo cortándome el pelo en el mismo sitio desde que fundé la empresa, mamá.

—Y ya va siendo hora de que lo cambies, te corta el pelo a mordiscos, pero nunca he querido decirte nada.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de mi madre, por lo que me sacó una carcajada. Le haría caso, porque no había nadie más sabio que una madre, y sobre todo si había pasado por lo mismo.

Capítulo 17



Rodrigo

Estuve yendo por el salón durante varios meses, pero siempre por la tarde, porque sabía que no coincidiría con ella. Todavía no era el momento, antes tenía que hacerme con su círculo, que vieran que era un buen hombre que no le haría daño a su amiga.

—Hombre Rodrigo, ¿otro corte? —me preguntaba Nuria, con una sonrisa.

—Ya toca, sabes que no me gusta tener el pelo largo —le contesté, y era verdad. Había cambiado de peluquero, pero acudía con la misma frecuencia, aunque me pillara en la otra punta de donde se desarrollaba mi vida.

—Si estuviera aquí Cloe, diría que vienes por ella, porque cada vez que entras miras a todas partes, como si la estuvieras buscando —esas palabras me dieron el pistoletazo de salida para hablar con ella de ese tema.

—Si te digo que la he visto una vez, antes de venir, y que me ha dejado impresionado, ¿me creerías?

—Lo que te desearía sería mucha suerte, porque la vas a necesitar. Su vida es digna de una de esas películas de drama de la sobremesa de los sábados.

—¿A qué te refieres? —pregunté, sabiendo ya todo, pero quería ver si ella confiaba en mí.

—No soy quién para contarte nada, aunque tampoco es algo que esté oculto, ya que nuestros clientes de toda la vida lo saben. Perdió a su marido en el momento más feliz de sus vidas, cuando acababa de nacer su hijo. Sé que eres un buen hombre, por eso te digo que, si tienes pensado acercarte a ella, lo hagas despacio, sin prisas, porque te va a costar.

—Si te soy sincero, no sé como hacerlo, la verdad.

—Muy fácil, la próxima vez, pide cita por la mañana, ya que ella solo trabaja en ese turno, y lo hace por gusto, porque su marido los ha dejado muy bien situados. Y, además del corte, pide una manicura, así hablarás con ella sin que haya nadie.

—¿Una manicura? ¿Eso no es cosa de mujeres? —pregunté, completamente ignorante.

—No me seas antiguo. No te puedes imaginar la cantidad de hombres que vienen para que ella les arregle las uñas o les haga la depilación.

El simple hecho de imaginarla con sus manos encima de otros hombres me revolvió el estómago. ¿Cómo explicarlo? No podía, porque no lo entendía ni yo.

Hice eso, pedí cita a los quince días, por la mañana, para corte y manicura. Tenía que hablar con ella, necesitaba hacerlo, era algo superior a mis fuerzas, como si el destino me estuviera indicando qué hacer.

A continuación, me marché para ver a mi cardiólogo, no tenía cita, pero le comenté que era algo urgente, por lo que no dudó en decirme que me esperaba en la consulta.

—¿Qué te ocurre, Rodrigo? —me preguntó el doctor, que se había convertido en un buen amigo.

—Marcelo, desde hace unos meses me ocurre algo que no sé como explicar… —le conté todo lo que me había sucedido, y como me sentía.

—Eso es ridículo, Rodrigo. No hay base científica que demuestre eso que estás presuponiendo.

—Pues entonces, estaré loco, pero es lo que siento.

—Tampoco estoy diciendo eso. A pesar de que científicamente no está comprobado, hay testimonios que dicen que eso puede ser cierto.

—¿Qué hago? No me quiero sentir así. Puedes comprobar el nombre de mi donante, por favor.

—Sabes que eso no es posible, la legislación española lo prohíbe.

—Te lo pido como amigo, no como paciente. Necesito saberlo, te lo suplico.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te prometo nada. Y, como algo de lo que te diga salga de aquí…

—Mi boca será una tumba, te lo juro por lo más sagrado.

Le di la mano y salí de la consulta. No tenía nada, pero estaba más cerca de conocer si mi suposición era cierta, y eso me daba cierto alivio, tengo que reconocerlo.

Había llegado el momento de mi encuentro "casual" con ella, y los nervios me comían. Cuando entré y la vi en la recepción, le di las gracias al cielo, porque nuestra conversación se daría más pronto que tarde. Se quedó como en shock al verme, y tuve que ser yo el que rompiera el hielo.

Poco a poco, conseguí que se fuera abriendo, que me contara eso de su vida que la atormentaba. Yo toqué mi vida muy por encima, lo justo para que pensara en mí y supiera que yo era buena persona.

El momento en el que entró su hijo, sentí algo en mi pecho difícil de explicar, sobre todo cuando me dijo que me parecía a su padre. Tenía todos los datos y no me había preocupado de saber como fue su marido

físicamente. Craso error que me había hecho cometer el estado de nervios en el que me encontraba desde que la vi por primera vez.

Poco a poco sabía más cosas de ella, esas que no me dejaban indiferentes, por mucho que lo intentara. Me despedí de las dos, y las dejé allí hablando. Entré en mi coche, y lo primero que hice, fue buscar a Carlos Castilla en Google, y lo que me mostró me puso los vellos de punta.

Era como si me mirara en un espejo. ¿Se habría dado ella cuenta de ese enorme parecido que teníamos? ¿Por eso se había quedado en shock cuando me vio entrar? Parecía que todo era una puta pesadilla, no entendía nada e iba a terminar por volverme loco.

Llamé a Alonso y a Fabio para que se reunieran conmigo en el restaurante al que acudíamos siempre en nuestras reuniones de negocios. Tenía que preguntarle a mi empleado si se había percatado del parecido que podías encontrar entre su primo y yo.

—Acabo de ver una foto de Carlos Castilla, y somos muy parecidos, por no decir casi iguales, todo esto empieza a asustarme, y mucho —dije, nada más sentarnos los tres.

—Es verdad que guardáis cierto parecido, pero las personas que os hemos conocido a los dos, vemos que no sois iguales —dijo Fabio, muy seguro de sí mismo.

—Pero si te pareces más a Fabio que a él, no digas tonterías. Aún recuerdo el día que lo vi entrar en las oficinas, ¿lo recuerdas? —me dijo Alonso, dándole un sorbo a su copa de vino.

—Sí, me preguntaste si era familiar mío, y te dije que no lo conocía de nada.

—Pues eso, que el parecido entre vosotros es una mera coincidencia. No le des más vueltas, concentra todas tus fuerzas en conquistar a esa mujer, que es donde tienes que concentrarlas —dijo Alonso, llenando mi copa de vino, de nuevo.

Les conté como me había ido en nuestro encuentro, la aparición de Héctor y mi visita al doctor. Tenía que saber si el corazón que tenía era el de Carlos o no, por eso no dudé en preguntarle a quien podría saberlo, a Fabio.

—Necesito saber qué día murió Carlos Castilla, y si fue donante de órganos, por favor, Fabio, porque lo que siento no tiene ni pies ni cabeza —le supliqué.

Al principio estuvo reticente, alegando que eso no le correspondía a él decirlo, pero al ver mi desesperación, se apiadó de mí.

—Carlos murió el diecisiete de septiembre, y sí, fue donante de órganos —dijo, con un nudo en la garganta.

—Joder, no puede ser. Tienes que haberte equivocado de día, a mí me operaron el nueve de agosto —contesté, sabiendo que era ilógico eso que le estaba diciendo.

—Créeme, ese día lo tengo clavado a fuego en mi alma. No solo se fue mi primo, se fue mi mejor amigo, mi mentor en muchas cosas, y el marido de una de mis mejores amigas.

—Pues entonces, no entiendo esa conexión que siento con Cloe, incluso con el niño, es algo que se escapa de mi entendimiento —respondí, bastante agobiado.

—Te has montado una película que nada tiene que ver con la realidad, Rodrigo. La verdad es que te has enamorado de ella, ha sido un flechazo, por mucho que digas que no crees en esas cosas — decía Alonso, y empezaba a pensar que lo que me decía era cierto.

Terminamos la comida hablando un poco de todo, dejando al lado el tema de Cloe, con quien volvía a tener una cita la siguiente semana, y sería cuando me atrevería a invitarla a comer.

Volvimos a la oficina, donde teníamos trabajo pendiente. Había perdido casi toda la mañana en el centro de belleza, y ahora me tocaba dar el callo, con varias reuniones que se habían agendado para esa misma tarde.

—Céntrate, haz el favor. Si no llega a ser por Fabio, en esta última reunión que hemos tenido se hubiera ido todo al garete — dijo Alonso, muy serio.

—Tienes razón, no he podido quitarme de la cabeza a Cloe. Te prometo que no volverá a pasar —le dije, avergonzado.

—Si ves que no vas a estar a la altura, será mejor que te marches y nos dejes a nosotros. Es mejor justificar una ausencia que tenerte presente y que los clientes se den cuenta de que no les estás haciendo ni puto caso.

Al finalizar la tarde, tenía la cabeza que me iba a explotar. Un fuerte dolor se apoderó de mí. Estaba deseando llegar a mi casa, darme una ducha y acostarme a dormir, lo necesitaba, debía dejar mi mente en blanco si quería descansar, e iba a poner todo de mi parte para que así fuera.

—Te acerco a casa, que veo que hoy no has traído el coche —me dijo Fabio, pasando por mi lado para ir hacia el ascensor.

—Si lo he traído, lo que ocurre es que tenía un ruido y le he dicho a Manuel que lo dejara en el taller para que le echaran un vistazo.

—Anda sube, cuanto antes llegues, antes podrás descansar.

Nos subimos en su coche, y durante el trayecto no hablamos de nada, no podía, mi mente era un cúmulo de pensamientos que no sabían de donde habían salido.

—Ten paciencia con Cloe. Es una persona que merece la pena conocer — dijo Fabio, cuando me disponía a bajar del coche.

—Lo sé. No tengo ni idea de porqué, pero sé que es así.

—Yo tampoco entiendo esa conexión que tenéis, de donde viene, pero puede ser lo que dijo Alonso, que sea un flechazo.

Entré en mi casa agotado, y me fui directamente en la ducha. Debajo del agua caliente experimenté un alivio espectacular, desentumeciendo mis

músculos, esos que no sabía ni que tenía entumecidos, y me relajé muchísimo.

Aproveché esa relajación para irme directamente a la cama, no quería volver a pensar y a agobiarme. Me quedé dormido inmediatamente, y descansé, hasta que unos sueños extraños aparecieron.

En ellos veía a Cloe andando por una playa de arena blanca, y me llamaba. No sabía dónde era, porque no había estado allí en mi vida. Luego, la vi en el paritorio, cuando nació Héctor, como entraba Carlos corriendo porque casi se perdió el nacimiento del niño. En otro momento, la vi en la piscina de un chalé, riendo y besándose con su marido. Era como si alguien me estuviera mostrando la película de su vida, hasta que llegó el momento de su muerte.

Me desperté alterado y con los ojos hinchados de llorar. En ese momento me di cuenta de que hubo otro día que me desperté así, pero no recordaba lo que había soñado. Era como si una parte de mí se hubiera desprendido, tanto aquel día como en estos momentos.

No eran ni las siete de la mañana, pero decidí levantarme y arreglarme para ir a la oficina. No quería volver a dormirme, no sí el sueño iba a ser el mismo.

Capítulo 18



Cloe

Esa noche había soñado con mi marido, y cuando eso ocurría, me levantaba un poco más sonriente de lo normal. A pesar de los cuatro años que habían transcurrido desde su partida, lo seguía echando de menos como el primer día.

Durante el sueño, pude revivir los días de nuestra luna de miel en las Maldivas, como me tomaba de la mano para pasear por esas playas de arena blanca. Soñé con las barbacoas que hacíamos en casa en verano, nuestros baños y nuestros besos. Volver a sentir sus labios en los míos fue algo tan especial, que no quería que esa sensación se me quitara del cuerpo.

Fue en ese momento cuando Héctor se despertó, y me llamó desde su cuarto, así que, no tuve más remedio que levantarme y acudir a su reclamo.

—Mamá, ¿sabes qué?

—Si no me lo cuentas, no lo sé, bichito.

—He soñado con papá. Me ha dicho que te cuide mucho y que te diga que recuerdes lo que habló contigo antes de irse, que no te olvides de eso — Cuando mi hijo me contó aquello, se me pusieron los pelos de punta.

¿Sería que había escuchado alguna conversación entre Nuria, Pelayo y yo? Sí, tendría que ser eso, porque de lo contrario… Uf, no quería ni pensarlo.

—Pues nada, lo tendré en cuenta —le dije, sin querer profundizar en nada.

—¿Qué te dijo, mami?

—Que nos quería muchísimo a los dos y que nos cuidaría desde esa estrellita que brilla todas las noches.

—Eso no es, que él me lo ha dicho.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te ha dicho, si se puede saber?

—Pues que no te olvides de vivir, por ti y por él, que ya no puede. Me lo dijo por si no recordabas sus palabras.

Me quedé helada, eso no lo habíamos dicho nunca, por lo menos no delante del niño. Cuando lo habíamos hablado había sido cuando estuvimos Nuria y yo a solas. Seguro que había sido Pelayo con Adolfo quienes habían tenido esa conversación delante del niño, y me iban a oír, estaba claro.

—Bueno venga, dejemos los sueños que llegaremos tarde al cole y al trabajo.

—Hay una niña nueva, se llama Aitana, y está sentada a mi lado, se lo dije yo.

—Así me gusta, hay que ayudar a que los niños que llegan nuevos se integren.

—Eso mismo le dije yo a Felipe, que se enfadó porque se sentó en nuestra mesa. Se piensa que ya no voy a ser su amigo, y le he dicho que no, pero que siempre se puede unir ella. ¿A qué sí, mamá? ¿A qué los niños y las niñas pueden ser amigos?

—Por supuesto, mi vida. Y si no, fíjate en mis amigos, me da igual hablar con Nuria que con Adolfo.

—Pues él dice que lo hago porque quiero que sea mi novia, como es la más guapa…

—Anda, dejaros de noviazgos, que casi tenéis que pensar en no haceros pis encima, como para tener novias…

Me reí muchísimo con él esa mañana, que se enfadó e indignó porque decía que él no se hacía pis en los pantalones, que él sabía ir al baño solito.

Lo dejé en la escuela y me fui para el salón de belleza, no miré la agenda el día anterior, así que no sabía si tenía alguna cita a primera hora, por eso no quise retrasarme.

—Buenos días. Voy a ver que tengo esta mañana, que cuando me fui ayer ni siquiera miré la agenda, llegué a lo justo a por Héctor —le dije a Nuria, dejándole un beso en la mejilla al pasar.

—Te he dicho mil veces que no apures tanto, que no cojas citas a partir de la una, que algún día llegarás tarde.

—Lo sé, y eso voy a hacer a partir de ahora.

Cuando vi el nombre de Rodrigo en la agenda, hasta se me cayó el bolígrafo de las manos, de los nerviosa que me puse. ¿Otra vez? Pero si hacía menos de diez días que se había hecho la manicura, no entendía que venía a hacer al centro de belleza.

—Por mucho que digas que no, deberías darle una oportunidad a ese hombre. Sé ve buena persona, y está muy interesado en ti — dijo Nuria, y aproveché para sacarle el tema del sueño de Héctor.

—Hablando de todo un poco. ¿Sabes que me ha dicho mi hijo esta mañana?

—Cualquier ocurrencia de las suyas —me contestó, pensando que quería cambiar de tema.

—Que había soñado con su padre, y que le había dicho que me recordara las palabras que me dijo antes de partir. Que viviera la vida, por mí, y por él, que ya no podía. ¿Te puedes creer? Han tenido que ser Pelayo y Adolfo, que han hablado delante de él.

—Sabes que no serían capaces. ¿Y si es cierto que su padre le ha dicho eso en sueños?

—¿Cómo va a ser eso? No me lo creo, y esos dos me van a oír, bueno si lo van a hacer. Lo mismo pensaron que el niño se había quedado dormido, o que jugaba y no se daría cuenta…

—Haz lo que te ha dicho, por favor. ¿No ves que Carlos tampoco está contento de como estás llevando todo?

—Carlos no está aquí para reprocharme nada, te lo repito de nuevo. Y ahora, si no te importa, cambiemos de tema, no quiero ponerme de mala leche tan temprano.

Escuchamos la campanilla de la puerta, y ahí estaba él. Lo que dijo mi hijo era cierto, tenía cierto parecido con Carlos, pero no ya físicamente, que eso saltaba a la vista, si no en su manera de ser.

—Buenos días, Cloe, vengo un poco antes porque tengo una reunión en un par de horas, para que no me coja el toro —me dijo, con una sonrisa que era demasiado parecida a la de mi marido.

—No te preocupes, eres el primero en la agenda, pasa.

—Gracias, no sabes lo bien que me viene.

—Rodrigo, tienes las manos perfectas, no creo que tarde más de diez minutos en arreglártelas. Muchas mujeres quisieran llevarlas tan cuidadas como las llevas tú.

—Cloe, me gustaría contarte algo, pero no quiero que sea aquí. Lo mismo me tomas por loco, pero me gustaría invitarte a comer, para que hablemos tranquilamente — dijo, y mis manos empezaron a temblar, de los nervios.

¿Era eso una cita? Sí ese era el caso, tendría que rechazarla, no estaba preparada para eso, por mucho que los demás me presionaran para hacerlo.

—Te lo agradezco, Rodrigo, pero no voy a poder. Héctor sale del colegio a las dos, y tengo que ir a recogerlo…

—No te lo tomes como una cita, si es eso lo que prefieres. Tómalo como dos amigos que van a comer juntos. Recoge al niño y nos vemos donde tú quieras, lo que tengo que hablar contigo es algo muy serio, y no me gustaría que lo hiciéramos aquí.

—Está bien, nos vemos a las dos y media en la hamburguesería de la calle Serrano, a mi hijo le flipan esas hamburguesas y ya que va a comer fuera, por lo menos que sea de su agrado.

—Allí nos vemos, entonces.

Salió de la cabina, dejándome más confundida de lo que ya estaba. ¿Qué tendría este hombre que contarme que decía que era tan serio? ¿Acaso me iba a proponer algo? No entendía nada. Como tardaba en salir, porque ni siquiera salí a despedirlo, Nuria entró para ver que me ocurría.

—¿Te pasa algo, Cloe?

—No lo sé, si te soy sincera.

—Espera, que le voy a preguntar al barrendero, a ver si él lo sabe. De verdad, a veces me parece que eres medio tonta. ¿Cómo no vas a saber si te pasa algo? — dijo, con la ironía que la caracterizaba.

—Idiota, lo que quiero decir es que, cada vez que me encuentro con Rodrigo, termino desconcertada, y eso no me gusta. Encima, me ha invitado a comer, junto al niño, y no he tenido más remedio que decirle que sí.

—Alabado sea Dios, por fin nos vas a hacer caso…

—Eh, eh, no te vayas a montar películas, que cuando pones tu mente a cavilar, ni Almodóvar. Es una comida entre dos amigos, nada más.

—Esas fueron las mismas palabras que me dijiste cuando aquel café con Carlos, ¿lo recuerdas? Solo le pido al cielo, que todo termine igual que con

él, a excepción de la última parte, por supuesto.

—Eso no va a pasar, y lo sabes. Carlos dejó el listón muy alto, y no me voy a conformar con alguien que no sea, mínimo, como él.

—Eso es injusto, para ti y para la persona que intente estar a tu lado. No hay dos personas iguales.

—Pues por eso mismo, no va a ocurrir, porque no hay otro hombre como mi marido encima de la faz de la tierra.

Salí del centro de belleza, era la una y media, y no quería que se me volviera a hacer tarde, aunque en el colegio conocían al niño y no lo dejaban salir mientras yo no llegara, pero, aun así, me daba apuro retener a la profesora más tiempo de su jornada laboral.

—¿Qué te parece si vamos a comer a esa hamburguesería que te gusta tanto? —le pregunté a mi hijo, a sabiendas de que estaría encantado.

—Me parecería un sueño, mamá. Pero ¿iremos los dos solos?

—No, nos va a invitar Rodrigo, ¿lo recuerdas? —le pregunté. Si mi hijo me decía que no quería comer con él, lo sentía en el alma, pero se terminaba todo aquí y ahora.

—El que se parece a papá, claro que lo recuerdo. Ese hombre me cae muy bien, deberías hacer caso a mi padre y echártelo de novio, sería un gran papá para mí.

—Mi vida, tú ya tienes un padre fantástico, que siempre te ha querido con toda el alma, incluso antes de que nacieras.

—Lo sé, mamá, pero está en el cielo. Yo quiero un padre en la tierra, que venga conmigo a jugar al futbol, que me enseñe a montar en bici sin ruedines, y que te haga sonreír mucho.

—Pero para eso están también los tíos. Dile al tío Fabio que lo haga, que estará encantado.

—El tío Fabio tiene a la tía Nuria, igual que Pelayo tiene al tío Adolfo, pero tú no tienes a nadie, mamá, y no quiero que estés sola.

—Yo te tengo a ti, mi amor, y no necesito a nadie más —le dije, sorprendida por la madurez de mi hijo, que con la edad que tenía era capaz de hablar de ese modo.

Llegamos a la puerta del establecimiento, donde ya estaba Rodrigo esperando. Mi hijo, como si lo conociera de toda la vida, se soltó de mi mano y salió corriendo para saludarlo. Por suerte, era una calle peatonal y no había mucha gente, porque de lo contrario, me hubiera dado un infarto.

—Hola, campeón —le dijo Rodrigo, cogiéndolo en brazos y dándole un beso en la mejilla.

—Héctor Castilla, la próxima vez que te sueltes de mi mano para salir corriendo, te quedas sin postre durante una semana. ¿He sido suficientemente clara? —le dije, mostrando mi enfado con él.

—Lo siento, mamá, pero quería saber lo que se sentía al abrazar a un padre.

—Ya hemos hablado de eso, y por desgracia, tu padre no podrá hacerlo nunca, además de poner a Rodrigo en un compromiso —dije, en cuanto me di cuenta de lo que había dicho.

—Para mí no es ningún compromiso, te lo prometo, sino todo un honor. Héctor, cuando necesites otro abrazo, no dudes en llamarme, que te lo daré encantado. Ahora vamos dentro, que aquí hay una pequeña barriguita que cruje como si tuviera un león dentro.

—Y también come del mismo modo, ahora lo comprobarás. A mi hijo es más barato comprarle un traje de firma a medida que invitarlo a comer.

Ese comentario le provocó una carcajada, que nos contagió a mi hijo y a mí. Hasta en la risa era parecido, y eso empezaba a darme un poco de miedo.

Capítulo 19



Rodrigo

Cuando el niño comentó lo del abrazo a un padre, algo se me removió por dentro. Cuantas veces yo necesité lo mismo y no lo tuve, sin saberlo, ambos habíamos pasado por lo mismo. Por todo ello, no dudé en decirle que me avisara cada vez que necesitara uno, porque sabía el bien que podía hacerle a ese niño.

Pasamos dentro, y lo que había dicho su madre sobre la manera de comer de Héctor, fue completamente cierto, pero era una alegría ver a un niño así, que no le hacía ascos a nada.

—¿Seguro que vas a poder con todo eso? —le pregunté cuando nos trajeron el pedido.

—Y con la tuya si lo dejas. Te lo advertí, pero no te preocupes, que pagamos a medias — dijo su madre, que sonreía al verlo comer.

—¿Eres tonta? No lo decía por el dinero, sino porque le pueda doler la barriguita luego. No es muy normal que un niño de esa edad se coma esa hamburguesa tan… ¿enorme? Por Dios, si lo único que le falta es una cola de dinosaurio, lo demás, lo lleva todo.

—No te preocupes, Rodri, que no me duele nunca. Cuando venimos aquí con el tío Fabio, siempre me pido lo mismo.

La hamburguesa que se había pedido el niño era el doble de la que se había pedido su madre, que solo llevaba huevo y jamón. Además de la ración de patatas fritas y aros de cebolla que pidió para compartir con su madre, por lo visto, siempre lo hacían de esa manera.

Cuando se pronunció el nombre de Fabio, me tensé un poco, no quería que todavía supieran que era uno de mis empleados, mi mano derecha junto con Alonso.

Quería contarle lo de los sueños, pero me iba a tomar por loco. ¿Sería mejor si me lo callaba? No, no quería empezar nuestra amistad con mentiras. Hoy le hablaría de los sueños, y el próximo día le contaría lo de Fabio, sí, eso iba a hacer.

—Mamá, ¿me puedo ir al parque de bolas a jugar? Acabo de ver a Aitana que ha entrado con su madre.

—Vale, pero cuando te avise, no vayas a protestar, solo un ratito más.

El niño se marchó, y yo aproveché que nos habíamos quedado solos para hablar con ella de eso que tanto me preocupaba.

—Cloe, no sé como contarte esto sin que pienses que no estoy bien de la azotea —Empecé y, cuando iba a continuar, se acercó una mujer, que no dudó en hacerme un escrutinio exhaustivo.

—¿Cloe? ¿Eres tú? —le preguntó, y noté como se tensaba.

—Ángela, que sorpresa, cuanto tiempo sin vernos —le dijo, fingiendo una sonrisa.

—No me lo puedo creer, y encima parece ser que nuestros hijos están en la misma clase, vaya coincidencia.

—Sí, ni me había enterado de que estabas embarazada.

—Cuando Carlos murió, ya estaba de cinco meses, lo que ocurría es que no se me notaba. Un desliz, chica, que tuvo consecuencias, pero ahora estoy

feliz, tengo una niña preciosa, del amor de mi vida, aunque ya no estamos juntos —le dijo, mirándome a mí en esta última parte.

—Cuanto me alegro. Ahora, si me disculpas, Rodrigo y yo estamos tratando un tema importante. Ya nos veremos por el colegio —le contestó, visiblemente incómoda.

—Perdón, ya no te entretengo más. Que te vaya todo bien. Por cierto, soy Ángela, una compañera de trabajo de su marido —Se presentó ella sola, viendo que nadie lo hacía.

—Yo soy Rodrigo, encantado, si nos disculpas…—Ni le ofrecí la mano, esa mujer y esos comentarios no me habían gustado un pelo.

—¡No la soporto! Dando a entender que esa hija es de mi marido, cuando es mentira…

—¿Por qué dices eso? Que conste que no la estoy defendiendo, que a mí no me ha gustado un pelo.

—Porque ha dicho que es del amor de su vida, y que ya no están juntos. Cuando todo el mundo sabe que estaba enamorada de Carlos desde que entró en la universidad, y que él no le hacía ni puto caso. Todo lo que pretende es desestabilizarme, y ahora que me ha visto aquí contigo, va a poner toda la carne en el asador para acostarse contigo.

—Pues se le va a quemar, porque no quiero acostarme con ella, ni con ninguna que no sea la mujer que tengo en mente, pero antes, tengo que contarte algo.

—Venga, dispara, que estás empezando a ponerme nerviosa.

—No sé de dónde viene, pero desde que te vi la primera vez, siento como si estuviéramos conectados. He estado investigando, pero todos mis supuestos se han venido abajo, y esta noche me ha pasado algo rarísimo…

Le conté todo lo que había soñado, como iban vestidos, las distintas situaciones, mientras que ella iba poniéndose blanca como la pared.

—No sé quién te ha podido contar esas cosas, pero estás empezando a darme miedo. Será mejor que no nos veamos más —me dijo, y me rompí por dentro, así que la sujeté de la muñeca, para que me escuchara, sería mejor que le contara lo de Fabio, antes de que la cosa se nos fuera de madre.

—Te juro que no me ha dicho nadie nada. No he conocido a Carlos ni lo he visto en mi vida, a pesar de que Fabio, su primo, trabaja codo con codo conmigo.

—Ahora lo entiendo todo. Esta es una maniobra de Fabio y Nuria para que cayera en tus redes, pues siento deciros que habéis conseguido todo lo contrario. Hacerte pasar por Carlos no te convierte en él.

—No quiero hacerme pasar por nadie, Cloe. No sé si ha sido un flechazo o qué coño ha sido, lo único que sé es que no te vas de mi pensamiento, y que tu marido, desde el más allá, me está mandando mensajes.

—Pues cuando hables con él esta noche, mándale recuerdos de mi parte.

Se levantó y salió de allí hasta donde estaba el niño jugando, y se lo llevó sin dejarlo que se despidiera de mí. Estaba claro que nada había salido como yo pensaba que iba a salir, pero no me iba a dar por vencido, no con ella, no estos momentos.

Me fui de allí con muy mal cuerpo. Mi primer pensamiento fue ir a ver a mi madre, pero no quería preocuparla con mis mierdas amorosas, por eso me decidí por volver a la oficina. El trabajo haría que eliminara todos esos pensamientos que tenía en esos momentos, que no eran otros que ir a casa de Cloe, y besarla como si no hubiera un mañana, pero no quería que me denunciara por acoso, encontraría otra manera.

Me sumergí en la montaña de papeles que tenía acumulados en mi mesa, concentrándome en quitar de en medio la mayor cantidad posible, por eso no me di ni cuenta de la hora que era.

Al mirar el reloj, porque por la ventana noté que fuera ya era noche cerrada, vi que marcaba las diez y media de la noche. Suspiré profundamente, me había quitado más de la mitad, apagué el ordenador y cogí mi chaqueta.

Por suerte tenía el coche en el aparcamiento, porque se había levantado un viento y un frío que no hacía cuando volví. Parecía que el clima se había mimetizado conmigo, que se mostraba igual que mi estado de ánimo.

Llegué a casa y, mientras tomaba una ducha, metí en el horno una pizza, que estaría lista para cuando yo terminara. Cenaría y me iría del tirón para la cama, con suerte, Carlos me mostraría más cosas o me diría como acercarme a Cloe.

—Ay, Carlos, sé que es tu mujer, pero no puedo ocultar que estoy completamente enamorado de ella —dije hablando solo, mientras miraba un libro suyo que había comprado el día anterior, y en cuya contraportada aparecía su foto.

No pude comer la pizza entera, era como si tuviera el estómago cerrado. Tiré lo que había dejado en la basura, metí el plato en el lavavajillas y me fui a la cama.

Empecé a leer el libro, porque no quería ver la serie antes de leerlo, y me enganchó de tal manera, que eran más de las dos de la madrugada cuando apagué la luz de la mesilla.

Otra vez soñé con él, pero esta vez fue muy distinto. No me mostraba imágenes, no me decía nada, tan solo me miraba y me señalaba algo, pero no sabía lo que era. Así estuvimos un buen rato, hasta que me desperté sobresaltado. ¿Qué había sido aquello? ¿Qué me señalaba?

No podía seguir de ese modo, así que, nada más levantarme, llamé a Marcelo y le pedí que me diera el teléfono de un buen psicólogo, porque me iba a volver loco. Tenía que llegar al fondo de todo el asunto.

Me dio el número de una amiga, y me invitó a que la llamara más pronto que tarde, ya ella estaba avisada de mi llamada.

—Doctora Calderón, dígame.

—Buenos días, mi nombre es Rodrigo Álvarez, el doctor Marcelo me ha facilitado su número de teléfono. Me gustaría concertar una cita — dije, un

poco avergonzado.

—Sí, Marcelo me ha llamado para decírmelo. ¿Cuándo le vendría bien?

—Cuanto antes, mejor.

—¿Le viene bien hoy a las nueve y media?

—Perfecto, allí estaré.

Sabía que ese día tenía una reunión programada para esa hora, pero de la que se podrían hacer cargo Alonso y Fabio sin problemas, por lo que avisé al primero para que no me esperaran y que me disculparan ante los clientes. Le conté lo que pensaba hacer y a donde pensaba acudir, y me aplaudió la idea.

Cuando llegué a la consulta, me resultó muy acogedora, y Helena, que así se llamaba la psicóloga, un encanto de mujer, además de guapísima, que todo hay que decirlo.

—Hola, Rodrigo, soy Helena. Me gustaría que nos tuteáramos desde el principio, así tendrás más confianza para hablar conmigo.

—Hola Helena, encantado. Me parece una buena idea.

—Siéntate, por favor, y empieza por el principio, no te dejes nada, aunque creo que nos llevará más de una sesión.

—No hay problema por eso, el tiempo que sea necesario.

Empecé por contarle lo de mi operación de corazón, lo de mi trasplante, como, cuando conocí a Cloe, sentí esa conexión, y lo que había sucedido durante mis sueños.

—Es muy curioso eso que me estás contando. ¿Estarías dispuesto a que hiciéramos una sesión de hipnosis? Lo mismo y os conocíais de antes, de cuando erais pequeños, y ahora no lo recuerdes.

—Siempre que me ayude a resolver todo este entuerto, estaré encantado de someterme a todo lo que creas conveniente.

—Será bueno llegar al final de todo este asunto, y eso nos facilitaría un poco las cosas, sabríamos por donde tirar. Pero para eso tendremos que prepararte, puedes recordar momentos muy dolorosos.

—Pues dame cita cuando creas que pueda estar preparado para ello.

—No tan rápido, primero tendremos varias sesiones más así, y ya luego miraremos lo de la hipnosis.

Salí de allí con el alma tranquila, era como si hablar con esa mujer me hubiese quitado una losa de encima, como si pudiera caminar más ligero. Cloe no salía de mi pensamiento, y tendría que avisar a Fabio sobre lo que pensaba que habían hecho él y su novia, y sabía que terminaría cabreándose conmigo por habérselo contado.

Llegué a la oficina pasadas las once de la mañana, y antes de encerrarme en mi despacho, como había hecho el día anterior, entré en la cafetería, me tomé un café bien cargado y un bollo de crema, y encargué que me subieran a las dos un sándwich de pollo y una lata de refresco, o me olvidaría de comer, como ya me había ocurrido otras veces.

Capítulo 20



Cloe

Cogí a mi hijo y salí de allí como las balas. ¿Qué clase de hombre era ese? ¿Un acosador? ¿Sería cierto que Fabio y Nuria estaban detrás? Si ese era el caso, hablaría con ellos seriamente.

—Mamá, ¿qué pasa? No me has dejado ni darle un abrazo de despedida a Rodrigo, me parece injusto —me replicaba mi hijo, mientras lo sentaba en el coche.

—Hay tantas cosas injustas en esta vida, Héctor…

—Pero yo quería decirle adiós.

—Y yo que me toque la primitiva, y ni a mí me va a tocar ni tú le vas a decir adiós a ese hombre, así de sencillo.

Arranqué el coche y puse rumbo a mi casa. Por suerte, era viernes, y mañana no tendría que ir a trabajar. Lo que si iba a hacer es citar a esos dos en casa, que me contaran todo con pelos y señales, o iba a arder Troya.

Mientras Héctor veía los dibujos animados en la televisión del salón, me fui a la cocina, me preparé una tila y cogí el móvil, no aguantaba más.

Cloe: Tú y tu noviecito, mañana aquí, en mi casa, a la hora de comer. Creo que tenéis mucho que explicarme.

Ese fue el mensaje que le envié a Nuria, estaba bastante enfadada. La cosa solo tenía dos opciones, y prefería pensar en que esta era la buena. Si no se lo habían contado ellos, lo único que podía pensar es que ese hombre nos había estado espiando a Carlos y a mí desde hacía mucho tiempo, y eso indicaba que estaba obsesionado y que podía ser peligroso.

Nuria: No tengo ni idea de lo que estás hablando, pero allí estaré. Por cierto, haz esa carnecita a trozos guisada que tanto me gusta. Nosotros llevamos el postre.

¿En serio me había contestado eso? Decidí no darle más vueltas a la cabeza e irme donde estaba mi hijo. Estar a su lado era lo único que me tranquilizaba, y en estos momentos lo necesitaba, nadie sabía cuánto.

—Mamá, ¿Rodrigo es un hombre malo? — preguntó mi hijo, de repente.

—Si te soy sincera, no lo sé. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque a mí no me lo parece. Creo que quiere que tú seas su novia y no sabe como decírtelo. A mí me pasa lo mismo con Aitana, la niña nueva.

—¿Quieres que Aitana sea tu novia?

—Sí, es la niña más guapa de la clase, y tampoco tiene papá, me lo ha dicho ella. Dice que ella nació de un tubito, ¿a qué eso no puede ser?

Esas palabras me dejaron totalmente en shock, porque contradecían lo que había dicho su madre. Según ella, lo había engendrado con el amor de su vida, y la niña daba a entender que había sido por inseminación artificial. No entendía nada, de verdad que no.

—Ella nació de la barriguita de su madre, lo que sí puede ser es que haya sido engendrada en un tubito, como dice ella, y por eso no sepa quién es su papá.

—No, no, si ella si lo sabe, su madre le enseñó una foto, dice que se llama Andrés, pero que le dio la semilla a su mamá y se marchó de viaje, pero para no volver.

—Son cosas que no comprenderías, pero lo harás cuando seas más mayor, no te preocupes por eso.

—Yo no quiero ser mayor, los mayores son muy complicados —me contestó, y siguió viendo la televisión.

Me levanté del sofá para prepararle la merienda a Héctor, pero antes, me senté en la cocina y llamé a Adolfo, él tendría que saber algo del embarazo de Ángela y de ese tal Andrés.

—Hola mi amor, ¿estás bien? — preguntó Adolfo en cuanto descolgó.

—Hola corazón mío. Pues la verdad es que no, estoy muy confusa con todo, y me gustaría hablar contigo.

—¿Necesitas que vaya para tu casa? Si es así, me visto y en media hora estoy allí.

—No hace falta, pero te quiero hacer una pregunta. ¿Qué sabes del embarazo de Ángela?

—Uf, eso fue un escándalo en la universidad. Al parecer, se encaprichó de Andrés Cuesta, uno de los profesores nuevos, y no lo dejaba tranquilo, hasta el punto de que pidió un traslado. Llegó con ella a un acuerdo, le donaría esperma para que la inseminaran y no volvería a saber nada más de él. Al poco tiempo, supimos que estaba embarazada.

—Gracias, Adolfo, no sabes el peso que me quitas de encima. Por un momento he llegado a pensar que esa niña era fruto de mi marido.

—¿Qué dices, loca, de dónde te has sacado eso?

—Me le he encontrado hoy en la hamburguesería, y ha dejado caer que, aunque ya no podrá ver más al amor de su vida, por lo menos tiene una hija con él, y eso me ha dejado un poquito trastocada.

—¿Te imaginas? —me preguntó, riendo.

—Calla, calla, que me están pasando unas cosas que ni en una película de Alfred Hitchcock.

—¿Y eso? Cuenta, cuenta, así te puedo dar mi opinión.

Le conté a Adolfo todo lo que me había dicho Rodrigo, su aparición, el parecido que tenía con Carlos, los sueños de mi hijo, los míos, mientras que él hacía sonidos de asombro.

—¿Quieres mi opinión? Aunque sabes que, a mí, el romanticismo me puede.

—Venga, habla. Total, una teoría más no va a pasar nada.

—Pienso que Carlos te lo ha puesto en tu camino. Desde el más allá, ha decidido que ya es hora de que vuelvas a ser feliz, y está haciendo todo lo posible, comunicándose con vosotros a través de los sueños.

—Adolfo, cambia de camello que lo que te ha dado está adulterado, seguro —le dije, pues eso era ya lo último que me faltaba por oír.

—Sí, sí, tú dirás lo que sea, pero verás como al final yo tengo razón.

Colgué la llamada con una sonrisa en los labios, no se podía estar más loco y ser más romántico que él. ¿Qué Carlos lo había puesto en mi camino desde más allá? Más allá iba a terminar yo con toda esta locura.

Le llevé la merienda a mi peque, que ya se había aburrido de los dibujos animados, como era normal en él, y se había puesto a pintar en un cuaderno que yo dejaba bajo la mesa para eso.

—¿Qué pintas, mi amor?

—Una cosa que soñé anoche, bueno, más bien un sitio que me dijo papá que era donde yo había sido encargado. Eso de ser encargado no lo entiendo muy bien, porque soy un niño, no una moto, pero bueno, como sé que tampoco lo voy a entender, ahórrate la explicación, mami.

Me quedé helada, porque mi hijo, que dibujaba bastante bien, había recreado la cabaña en la que estuvimos en las Maldivas, con todo lujo de detalles, y en la que su padre y yo decidimos que queríamos tener un hijo, por eso dice que fue donde lo encargamos.

Dios mío, me voy a volver loca. Las lágrimas cayeron sin control por mis mejillas, y como no quería que mi hijo se diera cuenta, me levanté y dije que iba por un café para mí.

Necesitaba ayuda para gestionar todo esto, así que me dispuse a buscar un psicólogo que me la prestara. Según las reseñas de una clínica que había en el centro, aparecía una, Helena Méndez, que parecía que era buena, así que reservé una cita para el lunes próximo a las diez de la mañana.

Como Héctor se fue al jardín a jugar con la pelota, yo me senté debajo del árbol donde estaban las cenizas de mi marido, y me puse a hablar con él. Tampoco era muy normal eso que hacía, pero me había acostumbrado a eso, a hablarle como si estuviera a mi lado y me pudiera responder, y eso me reconfortaba de alguna manera.

—No entiendo nada, Carlos. Si es cierto que estás hablándole a nuestro hijo en sueños, ¿qué es lo que pretendes? Sabes que no volveré a ser feliz con nadie, me faltas tú, que eras mi otra mitad, y nadie podrá sustituirte —le dije, en un susurro. Cuanto me hubiera gustado que me pudiera responder.

Estaba empezando a anochecer, y aunque los fines de semana dejaba que Héctor se acostara más tarde, ya hacía bastante frío para estar ahí fuera. Así que lo llamé, y entramos en la casa.

—Mientras preparo la cena, ve a ducharte y a ponerte el pijama, anda —le dije, apretándolo muy fuerte contra mí.

—¿No vienes conmigo? Anda, que a mí me gusta cuando tú me cantas mientras me estoy duchando.

—Está bien, pero nada de baño, una ducha ligerita que hoy hace mucho frío.

—Trato hecho.

Me tendió la mano, como si estuviéramos cerrando un negocio importante, y eso me hizo soltar una carcajada. Era el único que conseguía hacerme reír de esa manera.

Después de la ducha, en la que terminé haciéndolo hasta yo, nos pusimos el pijama y bajamos a la cocina. Fuera se estaba desatando un temporal de viento y lluvia que daba miedo verlo.

Calenté un poco de sopa, a la que le añadí fideos, que a Héctor le encantaba, e hice un poco de pescado a la plancha de segundo. Por las noches no me gustaba cargar la comida, porque luego se llevaba pesado e incómodo bastante tiempo.

Nos sentamos a ver una película de acción, que eran sus preferidas, y se quedó dormido con la cabeza en mi regazo. En esos momentos era cuando más echaba de menos a Carlos. ¿Qué hubiera sido de nosotros si él estuviera todavía vivo? Pues, seguramente, lo hubiera cargado hasta su cuarto, lo habría depositado en su cama con todo el amor del mundo, y luego hubiéramos hecho el amor.

Dios, lo que yo daría porque me hiciera el amor una sola vez más, por sentir sus manos recorrer mi piel, y que me susurrara lo mucho que me quería mientras lo hacíamos.

Dejé a Héctor en su cama, lo tapé bien, y le dejé un beso y un te quiero antes de volver al salón, donde recogí todo, para luego irme a mi cuarto. Se presentía otra noche de lágrimas, como la mayoría de ellas desde que mi marido nos dejó.

Con el cansancio que me provocó el llanto, me quedé dormida. Volví a soñar con él, precisamente con eso que tanto anhelaba, y fue tan real, que hasta alcancé el orgasmo, uno tan intenso como todos los que él me provocaba. Pero no fue eso lo que llamó mi atención, sino que me señalaba algo, y no sabía que era. Esos minutos fueron frustrantes, porque intentaba hablarme, pero yo no lo escuchaba.

Desperté sobresaltada, sudorosa y con mis braguitas tan húmedas que se podían exprimir. Eran las ocho y poco cuando lo hice, así que, aproveché que Héctor seguía durmiendo, para darme una ducha y bajar a tomarme una infusión, tenía que relajarme o me iba a dar un infarto.

Analicé el sueño, la habitación en la que estábamos era la nuestra, y me señalaba la ventana, donde estaba un escritorio que utilizaba cuando le venía la inspiración de madrugada, para no tener que desplazarse hasta el despacho, según me comentó la primera noche que pasé con él en ese dormitorio.

Subí hasta allí, pero por más que revolví todo, no encontraba nada que me llamara la atención. Estaba su cuaderno, que ojeé por encima, sin encontrar nada, su agenda, su portátil, que no podría encender porque no sabía la contraseña, y un montón de papeles con ideas para otros libros. Nada que me sirviera como guía para saber lo que me quería decir.

—Mami, ¿estás despierta? —me preguntó mi hijo desde el pasillo.

—Si, mi amor, pasa.

—Tengo hambre, ¿bajamos a desayunar?

—Por supuesto que sí, luego seguiré arreglando esto.

—Papá me ha dicho que mires en el portátil, que la contraseña es la fecha de la boda.

Sin palabras, así me quedé. Esto ya era un juego macabro del que empezaba a estar harta.

Capítulo 21



Cloe

A la hora de comer, ya estaban allí Nuria y Fabio, ella con su semblante habitual, pero él más taciturno que de costumbre.

—Huele de maravilla, amiga —me dijo, entrando y dándome un beso en la mejilla.

—Hola, Cloe. ¿Qué tal? —dijo Fabio, haciendo lo mismo que su chica.

—Estoy hecha una mierda, y todo por vuestra culpa. No hacía falta ser tan siniestros para contarle a Rodrigo detalles tan íntimos de mi relación con mi marido. Si pretendíais que saliera con él, habéis conseguido todo lo contrario, no me gusta que me manipulen —les dije.

Nuria me miró con asombro, la conocía bien, y no sabía de lo que le estaba hablando, pero Fabio agachó la cabeza, sintiéndose culpable.

—Cloe, yo… todo fue una casualidad, déjame que te lo explique —dijo Fabio.

—Eso, eso, explica y así nos enteramos las dos —espetó Nuria bastante enfadada.

—Un día, sorprendí a Rodrigo y a Alonso, otro de mis compañeros, examinando el edificio en el que está la peluquería. Supuse que querían hacer

lo mismo de otras veces, lo compran, acaban con todo lo que hay de comercio y lo rehabilitan para venderlo.

—¿Eso iban a hacer esos capullos? Y mira que Rodrigo me caía bien, pero ha pasado a ser persona non grata en mi peluquería.

—No iba por ahí, déjame seguir hablando.

—Entonces, ¿qué era lo que estaban mirando? —pregunté, preocupada.

—Rodrigo te había visto salir de allí, y dice que sintió algo que no había sentido nunca. Estaba buscando la forma de acercarse a ti.

—Evidentemente tú, le diste la idea de que lo hiciera como cliente —dije, bastante enfadada, porque ahora empezaba a cuadrarme todo.

—No, esa idea se la dio su madre. Aunque te parezca mentira, esa mujer ha pasado por lo mismo que tú, y le aconsejó que se acercara a ti despacito, con mucha paciencia.

—Cosa que no ha hecho, porque casi me ha acosado. Pero lo importante es, ¿quién coño le ha dado tantos detalles de mi vida con Carlos? Porque no entiendo que sepa cosas de la luna de miel que, por lo menos yo, no le he contado a nadie, ni de las barbacoas. Joder, si hasta sabía la ropa que llevábamos en determinados momentos.

—Eso es lo curioso, que nadie le ha dicho nada. Dice que lo ha soñado —Me contestó Fabio, igual de preocupado que yo.

—Y yo también lo he hecho con los números de la primitiva, ¿me vas a acompañar a echarla y vamos a medias? Por favor, eso no hay quien se lo crea.

—Entre Rodrigo y Carlos hay algún tipo de conexión que está intentando averiguar. A él lo trasplantaron el mismo año que murió tu marido, y pensaba que era eso, que tenía su corazón y él te había reconocido, pero luego descartamos esa opción, a él lo operaron mucho antes de la muerte de mi primo.

—Esto es de locos, de verdad — dije, al borde del llanto.

—Díselo a él, que no es capaz de dilucidar lo que le pasa.

Tomé un sorbo de la copa de vino que me había servido, para infundirme el valor que necesitaba para seguir hablando, porque no sabía como se lo iban a tomar mis amigos.

—Anoche soñé con Carlos, otra vez, y me señalaba algo, que luego he descubierto que se trataba de su escritorio. Lo he revuelto todo, sin encontrar nada. Hasta que ha llegado Héctor, y me ha dicho que su padre le había contado mientras dormía, que tenía que mirar en el portátil, y que la contraseña era la fecha de la boda.

—¿Has mirado? — preguntó Nuria, sorprendida.

—No, me da miedo. Tengo pavor a que sea cierto lo que me ha dicho mi hijo, porque entonces sería verdad todo lo demás —les dije.

—Hagamos una cosa, vamos a comer, que tu hijo tiene que estar muerto de hambre y luego, mientras yo juego con el niño, Nuria y tú le echáis un vistazo a eso, a ver si es cierto — dijo Fabio.

Preparamos la mesa mientras se freían las patatas, y nos sentamos todos a comer. Nuria había llevado de postre una tarta de selva negra con cerezas, que hacía las delicias de mi hijo, que era igual de goloso que su padre.

—¿Qué te parece si echamos una partidita de ajedrez? —le dijo Fabio a mi hijo, que le encantaba jugar, pero solo lo hacía cuando él venía, porque a mí me aburría soberanamente.

—Jo, me parecería fantástico. Hace un montón de tiempo que no juego, sabes a que a mi madre no le gusta — contestó él.

Los dejamos a los dos en el salón, recogimos todo lo de la cocina, y nos encaminamos hasta mi dormitorio. Las piernas me temblaban, porque no sabía lo que me podía encontrar.

Por un lado, quería que esa fuera la contraseña y que pudiera encontrar todo aquello que estaba buscando, por mi tranquilidad de resolverlo todo. Pero, por otro lado, rezaba para que no fuera, porque significaría que nada de lo que habíamos soñado era verdad. Que mi marido descansaba en paz y que todo había sido producto de nuestra imaginación.

—¿Lista para lo que puedas descubrir? —me preguntó Nuria, delante del portátil, que acaba de enchufar por si acaso no tenía batería.

—Para nada, pero tengo que hacerlo. Por cierto, el lunes he cogido cita con una psicóloga, creo que me vendrá bien un poquito de ayuda — contesté, y agaché la cabeza, avergonzada.

—Eh, eh, esa cabeza bien alta. Eres más fuerte de lo que tú te piensas que eres, y es normal que lo necesites. Tienes que volver a ser feliz, y sola no lo vas a conseguir. La partida de Carlos fue muy dura para todos, pero en especial para ti, que perdiste al amor de tu vida.

—Gracias, Nuria. En realidad, os tendría que dar las gracias a todos, uno por uno y todos los días. No sé qué habría hecho si no hubierais estado a mi lado.

—Claro, claro, todos los días y cada cuatro horas, como el Paracetamol. No digas más tonterías, estuvimos porque nos dio la gana y porque era nuestra obligación, Carlos jamás nos hubiese perdonado que no lo hiciéramos.

Nuria pulsó el botón de encendido del ordenador, y salió para poner la contraseña. Ella se apartó, dejándome a mí los honores de marcar la clave. Me temblaban hasta las pestañas, primero la marqué en números, y me dio error. No sabía si respirar de tranquilidad o si echarme a llorar. Luego, Nuria, pensó que habíamos usado el formato incorrecto, y lo hice en letras, desbloqueando el ordenador.

Todo a mi alrededor se nubló, y tuve que sentarme en la cama para recuperarme, porque un nudo se me instaló en la garganta. Cuando tuve la suficiente fuerza para enfrentarme a ese aparato, me puse frente a él, y estuve revisando carpeta por carpeta, hasta que lo vi. Ahí estaba su diario.

—Todo esto es una locura. No quiero leerlo, sería como entrometerme en su intimidad —le dije a Nuria.

—Él ha querido que lo encuentres, y que lo leas, no seas más tonta. Seguramente, ahí, están todas las respuestas a los interrogantes que se te han planteado. Te dejo sola para que lo leas tranquilamente.

Nuria se marchó, y yo me llevé un buen rato delante de la carpeta, sin atreverme a abrirlo por miedo a lo que me pudiera encontrar. Finalmente, y después de casi una hora, me atreví a darle, y me senté en la silla, cómodamente, para ver lo que Carlos me tenía que decir.

El diario empezaba en el momento en el que nos conocimos, anteriormente estaría en otra carpeta, o incluso en algún cuaderno, o solo había empezado a escribirlo en ese momento, pero no lo buscaría, por lo menos de momento.

“Hoy he conocido a una mujer maravillosa. Es bonita, culta, y tiene una conversación de esas que te sumergen en sus palabras. Estoy seguro de que va a ser la mujer de mi vida”.

Esas eran las primeras palabras que se podían leer en ese documento, y me sacaron una sonrisa y unas lágrimas. El sentimiento había sido mutuo desde el primer momento.

Seguí leyendo, todo, y descubrí lo que sintió él, el día en el que me dijo que me viniera a vivir con él, cuando me pidió matrimonio, cuando nos enteramos de nuestro embarazo, en definitiva, de todos los momentos importantes de nuestra relación. Reí con sus palabras, como si me las estuviera diciendo él, y lloré con sus miedos, esos que nunca me contó y que eran los mismos que los míos.

Y llegué a un párrafo que me dejó helada, y que podía ser lo que él quería que descubriera. Rezaba así:

“Me parece mentira lo que acabo de descubrir. Al arreglar los documentos de mis padres, esos que me traje cuando vendí su casa, no me fijé en uno de ellos, ese que he visto ahora.

En él se fija un precio por la adopción de un niño, que soy yo, y también se refleja que tengo un hermano, gemelo para más inri, y que se le prohíbe a mi madre biológica que tenga algún contacto conmigo, así como a mi hermano.

No sé por dónde empezar a buscar, pero tengo claro que quiero saber quién es, donde vive y si necesita mi ayuda. Cuando una madre hace eso, es porque la situación económica no es buena".

—Chicos, ¿podéis subir un momento, por favor? —grité desde el pasillo, porque mis piernas no me daban para llegar a ningún otro lugar de la casa.

—¿Qué te ocurre? ¿Has descubierto algo? — preguntó Nuria, que fue la que subió primero, ya que Fabio seguía abajo con el niño.

—Mira, lee.

Me levanté de la silla y le dejé el sitio a ella, que conforme iba leyendo, se les iban poniendo los ojos como platos.

—Tenemos que encontrar a ese hermano, y a esa madre, y pedirle las explicaciones que a él no le dio tiempo a reclamar.

—¿Tú crees que sería lo correcto? Porque en estos momentos ya no sirve de nada.

—Claro que sirve. ¿No te has parado a pensar en tu hijo? Tiene derecho a relacionarse con su abuela, y con su tío, porque del abuelo creo que no vamos a tener noticias.

—No sé, Nuria, en estos momentos estoy muy confundida. No paro de pensar en los sueños, en si era esto lo que Carlos querría, y el nudo de la garganta cada vez aprieta más, va a terminar por ahogarme.

Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia, y Nuria se limitó a abrazarme, bien fuerte, y dejar que sacara de dentro todo aquello que me estaba atormentando.

—Piénsalo, es lo único que te puedo decir — dijo Nuria, sin dejar de abrazarme.

—Es que hay cosas que no cuadran. Según eso, los padres de Carlos no podían tener hijos, pero él tiene otro hermano más pequeño, por el que tuvo que vender la casa familiar. ¿Tampoco es su hijo de sus padres? ¿Volvieron a hacer lo mismo con otra familia?

—No lo sé, será mejor que le preguntemos a Fabio, él podrá aportar algo de luz a todo este embrollo —contestó Nuria, que me tomó de la mano para bajar al salón, donde estaba su chico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, al verme con el portátil en las manos.

—Juzga tú mismo —le dije, tendiéndole el ordenador.

—Joder, todo lo que sospechaba mi madre era cierto —dijo, al terminar de leer.

—Tengo que hablar con ella, Fabio. Intenta localizarla, por favor, para mí sería primordial saber su punto de vista —supliqué, y él asintió con la cabeza.

Me daba igual si tenía que salir del país, pero tenía que hablar con ella lo más pronto posible.

Capítulo 22



Rodrigo

Ese sueño en el que Carlos me señalaba algo, que no podía ver lo que era, se repetía cada noche, y estaba empezando a agobiarme. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que no me podía acercar a Cloe, temiendo que me tomara por un acosador.

Con Fabio tampoco había podido hablar, se había pedido unos días libres por un asunto familiar. Esa mujer no se me iba de la cabeza, como tampoco lo hacía el hecho de que no encontraba la conexión que Carlos Castilla y yo podíamos tener.

—¿Tienes cita con la psicóloga hoy? —me preguntó Alonso, que acababa de entrar en mi despacho.

—Sí, dentro de una hora y media. Voy a ir terminando esto que tengo entre manos, y me marcho. Seguramente ya no vuelva hasta mañana, así que me llevaré toda la documentación pendiente para revisarla en mi casa.

—La he buscado en Internet, y está muy buena. ¿Por qué no aprovechas y le pides una cita?

—¿Por qué es mi terapeuta? ¿Por qué estoy enamorado de Cloe hasta límites que no tenía ni idea que existían? Paso de complicarme más la vida.

—Con esa mujer, las posibilidades son como las temperaturas en Siberia, negativas. Echa una cana al aire, te vendrá bien para desestresarte.

—No eres más bruto porque no eres más grande —le dije, riendo, y es que él era así. Por fuera, parecía un tipo inalcanzable, pero en confianza, te tenías que reír por cojones.

—Todo lo que tú quieras, pero estoy por decir que tengo ansiedad y ligarme a la tal Helena, porque tiene que ser una fiera en la cama. ¿Sabes que una de sus especialidades es la sexología?

—Estás fatal, pero no hace falta que finjas nada. Acompáñame y te la presento, ya luego todo corre de tu cuenta.

—Joder, no puedo marcharme, Fabio tampoco está para que se haga cargo de todo. Eso sí, la próxima cita dile que vas con acompañante, me muero por verla cruzar esas piernas kilométricas que tiene.

Salió de mi despacho con los ojos que le hacían chiribitas, nada más de pensar en ella, y a mí me sacó una carcajada de imaginar la situación.

—Buenos días, tengo cita a la once y media — dije a la chica de la recepción de la consulta.

—La doctora Méndez está con una paciente, enseguida termina. Puede sentarse a esperar si lo desea — dijo la chica con una sonrisa.

—Muchas gracias.

Sabía el efecto que causaba en las mujeres, me había pasado desde que era adolescente y, en otro momento de mi vida, lo mismo hubiera tirado la caña, aunque solo hubiese sido para pasar un rato, pero en este punto, no podía, ni tampoco quería.

La sorpresa me la llevé cuando la doctora salió de la consulta para despedir a la paciente, y me encontré con ella, con Cloe, la mujer de la que me había enamorado y de la que no había tenido noticias en las últimas dos semanas. Tengo que reconocer que ella se quedó tan sorprendida como yo.

—¿Me estás siguiendo, Rodrigo? —me preguntó, pero algo me decía que era una broma, por su tono y su media sonrisa.

—Al fin del mundo, si hace falta. Pero en este caso, va a ser que tengo cita con la doctora. Por lo que veo, es tu primera vez, yo llevo ya unas cuantas sesiones —le dije, acercándome a darle un beso en la mejilla, que ella no rechazó.

—Me gustaría hablar contigo, pedirte disculpas y comentarte algo. ¿Cuándo te vendría bien? —dijo con timidez.

—¿Qué te parece si me esperas que termine y vamos juntos a por Héctor? Luego os invito a comer —le dije, cruzando todos los dedos para que me dijera que sí.

—Está bien, pero nada de invitarnos, comemos en mi casa, que tengo que mostrarte algo.

Os puedo decir que, en ese momento, me sentí el hombre más dichoso del planeta, y se me reflejó en la cara, pues hasta mi doctora me lo notó.

—¿Puede ser esta sesión algo más corta de lo normal? No quisiera que me tuviera que esperar mucho.

—No te preocupes, solo te voy a hacer una pregunta, y quiero que seas sincero. ¿Cómo te sientes en este momento? —me preguntó Helena, que era como quería que la llamara.

—Confundido. Llevo más de dos semanas deseando acercarme a ella, sin saber como hacerlo por lo que sucedió la última vez, y ahora, de repente, todo me sale rodado.

—¿Eso te hace feliz?

—No te puedes imaginar cuánto. He vuelto a sentir esa conexión que es tan difícil de explicar, pero a la vez, sé que es una bomba de relojería, no tengo ni idea de cuándo va a explotar, y eso me da miedo.

—¿Qué es lo que realmente te da miedo?

—No lo sé. Por un lado, pienso que lo que me tiene así es el miedo a perderla, pero en realidad no podría, porque entre nosotros no ha habido nada, ni un simple beso.

—¿Quieres saber cómo lo veo yo?

—Por supuesto, me ayudaría bastante.

—Quieres que se acerque a ti, que se enamore como tú lo estás de ella, porque a estas alturas, sería una tontería que lo negaras. Pero, por otro lado, quieres que lo haga por quién eres tú, no por tu parecido con su difunto marido. No quieres sustituirlo, quieres compartir su corazón con él, porque tienes claro que Carlos no saldrá jamás de ahí.

—Ni yo quiero que lo haga. Entiendo que ha sido su primer amor, pero yo quiero ser el último, el que la acompañe en la educación de Héctor, el hombro en el que llore cuando lo necesite, y la pasión que la consuma en la cama.

—Pues, eso mismo que me has dicho a mí, díselo a ella.

—No puedo, si le digo eso, no la vuelvo a ver en la vida. No está preparada para escucharlo, al menos de momento.

—No te digo que lo hagas al salir de aquí, sino que lo hagas cuando veas que ella está receptiva, cuando lo vuestro dé un pasito más. Dale la seguridad que ella necesita en su vida, porque ella también tiene miedo.

Sin darnos cuenta, había pasado la hora de la sesión, y cuando salí de allí, Cloe no estaba, se habría cansado de esperar, y me maldije por ello. Hasta que, al pasar por recepción, la chica me llamó.

—Señor Álvarez, la señorita Suárez ha dejado esta nota para usted —dijo, tendiéndome un papel doblado.

“Te espero en la cafetería de enfrente, estoy empezando a aburrirme sentada aquí. Un beso”

Con una sonrisa, y después de leer la nota, le di las gracias a la chica y salí dispuesto a localizarla. Por supuesto que esa nota la guardé en el bolsillo de mi abrigo, no la tiraría nunca, simplemente porque estaba escrita de su puño y letra y porque me enviaba un beso, ese que esperaba recibir algún día.

Al salir del edificio, la vi, estaba sentada en la terraza de enfrente, disfrutando de los pocos rayos de sol que había, ya que la tarde amenazaba lluvia y ya se estaban formando esos nubarrones que no presagiaban nada bueno.

—Perdón por haber tardado tanto — dije, acercándome a darle un beso.

—No tienes porqué pedirlo, es una consulta, no se sabe el tiempo que puedes tardar. Si no, fíjate en mí, entre a las diez y media y mira la hora en la que he salido, que te he retrasado hasta la tuya —me contestó, correspondiendo a mi beso.

—¿Nos da tiempo a tomarnos algo antes de ir por el niño?

—Claro, sale a las dos, y el colegio está aquí cerca, con que nos vayamos a la una y media, tenemos tiempo de sobra.

Nos pedimos dos refrescos y unas patatas bravas, que eran mis preferidas, cuando nos trajeron el pedido, comenzó a hablar.

—Dios, no sé por donde empezar, y lo de las patatas bravas, me ha matado, te lo juro. ¿Cómo pueden dos personas que no tienen nada en común parecerse tanto en todo? — dijo, y deduje que era porque a su marido también le gustaban mucho, como a mí.

—Yo también me lo pregunto, y cada vez estoy más lejos de entenderlo.

—En primer lugar, quiero pedirte disculpas por lo del otro día, entiende que me tomó completamente por sorpresa, y pensé lo peor, todo hay que decirlo.

—Te prometo que es todo cierto, y que el último sueño, del que no sabes nada, se repite una y otra vez, cada noche, y eso me está agotando, física y psicológicamente.

—Lo sé, a mí me ha pasado lo mismo. Te veo mucho más delgado, ¿comes bien?

—Sí, mamá —le dije, con una sonrisa que ella me correspondió —. Me gustaría contártelo.

—Adelante, soy toda oídos.

—Sueño que Carlos, tu marido, me señala algo, pero no logro ver lo que es. Está en un cuarto… —le describí lo que veía en el sueño, y su cara iba mudando por momentos —Por favor, no me tomes por lo que no soy, que no lo resistiría.

—Estás describiendo nuestra habitación, y lo que quiere que veas, lo tengo yo en mi poder. Ese mismo sueño lo tuve yo también, pero a través de mi hijo, me dijo lo que tenía que buscar, así como la contraseña para abrirlo. Sé que parece una locura, pero cada vez tengo más claro que, para descansar en paz, necesita que descubramos algo.

—Yo pienso lo mismo, lo que no entiendo es porqué me ha elegido a mí.

—Eso no lo sé, pero lo tendremos que averiguar. Espero contar con tu ayuda para ello, porque no sé por donde empezar a tirar del hilo, te lo juro.

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites, estaré a tu lado, siempre.

—Esas serían las típicas palabras que me diría Carlos si estuviese aquí, y precisamente por eso, es lo que más miedo me da.

—No debes tener miedo, te prometo que solo quiero que me dejes estar en tu vida. El papel que desempeñaré en ella tan solo depende de ti, yo me conformaré con lo que quieras darme.

—De momento, déjame que sea tu amiga, ahora mismo no puedo ofrecerte otra cosa, no me siento preparada para otra cosa.

—Pues como tu amigo que soy, permaneceré a tu lado mientras me lo permitas.

Nos levantamos, y le pasé una mano por el hombro, dejándole un beso en la sien. El roce de mis labios con su piel provocó que se me pusieran los vellos de punta, y vi que a ella le pasaba lo mismo, porque se estremeció, pero hice como que no me había dado cuenta.

Fuimos en su coche, porque el mío lo había dejado aparcado en la oficina. Para volver, pediría un taxi y ya mañana lo recogería, no quería separarme de ella ni un instante.

—¡Rodrigo! —Exclamó Héctor en cuanto me vio, y vino corriendo para darme un abrazo.

—Hala, mira que bien, y a su madre que la parta un rayo —dijo ella con una sonrisa.

—Mamá, es que a ti te veo a todas horas, y a él hace mucho que no lo veo. ¿Vamos a comer a la hamburguesería? —preguntó, pero su madre me miró negándolo, y me mantuve en silencio.

—De eso nada, muchachito, comemos en casa, que he dejado un potaje de garbanzos con callos de esos que tanto te gustan.

—Claro, además con el frío que hace, nos vendrá genial —contesté yo, para que el niño viera que yo también estaba incluido en el plan.

—¿Comerás con nosotros en casa? —preguntó, y asentí con la cabeza —Te lo dije, mamá, que Rodrigo era bueno, a papá le gusta mucho, me lo ha dicho.

A su madre se le cambió el semblante con aquel comentario, que, por lo visto, se repetía más a menudo de lo que ella quisiera. Le dolía, por el simple

hecho de que su padre no estaba a su lado, y el niño decía que le hablaba en sueños, aunque tampoco me hubiera extrañado nada.

Capítulo 23



Cloe

La noche en la que encontré el diario, me di cuenta de que todo lo de los sueños tenía que ser cierto, por mucho que me costara entenderlo. Ese fin de semana estuve dándole mil vueltas a todo, en especial al tema de Rodrigo y de lo mal que me había portado con él ese día. Tenía que llamarlo y pedirle disculpas, lo haría en cuanto que saliera de la consulta de la doctora Méndez.

—Buenos días, mi nombre es Cloe Suárez, y tengo cita con la doctora — dije a una chica que estaba en la recepción.

—Pase a la consulta, la está esperando — contestó, muy amablemente.

Entré a la consulta y me encontré con una mujer de aspecto elegante, y bastante guapa, pero con un aura que irradiaba cercanía y confianza. No lo dudé ni un segundo, ella me iba a ayudar.

—Buenos días, Cloe. En primer lugar, me gustaría que dejáramos las formalidades fuera de esta consulta. Me llamo Helena, y así quiero que te dirijas a mí.

—Buenos días, Helena. Encantada de conocerte.

—Cuéntame, Cloe. ¿Cuál es el motivo para que estés aquí?

—Pues verás… —le conté todo lo que me había sucedido, y estuvimos hablando durante más de dos horas.

—Es curioso… Si me das el permiso, me gustaría que, en la siguiente sesión, pudiéramos hacer una sesión de hipnosis y regresión, a ver si podemos sacar algo en claro.

Al salir del interior de la consulta, me di de bruces contra la última persona que esperaba encontrarme allí.

—¿Me estás siguiendo, Rodrigo? —pregunté con una sonrisa, y en tono de broma, quería relajar el ambiente y que se diera cuenta de que no estaba enfadada.

—Al fin del mundo, si hace falta. Pero en este caso, va a ser que tengo cita con la doctora. Por lo que veo, es tu primera vez, yo llevo ya unas cuantas sesiones —me contestó, y algo en mi interior se removió, sin saber lo que era.

Estuvimos hablando unos minutos, y quedamos en que me acompañaría a recoger a Héctor al colegio y luego iríamos a comer a casa. Tenía que enseñarle aquello que había descubierto, y pedirle mil disculpas por mi comportamiento.

Durante un buen rato, estuve esperando, pero los nervios me comían, así que, le dejé una nota con la recepcionista y me bajé a la cafetería de enfrente. Me pedí un refresco, y llamé a Nuria.

—¿Cómo te ha ido? ¿Estás más tranquila ahora? — preguntó al descolgar el teléfono.

—Me ha ido de maravilla. Es una doctora excelente, cercana y muy amable. Con respecto a la segunda pregunta, la respuesta es no. Me he encontrado a Rodrigo al salir de la consulta, y estoy esperando que salga. Me va a acompañar a recoger al niño y comeremos en mi casa.

—Eso es magnífico, Cloe. Ábrete a la vida, por favor, sal ya de esa burbuja en la que te has metido.

—Por primera vez desde que Carlos se marchó, he sentido algo en mi interior que creía que no volvería a sentir.

—Pues dale la oportunidad de saber hasta donde llega ese algo. Si sale bien, volverás a ser feliz, y si sale mal, te habrás dado, al menos, el beneficio de la duda, y sabrás que puedes encontrar a otra persona.

—¿Y si lo que siento se debe al gran parecido que hay entre los dos? Sería injusto para Rodrigo.

—No hagas las cosas a la ligera. Empieza siendo amigos, y deja que todo fluya como tenga que fluir.

Colgué la llamada, y pensé en eso que me había dicho Nuria. Lo haría de ese modo, tal y como lo hice con mi marido en el pasado. El tiempo pondría todo en su sitio, y yo estaría ahí para verlo y sentirlo.

Rodrigo apareció por la cafetería, con ese porte que tenía y que hacía que las mujeres, y algunos hombres, por qué no decirlo, se giraran a mirarlo. Como teníamos tiempo de sobra, nos tomamos un refresco con algo para picar. Cuando pidió las patatas bravas, una sonrisa afloró a mi rostro, eso mismo era lo que pedía Carlos. Por primera vez, lo recordé con cariño, no con dolor, y eso era señal inequívoca de que algo en mí estaba cambiando.

Ni que decir que mi hijo pegó saltos de alegría cuando lo vio, y mucho más cuando se enteró de que venía a comer a casa con nosotros. Cuando mi hijo comentó que su padre le había dicho que le gustaba Rodrigo, que le parecía buena persona, tuve que reprimir una lágrima. No era el hecho del comentario en sí, sino que no sabía si era cierto o que él intentaba por todos los medios que la figura de un padre estuviera en su vida.

—Mamá, estos garbanzos te han salido de escándalo —decía mi hijo, metiendo otra cucharada en su boquita.

—Serás que tú te comes hasta piedras molidas que estén en un plato —le respondí.

—No, no, el niño tiene razón. En mi vida había comido unos garbanzos tan buenos, te lo prometo, y eso que mi madre también cocina de muerte, pero es que tiene un sabor sublime —me decía Rodrigo, que no paraba de mojar pan en la salsa del potaje.

Esos dos estaban a porfía, a ver quién comía más. Muchas veces, con sus gestos, me recordaba a Carlos, que también era un amante de la buena mesa, pero no de los pijeríos, como él los llamaba, sino del cuchareo.

Cuando terminamos de comer, saqué parte de la tarta que habían traído Nuria y Fabio, y que hizo las delicias de esos dos. Ni las migajas dejaron. Mi hijo, que no podía con su cuerpo, se tiró en el sofá a ver los dibujos, pero se quedó dormido en el minuto uno.

—Ha caído rendido — dijo Rodrigo, que le había echado una manta por encima y venía a la cocina, donde yo estaba terminando de recoger.

—¿Te apetece un café? —le pregunté, poniendo una cápsula en la cafetera.

—Solo y sin azúcar, por favor.

Serví el café y saqué unas onzas de chocolate relleno de pistacho, que puse en un pequeño platito, llevándolo hasta la mesa, donde él ya había tomado asiento.

—Por favor, que rico está esto —dijo, saboreando una onza que se había metido en la boca.

Ese gemido que hizo me transportó a otro lugar, ¿hasta eso podían hacer de la misma forma? Mi rostro se sonrojó de una manera inexplicable, y él se dio cuenta.

—A mi hijo le encanta, procuro tener siempre en casa varias tabletas — dije, disimulando.

Rodrigo me miró, tomando mis manos por encima de la mesa, y su calidez me hizo agachar la cabeza, era como si, de pronto, tuviera quince años y

hubiera quedado con el chico que me gustaba. Estaba tan confundida como excitada, y de eso tomó él buena nota.

—No tienes que disimular conmigo. Sé que me has dicho que quieres que seamos amigos, y lo voy a respetar, siempre, pero eso no quita que me dé cuenta de que te atraigo tanto como tú a mí.

—Ahora mismo no sé ni lo que siento, y no quisiera ser injusta contigo. Que me atraes, es evidente, pero antes de dar un paso en falso, quiero descubrir si esa atracción que siento es por ti mismo, o porque me recuerdas a mi marido en muchos aspectos.

—Y eso te hace una persona muy sensata. La verdad es que me gustaría que, cuando dieras el paso, porque lo voy a dejar todo en tus manos, tengas claro que me quieres a mí, independientemente del parecido. No quiero sustituir a Carlos, sé que él siempre va a ocupar un lugar en tu corazón, solo quiero compartirlo.

Quise cambiar de tema, y por ello, me levanté y fui hasta el salón, donde mi hijo seguía durmiendo, y donde dejé el portátil de Carlos, quería que leyera lo que había escrito sobre su posible hermano, y que me ayudara a desenredar esta madeja.

—Toma, quiero que veas esto, léelo y dame tu opinión, por favor — dije, y se lo puse delante.

—¿Has encontrado ese documento que menciona sobre la adopción? — preguntó, dubitativo.

—No, y eso que he registrado cada papel que he encontrado en su escritorio.

—Dice que está en una de las cajas de la mudanza de sus padres. ¿Dónde están esas cajas?

—No tengo ni idea, supongo que, en el trastero o la buhardilla, que hace las veces de eso, también.

—Vamos a buscarlas. Ahí estarán los nombres de las personas que lo dieron en adopción, y así te será más fácil localizarlos.

No había pensado en eso, así que me puse en pie, como un resorte, dispuesta a bajar al sótano, donde había un cuarto destinado como trastero, mientras que Rodrigo subió a la buhardilla.

Decidimos que cogeríamos todas las cajas que contuvieran documentos, y nos las llevaríamos al salón para revisarlas, por si Héctor se despertaba que no se encontrara solo. Eso era lo único que mi hijo no soportaba, quedarse solo en la casa, le daba pavor, y era superior a sus fuerzas.

Entre los dos, encontramos más de cinco cajas, e hicimos lo que habíamos dicho, la subimos al salón, justo en el momento en el que mi hijo abría sus ojitos.

—¿Qué es todo eso, mamá? —preguntó mi hijo, somnoliento, todavía.

—Es documentación de tu padre, cariño, que tenemos que revisar para encontrar un papel en concreto — contesté.

—Ah vale —dijo y se sentó en el sofá, donde seguía con la manta sobre las piernas.

Cuando aterrizó del todo en el planeta tierra, mi hijo se levantó y fue a la cocina, donde cogió un zumo y un paquete de galletas. Al sentarse, nos miró, muy serio, y se dispuso a hablar.

—Mamá, dice mi padre que el documento que estáis buscando está en una carpeta roja que pone “Mamá”, pero que no recuerda en la caja en la que lo puso. Y a ti, Rodrigo, me ha dicho que, como le hagas daño a mi madre, te va a perseguir durante toda la vida. Que la quieras mucho y que la cuides.

—No lo dudes, Carlos que, si me da la oportunidad, la cuidaré y la trataré como a una reina, y a tu hijo, también —dijo Rodrigo, muy tranquilo, mientras yo me había quedado en shock.

Solo esperaba que todo esto terminara cuando descubriéramos lo que él nos había mandado. Resultaba curioso que, durante casi cinco años, no había dado señales de nada, y que justo con la aparición de Rodrigo, hubiera empezado todo. Algo tenían que ver, cada vez lo tenía más claro.

Nos pusimos a buscar la dichosa carpeta, por lo menos ahora sabíamos donde estaba esa documentación, y no teníamos que mirar documento por documento. Nos quedaban dos cajas, así que, en una de las dos tendría que estar.

—La tengo, aquí está — dijo Rodrigo, con una sonrisa, tendiéndola hasta que la tuve a mi alcance.

—Por fin, creí que no la encontraríamos nunca. Ahora solo queda buscar entre toda esa documentación.

La carpeta tenía bastante grosor, por lo que tampoco sería algo ligerito de hacer. Nos repartimos la mitad cada uno, y nos pusimos manos a la obra. Mientras tanto, mi hijo estaba dibujando en su cuaderno, de vez en cuando, levantaba la cabeza y nos miraba.

—Creo que es este —dije, levantando unos documentos que estaban sujetos con una grapa.

—Déjame ver — dijo Rodrigo, tomándolo de mis manos.

—Toma, a ver si tú ves algo, porque yo no logro ver ningún nombre por ninguna parte.

Se sentó en una silla del salón, porque hasta ese momento estábamos los dos sentados en el suelo. En un momento dado, su cara mudó al blanco más absoluto, y se levantó de golpe.

—Me tengo que ir —dijo, pidiendo un taxi por la aplicación del móvil.

—¿Ocurre algo? ¿Rodrigo? ¿Qué te ha pasado?

No me contestó, tomo una foto con el móvil de ese documento, me dejó un beso en la mejilla, otro al niño en la cabeza, y se marchó, dejándome allí con dos palmos de narices.

Capítulo 24



Rodrigo

No me lo podía creer, lo que tenía ante mis ojos era algo que jamás había podido imaginar, pero que, a su vez, me aclararía todo lo que estaba sintiendo.

Salí de casa de Cloe sin poder articular palabra, tenía que salir de allí lo más pronto posible, o rompería a llorar sin remedio, y delante de ella no lo iba a hacer, era lo que menos necesitaba en esos momentos. Ya hablaría con ella cuando pudiera, cuando tuviera todo claro y le pudiera dar una explicación.

Llamé a la consulta de la doctora Méndez que, ante mi estado de nervios, me citó inmediatamente para hablar conmigo. ¿Cómo había podido mi madre hacer algo así? ¿Cuándo lo había hecho? En mi memoria, siempre había estado yo solo, no tenía ningún recuerdo de que tuviera un hermano, pero estaba claro, allí estaban los datos de mi madre y, en cuanto que lo tuviera claro, iba a enfrentarla por todo lo que había hecho.

—¿Qué te ha ocurrido, Rodrigo? ¿Algún problema con esa chica, Cloe? — preguntó Helena, en cuanto me tuvo delante.

—He descubierto algo, y necesito que hagamos esa hipnosis con regresión de la que me has hablado — dije, sin apenas voz.

—No sé si, en el estado en que te encuentras, sería lo más conveniente.

—Helena, por favor, tengo que saber si alguna vez tuve contacto con mi hermano, si esos sueños son porque me estaba avisando de nuestro parentesco, o voy a terminar con una camisa de fuerzas.

—Está bien, pero si veo que el sufrimiento es excesivo o algo no me convence, cortaré por lo sano. Voy por la cámara, lo dejaré todo grabado, como siempre, para que luego puedas verlo en la tranquilidad de tu casa.

Mi teléfono no paraba de sonar, era Cloe, pero no podía enfrentarme a ella en estos momentos, por lo que, directamente, lo apagué. Justo estaba haciendo eso, cuando regresó Helena con todo lo que necesitaba, puso el trípode y la cámara a grabar, y se dirigió a mí.

—Cuéntame que ves, Rodrigo — dijo, una vez ya me había hipnotizado.

—Veo a mis padres, en el salón de mi casa, hablando. Junto a ellos hay un parquecito infantil.

—¿Qué están hablando? ¿Puedes oírlos?

—Sí, están diciendo que en unos días sería el primer cumpleaños de los mellizos, y que tenían que celebrarlo por todo lo alto. Mi madre se asoma al parquecito, porque uno de los niños intenta quitarle el juguete al otro. ¡Rodrigo, deja a tu hermano! Y tú, Carlos, haz el favor de compartir, que todo lo quieres para ti.

—Así que, Carlos y tú erais mellizos. ¿Qué estás viendo ahora?

—El instante en el que mi hermano se va con otra mujer. Está llorando, llamando a mi madre, que también llora, y yo salgo corriendo detrás, me quiero ir con mi hermano, pero mi madre me sujeta, bien fuerte, es como si yo fuera su ancla en esos momentos.

—Se acabó la regresión, necesito que vuelvas al presente — dijo la doctora, y justo cuando ella lo dijo, abrí los ojos.

Estaba llorando, como si eso que había visto se hubiera producido en ese preciso momento, como si no hubieran pasado ya treinta y ocho años desde

que todo sucedió.

—Ahora que estás consciente. ¿Alguna vez has notado algo, no sé, como si presintieras algo? ¿Qué te doliera un brazo sin haberte caído, por ejemplo? —me preguntó Helena, y lo recordé.

—Fui al médico porque me sentía raro, era como si mi cuerpo no fuera mío, y fue cuando me detectaron el fallo cardíaco. A pesar del trasplante, durante días me sentía mal, demasiado triste, y no paraba de llorar. Coincidió con la muerte de Carlos.

—¿Algo más?

—Sí, una mañana me levanté muy feliz, tan dichoso que nada ni nadie pudo arruinar mi felicidad. ¿Sería el día de su boda o del nacimiento de su hijo?

—Puede ser. Para que me comprendas mejor, los mellizos, al igual que los gemelos, tienen cierta conexión que el resto de los hermanos no tiene, y de ahí los sueños y todo esto que me estás contando.

—Dios, tengo que enfrentar a mi madre. Antes, sentía rabia y dolor, pero después de recordar ese episodio, tan solo tengo dolor, y muchas dudas.

—Pues ve, habla con ella, pero déjala que te explique todo, no la prejuzgues, porque ella tampoco lo ha tenido que pasar bien durante este tiempo.

—¿Y Cloe? ¿Cómo le digo que Carlos y yo éramos mellizos? Se va a pensar que yo lo sabía todo y he aprovechado la ocasión. Joder, esto es de locos, no sé en qué momento me he visto envuelto en todo esto. Casi que es mejor que me olvide de ella…

—Ahí no te puedo ayudar, no soy quién para decirte lo que tienes o no que hacer, pero tampoco puedes presuponer como actuará ella. Haz una cosa, pon tus pensamientos en orden, habla con tu madre y cuéntale todo. Cuando lo hayas solucionado, entonces enfréntate a Cloe.

Salí de la consulta tan abrumado y agotado, que decidí dejar a mi madre para el día siguiente. Ahora mismo, solo quería y necesitaba estar solo, madurar todo lo que había descubierto y entenderlo.

—Ay, hermano, ¿por qué no me búscate antes? —dije en voz alta, sentado en el sofá del salón, con una copa de whisky por delante.

Poco a poco, y debido al cansancio, me fui quedando dormido. Esa noche no soñé con nada, o al menos no lo recordaba, me despertó el sonido del interfono de mi casa. ¿Quién sería? Lo iba a averiguar ahora mismo, porque si seguían llamando así terminaría por estropearlo.

—¿Se está quemando algo? —Contesté de mal humor. Hacía días que no descansaba bien, y para una vez que lo conseguía, alguien interrumpía mi sueño.

—Yo, de lo calentito que me tienes. Haz el favor de abrir la puerta y encender el móvil, pedazo de capullo —me dijo Alonso, en evidente estado de cabreo.

Miré el reloj y vi que eran más de las once de la mañana, y entendí su cabreo al instante. Seguramente, al ver que no había ido por la oficina y avisado de mi retraso, habría llamado al móvil, al estar apagado y debido a mi enfermedad, se había puesto en lo peor.

—No te pego una hostia porque no quiero marcar tu bonita cara, pero te mereces que te parta todos piños. ¿Se puede saber por qué coño no me has avisado? —me espetó Alonso en cuanto salió del ascensor.

—Joder, el día de ayer fue muy complicado, apagué el móvil, y luego no me acordé de volverlo a encender.

—¿Complicado? Complicado es tener una relación normal contigo, cabrón, que casi me muero cuando no te podía contactar. Y date una ducha, que hueles a choto muerto.

—Espérame aquí, tienes que llevarme a casa de mi madre. Te cuento por el camino — dije, entrando a darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Encima, el señor me va a tener de chófer. Esto es increíble…

Lo dejé protestando en el salón, y entré a mi habitación para darme esa ducha y vestirme. Como no tenía pensamiento de ir a la oficina hoy, me puse cómodo, con un pantalón cargo, unas zapatillas de deporte y una sudadera, acompañando todo ello con un chaquetón de plumas, porque hacía un frío de cojones.

Nos montamos en su coche, el mío lo recogería cuando saliera de casa de mi madre, que estaba cerca de la oficina, donde lo dejé aparcado el día anterior cuando me marché con Cloe.

Puse al día a Alonso de todo, sin entrar en detalles, que esos, primero, los tendría que obtener de mi madre, y no dudaba que me los iba a contar, así tuviera que atarla a la silla y amenazarla. La rabia había vuelto, porque no entendía como podía haber actuado de esa manera, y quería saber si había ocurrido alguna vez más.

—Joder, tío, es como de telenovela turca de sobremesa. Ahora solo te falta que tu madre te diga que tu padre es un jeque árabe, rey del petróleo, y que te ha nombrado su único heredero —dijo, entre risas, pero yo sabía que eso lo hacía para que no pensara demasiado.

—Claro, hombre, y que me deja un harén en herencia.

—Si es así, yo me ofrezco voluntario para ayudarte, que tú solo no vas a poder con todas.

Me provocó una carcajada con sus bromas, pero los dos sabíamos que el dolor existía y que iba a enfrentarme a uno de los momentos más duros de mi vida, por mucha guasa que él le pusiera al asunto.

—Gracias, Alonso, has logrado rebajar la tensión que traía — dije, dándole un abrazo cuando me bajé del coche.

—No hay de qué, hermano, para eso estamos los amigos. Dale la oportunidad de que se abra a ti, por favor, no la cuestiones antes de escucharla.

Entré en el portal de casa de mi madre, me temblaban las piernas, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de saberlo todo. Llamé al timbre y esperé a que me abriera.

—Hombre, mi niño bonito… ¿Y esa cara? ¿Qué te ha pasado? — dijo, visiblemente preocupada.

—Me ha pasado que he descubierto algo que no entiendo, pero que espero que tú me lo expliques.

—¿Qué es eso que has descubierto? — preguntó temerosa, porque sabía la verdad.

—Que Carlos Castilla y yo éramos hermanos mellizos.

—¿Cómo qué éramos? ¿Qué le ha pasado a mi niño? — preguntó mientras las lágrimas caían por su rostro.

—Murió, mamá. Se fue y no tuve la oportunidad de conocerlo. No lo entendiendo, ¿por qué lo hiciste? Dame una explicación que me permita entenderte, porque de lo contrario, no solo habrás perdido a un hijo, sino que perderás a los dos.

Mi madre se sentó, llorando como si la estuvieran matando, era un llanto desgarrador, pero no iba a dejarlo pasar, necesitaba esa explicación como el aire para respirar. Le dejé su tiempo, no la presioné, entendía que tenía que procesar la muerte de su hijo, tan solo me mantuve sentado, esperando a que ella quisiera hablar.

—Cuando nacisteis, fue el día más feliz de nuestras vidas, y durante el tiempo que estuvisteis juntos, se veía que teníais una bonita complicidad.

—Complicidad que tú te saltaste a la torera, por lo que he podido comprobar.

—No seas injusto conmigo, y escúchame, por favor. Desprenderme de uno de vosotros es el sacrificio más grande que he tenido que hacer, pero no podía quedarme con los dos.

—¿Por qué mamá? Tan solo quiero que me respondas a eso.

—Porque tu padre, antes de morir, nos dejó arruinados. Después de que no nadábamos en la abundancia, se metió en las apuestas, dejándonos tan solo con lo puesto. Cuando murió, o más bien lo mataron, aunque no se supo nunca, yo lo tengo claro, empezaron los acreedores a llamar a la puerta. Y yo no daba abasto para trabajar y pagar todo.

—Y apareció esa mujer y viste el cielo abierto —le dije, con maldad.

—No, hijo, no vi el cielo abierto. Vi la posibilidad de que mis dos hijos pudieran comer y tener un techo sobre sus cabezas. Ellos se encargaron de pagar todas las deudas de tu padre, y me dieron el dinero suficiente para empezar de cero. Todavía tengo en mi retina la carita de tu hermano cuando se lo llevaron, y su llanto grabado en mis oídos.

—¿Por qué nunca dijiste nada? Ya éramos adultos y esa mujer había fallecido.

—Pero no su familia. Mi hermana se quedó embarazada de un tipo que se desentendió de ella, iba a abortar, pero conseguí que hablara con un familiar de esa mujer, que se quedó con el niño y le dio a tu tía un dinero para que pusiera su tienda. Ese niño se parecía muchísimo a ustedes.

¿Estaba hablando de Fabio? No me lo podía creer, cada vez me lo estaba poniendo el destino más complicado para que se deshiciera el nudo en el que se había convertido mi vida.

Capítulo 25



Cloe

Me llevé toda la tarde–noche y la mañana siguiente llamando a Rodrigo, sin éxito, porque si bien al principio me daba tono, en un momento determinado apagó el teléfono.

No tengo ni idea de qué fue lo descubrió en ese documento, y por muchas vueltas que le daba al dichoso papelito, seguía sin ver absolutamente nada, eso me estaba desesperando.

—Mami, ¿qué le ha pasado a Rodrigo? — preguntó mi hijo, en cuanto se despertó.

—No lo sé, cariño. ¿Has vuelto a soñar con papá? —Parecerá una locura, pero era mi última baza para saber que era lo que había ocurrido.

—No, esta noche no he soñado con él, ni me ha dicho nada. Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—Cariño, sabes que lo que papá te dice en sueños no se lo puedes decir a nadie, nada más que a mí o a Rodrigo, ¿verdad? —No quería que tomaran a mi hijo por loco o, lo que es peor, que le hicieran el vacío el resto de los niños por rarito.

—No te preocupes por eso, papá también me lo dijo y no lo hago.

Nos montamos en el coche para dejarlo en el colegio antes de ir a trabajar. Seguía usando el coche que me regaló Carlos, a pesar de que su Jeep estaba en el garaje. Fabio venía de vez en cuando, lo arrancaba y le daba una vuelta por la urbanización, para mantenerlo y que no se estropeara. En multitud de ocasiones había estado a punto de conducirlo, pero algo me lo impedía, sabía que su coche era sagrado para él.

—Te recojo luego, cielo. Pórtate bien y pásatelo mejor —le dije, como todas las mañanas, y después le di un beso y un abrazo.

—Adiós, mami, hasta después.

Lo vi entrar en el centro y ponerse en su fila, y puse rumbo al centro de belleza, lo mismo y Nuria, a través de Fabio tenía noticias suyas. Era un sinvivir lo que sentía por dentro, no porque le hubiera ocurrido nada malo, que sabía que no era el caso porque se marchó en un taxi, si no por lo que pudo haber descubierto que lo trastocó tanto.

—Uy, vaya cara me traes. ¿Otra noche movidita? —preguntó Nuria, por suerte estábamos las dos a solas.

—Sí, pero no es por el motivo que piensas.

—No me digas que has tenido una noche de pasión, porque me caigo muerta en redondo.

—De eso ya ni me acuerdo lo que es, idiota. Ayer, tal y como te conté, me encontré con Rodrigo y fuimos a mi casa.

—Sí, hasta ahí lo sé. ¿Qué pasó en tu casa? ¿Intentó besarte y ahora te remueve la conciencia? Porque si es eso, estás muy equivocada, estoy segura de que Carlos…

—¿Te quieres callar? Joder, cuando coges carrerilla eres peor que un mitin político.

—Hija, si es que me cuentas las cosas por episodios, como las series de Netflix.

—Como quieres que te cuente si no paras de hablar.

—Vale, vale. Yo… —Hizo como si se pusiera una cremallera en la boca.

—Rodrigo me dijo que, para empezar a tirar del hilo, tendríamos que localizar el documento de la adopción, donde vendrían los datos de la persona que se lo daba a su madre adoptiva.

—¿Lo encontrasteis? —preguntó, anhelante de saber lo que había ocurrido.

—¿Se te ha roto un diente de la cremallera? No veas si te ha durado poco el silencio… Pues sí, pero en cuanto lo leyó, salió corriendo de mi casa, como alma que lleva el Diablo.

—¿Por qué hizo eso?

—Si lo supiera, no estaría como estoy, ¿no te parece?

—Ya me ha quedado claro que hoy estás de mal humor, será mejor que volvamos a hablar cuando te tranquilices — dijo, y era cierto que el tono que había empleado no era el más adecuado, además de que ella no tenía la culpa de nada.

—Lo siento, no debí hablarte en ese tono, tú no tienes la culpa de nada. Pero es que estoy preocupada, ayer me harté de llamarlo cuando se marchó de mi casa y no contesta al teléfono.

—Espera, voy a llamar a Fabio, si está en la oficina, le diré que le diga que te llame urgentemente —dijo Nuria, buscando su móvil en el bolso.

Tras dos llamadas, Fabio contestó, por lo visto estaba en una reunión importante, quedó que, en cuanto saliera se lo diría, porque todavía no lo había visto.

La mañana fue pasando lentamente, ni Fabio llamaba ni Rodrigo tampoco. Nuria y yo nos centramos en el trabajo, que encima, esa mañana fue escaso, tanto para ella, como para mí.

—Voy a volver a llamarlo —dijo Nuria, tomando su móvil de nuevo.

—No, déjalo. Está claro que, después de toda la insistencia que había puesto para que lo dejara entrar en mi vida, no era tanto lo que decía que sentía por mí. No quiero poner en un compromiso a nadie.

—¿Qué estás diciendo, idiota? Yo he sido testigo de la manera en la que te ha mirado, y no me pienso quedar de brazos cruzados.

—Sea lo que sea que ha descubierto en esa documentación, lo ha alejado de mí. Quizás sea lo mejor, todavía no ha pasado nada entre nosotros, y será más fácil volver a mi vida con mi hijo.

—No te vuelvas a cerrar, te lo pido por favor. Seguro que todo tiene una explicación.

—Y no lo dudo, pero una que no quiere darme, o de lo contrario, ya lo hubiera hecho. No tengo la intención de insistir más, lo nuestro se acabó antes de que hubiera empezado, siquiera.

Salimos del salón de belleza, ella para ir a comer, yo para recoger a mi hijo. Lo llevaría al centro comercial, ese sábado era su cumpleaños, y lo celebraríamos en mi casa, donde había contratado algunos monitores para que jugara con los niños y un catering para que se encargara de la comida de todos, padres e hijos.

—Hola mami. ¿Sabes qué? Hoy he ganado un concurso de deletreo, y la seño me ha dado un paquete de gominolas — dijo mi hijo, en cuanto lo recogí.

—¿No me digas? Eso es porque has sido muy trabajador, y has estudiado mucho.

—La seño me ha dicho que es porque soy muy inteligente.

—Claro, pero si no trabajas, la inteligencia no sirve de nada.

—Eso también me lo ha dicho. ¿Dónde vamos? Este no es el camino de casa.

—Vamos al centro comercial, a comprar globos y cosas para adornar el jardín, y a buscar el regalo de tu cumple, para que seas tú el que lo elijas.

Se quedó pensando en que era lo que quería que le regalara, y al final, me dijo que él quería una sorpresa, que siempre había sido así y no quería cambiarlo. Lo que no sabía es que esa ya estaba comprada y en el garaje, le regalaría una bicicleta que, durante un paseo, se quedó mirando.

—Pero es que yo no tengo ni idea de lo que te gusta, Héctor.

—No, mamá, ya está decidido y no pienso cambiar de opinión —así era mi hijo, tozudo como una mula, pero con las ideas muy claras.

Entramos en un local de comida rápida, y nos pedimos dos menús con helado. A pesar de que afuera hacía frío, en el interior del centro comercial tenían puesta la calefacción, y eso propiciaba que apeteciera ese postre.

Compramos todo lo que le gustó en una tienda especializada en decoración de eventos, incluso hizo que me hiciera con las letras de su nombre en grande, para ponerlo debajo del árbol mágico, que era como él llamaba al que contenía las cenizas de su padre en la raíz.

—Mamá, ¿crees que Rodrigo vendrá a mi fiesta de cumpleaños? —preguntó, un tanto apenado.

—No lo sé, pero intuyo que no —le dije, no quería que mi hijo se hiciera ilusiones para luego llevarse una decepción.

—Yo quiero que venga — dijo con los ojos llorosos.

—Y yo también, pero ya viste que ayer, después de irse, no me contestaba a mis llamadas. Vamos a hacer una cosa, ahora le mandamos un mensaje, para avisarlo, y que sea él quien decida. ¿Te parece bien?

—Vale. Yo me haré a la idea de que no va a venir, y si viene, pues me llevo la sorpresa.

Saqué el móvil del bolso, y me dispuse a enviarle ese mensaje que le había prometido a mi hijo que le mandaría.

Cloe: Rodrigo, el sábado es el cumpleaños de Héctor, no estás obligado, ni mucho menos a venir, ni siquiera tienes por qué hablar conmigo si no quieres, pero a él le haría mucha ilusión que estuvieras presente. Un saludo.

Tal y como me había prometido a mí misma esta mañana, no le iba a insistir en nada que tuviera que ver con nosotros. Tan solo me centré en lo que mi hijo quería, dejándole claro que no tenía por qué acercarse a mí.

Le mostré el teléfono a mi hijo, que ya sabía leer, para que comprobara que había sido enviado, si ya no quería venir, no había sido por falta de invitación. No tuvo el detalle de contestar, me dejó en visto, y entonces supe que no acudiría.

Ese desprecio a mi hijo no lo iba a perdonar tan fácilmente, porque él no tenía la culpa de nada, ni yo la tenía, porque estaba completamente ajena al motivo de su huida y posterior actitud de ignorancia hacia nosotros.

Me dolía, y mucho, porque por primera vez desde que Carlos había fallecido me había planteado la posibilidad de abrirme de nuevo al amor, pero estaba claro que eso no era lo mío, así que continuaría igual que hasta entonces, sola con mi hijo, que era el que más me necesitaba.

Ya estábamos de regreso en casa. Mientras que Héctor se duchaba y se ponía el pijama, porque ya no íbamos a salir más, me dediqué a recoger todo el desastre que había en el salón desde la tarde anterior. Recogí todo en cajas, dejando fuera tan solo el documento de adopción, porque iba a ir a hablar con esa mujer, sí o sí, en cuanto tuviera la oportunidad de localizarla. Cuando tuve todas las cajas listas, las bajé al sótano, devolviéndolas al lugar donde estaban, incluidas las que bajamos de la buhardilla, habiendo sitio ahí, era una tontería subir hasta allí.

—Mami, ¿dónde estás? — preguntó mi hijo desde el rellano de la escalera.

—Ya subo, Héctor, estoy en el sótano guardando las cajas.

—Vale, te espero en el salón.

Cuando subí, mi hijo estaba sentado en el sofá, mirando la televisión, pero sin ver nada en realidad, era como si estuviera sumido en sus propios pensamientos. En el momento que se dio cuenta de mi presencia, se volvió y me dio un abrazo.

—Te quiero muchísimo, mami. ¿Me prometes que, si Rodrigo no aparece más, vas a buscar a alguien? Yo quiero que seas feliz.

—Yo también te quiero con toda mi alma, mi amor. Yo soy feliz si tú lo eres, no me hace falta nadie más para serlo.

—Pero yo quiero que te rías y te brillen los ojos como cuando Rodrigo estaba contigo.

En ese momento, no supe que decir. ¿Cómo se le explicaba eso a un niño de cinco años? Así que me limité a darle un beso, y me marché para la cocina a preparar la cena.

Capítulo 26



Rodrigo

—¿Me estás diciendo que mi tía hizo lo mismo que tú? Es que no me lo puedo creer… —le espetaba a mi madre, bastante enfadado.

—No, hijo, ella tan solo le dio la vida a un niño que no quería tener. Sabes que no le gustan los niños.

—¡Pues que hubiese puesto medios!

—No seas injusto, cielo. Ni ella ni yo, nos lo merecemos.

—¿Tú me hablas de injusticia a mí? ¿Precisamente tú? Manda cojones lo que hay que oír. Tú sí que ha sido injusta, separando a dos hermanos, dejando que uno de ellos muriera con la pena de encontrarme, porque se enteró y me estaba buscando.

—¿Cómo se enteró? Porque su madre y yo llegamos al acuerdo de que no diríamos nada ninguna de las dos.

—¡Su madre eres tú! Y sí, lo supo porque encontró el documento de cesión entre todo lo que recogió de su casa cuando la vendió.

—Y tú, ¿cómo te has enterado? Porque tú no has tenido opción a ese documento, que destruí en el mismo momento en el que me lo dio.

—¿No pensabas buscarlo nunca? ¿Vendiste a tu hijo y te olvidaste de él?

—¡No lo vendí! Se lo di a una familia para que lo cuidara y poder sacarte adelante a ti.

—A cambio de dinero, como si fuéramos cromos: "Este lo tengo repetido, así que lo vendo, y pongo al otro en una situación más cómoda, para que no se me estropee".

—Veo que, por mucho que te diga, no lo vas a entender. Y sigues sin decirme como te has enterado de que tienes un hermano y cuál era su identidad.

—¿Sabes cómo lo he sabido? Por su viuda, mamá, que es la mujer de la que me he enamorado, y por su hijo. Porque sí, tienes un nieto, precioso, que es igual que su padre, y por el que su madre ha luchado con uñas y dientes por sacarlo adelante.

—Tengo un nieto… ¿Cómo se llama? Me gustaría verlo, aunque fuera en fotos.

—No seré yo quien te lo muestre, si quieres verlo, habla con su madre. Y ahora dime, ¿cuál es el nombre de mi primo? Porque supongo que lo sabrás, y con ese no quiero perder el contacto.

—Se llama Fabio, tu tía le pidió a su madre que le mantuviera el nombre que había elegido para él.

—Dios mío, Fabio es mi primo…

—¿Ya lo conoces? Tu tía estaría encantada de volverlo a ver, sin decirle que es su madre, por supuesto.

—¿Sabes? Estoy cansado de todo esto, necesito tiempo para procesarlo todo, así que te pido, que no me llames ni tengas contacto alguno conmigo. Si alguna vez termino de entenderlo, seré yo el que me ponga en contacto contigo.

Salí de allí con unas ganas inmensas de llorar, cogí mi móvil y llamé a Alonso y a Fabio, citándolos en mi casa. Por supuestísimo que hablaría con mi primo, tenía derecho a saber todo, sin dejar pasar más el tiempo.

Recibí un mensaje en mi móvil, y vi que era de Cloe. Por sus palabras, se notaba que estaba enfadada conmigo, pero ese sería un puente que cruzaría luego, cuando mi vida estuviera en orden. No le contesté, lo dejé en visto, porque no sabía si acudiría a esa celebración o no, tendría que ver en qué estado anímico me encontraba y si era capaz de ponerme frente a ellos y decirles la verdad.

Mientras mis amigos no llegaban, me di una ducha rápida, y me puse cómodo. Me iba a tomar unos días libres, no era capaz de concentrarme en nada que no fuera mi situación familiar, así que sería de poca utilidad sentado detrás de un escritorio.

Ataviado con un chándal de algodón, me dirigí a la cocina, donde tomé una cerveza de la nevera y preparé algo de picar para cuando llegaran estos. Lo llevé todo al salón, y encendí la chimenea de gas, porque el frío no se me iba, era ese interior que hace que todo lo que te rodea parezca congelado.

—¿Qué ha ocurrido para que nos cites con tanta urgencia? — dijo Alonso en cuanto abrí la puerta de mi casa.

—Tienes a Cloe muy preocupada, haz el favor de llamarla —esta vez fue Fabio el que me habló.

—Siéntate, Fabio, lo que tengo que contarte no te va a gustar — dije, y Alonso me miró extrañado —. Con respecto a Cloe, ahora mismo no puedo hablar con ella, no hasta que tenga todo en orden, por fin.

—Me estás asustando, Rodrigo. ¿Qué coño pasa? —dijo Fabio, tomando asiento y cogiendo una cerveza.

Le conté a los dos todo lo que había descubierto, y la reacción y explicación que me había dado mi madre, Alonso sabía algo, pero no todo. Cuando llegué a la parte de mi primo, se quedó totalmente impresionado.

—Sabía que era adoptado, y muchas veces me pregunté porque siendo así, Carlos y yo nos parecíamos tanto, pero esto roza el esperpento, te lo juro —Me decía, con lágrimas en los ojos.

—Así me sentí yo cuando vi el nombre de mi madre en ese documento. Nos había tratado como si fuéramos ganado, vendiendo a mi hermano al mejor postor.

—La tuya todavía tenía un motivo razonable, pero ¿y la mía? Me compró como la que se compra un bolso, y la otra con mi venta, cumplió su sueño de abrir un negocio. Me siento tan defraudado, que no pienso ni enfrentarme a ella.

—Lo que más pena me da es no haber conocido el dato de mi hermano antes, no haber tenido el placer de compartir con él una cerveza, pero de ti no me pienso alejar. Tú eres mi verdadera familia, que te quede claro.

—Ahora entiendo tantos desprecios de parte de mi padre, que nunca me trató como un hijo, siempre se dirigía a mí, con el término "este niño", jamás le dijo a nadie "mi hijo".

—Y encima he tenido que escuchar como mi madre me decía que estaba siendo injusto con ella y con mi tía, cuando las únicas injustas han sido ellas. Aparte, ¿cómo me presento ante Cloe diciéndole que su marido y yo éramos hermanos?

—Hablando, no puedes privarte también de conocer a tu sobrino, que te adora. Ella no sabe nada, y está preocupada por lo que leíste ayer en ese papel, no se merece vivir en la ignorancia.

Pedimos unas pizzas para cenar, Fabio avisó a Nuria, y le dijo que tenía un problema familiar que le contaría en cuanto llegara a casa, que le dijera a Cloe que yo estaba bien, que le daría todas las explicaciones necesarias en cuanto me encontrara con fuerzas.

Esa noche, al meterme en la cama, lloré hasta quedarme sin fuerzas. La persona que más quería y admiraba en el mundo, me había traicionado de la peor manera, y no iba a ser fácil que yo perdonara esa traición.

Volví a soñar con mi hermano, pero esta vez no me señalaba nada, era como si estuviera sentado a mi lado, y me hablaba claramente. Me pedía que cuidara de su hijo como si fuera mío, que ahora que ya me había encontrado, descansaría en paz, y que quisiera a Cloe con todo mi corazón.

Le pedí que me diera fuerzas para seguir adelante, para enfrentarme a eso que tanto temía, contarle la verdad a la mujer de la que me había enamorado, que resultó ser su viuda.

¿Cómo le iba a hacer eso a mi propio hermano? ¿No sería como traicionarlo? Mirándome a los ojos, me dijo que no, que no lo sentía así. Que el sentía que el destino le había jugado una mala pasada en el momento más feliz de su vida, pero que ella tenía que rehacer su vida, y nadie mejor que conmigo. Me aconsejó que me armara de paciencia, porque no iba a ser fácil, pero que todo esfuerzo merecería la pena. Nos dimos un abrazo y se esfumó, despertándome en ese momento.

Su olor se había quedado en mis fosas nasales, era un perfume que le hacían para él, y cuyo olor era muy característico. Mis ojos seguían acuosos, señal inequívoca que, hasta dormido, había seguido llorando.

La "visita" de mi hermano me había sacado de todas mis dudas, pero no iría ahora a buscar a Cloe, tenía que tranquilizarme, me quedaría en casa. Tan solo faltaban dos días para el cumpleaños de Héctor, al que acudiría sin dudar, ahora tan solo tenía que encontrar el regalo adecuado.

Llamé a Fabio, necesitaba su consejo sobre lo que se me había ocurrido, y nadie mejor que él para dármelo, además de que necesitaría datos de Cloe que no sabía, pero que Nuria me podía facilitar.

—¿Ya estás de pie sin venir a la oficina? Primito, se suponía que tenías que descansar.

—Y lo he hecho. Te llamo para hablar contigo de una cosa que se me ha pasado por la cabeza, pero prefiero que lo hagamos en persona. Te espero en media hora en la cafetería de enfrente de las oficinas, salgo para allá.

No le dejé que me replicara, colgué la llamada y salí de casa. Iría dando un paseo, ya que las oficinas quedaban a quince minutos andando desde mi casa, y me vendría bien que me diera el aire.

Mi madre me había llamado varias veces, pero todavía no estaba preparado para enfrentarla de verdad. Mi hermano me había dicho que él la había perdonado, que las circunstancias fueron las que fueron, pero que no lo hizo por ambición, como había sido el caso de mi tía, sino por necesidad. Ya la iría a visitar el lunes, a ser posible con Cloe y el niño, ya que había dicho que quería conocerlo.

—No me vayas a dar más disgustos, por lo que tú más quieras, que eres como las cartas de Hacienda, nada más que traen malas noticias — dijo, nada más verme, y me salió una carcajada.

—Ni que lo digas, Fabio, tu primo es como las noticias del mediodía —Ni me había dado cuenta de que Alonso venía detrás.

—Sois unos cabrones, los dos, sin excepción.

—Te veo mejor cara que ayer. ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que voy a coger las riendas de mi vida, eso ha pasado. El sábado es el cumpleaños de Héctor y he pensado regalarle un viaje a Disney, con su madre y conmigo, pero necesito los datos de ella para contratar los billetes.

Fabio llamó a Nuria, y le pidió lo que necesitábamos, pero no se lo dio sin antes someterlo a un tercer grado. Le hicimos prometer que no le diría nada a Cloe, quería que mi presencia en la fiesta fuera una sorpresa, para los dos.

Mi hermano me había animado a conquistarla antes de marcharse, y eso haría, me había dado cuenta de que no podía vivir alejado de ella, así que seguiría con todo lo que tenía pensado.

Nos debíamos una conversación, que tendríamos después del cumpleaños del niño, cuando ya estuviera dormido, porque no me pensaba mover de allí sin que conociera todos los detalles, y le pediría si podíamos llevarle el niño a

mi madre. No por ella, sino porque su hijo tenía todo el derecho de contar con la figura de una abuela.

En el fondo, Carlos tenía razón, no había sido por ambición, sino por poder sacarnos adelante. Lo mismo, si no lo hubiera hecho, ni mi hermano ni yo hubiéramos podido llegar a donde habíamos llegado. Saber que fue feliz y querido me reconfortó en mucho, y me hizo reflexionar sobre la postura de mi madre.

Nos fuimos a una agencia de viajes y dejamos todo contratado. A continuación, y para no llevarle al niño la documentación que se podía perder, mandé que le hicieran una carta, como si fuera Mickey quien se la enviara, y la metimos en un sobre de la misma factoría.

Capítulo 27



Cloe

Era la mañana del cumpleaños de Héctor, y nos encontrábamos en el jardín, llenando globos y poniendo guirnaldas. Tal y como había pedido, las letras de su nombre se pusieron alrededor del tronco del árbol, lo había hecho a modo de protección, no quería que ningún niño se subiera o estuviera cerca de él, y eso me pareció enternecedor.

—Te veo muy nerviosa, Nuria. ¿Ocurre algo? —le pregunté a mi prima, porque, desde que ella y Fabio habían llegado, no paraban de mirar el reloj y de mirarse entre ellos.

—¿Qué va a ocurrir? Pues que es el cumpleaños del niño y tengo ganas de verle la carita cuando le demos los regalos.

—Miénteme a la cara, que no pasa nada. A veces pienso que te crees que soy tonta, pero bueno, allá tú si no quieres contármelo.

—De verdad, Cloe, que es eso. Y que Pelayo y Adolfo están tardando demasiado, ya deberían estar aquí, ayudando con todo esto.

—Claro, claro, como que tenemos que hacer una reforma integral del jardín. Si no hubieseis podido venir, yo misma lo hubiera terminado sola. Por Dios, que solo son cuatro globos y unas cuantas guirnaldas.

Nosotros solo nos ocuparíamos de eso, para todo lo demás tenía contratada una empresa. La piscina, como durante todo el invierno, estaba cubierta por una infraestructura metálica, que impedía que nadie pudiera caer dentro. Se había puesto una carpa por si llovía, y un catering sería el encargado de servir la comida y la bebida, además de los monitores para que diseñaran juegos para los niños.

La mesa de los regalos la habíamos situado en el porche trasero, donde ya estaban depositados los nuestros, y donde irían dejándolos todos los invitados.

—Ya estamos aquí, perdón por la tardanza, pero es que la tarta no la tenían preparada, y hemos tenido que esperar que la montaran —dijo Adolfo, con una enorme caja que entregó a los chicos del catering, puesto que tenía que estar en frío.

Mi hijo era un enamorado de Mickey Mouse, y por eso decidí encargarle una con la forma de la casa del famoso ratón, con los muñecos por fuera, en el jardín. Sería una sorpresa para él, ya que le dijimos que la tarta llevaría tan solo la foto de Mickey.

Tenía pensado llevarlo a Disney el próximo verano, ya era hora de hacer que los sueños de mi hijo se cumplieran, por mucho que su padre no estuviera con nosotros.

En un momento dado, me alejé y me refugié bajo el árbol, era como si en ese lugar encontrara la paz que me faltaba en el resto del mundo. Llamadme loca, pero lo vi, con su sonrisa, con ese amor en sus ojos, Carlos estaba allí. Cerré los ojos, y pude escuchar como me hablaba.

—Cloe, no te cierres a la vida. Dale una oportunidad a Rodrigo, él sabrá como hacerte feliz, y para mí será el mayor de los honores. No sientas que me estás traicionando, porque yo ya no estoy ahí en cuerpo, pero no dudes nunca que siempre velaré por vosotros. Es hora de mi partida definitiva, gracias por todo lo que me has dado, y no olvides que te querré siempre.

—Y yo, mi amor, siempre serás parte de mi corazón.

Con esas palabras, se volatilizó. Había sido como un sueño, pero estaba tan despierta como si me hubiera tomado veinte litros de café negro de Colombia.

No pude evitar que mis lágrimas rodaran por mis mejillas, había sido la despedida que nos faltó, y ahora podía descansar tranquilo, sabiendo que, aquello que había descubierto, iba por buen camino.

Sentí un abrazo por la espalda, era Pelayo, que me había visto desde el porche, y vino a saber que me ocurría, encontrándose con mis lágrimas.

—Ha estado aquí, Pelayo. Carlos ha elegido este día para despedirse —le dije, arriesgándome a que me diera por loca.

—Lo sé, hemos visto una luz que emanaba del árbol, y supimos que era él.

Nos abrazamos y lloramos todo lo que pudimos, para luego dejarle paso a la felicidad que encerraba el día que era, donde mi hijo estaría rodeado de todos sus amiguitos y familiares.

Subí a arreglarme, porque estaba con unos leggins y una camiseta, y no era plan recibir a los invitados de esa manera. Por primera vez, quise arreglarme un poco, maquillar mis labios, que hacía muchísimo tiempo que no lo hacía.

Opté por un mono vaquero de manga larga, estrecho por arriba y de pata ancha, que ni siquiera había estrenado, ya que me lo compré poco antes de que Carlos muriera. Al estar más delgada, pues evidentemente ya me había recuperado del parto, me quedaba genial. Lo combiné con unas botas de tacón ancho en color camel, al igual que el cinturón. Apliqué máscara de pestañas y mis labios en marrón chocolate. Mis rizos los recogí en una coleta alta, que me daba un aspecto de lo más juvenil, y bajé al jardín donde continuaban mis amigos.

—Cloe ha vuelto —dijo Nuria, y no por el hecho de que hubiera bajado.

Me había vuelto a arreglar como antaño, y en mi cara se reflejaba la paz y la alegría que la charla con Carlos me había proporcionado.

—Aquí estoy, dispuesta a que mi hijo tenga el mejor día de su vida —contesté, guiñando un ojo, y todos vinieron a abrazarme.

—Esa es mi chica —me dijo Fabio, que me abrazó y dio una vuelta en redondo conmigo en brazos.

Los invitados empezaron a llegar, y mi hijo saltaba de alegría y nervios. Solo por ver su carita, todo esfuerzo merecía la pena. Estaba poniendo los regalos en la mesa, cuando lo escuché por detrás.

—¿Puedo dejar el mío ahí también? —me dijo, dándome un sobre, que cogí con las manos temblorosas.

—Has venido…

—Por supuesto que he venido, y tenemos que hablar. Ahora soy yo el que te debe una disculpa por mi comportamiento, pero en cuanto te explique todo lo que descubrí, me vas a entender.

—Ahora, disfrutemos de la fiesta de Héctor, luego, cuando estemos a solas, hablaremos de todo, yo también te tengo que contar algo —le dije, dejándole un beso en la mejilla al pasar.

Quería que se diera cuenta de que todo había cambiado, para él, para mí, para nosotros como pareja, si es que se le puede llamar así. Y lo notó, porque una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Rodrigo, has venido! —gritó mi hijo, en cuanto lo vio.

—Claro, campeón, no pensaba faltar a tu cumple — dijo, cogiéndolo en brazos y dándole un beso en la mejilla.

—Quiero que estés a mi lado, con mamá, cuando vaya a apagar la velita. ¿Estarás?

—Por supuesto que estaré, si ella quiere, por supuesto.

—Por mí no hay problema, así saldremos mejor en la foto — dije, guiñándole un ojo.

Estaba claro que a mi marido y padre de mi hijo no lo iba a olvidar en la vida, siempre ocuparía una parte de mi corazón, pero ya era hora de que me dejara mimar, que no me negara a vivir, como me había dicho.

Los padres de los niños me miraban encantados con la atención que le estábamos prestando a todos, tanto a los niños como a los adultos, porque estaba diseñado para que disfrutáramos de un buen día.

Rodrigo estaba pendiente de mí en todo momento, así como de Héctor. Jugó con los niños, se tiró al suelo, corrió detrás de ellos, hasta que llegó un momento que no podía más.

—Por Dios, el próximo cumpleaños en un parque de bolas, por lo que tú más quieras —dijo, sentándose en uno de los sillones y cogiendo una cerveza.

—¿Estarás en su próximo cumpleaños? —pregunté, con toda la intención del mundo.

—Y hasta en su boda, si tú me das la oportunidad.

Lo ideal hubiera sido que selláramos aquello con un beso, pero ni él, ni yo, quisimos que nuestro primer beso fuera así, delante de todo el mundo, por lo que nos limitamos a mirarnos, diciendo con la mirada aquello que no nos podíamos decir con palabras en ese momento.

Llegó la hora de la tarta y los regalos, y tal y como le había prometido a Héctor, se puso a nuestro lado para apagar la vela y hacernos las fotos. Cuando íbamos hacia la mesa de los regalos, se me acercó Ángela, ya que su hija estaba invitada a la fiesta, al igual que ella, que la acompañaba.

—Veo que te has buscado un sustituto a la altura de la belleza de Carlos, por lo que he comprobado —me dijo, con toda la maldad del mundo.

—Carlos nunca tendrá sustituto, él siempre estará presente en su corazón — le contestó Rodrigo, que venía justo detrás de mí.

—No lo he dicho con esa intención, era una broma para alabar el buen gusto que tiene esta mujer con los hombres.

—Pues, la próxima vez, abstente de hacer ese tipo de comentarios —le dije en un tono que evidenciaba mi enfado.

—Es muy joven para enterrarse en vida, ya lo ha hecho durante mucho tiempo. ¿No te parece? —dijo Rodrigo, tomando mi mano y avanzando por el jardín, sin dejarla contestar.

Una vez que la dejamos atrás, le di las gracias, y él me contestó con un beso en la mejilla. Nuestras manos entrelazadas me daban una sensación de tranquilidad, de calidez. Me sentía segura a su lado, y eso no me sucedía desde que mi marido llegó a mi vida.

Nos pusimos junto a la mesa de los regalos, Rodrigo y yo junto a Héctor, nuestros amigos en un lateral, y los niños sentados en el suelo, justo delante de sus padres.

Mi hijo alucinaba con cada paquete que abría, todo le gustaba y a todo le hacía una fiesta. Fabio y Nuria le regalaron un juego de ajedrez de Mickey, así como un disfraz del ratoncito; Dafne y los demás, le compraron todo un set para su dormitorio, también del dichoso ratón, que me daba a mí que lo íbamos a tener hasta en la sopa.

—Bueno, este es el nuestro —dijeron Pelayo y Adolfo, dándole al niño una caja enorme, que resultó ser una portería de fútbol para instalar.

—Rodrigo, ¿me la instalarás tú mañana? —le preguntó mi hijo.

—Claro que sí, pero solo si Fabio me ayuda —dijo, dándole el sitio a mi amigo, que hasta ahora había sido el encargado de montarle cada cosa que se le había regalado.

—Cuenta conmigo, primo —Le dijo, guiñándole un ojo.

Por un momento pensé que el subconsciente lo había traicionado y que pensó que era Carlos la persona que tenía delante, pero la actitud de Rodrigo me hizo pensar que lo había soltado a propósito.

Lo mismo y era una manera de hablarse entre ellos, debido al tiempo que hacía que se conocían, ya me lo aclararían cuando nos quedáramos a solas.

—Pues este es el mío y el de papá —le dije, porque siempre que le compraba algo le decía que era de los dos.

—¡La bici que quería!¡Y sin ruedines! —exclamó mi hijo, pegando saltos.

—Este fin de semana te enseñaré a montar. Espero que el mío te haga la misma ilusión —le dijo Rodrigo, tendiéndole el sobre.

Cuando lo abrió, a mi hijo le temblaba todo, hasta tuvo que sentarse. Su cara lo decía todo, pero no hablaba, y los demás queríamos saber cuál era el regalo.

—¿Es en serio? —le preguntó, y Rodrigo asintió con la cabeza.

—¿Eres tan amable de decirnos qué es lo que pone en ese sobre? Sería un detalle por tu parte que lo compartieras con nosotros, así nos enteraríamos —le dijo Nuria, que tenía pinta de saber que era, a mí no me engañaba.

—Nos vamos a Disney, dentro de dos semanas, los tres —dijo mi hijo, y lo miré anonadada.

—No tenías que haberte gastado tanto, es una locura —le dije, con lágrimas en los ojos.

—Para mi sobrino y para ti, todo será siempre poco.

Capítulo 28



Rodrigo

El día fue una completa locura, pero me lo pasé en grande. Hacía tiempo que no dejaba de lado mi parte de hombre de negocios, por primera vez, disfruté de algo que era lo más sencillo del mundo, las risas de unos niños.

La empresa que contrató Cloe se encargó de recoger casi todo, nosotros solo tuvimos que quitar los globos y las guirnaldas, y guardar dentro todos los regalos, a excepción de la bicicleta, que esa la dejamos en el porche cubierto, para que no se echara a perder.

Los invitados se fueron marchando, y nos quedamos solos los amigos de Cloe y yo, además del niño, que subió a ducharse y a ponerse su pijama nuevo de su adorado Mickey.

Pedimos pizzas para cenar, pero no consentí que la pagara nadie, a pesar de lo mucho que pelearon conmigo. Roberto, el abogado y novio de Dafne, a los que no conocí hasta este día, hizo muy buenas migas conmigo. Estuvimos hablando de temas laborales, y me interesé bastante en su trabajo, ya que el abogado que había tenido hasta ese momento, se jubilaba y la persona que se encargaría del bufete no era de mi total confianza, con lo cual, llegaría a un acuerdo para que trabajara para mí.

—Mami, no puedo más, me voy a la cama ahora mismo —dijo Héctor, que se estaba quedando dormido encima de la mesa, mientras cenaba.

—Vamos arriba, anda, que al final te vas a quedar dormido de pie —le dijo su madre.

—¿Puede subir Rodrigo con nosotros?

—Si él quiere, yo no tengo inconveniente.

Que me fuera incluyendo en la rutina del niño, me indicaba que algo estaba cambiando entre nosotros, y eso me hacía sentir bien, mejor que bien, en realidad, porque algo me decía que empezaba a derribar las barreras que ella había levantado alrededor de su corazón.

Dejamos al niño en la cama, y le dimos un beso de buenas noches cada uno, al salir, Héctor me llamó.

—Dime, campeón.

—Gracias por venir y por hacer sonreír a mi madre de nuevo.

—No tienes que dármelas, porque su sonrisa, al igual que la tuya, son mi prioridad en estos momentos.

A su madre le corrían las lágrimas por las mejillas, por eso tan bonito que su hijo le había dicho, y no pude resistirme a darle un abrazo. Ella me miró a los ojos, y sus labios se me antojaron como el manjar más ansiado del planeta, por lo que bajé mi cara hasta la suya, y le dejé un breve roce en sus labios, que me supo a gloria.

Cuando llegamos al salón, ya habían recogido todo, y estaban esperando a que bajáramos para marcharse.

—¿Ya os vais? —preguntó Cloe, nerviosa por esa conversación que teníamos pendiente.

—Sí, tenéis que hablar, y cuanto más tarde se os haga, más cansados estaréis —dijo Fabio, que sabía todo lo que iba a decirle.

—Eso mismo, mañana vendremos a comer para montarle al niño la portería. No vayas a cocinar nada, que nosotros nos encargamos —dijo Nuria.

Los demás no podían venir, porque tenían planes. Quedé con Roberto en que me pasaría por su despacho el lunes a primera hora, donde cerraríamos el acuerdo. Él era abogado freelance, por lo que, aunque trabajara allí en ese bufete, podría encargarse de mi empresa, y le ofrecería un buen sueldo y un despacho en mi oficina.

—Bueno, por fin estamos solos. ¿Me vas a contar ahora que es eso que viste que te hizo salir corriendo de aquí? — dijo Cloe, directa al grano.

—Primero déjame que te vuelva a pedir disculpas por mi manera de actuar, pero es que me chocó una barbaridad, todo lo que había sido mi vida, mi infancia, se me vino abajo.

—No tienes que disculparte más, cada uno necesita una cosa y actúa en consecuencia. Te lo digo yo, que me he encerrado en mi misma en multitud de ocasiones.

—Te juro que no sabía nada, de lo contrario te lo hubiera contado, igual que voy a hacer ahora —respiré hondo, y me dispuse a hablar.

—Rodrigo, me estás asustando.

—Créeme, que más lo hice yo aquel día. Carlos y yo éramos hermanos, mellizos, para más señas, y fue mi madre la que lo dio en adopción…

Durante más de una hora, le estuve contando todo lo que había ido descubriendo, como mi hermano se me había presentado en sueños, y como mi madre justificaba su manera de hacer las cosas. Le dije que Fabio en realidad era nuestro primo, porque mi tía había hecho prácticamente lo mismo con su hijo, y de la manera en la que me había afectado a mí todo eso.

—Por eso me fui de aquí de esa manera, porque un nudo me oprimía el pecho, y tenía que enfrentarme a ello lo antes posible.

—Pero lo podías haber compartido conmigo, hasta cierto punto, yo también estaba implicada.

—No podía decirte nada sin antes saber las razones de mi madre, no quería que pensaras que yo lo sabía y había estado jugando contigo.

Tal y como me había aconsejado mi hermano, me sinceré con ella. Todavía me faltaba preguntarle lo del niño, así que no quise alargar más la cosa.

—Tengo que preguntarte algo —le dije, un tanto nervioso.

—Dime, si te lo puedo contestar, no dudes que lo haré.

—Mi madre, ella quiere conocer al niño, aunque no le digas que es su abuela. ¿Estarías dispuesta a que tuvieran ese contacto?

—Como habrás podido comprobar, mi hijo es más maduro de lo que lo son los niños de su edad. No te puedo decir si es porque ya nació así o porque las circunstancias lo obligaron, pero el caso es que no le puedo, ni tampoco quiero ocultarle nada.

—¿Quieres decir que no lo vas a permitir? —pregunté, y estaba en todo su derecho, no le discutiría nada.

—Para nada, no soy quién para decidir eso. Cuando mañana se despierte mi hijo, le contaremos todo, y que sea él, quien diga si quiere conocer a su abuela o no. Como madre la entiendo, y sé el sacrificio tan grande que tuvo que hacer para desprenderse de su hijo.

—Tienes un corazón de oro, no te puedes imaginar lo orgulloso que estoy de ti —y me acerqué a darle un beso en los labios.

—Quiero que pases la noche conmigo, que durmamos juntos, que me abraces. Necesito sentir tu presencia.

—No dudes que lo haré. No quiero que te sientas incómoda entre mis brazos, y quiero que te acostumbres a mí.

Apagamos todo abajo y subimos hasta su habitación. No se trataba de sexo, al menos no esa noche, se trataba de encajar uno en la vida del otro, de consolarnos mutuamente, porque ella había perdido a su marido y padre de su hijo, pero yo había perdido toda una vida con mi hermano, y todavía estaba algo receloso con mi madre.

Me quité la ropa, mientras que ella no podía apartar los ojos de mí. No lo hice a propósito, pero es que solo dormía en bóxer, no podía ponerme un pijama, me sentía de lo más incómodo.

—Si quieres, en el armario están los pijamas de tu hermano. Bueno, en realidad está toda su ropa, Fabio nunca vino por ella.

—Pues mejor, porque me da que tendremos la misma talla, así tengo aquí ropa cuando me quede a dormir, como hoy, por ejemplo. Y con respecto al pijama, prefiero dormir en ropa interior, si no te importa.

—Para nada, tu hermano tampoco los soportaba. Creo que debe haber alguno hasta con la etiqueta. Tan solo se los ponía para estar cómodo en casa.

—A mí me pasa lo mismo.

Me metí en la cama, y aparté la ropa para que ella se metiera por su lado, algo que di por hecho porque se sentó en la parte izquierda de la cama. Tampoco ella usó pijama, tan solo una camiseta lencera y la braguita, y os juro que estaba completamente irresistible.

La acuné en mi pecho, y empezamos a besarnos. No era algo ardiente, sino muy dulce, algo necesitado. Sus manos empezaron a acariciar mi torso, y las mías tampoco se quedaron quietas.

Poco a poco, me fui poniendo encima de ella, o ella debajo de mí, porque no sé quién fue el primero en cambiar de postura. Mis manos bajaron hasta su pecho, ese que me moría por ver y por saborear, pero no sería yo el que marcara el ritmo de esa noche, que todo preveía que se quedaría en eso.

—Necesito sentirte. Quiero que me hagas el amor — dijo, con la voz entrecortada por la excitación.

—¿Estás segura? No me gustaría que te sintieras obligada a nada.

—Más que nunca.

Con esas simples tres palabras, se desató algo dentro de mí. Bajé mis besos hasta sus pechos, pero antes de saborearlos, le quité la camiseta, dejando sus pechos al aire. Los mordisqueé, los lamí, los succioné, primero uno y luego otro, hasta que me quedé saciado. Sus gemidos me indicaban que iba por buen camino.

Fui haciendo el recorrido hasta su sexo con mi lengua, y cuando llegué hasta su monte de venus, metí las manos por el elástico de sus braguitas, y las bajé hasta deshacerme de ella. La miré a los ojos, y me metí debajo de la cobertera, le abrí las piernas y lamí su sexo, por lo que ella soltó un grito de placer.

Por suerte para nosotros, Héctor estaba acostumbrado a dormir con la puerta cerrada, al igual que estaba la nuestra, y no solía despertarse a no ser que tuviera pesadillas.

No paré hasta que le proporcioné su primer orgasmo, que fue cuando hice el camino inverso, hasta llegar a su boca.

—¿Todo bien, preciosa? —pregunté, porque si quería parar ahora, no tendría ningún inconveniente en marchar al baño y aliviarme solo.

—Mejor que bien, no lo dudes. Te quiero dentro, Rodrigo, a la voz de ya — dijo, exigente, y me gustó, poniéndome más duro de lo que ya estaba.

—Joder, no tengo preservativos, si lo llego a saber…

—No nos va a hacer falta, tomo la píldora, y doy por hecho que esto solo será una relación de dos.

—Por supuesto, tú para mí y yo para ti.

Le dije eso, y la penetré de una fuerte estocada, que la hizo arquearse de placer. En un momento determinado, nos volteamos, quedando ella encima

de mí, a horcajadas sobre mis caderas, y cabalgándome hasta que ambos alcanzamos el clímax.

—En mi puta vida he sentido esto que he sentido contigo —le dije, acariciándole la espalda.

—Dios, ni me acordaba ya de lo que era hacer el amor. Espero haber estado a la altura.

—¿En serio me estás preguntando eso? Eres una diosa en la cama, y fuera de ella también, mi diosa.

Nos levantamos para darnos una ducha antes de acostarnos a dormir, pero no pudimos contenernos, lo volvimos a hacer, y nos dejamos llevar por la pasión que se había desatado.

—¿Por qué has dado este cambio conmigo? Que no me quejo, nada más lejos de la realidad, pero tengo curiosidad —pregunté, porque necesitaba oír lo que sentía por mí.

—Me vas a tomar por loca, pero te lo voy a contar. Esta mañana, algo me llamó la atención en el árbol de Carlos. Cuando me acerqué, él estaba allí, y me habló, me hizo entender que no estaba haciendo nada malo, y que tenía que vivir.

—Me alegro de que por fin te hayas decidido, y mucho más de que haya sido conmigo.

—No podía ser con otro. Desde el primer momento en que entraste en la peluquería esa tarde, me llamaste la atención. Podría ser que me enfrentara a un flechazo.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto, el que haya estado y quiera estar contigo, no tiene nada que ver con que te parezcas a Carlos, porque en el fondo, los dos sois muy diferentes.

Con un beso y abrazados, así nos quedamos dormidos, hasta que Héctor nos despertó desde el pasillo.

Capítulo 29



Cloe

No sé lo que me había llevado a entregarme a Rodrigo de esa manera, a pedirle que pasara la noche conmigo, pero había sido una de las mejores desde hacía mucho tiempo.

—Mami, ¿estás despierta? —preguntó Héctor desde el pasillo.

—Sí, pasa —le dije, sabiendo que se alegraría cuando viera a Rodrigo en mi cama. Ambos llevábamos la ropa interior y una camiseta.

—¿Te has quedado a dormir con mi madre? —preguntó extrañado, y por un momento pensé que le había sentado mal, y me estremecí de solo pensarlo.

—Sí, ha dormido conmigo —le contesté, en un tono muy dulce y con una sonrisa.

—¿Sois novios?

—¿Qué te parecería si así fuera? —le preguntó Rodrigo, que tenía el mismo miedo que yo.

—¡Fantástico! —exclamó, y empezó a reírse —Os he asustado, ¿a qué sí?

—Eres un granuja, pero ahora verás.

Entre los dos lo subimos a la cama, y empezamos a hacerle cosquillas, mientras él se retorcía, queriendo zafarse de nuestros dedos.

—Vale, vale, ya no lo hago más, os lo prometo —decía, para que lo dejáramos libre.

—Anda, vamos a desayunar, que tenemos que hablar contigo de una cosa — dije, pues sabía que Rodrigo, a pesar de que todavía le guardaba rencor a su madre, no quería dilatar mucho el encuentro con el niño.

Entré en el baño, me lavé los dientes y me puse unos leggins y una sudadera, Héctor se puso uno de los chándales cómodos que tenía para estar en casa, y Rodrigo cogió un pantalón de algodón y una sudadera de la parte de Carlos del vestidor, y bajamos a desayunar.

Tal y como había dicho, tenían la misma talla, con lo que le sentaba como un guante. Me quedé mirándolo con algo de nostalgia, pero ya no era de la que dolía, sino de la que se recordaba con cariño.

—Espero que no te haya sentado mal que coja la ropa de mi hermano — dijo, y le contesté con una sonrisa.

—Ya te he dicho que es toda tuya, nadie mejor para utilizarla que tú, que eres de su misma sangre.

—He estado ojeando, y tenemos el mismo estilo, así que, más de una vez utilizaré su ropa cuando me quede a dormir aquí.

Al pasar por mi lado, y aprovechando que el niño estaba distraído con los dibujos en el salón, me abrazó por la cintura, y me dejó un beso en el cuello. Tengo que reconocer que Rodrigo era mucho más cariñoso que Carlos, o por lo menos le costaba menos tener muestras de cariño, las que a mi marido les costaba un poco.

Llevamos el desayuno al salón, y nos sentamos juntos en la mesa, era el momento ideal para contarle al niño, si no todo, porque era muy pequeño para entenderlo, sí lo esencial para que él decidiera.

—Héctor, mi amor, verás, papá y Rodrigo eran hermanos, mellizos, y lo hemos descubierto ahora, por eso se parecían tanto.

—Ya lo sabía, mamá, recuerda que te lo dije cuando papá vino a despedirse de mí. Me dijo que, si tú y yo queríamos, podría ser mi nuevo papá. ¿Tú quieres, Rodrigo? —le preguntó el niño, dejándonos a los dos fuera de juego.

—Para mí, sería todo un honor, pero debes entender que tu padre es y siempre será mi hermano.

—Eso lo sé, que soy pequeño, pero no idiota. ¿Eso es lo que me teníais que decir? — tuvimos que aguantar la risa por la cara que puso.

—No, todavía hay más. Tienes una abuelita que está deseando conocerte. ¿Tú quieres que vayamos a verla? —le pregunté, y él me miró pensativo.

—¿Esa abuelita quería a mi papá o no? Porque si se lo dio a otra mamá, es porque no lo querría mucho.

—Claro que lo quería, mi amor, pero no podía darle de comer a papá y al tío, y por eso se lo dio a otra mamá, para que estuviera bien y no pasara necesidades.

—¿Estáis seguros? Mira que, como vaya a verla y me diga que no lo quería, me marcho y no la veo más.

—Por completo, campeón — dijo Rodrigo.

—Pues entonces, sí que quiero conocerla. Es que yo no tengo abuelos, ¿sabes? A mí me ha tocado la familia incompleta, no tengo padre, no tengo abuelos, menos mal que lo que sí tengo de sobra son tíos, porque si no…

Tanto Rodrigo, como yo, soltamos una carcajada, la manera que mi hijo tenía de explicar las cosas era alucinante.

Mientras yo recogía las camas y ponía la lavadora, Rodrigo se fue al jardín con Héctor, para enseñarlo a montar en bici sin ruedines. Cualquiera que lo

viera desde fuera, parecían un padre y un hijo, ese vínculo que se había formado entre los dos, era algo especial, que me llegaba al alma.

A media mañana, y cuando ya mi hijo había cogido el tranquillo a la bicicleta, llegaron Fabio y Nuria, habían parado en el restaurante de siempre para encargar varias cosas para la comida, que nos traerían a las dos y media, pero también venían cargados de bolsas para el aperitivo.

—¿Dóndes vas, alma de cántaro? Como si en mi casa no hubiera comida— dije a mi prima.

—Sí, pero te dijimos que nosotros nos encargábamos. Ahora, ven a la cocina que te veo en la cara un brillo especial — dijo ella, con una sonrisa.

—Cuando quieras nos ponemos manos a la obra con las porterías, primo —Ahora entendía porque se dirigía a él en ese término.

—Déjame descansar, que Indurain me ha tenido toda la mañana enseñándolo a montar en bici, y estoy destrozado. Nos tomamos antes una cervecita —le contestó, y es que era cierto, no hacía ni cinco minutos que se había sentado.

Nosotras íbamos delante, camino a la cocina, donde nos pusimos a preparar todo para llevarlo fuera. A pesar del frío, en el sol se estaba estupendamente, y lo queríamos aprovechar.

Rodrigo sacó dos cervezas de la nevera y, antes de salir, me dejó un breve beso en los labios, acompañado de un guiño de ojos, que me ruborizó por completo.

—¡Lo sabía! Y no sabes cuanto me alegro por ti, prima. Es el hombre indicado para hacerte feliz de nuevo.

—Anoche, después de contarme todo, le pedí que se quedara a dormir. Te juro que solo pretendía eso, pero recordar lo que me había dicho Carlos, hizo que bajara todas mis barreras.

—Lo más importante, ¿estás bien? ¿Cómo te sientes?

—Me siento de maravilla, vuelvo a tener ilusión por la vida, por algo más que no sea mi hijo, y eso llena el vacío que tenía.

—¿Cómo folla? ¿Es tan empotrador como aparenta? — preguntó con un susurro que me sacó una carcajada.

—Eres una bruta, a ti te lo voy a decir. Solo te voy a contar que anoche lo hicimos dos veces, de la manera más tierna y dulce que pudo hacerlo, y que me hizo tocar el cielo con las manos.

—Si has sentido eso de manera dulce, cuando te empotre te vas a cagar.

Salimos de la cocina con las bandejas en las manos, riéndonos a más no poder. Es curioso como un cambio de chip te puede hacer que pases de la tristeza más absoluta a volver a estar feliz e ilusionada.

Fabio y Rodrigo, ante la insistencia de mi hijo, se pusieron a montar las porterías, lo hicieron en un lateral del jardín, donde no le molestaría a nadie, y se pusieron a jugar con él.

—Dos días más así, y me tengo que pedir la baja médica —dijo Rodrigo, sentándose a mi lado y pasándome un brazo por el hombro.

—Así es mi hijo, todavía estás a tiempo de huir.

—Ni de coña. Es adorable y me encanta jugar con él. Es un niño excelente, maduro y muy empático. No lo cambiaría ni por todo el oro del mundo.

—Me lo estoy imaginando cuando lleguemos a Disney, la que nos puede liar con el dichoso ratón. Ya nos veo a los tres con las orejas por todo el parque.

—Eso será lo primero que compre en cuanto lleguemos.

—De eso nada, tú has pagado el viaje, el resto lo pagaré yo, que ya has gastado bastante en nosotros.

—Mi dinero entero pondría a tu disposición si fuera necesario.

Dicho esto, me besó, el baile que empezaron nuestras lenguas me puso cardíaca, pero había gente delante y no podíamos ir a más.

—¡Anda, mira, si se están dando un beso! Eso significa que, oficialmente, ya son novios —dijo mi hijo, saltando de la alegría, y provocando en nosotros una carcajada que fue difícil de parar.

—¡Qué hay gente delante! —gritaba Nuria, a quien Fabio le tapaba la boca para que no siguiera hablando.

—Tío Fabio, ¿tú también vienes mañana a ver a mi abuelita? —le preguntó mi hijo a mi amigo.

—No nos habíais dicho nada. ¿Vas a perdonarla por fin? —preguntó éste a Rodrigo.

—No es que no la perdone, es que me ha dolido mucho que haya estado todo este tiempo en silencio, si hubiera dicho algo, me hubiera dado tiempo de conocer a mi hermano, incluso de llevarlo a Houston si hubiera hecho falta.

—Eso no hubiera sido posible, por mucho que me duela. Esa maldita enfermedad corrió como la espuma. Si se hubiera quedado estancada, le hubieran dado tiempo a extirparla — contesté, agarrando su mano.

—No es bueno guardar rencor, por mucho que te haya dolido. Yo fui ayer a que me diera una explicación.

—¿Qué te dijo?

—Que la mujer que me había dado a luz no tenía pensamiento de mantenerme con ella, que me iba a llevar a un orfanato, y que ellos se adelantaron para que no ocurriera así.

—Mi madre también me contó lo mismo. Por lo visto, en esos años, la adopción se podía tratar como un documento privado, era legal.

—Al final, lloramos los dos. Pero, si no te importa, me gustaría ir a visitar a tu madre, quiero conocer mis orígenes. Lo mismo, y hasta me atrevo a conocer a la mía, que según me ha dicho, sigue trabajando en el mismo lugar, la tienda que abrió con el dinero de mis padres.

—En tu mano está, como si no quieres decirle quién eres.

—Eso no sería posible, el parecido entre nosotros es más que evidente.

—Pues también es verdad. Nosotros vamos a ir mañana después de comer, que el niño tiene colegio y yo tengo que trabajar.

—Gracias, por la parte que me toca. Como si yo estuviera mano sobre mano en el salón de belleza.

—Mano sobre mano, estás, por lo menos cuando tienes varias manicuras seguidas —dijo Nuria, y todos estallamos en risas.

La comida había llegado, ellos la habían pagado al encargarla, por lo que tan solo tuvimos que ponerla en la mesa. Seguíamos en el mismo sitio, así que, mientras nosotros llevábamos las bandejas del aperitivo dentro, ellos se encargaron de poner la mesa, a mi hijo lo dejaron que llevara el mantel y los rollos de servilletas.

Nos sentamos todos juntos y, en un momento determinado, vimos como mi hijo se había quedado dormido encima de la mesa. Era normal, llevaba toda la mañana sin parar, y todavía arrastraba cansancio del día anterior.

Cuando vi que Rodrigo lo levantaba y lo tomaba entre sus brazos para dejarlo encima del sofá que allí teníamos, algo dentro de mí se removió. Lo tapó con una manta, y lo dejó dormir. No solo era que se preocupara de mí, que me hiciera sentir especial, sino que también lo hacía con mi hijo, que veía en él la figura de ese padre que, por desgracia, nunca había tenido a su lado.

—Nosotros nos marchamos ya. Nos vemos mañana en la oficina —Se despidió Fabio, al igual que Nuria, que nos dio un beso a los tres.

Capítulo 30



Rodrigo

—¿Tú también te vas ya? —me preguntó con pena.

—Todavía no, pero esta noche tengo que dormir en mi casa, porque tengo allí toda la documentación y el maletín del trabajo. Pero prometo que, si tú quieres, mañana duermo aquí —le dije, y me miró con un poco de desilusión.

—Está bien, tampoco puedo acapararte durante todo el día.

—Yo estoy encantado de que me acapares todo lo que quieras, solo que el deber es el deber, y si no, llegaré tarde a una reunión que tengo a primera hora.

El niño se había despertado un rato después, y se marchó dentro a ver los dibujos animados, no sin antes darnos un beso a su madre y a mí. Nosotros también entramos en la casa, ya se había marchado el sol y fuera empezaba a hacer frío.

—¿Te importa que coja algo de ropa para marcharme? La mía la metiste en la lavadora.

—Ya te he dicho mil veces que cojas lo que necesites. Efectivamente, la tuya está limpia, pero arrugada como la bota de un cojo, así que te tocará esperar a que la planche mañana.

—Déjala colgada en el vestidor, yo lo haré cuando vuelva.

Subí hasta la habitación y tomé del vestidor unos vaqueros y un jersey, mis zapatos y mi abrigo me servían. Me puse a mirar la ropa de mi hermano, y en una de las chaquetas, en el bolsillo interior, encontré algo que no me gustó un pelo. Había un contrato de donación de semen, y me acordé de lo que había dicho aquella mujer.

Lo metí en mi bolsillo, no le diría nada a Cloe hasta estar seguro de que él había sido el donante. No creía que hubiera sido capaz de hacerle algo así, porque entonces sabía que se le caería un mito.

—Me marcho, amor. Mañana te recojo en el salón de belleza y vamos a por Héctor al colegio. Después de comer, iremos a ver a tu querida suegra.

—Ya es mala suerte la mía, que es suegra por partida doble —Me contestó ella, irónicamente, como no podía ser de otra manera.

Le di un beso en la puerta, donde vino a despedirme, y otro a Héctor, que se desilusionó un poquito cuando vio que esa noche no dormía en su casa.

Durante todo el camino estuve pensando en ese documento, y no entendía por qué lo había hecho. ¿Estaría amenazado? ¿Sería una jugarreta de esa mujer? Tenía que llegar al fondo del asunto.

Nuestra vida estaba convertida en una telenovela, donde todo el mundo tenía algo que esconder, y las intrigas estaban a la orden del día. En principio, iba a llamar a Fabio para que me ayudara, pero al final, me decidí por un investigador privado, que lo tendría más fácil para descubrir todo.

En cuanto llegué a casa, me di una ducha y me acosté directamente, estaba agotado, física y mentalmente. Dormí del tirón, pero por mucho que quise soñar con mi hermano para que me explicara todo, no lo conseguí. Por lo visto, una vez que resolvió lo que tenía pendiente, fue el momento de su marcha.

—Buenos días, Alonso, llama al detective Hernández, por favor y conciértame una cita para mañana, aquí, en el despacho —le dije a mi mano

derecha, que entraba en su despacho.

—¿Para qué quieres a Hernández ahora? —dijo, interrogante.

—Luego te lo cuento, que tengo una reunión por videollamada en diez minutos y no tengo encendido ni el ordenador.

Entré en mi despacho como las balas, encendiendo el ordenador urgentemente, y me senté a esperar que la otra persona se conectara. Fue una reunión tediosa, de esas que no terminan nunca. No sé si era porque no tenía la cabeza donde la debía tener, o porque ese hombre me estaba desquiciando con las mismas preguntas siempre, cambiando la manera de formularlas.

Tenía que poner mi mejor cara, porque el acuerdo con esa empresa de construcción me facilitaría mucho las cosas en el trabajo. Tuve que cortar, emplazando a su propietario al día siguiente para firmar el contrato con el acuerdo al que habíamos llegado, porque tenía otra cita en el despacho de Roberto, que me estaba esperando para hablar con él.

Iba tarde a la cita, así que no tuve más remedio que llamarlo de camino a su bufete.

—Roberto, soy Rodrigo. Voy de camino, te pido disculpas, pero una reunión que tenía se ha alargado más de la cuenta.

—No te preocupes, no he agendado nada para hoy, solo a ti. ¿Has desayunado?

—Si te soy sincero, un simple café, y estoy que voy a desfallecer.

—Pues te espero en la cafetería y desayunamos juntos. Esto me gustaría hablarlo fuera del despacho, ya sabes que hay oídos por todas partes.

—Me parece estupendo, ve pidiendo dos completos que en menos de diez minutos estaré sentado a tu lado.

Dicho y hecho, a la hora indicada, estaba bajándome del coche, que aparqué justo al lado de donde se había sentado Roberto.

—Buenos días, amigo — dije, dándole una palmada en la espalda.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo está Cloe y el niño?

—Estupendos, aunque luego te contaré algo que me mantendrás en secreto, como buen abogado.

—Lo que yo te quiero comentar, tampoco podrá salir de aquí.

—Tú dirás.

—Nos queremos marchar del bufete, Dafne está sufriendo acoso por parte de uno de los abogados nuevos. Si lo hace delante de mí, que no hará cuando yo no esté delante.

—¿Vais a denunciarlo?

—Claro que sí, pero tenemos que estar fuera. Lo que me da miedo es que tome represalias contra Dulce, que trabaja en la recepción.

—Ninguno va a sufrir más. Dafne y tú, pasareis a formar el equipo legal de mi empresa, y Dulce será vuestra secretaria. En principio, y al ser dos, no puedo doblarte el sueldo que tenías aquí, pero sí que lo mejoraré, porque os pienso pagar lo mismo que a mi actual abogado. El salario de Dulce será el mismo que cobran todas las secretarias de la empresa.

—No sabes cuanto te lo voy a agradecer.

—Avisad de vuestra marcha con los quince días de antelación que dicta la ley, en ese tiempo ya tendré los despachos preparados para vuestra incorporación.

—Y tú, ¿qué querías contarme?

—Lo mío es un poquito más complicado. He encontrado esto en un bolsillo de una de las chaquetas de mi hermano —el día anterior, Cloe le había contado a todos lo que habíamos hablado por la noche.

—Joder, ¿y es cierto?

—Eso es lo que trato de averiguar. Por suerte, he sido yo el que lo ha encontrado, si llega a ser Cloe, la hubiera terminado de destruir. No le voy a contar nada hasta que no haya llegado al fondo de la cuestión.

—Me parece bien. Me gustaría que, cuando sepas algo, me avises. Yo, por mi parte, también voy a intentar averiguar algo, a ver si entre los dos somos capaces de sacar algo en claro.

Estuvimos un rato más hablando de tonterías, hasta que llegó el momento de despedirnos. Me monté de nuevo en el coche y me dirigí al salón de belleza, todavía era temprano, pero ya no iba a volver a la oficina para media hora después, tener que salir de nuevo.

—¿Qué haces aquí tan temprano? — preguntó Cloe, en cuanto que me vio entrar por la puerta.

—Como tenía tiempo, me he dicho, ve y que tu prima política te dé un recortadito y tu chica te haga la manicura —Mentí, la verdad es que, cuanto más tiempo pasara con ella, mucho más era el que quería pasar, pero no era cuestión de agobiarla.

—Anda, pasa a la cabina, que Nuria está ahora ocupada y yo no tengo a nadie.

Entramos en la cabina y, en cuanto cerró la puerta, la aprisioné contra ella para besarla como necesitaba. Sus manos fueron hasta mi cabello, y lo agarró con fuerza. Metí mis manos por dentro de su camiseta, amasé sus pechos, así como su trasero cuando ya me hube saciado de estos.

—Te deseo, Rodrigo — dijo, y eso fue lo que me sirvió como pistoletazo de salida.

Desabroché su pantalón, y lo bajé, junto a su braguita, e hice lo mismo con el mío. La llevé hasta la camilla de masajes, le di la vuelta y la puse de cara a ella, inclinada hacia el otro lado, y la penetré. No nos hicieron falta preliminares, ella estaba tan lista para recibirme como yo para entregarme.

Fue rápido, fuerte y de lo más excitante, tanto para ella como para mí. Gemimos, jadeamos, nos mordimos la boca de una manera salvaje, como si quisiéramos demostrarnos que nos necesitábamos, porque así era, hasta que ambos alcanzamos el clímax, primero ella, arrastrándome a mí.

—Esto ha sido… una pasada —dijo, recuperando aún el aliento.

—Ni que lo digas. Cloe, contigo todo me resulta fascinante. Si el sexo dulce de anoche fue espectacular, con este, he tocado el cielo con las manos —le dije, todavía dejado de caer en su espalda.

Fue al pequeño baño que tenía dentro de la cabina para asearse un poco, y así poder vestirse, no sin antes darme un beso, y yo lo hice después que ella.

—No nos va a dar tiempo de hacerte las manos o cortarte el pelo, ya casi es la hora de recoger al niño — dijo, cuando estábamos vestidos por completo.

—Pues vamos, eso del corte y la manicura era solo una excusa para estar contigo más tiempo.

—Eres… eres un bribón — contestó riendo.

—Sí, pero tu favorito.

Salimos de la mano del interior de la cabina, y nos despedimos de Nuria, que nos miraba con una sonrisa pícara en los labios, como si supiera lo que habíamos hecho, cosa que, por otro lado, no me sorprendía, porque no habíamos sido lo que se dice especialmente silenciosos.

—Rodrigo, ¿sabes una cosa? Los niños de mi clase no se creen que mi tío va a ser mi nuevo papá, dicen que eso no puede ser, ¿a qué si se puede? —me dijo, casi llorando, y miré a su madre.

—Claro que se puede. ¿Quién te ha dicho eso? — preguntó su madre, bastante enfadada, porque eso quería decir que, entre los padres, se había comentado nuestra situación.

—Me lo ha dicho Aitana, y le dicho que ya no es mi amiga. Dice que ella no tiene ningún papá y yo no puedo tener dos, que su madre ha dicho que hará todo lo posible para que Rodrigo sea su padre, no el mío —dijo el niño, y la cara de Cloe hervía de rabia.

—Esto lo soluciono yo ahora mismo —les dije, y fui hasta donde estaba esa mujer con la niña.

—¿Puedo ayudarte en algo? — preguntó, de lo más coqueta.

—La próxima vez que tu hija le haga algún tipo de referencia sobre su padre o sobre mí, nos veremos las caras en la dirección del centro, y créeme cuando te digo que la expulsada será ella. Y deja de decir que vas a intentar tener algo conmigo, porque no te tocaría ni con un palo.

—Eso también decía tu hermano, y al final tuvimos hasta una hija juntos —Dijo, sabiendo que Cloe venía detrás y se enteraría.

—No mientas más, y deja a los difuntos tranquilos. Sabes de sobra que ese hijo no es de mi marido, sino de un tal, Andrés al que acosaste hasta que tuvo que pedir un traslado —le dijo Cloe, bastante enfadada.

—Sigue pensando lo que quieras y cuando lo hayas asumido, hacemos una prueba para ver si los niños son hermanos, te sorprendería el resultado —La retó esa arpía que teníamos delante.

—Cuando quieras, porque sé que Carlos no me traicionaría nunca, y contigo, mucho menos —le contestó, mi chica, y yo, que contaba con ese documento en mi poder, me veía obligado a contarle todo.

Capítulo 31



Rodrigo

—Vámonos, hay cosas que no sabes y que tengo que contarte —le dije, muy bajito a Cloe, que me miró extrañada.

—¿Qué es eso que tienes que contarme? — preguntó en cuanto entramos en el coche.

—Luego te lo cuento, pero desde ya te digo que mi hermano no se acostó con ella, para que te quedes tranquila.

Llegamos a la hamburguesería de referencia, aquella en la que siempre íbamos a comer cuando Héctor estaba presente. Mientras traían la comida, el niño se fue a jugar al parque de bolas que había, dejándonos a su madre y a mí, solos.

—Mira lo que he encontrado en el bolsillo de una de las chaquetas de Carlos — le tendí el papel para que lo leyera.

—¿Qué demonios es esto, y por qué no me lo has contado antes? — dijo, muy enfadada.

—No pagues tu enfado conmigo, que lo encontré ayer. No pensaba decirte nada hasta que averiguara si era cierto, pero por lo visto, lo es —le dije, yo no tenía culpa de lo que había hecho mi hermano.

—Es increíble, por lo visto, el deporte nacional es mentirle a la gilipollas de Cloe.

—Te repito que no te iba a mentir, tan solo quería saber la verdad antes de hablar contigo.

En ese momento se puso a llorar, y recordé las palabras que me había dicho Carlos, debía tener paciencia, por eso, me levanté y me arrodillé delante de ella, la cogí por la mandíbula y le levanté el rostro para que me mirara.

—Cloe, mírame. Yo te amo, y mi hermano te quería con toda su alma. Algo tiene que haber detrás de todo esto, y lo vamos a averiguar.

—Ya estoy harta de intrigas y secretos. Pensaba que en mi matrimonio no había, que éramos honestos los dos, pero al parecer, estaba muy equivocada. A veces, me dan ganas de coger a mi hijo y empezar de cero en otro lugar.

—Y yo os seguiría a donde decidierais comenzar de nuevo, no lo dudes.

—¿Terminará todo esto algún día? Porque te prometo que ya no puedo aguantar más.

—Limpia esas lagrimillas, que ya viene por ahí Héctor y no tiene que verte así, luego hablamos tranquilamente en casa.

Le dejé un beso en los labios, y volví a mi asiento, donde ya estaban trayendo la comanda que habíamos pedido. El niño nos miraba, como intuyendo que algo había pasado, pero no se atrevió a preguntar, seguramente por no poner a su madre triste de nuevo.

—Rodrigo, ¿cómo es la abuela? —me preguntó en el coche Héctor, cuando íbamos de camino para su casa.

—Nada convencional, te lo prometo. Tiene sesenta años, pero parece que tiene cuarenta, siempre lleva el pelo arreglado, por eso lo tiene corto, y es muy cariñosa.

Le describí a mi madre como yo la sentía de antes de enterarme de lo de mi hermano, no quería influir negativamente en el niño. Cloe, sentada a mi lado, iba en completo silencio, y no quise interrumpirlo, tenía que digerir otra noticia inesperada de su marido.

—¿Estará en su diario el por qué lo hizo? —preguntó de pronto, mientras bajamos del coche.

—Puede ser, pero no te comas más la cabeza con eso. Cuando lleguemos a casa lo miramos — dije, tomándola por los hombros y dándole un beso en la cabeza.

Tenía llaves, pero quería que fuera mi madre la que abriera la puerta. Sabía que estaba en casa, porque a esa hora ella no solía salir, lo hacía o mucho más temprano, para estar de vuelta a la hora de la comida, o ya después, a la hora de la merienda para ver a sus amigas.

Fabio nos había esperado en el portal, quería conocer sus orígenes, a pesar de que no fuera a compartir nada con ellas, sobre todo con su madre biológica.

—¿Es… mi nieto? —preguntó mi madre cuando abrió la puerta, fijándose en el niño.

—Si tú eres la madre de mi papá y de mi tío, lo soy —contestó el niño.

Se puso de rodillas en la entrada, y lloró como si la estuvieran torturando, abrazando al niño y sin parar de besarlo.

—¿Cómo te llamas, mi amor? Yo soy la abuela Marcela — dijo mi madre, tomándolo de la mano.

—Yo soy Héctor, y mi mamá se llama Cloe — respondió el niño.

—Héctor, que nombre tan bonito, tanto como tú. Por favor, sentaos donde queráis. Cloe, dame un beso, porque sé que hiciste muy feliz a mi difunto hijo, y ahora lo estás haciendo con mi Rodrigo.

—Gracias, señora Marcela — contestó mi chica, con una sonrisa.

—Uy, de señora nada, Marcela a secas, y tutéame, por favor, que soy tu suegra, y además por partida doble, las cosas que pasan en esta vida…

—Ni que lo digas, Marcela, hoy sabes quienes son tu familia, y mañana, todo se viene abajo — dijo Fabio, en quien todavía no había reparado.

—Por el amor al cielo, Fabio, eres igualito que mi padre, como le pasaba a mis hijos, por eso os parecéis tanto entre vosotros —dijo mi madre, levantándose a darle un beso.

—Tía Marcela, es un placer conocerte — dijo mi primo, respondiéndole al beso con un abrazo.

—Mi hermana se volverá loca cuando te vea, en caso de que quieras verla, claro.

—Tengo solo una versión de la historia, ahora necesito la otra, por eso si quiero verla, y que me cuente su punto de vista.

—Espera, que ahora mismo la llamo.

—A lo mejor es ella la que se niega a verme, que también vengo preparado para ello.

—No digas tonterías, mi hermana lo hizo porque era madre soltera, y en esa época, estaba muy mal visto, pero nunca ha vuelto a ser la misma.

Mi madre, después de hacer esa llamada, en la que nos indicó que estaría aquí en media hora, se dedicó de pleno al niño, preguntándole de todo. Le enseñó una foto de mi hermano cuando era bebé, en la que aparecíamos los dos juntos, y que no había visto en mi vida.

Después de estar casi toda la tarde allí, nosotros, porque mi primo se marchó con mi tía a la tienda, tenía que abrir porque era su sustento, y él se ofreció para acompañarla, así tendrían tiempo para hablar.

Ni que decir tiene que mi tía, al ver en lo que se había convertido su hijo, lloró como una Magdalena, y repetía que lo volvería a hacer de nuevo, por mucho que le hubiera dolido, solo por el hecho de verlo convertido en alguien que con ella nunca hubiera tenido opción a ser.

Nos marchamos a casa, mi madre quedó en que, al día siguiente, ella recogería a Héctor en el colegio, que además le cogía cerca de su casa, y se lo llevaría con ella a comer y a pasar la tarde, hasta que lo recogiéramos nosotros luego. Aprovecharíamos para comprar unas cuantas cosas que nos hacían falta para el viaje a Disney.

El niño llegó agotado, por lo que, se duchó, se puso el pijama y apenas cenó, decía que tenía mucho sueño, así que lo llevamos a la cama para que descansara.

—Vamos a buscar en el diario de mi hermano, algo tiene que poner ahí —le dije a Cloe, que encendió el portátil buscando alguna pista.

—No hay nada en referencia a eso. ¿Y si es falso? ¿Y si Ángela lo puso ahí para que lo encontrara yo?

—Nada es descartable, y con esa mujer, mucho menos.

—Si Carlos hubiera hecho algo de eso, Adolfo lo sabría, era uno de sus mejores amigos en el trabajo, y fuera de él, también. Cuando le pregunté, me dijo que el embarazo de esa mujer había sido un escándalo en la universidad, que presionó a ese chico hasta la saciedad.

—Un momento, me has dicho que el diario empieza el día en el que os conocisteis, ¿no?

—Sí, ¿a dónde quieres llegar?

—¿Y si la cesión del esperma se hizo antes de que os conocierais?

—Entonces, la niña sería más mayor que Héctor.

—No tiene por qué. Imagina que tú hablas conmigo, me dices que quieres ser madre, pero que no quiero que sea un desconocido el donante. Yo me ofrezco, siempre y cuando no tenga nada que ver con ese bebé, te dono el esperma y firmamos un acuerdo.

—Vale, hasta ahí, bien.

—Luego, tú te lo piensas, y decides que es muy pronto, que quieres vivir la vida un poco más, y como está congelado en el banco de semen, no tengo prisas, lo puedo usar cuando yo quiera, y ese momento, es el día que se entera de que Carlos va a ser padre contigo.

—¿No es un poco retorcida esa teoría? Porque puestos a pensar así, también puede que el esperma se estropeara y que por eso le pidiera el suyo a Andrés, el compañero que sustituyó a Carlos.

—Dame el documento, en él tiene que venir una fecha.

Estuvimos examinando un rato el acuerdo, pero la fecha no se veía, era como si hubiera sido tachada a propósito, para que nadie supiera nunca la verdad.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Le voy a solicitar a Ángela esa prueba de ADN con la que ella tanto amenaza. Si sale que es hija de Carlos, la desilusión será enorme, pero no pienso caer de nuevo en el pozo en el que me sumergí. Él no está aquí para aclararlo, así que, nada de lo que se hable o diga tendrá otra versión que comprobar.

—Me parece muy valiente por tu parte, porque lo mismo y ella quiere que la niña lleve el apellido, suponiendo que sea su padre.

—Si es eso lo que quiere, que lo lleve a los tribunales, que serán los que decidan, yo no voy a poner objeción ninguna a eso, te lo prometo. Como si tengo que repartir los bienes con ella, con quedarme con esta casa, que es donde reposan sus cenizas, lo demás para esa niña.

—Te prometo que cada vez me sorprendes más. No eres nada materialista, antepones todo al dinero, y eso me encanta de ti.

—Cuando el dinero es todo lo que te ha quedado de la persona que has amado, entiendes que serías capaz de darlo todo si con eso consiguieras que volviera.

La besé como nunca, entrando en ella de esa forma que tanto me gustaba, jugueteando con la lengua en el interior de su boca, y eso me puso a mil.

Nos levantamos del sofá, y nos fuimos a la habitación. Volví a hacer lo mismo que en la cabina, con la diferencia de que, ahora, tenía todo el tiempo del mundo para disfrutarla, para recrearme en cada centímetro de su cuerpo.

Casi sin darnos cuenta, ya estábamos los dos desnudos, sintiendo piel con piel. En un momento determinado, ella rompió el beso, y se agachó delante de mí, que permanecía de pie a pocos centímetros de la cama. Tomó mi miembro con sus manos, acariciándolo de arriba abajo y, cuando menos lo esperé, lo recorrió con su lengua. Lo introdujo dentro de su boca, haciendo círculos con su lengua en mi glande, lo que me provocó un gruñido sordo que no supe de donde había salido, y con el que estuve a punto de correrme.

—Para, para, si no quieres que esto termine antes de empezar.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, y quiero notar como te vacías en mi boca — dijo, y me terminó de volver loco.

Me tumbé en la cama, y la puse de tal manera que su sexo quedaba a la altura de mi boca y el mío a la altura de la suya. Un sesenta y nueve de toda la vida, vamos. Nos chupamos, nos degustamos, recorrimos con nuestras lenguas todo el sexo del otro, hasta que nos alcanzó el clímax a los dos.

Para nada quedó ahí la cosa, porque, entre las sábanas, volvimos a dar rienda a nuestra pasión, no se parecía en nada a lo de la otra noche, en esta, los dos sacamos nuestro lado más salvaje, y nos volvió locos a ambos.

Capítulo 32



Cloe

Tras una noche espectacular, en todos los sentidos, cuando sonó el despertador ambos nos queríamos morir. Si por nosotros fuera, hubiéramos continuado durmiendo, pero el deber nos llamaba. Rodrigo tenía una reunión a primera hora con uno de los constructores con el que firmaría un contrato de colaboración, y yo tenía que dejar al niño en el colegio y después varias citas continuadas.

Cuando salí de la ducha y lo vi con uno de los trajes de su hermano, me lo comí con los ojos, no se podía tener más estilo y estar más guapo que él, y nada tenía que ver con que se pareciera a Carlos, Rodrigo tenía una personalidad arrolladora, que nada tenía que ver con la de su hermano.

—Si sigues mirándome así, mando a la mierda la reunión y todo lo que le sigue — dijo, y es que se había percatado de la forma en la que lo estaba mirando.

—Joder, Rodrigo, es que estás espectacular. Espero que la reunión sea con un hombre, porque como sea una mujer con la que tienes la cita laboral, vas a tener que comprarle un abanico antes de subir.

—Es un hombre, pero si fuera una mujer, no te preocupes por ella, que en mi despacho tengo aire acondicionado — dijo, guiñándome un ojo.

Ese día hacía mucho frío, por lo que me decanté por un vestido de punto, por debajo de la rodilla, con unas medias de esas tupidas que tenían pelitos por dentro, y unas botas altas de tacón cuadrado. Recogí mi pelo en una coleta, porque esa mañana mis rizos iban por libre, y me apliqué máscara de pestañas y brillo labial, no me gustaba maquillarme en exceso.

Cuando bajé a la cocina, ya estaba mi hijo desayunando y con el uniforme puesto, su mochila preparada y listo para salir.

—Anda, mira. Y cuando estás conmigo a solas te tengo que arrear como a las cabras para que estés listo a tiempo —le dije a mi hijo, dándole un beso de camino a coger mi taza de café.

—Es que, así, Rodrigo se quedará más veces a dormir. Cuando él se queda, te levantas con una sonrisa que me encanta —me dijo el muy zalamero, si él supiera el motivo de que me levantara así…

—Vamos a coger el coche grande, si no te importa, que hace mucho que no lo movemos. Dejamos al niño en el colegio y me dejas en el trabajo, ¿te da tiempo? —le pregunté, y es que quería empezar a utilizar todo lo que Carlos había dejado.

—¿El coche grande, mamá? ¿El negro, que me gusta tanto? —preguntó mi hijo, con una sonrisa.

—Ese mismo, pero vamos a esperar a que Rodrigo nos conteste si tiene tiempo o no.

—Venga, si nos vamos ya no llegaré tarde, aunque he avisado a Alonso para que, en caso de que mi cita llegue antes que yo, le diga que voy de camino, que me ha pillado un atasco —dijo, y me guiñó un ojo.

Mi hijo saltó como si le hubieran puesto un petardo en el culo, estaba deseando de montarse en ese coche. Le tendí las llaves a Rodrigo, que fue sacando el coche del garaje mientras yo me terminaba de colocar el abrigo y cogía el bolso. Había cambiado la silla de automóvil en un abrir y cerrar de ojos, si lo hubiera tenido que hacer yo, todavía estaríamos intentándolo, porque eso no era lo mío, lo prometo.

—Espera un momento, voy a avisar en el centro que hoy lo recoge su abuela, sino no lo dejarán salir —le dije a Rodrigo, que miraba el reloj, pensando que no llegaría a tiempo.

—Pero no tardes, que voy a lo justo.

—No te preocupes, vete tú ya, yo me pido un taxi, porque eso llevará un rato y no quiero que llegues tarde.

—¿Segura? — preguntó, y asentí con la cabeza —Pues dame un beso, te recojo a las dos en el centro de belleza.

Me dio un beso que me dejó con las piernas colgando, justo cuando Ángela pasaba por nuestro lado, que me miró con cara de rabia. Aproveché ese instante para decirle lo que tenía pendiente, así que la llamé.

—Ángela, espera un momento, por favor — dije, en un tono amable, no quería que ella nublara la felicidad que estaba sintiendo en esos momentos.

—Que pronto te has olvidado de Carlos. Al final, tenía que haberse quedado conmigo, y no desperdiciar su amor con una persona como tú —me espetó, con asco y rabia.

—Lo que yo haga con mi vida privada, es cosa mía, no le importa a nadie. Así que, no voy a entrar en esas provocaciones, si es lo que estás buscando. Si te he parado es porque quiero que los niños se sometan a esa prueba de ADN.

Su cara era un poema, lo que le había pedido no pasaba ni por su imaginación, y eso la desconcertó por completo.

—No veo para qué es necesario, yo sé quién es su padre, y como tú dices, a nadie le importa.

—A mí me importa, porque si esos niños son hermanos, quiero que tengan la relación que les corresponde, no pienso consentir que pase como Carlos y su hermano, que cuando se enteren, ya sea demasiado tarde.

—Pues yo no pienso ceder, así que, tú verás.

—Nada, no me quedará otra opción que hacerlo a través de un juez, ya tendrás noticias mías.

—¿Es que eres tonta? Si lo haces así, tendrás que darle la mitad de todo a mi hija, privando al tuyo de esos bienes.

—Si le corresponde, es lo justo. Es más, deberías de ser tú quien lo estuviera luchando, no yo. Pero a lo mejor es que Carlos no es el padre de Aitana y no te conviene que se desvele la verdad.

—Carlos es su padre, y lo puedo demostrar.

—La única demostración que necesito es esa prueba de ADN, si de aquí a que vuelva de viaje no tengo noticias tuyas, lo llevaré al juzgado.

La dejé en la puerta del centro comiéndose la cabeza, y entonces supe que esa niña no era hija de mi marido, por mucho que insistiera. Entré y avisé a la tutora de mi hijo de que ese día lo recogería la abuela. Se quedó un tanto extrañada, porque en los tres años que llevaba el niño en el colegio, tan solo lo había recogido yo, o en algunos casos, Pelayo y Adolfo, así que le conté, por encima, lo que habíamos descubierto.

Era una chica encantadora, que se desvivía por los niños, y que se alegró muchísimo de que tanto Héctor, como yo, hubiéramos encontrado la felicidad en forma de abuela y cuñado, al que no veía de ese modo.

Llegué al salón de belleza un poco más tarde de lo normal, pero por suerte para mí, mi cita todavía no había llegado, así que, me dio tiempo de hablar con Nuria un ratito.

—Cada día te ves más radiante, y eso es por la felicidad que estás sintiendo, aparte de por los polvos que te están echando, no me lo vayas a negar — dijo, riendo a mandíbula batiente.

—No se puede ser más bruta que tú, pero no te lo voy a negar. Rodrigo es un príncipe azul, y me da miedo de que vaya a desteñir.

—No lo creo, la verdad, aunque tampoco puede ser tan perfecto, algún fallo debe tener.

—Pues yo todavía no los he encontrado, te lo aseguro. Es tierno, cariñoso, me entiende a la perfección, y en la cama, una puta bomba sexual.

—Eso tiene que ser genético, prima, porque según tú, Carlos también lo era, y si te hablo ya de mi Fabio, apaga y vámonos.

—Por cierto, ¿cómo volvió a casa después del encuentro familiar?

—Triste y desconcertado. Por un lado, dice que entiende a su madre biológica, que no tenía nada que ofrecerle, pero por otro, piensa que lo cambió por cumplir el sueño de su vida.

—Tiene que ser muy duro desprenderte de tu hijo, por mucho que digan. Si yo me viera obligada a dejar a Héctor con alguien extraño, te juro que me moriría de la pena.

—Pero no todas las madres son iguales. Las hay que, por el hecho de haber parido, ya se consideran así, pero no. Una madre es la que te cuida cuando tienes fiebre, la que te ayuda a levantarte cuando te has caído, ya sea en sentido literal o figurado. Para mí, esa señora no es su madre, es la persona que lo trajo al mundo.

—Tienes razón, sigo sin pensar como puede haber personas así.

En ese momento, nos entró trabajo a las dos, por lo que no tuvimos más tiempo de seguir la conversación, en toda la mañana, además. Cuando quise darme cuenta, ya estaba Rodrigo esperándome en la puerta, apoyado en el lateral del coche.

—¿Por qué no has entrado? —le pregunté, dándole un beso en los labios.

—Porque si hubiera entrado, ni tiempo para comer nos hubiera dado. Por cierto, acabo de hablar con mi madre, ya ha recogido al niño y se lo lleva a comer a su casa, dice que le ha hecho croquetas y puchero.

—Pues ya se lo ha ganado para toda la vida, no hay nada que le guste más que eso para comer.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos hasta el centro comercial, donde comeríamos en alguno de sus restaurantes, para luego comprar esas cosas que necesitábamos.

Durante la comida, le conté la conversación que tuve con Ángela, y la conclusión que había sacado de todo ello.

—Esa mujer no me gusta nada, es capaz de haber hecho cualquier cosa —Me dijo, tomando mi mano entre las suyas.

—He llegado a pensar que, incluso, el documento ese puede ser falso, o que no llegara a cumplirse ese acuerdo. Lo que tengo claro es que no es su hija, y lo pienso demostrar, no quiero que siga ensuciando el nombre de tu hermano.

—Y yo te apoyaré, por supuesto.

Terminamos de comer y nos fuimos de compras, entramos en mil tiendas diferentes, y nos hicimos con bastantes más cosas de las que necesitábamos en realidad. A Héctor le compramos una pequeña maleta de Mickey, que haría sus delicias, así como varias prendas de ropa de abrigo, porque allí hacía muchísimo frío.

Rodrigo me arrastró a una tienda de lencería, me dijo que quería que me comprara algo que lo sorprendiera, y no lo dudé. Tenía unas prendas muy bonitas y cómodas en mi casa, pero me quería ver sexy para él. Me dejó allí y me dijo que volvía en veinte minutos, que tenía que hacer una llamada.

Me hice con varios conjuntos de tanga y sujetador que me gustaron y me resultaron de lo más tentadores, así como con varias camisetas para dormir, que no dejaban mucho a la imaginación.

Terminé de comprar y no veía a Rodrigo por ninguna parte, hasta que lo localicé, saliendo del baño, con una mujer que yo no conocía y una sonrisa

radiante. La rabia hacía que me hirviera la sangre, sobre todo cuando vi que la abrazaba y le daba un beso en los labios, un piquito.

—¿Se puede saber que significa esto? — dije, en un tono que evidenciaba mi enfado.

—No es lo que parece — dijo Rodrigo, completamente sorprendido.

—Al final, tenía razón, no podías ser tan perfecto, el príncipe azul empezó a desteñir —dije con rabia, y dispuesta a marcharme de allí.

—Soy Virginia, su prima, y estaba aquí dentro porque tenía que entregarle una cosa que no quería que tú vieras — dijo ella, un tanto avergonzada.

—Me puedo imaginar que es eso que tenías que entregarle. Acabo de ver como le dabas un beso en los labios.

—Siempre nos saludamos así, desde que éramos niños. Y lo que tenía que entregarme es este paquete, que no te voy a enseñar por nada en el mundo. Ya va siendo hora de que confíes en mí, si no, será mejor que lo dejemos en este punto.

—No puedo confiar en alguien que me oculta las cosas cada dos por tres — dije, llorando.

—Pues entonces, no tenemos nada más que hablar —Me puso las llaves del coche en la mano, y se dio la vuelta para marcharse.

Capítulo 33



Rodrigo

La dejé en la tienda de lencería y me fui hasta el baño, donde estaba mi prima esperándome con un anillo de compromiso, que quería darle en nuestro viaje a Disney.

Virginia y yo siempre nos habíamos saludado y despedido con un pico, y así lo hice cuando me despedí de ella en la puerta, pero toda mi felicidad se vino abajo cuando me encontré de frente con Cloe.

Cuando me dijo que no podía confiar en mí porque le ocultaba las cosas, supe que tenía dos opciones. Callarme la boca y hacerle ver que no era cierto lo que estaba pensando, y eso suponía que desconfiara siempre de mí, o enfrentarme a ella y marcharme, y eso es lo que hice.

Ya estaba cansado de ser siempre yo el que luchara por ella, y no pensaba seguir así más tiempo. Quería que ella lo hiciera por mí, que me demostrara que le importaba, que no era el mero sustituto de mi hermano.

Cuando le puse las llaves del coche de mi hermano en la mano, y me di la vuelta, temí que fuera verdad y que no compartiríamos nada más juntos. Incluso pensé que, si esa era la situación, que mi lugar en ese viaje lo ocupara mi madre o Nuria, para que no fueran los dos solos, pero me equivoqué.

—Rodrigo, espera, por favor —me dijo, y algo dentro de mí se hinchó de placer.

—¿Qué es lo que quieres, Cloe? —contesté, dejándole claro que estaba enfadado con su actitud.

—A ti, no me dejes así, por favor, vamos a hablarlo —me contestó, con lágrimas en los ojos, y no pude evitar enmarcar su rostro con mis manos y besarla.

—Quiero que confíes en mí, jamás haría nada para hacerte daño, no al menos de manera consciente. Si te molesta que Virginia y yo nos saludemos así, pues le daré el beso en la mejilla, pero no vuelvas a sacar conclusiones precipitadas, te lo ruego.

Al final, nos sentamos en una cafetería con mi prima, que se disculpó de mil maneras con mi chica. Le contamos que nos habíamos criado juntos, como si fuéramos hermanos, puesto que sus padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando ella era casi un bebé, y quedó al cuidado de mi abuela, que vivía en el piso de al lado nuestra.

—Te pido mil disculpas, Virginia, pero llevo mucho sufrido durante este tiempo, muchas intrigas, y no soportaría ni una más —le dijo Cloe, dándole un abrazo.

—Las disculpas te las tengo que pedir yo, y no dudes que, a partir de ahora, lo saludaré como todo el mundo.

—Ah no, de eso nada. Vosotros os seguiréis saludando igual, que no quiero convertirme en una bruja, nunca lo he sido y no voy a empezar ahora.

Estallamos en una carcajada los tres, por su manera de decirlo. Seguimos con las compras, y en ningún momento me volvió a preguntar por el paquete que le enseñé, y lo agradecí, porque no quería que me sacara su contenido, y con ella lo tenía difícil para resistirme.

—He pensado una cosa, a ver si te parece bien — dijo, una vez que nos montamos en el coche.

—A ver, qué es eso que tu cabecita loca ha pensado, cuéntame —dije, deseoso de saber que era.

—Me gustaría que nos fuéramos a vivir juntos, pero no quiero dejar mi casa, en ella está enterrado tu hermano, y no quisiera dejarlo atrás.

—Me parece perfecto, además, Héctor estará mejor allí que un ático. Mañana mismo hago la mudanza y hablo con la inmobiliaria para ponerlo en alquiler — dije, y me miró sorprendida, como si no se esperara esa contestación.

—¿Me lo dices en serio? ¿De verdad?

—Ya te dije que os seguiría al fin del mundo, así que, cambiar mi casa por la tuya no va a ser ningún sacrificio. Lo sería tener que despertarme cada mañana sin ti a mi lado.

Aproveché que el coche estaba parado en un semáforo para besarla, hasta que el coche de atrás nos indicó que estábamos obstaculizando el tráfico, y arrancamos.

Aparcamos cerca de la casa de mi madre, pero por mucho que llamamos, no nos abría nadie. Estaba completamente seguro de que se lo había llevado a algún sitio con sus amigas. Cuando cogí mi teléfono para llamarla, vi que tenía un mensaje de ella.

Mamá: Cariño, me he llevado al niño al cumpleaños del nieto de Julia, es en el parque de bolas que hay en el barrio. Si llegas antes, te pasas por allí a recogerlo. Un beso.

—Pues ya sabemos donde está el niño, de cumpleaños. Mi madre, es así, acostúmbrate —le dije a Cloe, que sonreía en estos momentos.

—La madre que la trajo, con lo fácil que hubiera sido llamarnos, y no que te manda un mensaje hace media hora.

—Y seguro que lo ha mandado porque alguien se lo ha dicho que, por ella, ni nos hubiéramos enterado.

Nos fuimos paseando hasta allí, ya que no estaba muy lejos, y dejamos el coche donde lo habíamos aparcado, porque era una tontería moverlo sin saber

si encontraríamos aparcamiento en esa calle.

Cuando llegamos, nos encontramos con un montón de niños que saltaban y corrían por el local, pero no nos fue difícil localizar a Héctor, que jugaba con el nieto de Julia a tirarse de un tobogán con un donut de esos hinchables.

—Ya habéis llegado. Menos mal que Julia me preguntó si os había avisado, sino os hubierais llevado un susto de muerte —dijo mi madre, como si la cosa no fuera con ella.

—¡Te lo dije! —Exclamé en alto, dirigiéndome a Cloe.

—Hijo, qué quieres, si es que ya no estoy acostumbrada a tener que rendirle cuentas de mis pasos a nadie.

—Eres de lo que no hay, pero que sepas que hemos estado en tu casa, hasta que cogí el móvil para llamarte y vi el mensaje.

—Pues el problema es tuyo, entonces, porque yo te avisé a tiempo.

Ella tenía que darle la vuelta a la tortilla, no podía quedar por debajo de nadie, o la ganaba o la empataba, como había sido toda la vida.

—¿Cuánto queda para que termine el cumpleaños? —preguntó Cloe, que, con la experiencia del cumple de Héctor, ya tuvo bastante, y yo más que ella.

—Oh, ya casi ha terminado, sentaros y tomaros algo —dijo Julia con una sonrisa.

Eso hicimos, nos sentamos y nos pedimos un refresco cada uno, entablando una conversación con Julia, la amiga de mi madre, que alababa la educación y la manera de ser de Héctor, llenando de orgullo a su madre.

—La verdad es que he tenido suerte, porque no podía ser más bueno —respondió Cloe.

—Ha tenido un comportamiento ejemplar durante todo el cumpleaños —dijo Julia.

Ella se había tenido que hacer cargo de su nieto, ya que su madre era toxicómana, y al padre no lo habían visto nunca. A pesar de ello, ese niño lucía una sonrisa y un brillo en los ojos que decía que era feliz.

—Julia, me gustaría contribuir a la educación de Enzo, tu nieto, por ello, le abriré una cuenta en la que depositaré una cantidad todos los meses, para que, cuando crezca y tenga que ir a la universidad, no tengas ningún problema económico —le dije a la mujer, que me miraba con lágrimas en los ojos.

—Ay, Rodrigo, no sé como te lo voy a agradecer, te lo prometo.

—No me tienes que agradecer nada, lo único que tienes que hacer es que ese niño crezca feliz y que aproveche el tiempo estudiando.

Llegó la hora de marcharnos, y Héctor le prometió a Enzo que le traería un regalo de Disney, que se lo daría a la vuelta. Le dio un beso a su abuela y otro a Julia, a la que, además le agradeció la invitación, y salió de nuestra mano hasta llegar al coche.

—Me ha dado pena la carita de ese niño cuando Héctor le ha dicho lo del viaje. Te prometo que, si pudiera, me lo llevaría— dijo Cloe, y la entendí, porque a mí se me había quedado la misma sensación.

—Eso es fácil — dije, y di la vuelta a la manzana, coincidiendo con Julia, que salía repleta de bolsas con los regalos que le habían hecho.

—Hijo, ¿se os ha olvidado algo? Porque creo que el niño lo llevaba todo —dijo mi madre, nada más verme.

—Se me ha olvidado decirle una cosa a Julia. ¿Podrías venir conmigo un momento, por favor? —le pedí, bajándome del coche.

—¿Ocurre algo, hijo? — preguntó, algo preocupada por si a Héctor le había pasado algo en el cumpleaños que no había dicho.

—Julia, ¿sería posible que nos pudiéramos llevar a Enzo con nosotros de viaje a Disney?

—¿Hablas en serio? Si mi niño no conoce ni la playa, cuanto más ese sitio. Le va a encantar, además de que es muy bueno, él no da lata. Por supuesto que podéis llevarlo.

—Muy bien, pues mañana a las nueve te recojo en la puerta del colegio del niño, ven con la partida de nacimiento y el documento donde tú tienes la tutela. Le sacaremos el DNI y, de paso, la autorización tuya para que pueda salir del país, pero no le digas nada, yo te avisaré cuando debes tenerle todo listo.

—¡Ay, qué ilusión le va a hacer! Cuando salgamos de allí, voy a ir a comprarle cositas para que las estrene en ese viaje, que mi niño siempre hereda todo de una vecina que tiene uno poco más mayor que él.

—Yo te acompañaré, no te preocupes que estrenará todo, le compraremos todo igual que lo que lleva Héctor, para que no haya diferencias.

—Hijo, te lo agradezco, pero yo no voy a poder pagar tanto, yo le compraré algo más baratito, que sé que le va a gustar igual.

—Este viaje ha sido idea mía, y yo correré con todos los gastos, incluida la ropa. Mi chica estará completamente de acuerdo conmigo, así que no hay discusión.

Le dejé un beso en la mejilla, y otro a mi madre, que permanecía a un lado con el niño.

—Abuela, ¿qué te ha dicho el papá de Héctor? —le preguntó el niño, que me llamara de esa forma, me llenó el corazón.

—Que, cuando vengan de ese viaje, vendrá por ti un fin de semana, para que lo pases con ellos — contestó su abuela.

—¿En serio? Héctor me ha dicho que tiene un jardín enorme, con una portería para jugar al futbol que le regalaron sus tíos por su cumpleaños. Ojalá no se olviden, porque me encantaría pasar allí esos días —le decía el niño a su abuela, y a mí me salió una sonrisa.

Lo que para unos era algo habitual, para otros, que no tenían la misma suerte, resultaba que era extraordinario. Enzo, por lo menos, contaba con una abuela que lo quería con locura, y que le daba todo lo necesario, aunque dentro de sus posibilidades, pero un plato de comida y un techo bajo el que resguardarse no le faltaban, había muchos que no tenían ni eso.

Otra noche más, Héctor, que se había hartado de tarta, según nos había contado Julia, venía derrotado.

—Mami, yo me voy a tomar una leche con cacao, calentita, y me voy a la cama en cuanto me duche, me cuesta hasta hablar —decía de camino a casa, y su madre y yo soltamos una carcajada.

Capítulo 34



Rodrigo

La noche la volvimos a pasar enredados, como ya era nuestra costumbre. Por eso, por la mañana, le costaba tanto levantarse, sus lamentos, cuando sonaba el despertador, se escuchaban en toda la urbanización.

Dejamos a Héctor en el colegio y tal y como habíamos hablado la noche anterior, Cloe tomaría un taxi para llegar al salón de belleza, porque antes tenía que hablar con la tutora del niño, que la había llamado para que se llevara los deberes que no haría en clase durante los días en los que estaríamos de viaje.

Vimos a Ángela, que me miraba con ese deseo y esa lujuria en sus ojos, que no podía ocultar y que a mí me resultaba totalmente indiferente. Se dirigió a Cloe, con un tono despectivo, por eso no me marché, me quedé hasta que la viera entrar en el centro.

—Está bien, si lo que quieres es una prueba de ADN, se la realizaré, pero será en un laboratorio de mi confianza —le dijo, por lo visto ya había encontrado la fórmula para que saliera que el hijo era de mi hermano.

—Para nada, se hará en el laboratorio que dictamine el juez encargado del caso — dije, bajándome del coche y situándome detrás de Cloe.

—Me dijiste que no irías al juzgado —dijo, bastante enfadada.

—Eso dijo, pero creo que será mejor que se haga a través del juzgado, así nos evitaremos líos y posibles manipulaciones—dije

A continuación, tomé la cara de Cloe, enmarcándola con mis manos, y la besé, como me apetecía, y como quería que viera esa energúmena que llevaba por nombre Ángela. Indignada, se marchó, y dejé que mi chica entrara en el centro, con una sonrisa en los labios.

—Te recojo luego, preciosa.

—Si no te da tiempo, me das un toque para tomar un taxi.

—Dejaré todo lo que esté haciendo para venir a por vosotros, no hay otra opción.

Me monté de nuevo en el coche, al final le estábamos dando uso al Jeep de mi hermano y me dirigí a recoger a Julia, que ya me esperaba en la puerta del colegio, la sorpresa es que estaba con mi madre.

—Vaya suerte la mía, me van a ver con las dos mujeres más bonitas del barrio —dije, fijándome en el centro escolar donde iba Enzo, que no me gustó nada, porque se podía ver a simple vista como trapicheaban en la misma puerta.

—Claro, porque ahora has quedado con Naomi Campbell y Cindy Crawford —dijo mi madre, tan irónica como siempre, y haciéndome reír de nuevo.

—Julia, ¿por qué viene el niño a este centro? —pregunté, porque no podía ni quería dejar que ese niño se echara a perder, como había ocurrido con su madre.

—Hijo, porque es el que me coge más cerca de casa, que ya una tiene una edad y no puedo desplazarme más lejos. Si por mí fuera, lo cambiaba inmediatamente. Ya no es lo que era, ahora, como habrás comprobado, ya no se esconden para trapichear, y no quiero que termine como su madre.

—Si yo me hago cargo del traslado y de todo, ¿permitirías que lo cambiara de centro?

—Yo no puedo permitir eso, es mi responsabilidad, nadie tiene que soportar una carga que es para mí.

—Pero tú no me estás obligando a nada, soy yo el que quiere hacerlo.

—Para mí, sería una bendición. El saber que mi niño crecerá y se educará en un centro como Dios manda, sin que las drogas estén presentes en el recreo. A veces pienso que, si me hubiera dado cuenta antes, si hubiera apartado a mi hija de esas amistades, ahora estaría bien.

—Déjame hablarlo con Cloe, y cuando vengamos del viaje, matricularemos al niño en el mismo centro en el que está Héctor.

—Pero eso es mucho dinero… —dijo Julia, llorando.

—Tengo el que no me voy a gastar en tres vidas, Julia. Mi chica me ha enseñado que, si no tienes a la persona adecuada a tu lado, si no ayudas a los demás, ese dinero no sirve para nada.

—Ojalá y todo lo que os venga sea bueno, porque ni ella, ni tú, merecéis otra cosa.

Al contrario de mi madre, Julia parecía tener más edad de los sesenta y dos años que tenía. Había sufrido mucho en la vida, por su hija y, sobre todo, por su nieto, que cuando nació venía con síndrome de abstinencia, porque su madre siguió consumiendo durante el embarazo.

Hacía más de dos años que no sabía nada de ella, cuando se escapó del centro en el que fue internada para ser curada de sus adicciones, y eso también le pesaba, porque el niño preguntaba por ella, y la pobre mujer ya no sabía que decirle.

Llegamos a comisaría, donde realizamos todos los trámites necesarios para que no tuviéramos ningún problema en el extranjero con el niño. De ahí, las

invité a desayunar y, cuando Julia se marchó un segundo al baño, mi madre se sinceró conmigo.

—Rodrigo, tienes que ayudar a ese niño. Su abuela no está bien, le han detectado algo y no tiene solución, me lo contó el otro día. Su única preocupación es que pasará con su nieto el día que ella no esté — dijo mi madre, con lágrimas en los ojos.

—Esa mujer es todo lo que tiene, si le ocurre algo, pasará a servicios sociales.

—Y tú puedes impedirlo. Habla con ella, a ti te dirá la verdad, al resto les ha dicho que tiene anemia y que le han recetado unas pastillas, por eso muchas veces se desmaya. Yo le he regalado la fiesta al niño, porque su abuela no quería marcharse de este mundo sin verlo celebrar un cumpleaños así.

—¿Nunca se lo ha celebrado de ese modo? —pregunté, algo extrañado, porque eso era lo que se hacía normalmente en esta época.

—Para nada. Siempre le compraba una tarta y unos refrescos, con una pelota, se lo celebraba en la plazoleta de debajo de su casa, eso si el tiempo lo permitía, si no, apagaba la vela en su casa, con dos o tres niños.

Esperé a que nos sirvieran el desayuno y, cuando ya estábamos a punto de terminarlo, le hablé a Julia, claramente.

—Julia, me ha dicho mi madre lo que te ocurre. ¿Quieres que busque otra opinión médica? —Empecé por ahí, porque si podíamos salvarla, no dudaría en pagar lo que fuera, era una buena mujer que había ayudado mucho a mi madre.

—Sería tirar el dinero, Rodrigo. Ya he ido a uno de pago, tu madre me dejó el dinero, que por cierto tengo que devolverle, y me ha dicho que no hay solución, como mucho me quedan algunos meses de vida.

—Ese dinero te he dicho que no me lo tienes que devolver, no seas más pesada —le dijo mi madre.

—¿Qué sucederá con Enzo? —pregunté, puesto que quería que me dijera las cosas claras.

—Eso me gustaría saber a mí. No tiene ningún familiar directo, ni yo tengo a nadie a quien cederle su tutela hasta la mayoría de edad. Eso sería lo único que lo salvara de entrar en un centro de menores — contestó llorando.

—Sí que la tienes, cédemela a mí, yo me haré cargo de él —Tenía claro que Cloe estaría de acuerdo conmigo, no dejaría a ese niño solo.

Julia me miró, llorando como una plañidera, mientras que no le salían las palabras del nudo que tenía en la garganta.

—Es más, tengo una idea. Vosotras dos también os venís de viaje con nosotros, así Cloe y yo tendremos algo de intimidad por la noche. Será la manera de que te puedas despedir de Enzo con alegría, allí le plantearemos la posibilidad de que se venga a vivir con nosotros a casa.

—¿Yo, de viaje en avión? Pero si lo más lejos que he ido ha sido a la plaza de Callao, y porque una vez me llevó mi difunto al cine —dijo, entre lágrimas y risas.

De ahí, nos fuimos a la agencia de viajes, donde Fátima, una chica encantadora, nos amplió el viaje, pero además incluí a Nuria y a Fabio, sería un regalo que le haría a los dos, se lo merecían.

Cuando llegamos al centro comercial, eran casi las doce y media, así que llamé a Cloe, para contarle todo y que se lo dijera a su prima. El martes nos marchábamos, que pusiera un cartelito en la puerta.

—Dime Rodrigo, ¿ocurre algo? — decía riendo, algo le habría dicho Nuria, estaba seguro.

—Tengo muchas cosas que contarte, pero seguro que estás de acuerdo conmigo en todo. Luego hablamos, pero por lo pronto, dile a esa loca que tenemos por prima, que se viene a Disney con nosotros, que vaya preparando las maletas —le dije, y desde lejos escuché sus gritos.

—La oyes, ¿verdad? Acaba de coger el móvil para llamar a Fabio, que supongo que ya lo sabrá.

—Pues no, dile que él también viene, no me ha dado tiempo de avisarlo. Otra cosa, ¿te puedo pedir un favor?

—Claro, ¿qué te ocurre?

—Puedes tomar un taxi e ir al colegio a recoger a Enzo, y luego a Héctor. Te paso la ubicación, su abuela llamará ahora para decir que lo dejen salir ya, total para lo que le queda allí. Dile a tu prima que te acompañe, y os espero en el centro comercial, cuando lleguéis, avísame y os digo donde estamos.

—Perfecto, pero como Fabio acaba de entrar, le digo que nos lleve él, así será mejor, más ligero.

—Estupendo, pregúntale, que me quedaré más tranquilo.

Por supuesto, mi primo dijo que no había ningún problema, así que le pasé la ubicación del colegio al que acudía Enzo y quedé con ellos en uno de los restaurantes, donde comeríamos todos juntos.

—Señoras, ya está todo organizado, así que, vayámonos de compras. Empezaremos por vosotras dos, que tendréis que ir cómodas y abrigadas, que allí hace mucho frío.

—¿A nosotras también nos vas a comprar ropa? Hijo, mira que la mía la voy a usar bien poco.

—Pues se la dejas en herencia a Manolita, que tiene la misma talla que tú y también le hace falta — dijo mi madre, sonrojándola con su comentario.

—Julia, mañana mismo voy a hablar con mi abogado para que prepare la documentación, cuanto antes la firmemos, antes nos quitaremos de problemas, ¿estás de acuerdo?

—Sé que mi niño, con vosotros dos, estará mejor que bien. No se criará solito, porque Héctor es de la misma edad, y será como un hermano para él.

Por primera vez, me puse en la piel de mi madre, que hizo prácticamente lo mismo que estaba haciendo Julia, renunciar a su niño por su bien, para que no tuviera ninguna carencia. Por eso, me acerqué a ella, y le di un abrazo y un beso en la sien, que ella supo interpretar a la perfección.

Compramos para ellas un par de botas de esas de pelitos y dos buenos chaquetones de plumas, además de varios leggins de esos abrigados con los jerséis a juego, uno para cada día. Al niño, le compré la misma maleta que a Héctor, así como los chándales y demás ropa, no quería que hubiera diferencia entre ellos, iban a vivir juntos y teníamos que tratarlos por igual.

Cuando Fabio estaba aparcando, me dio un toque, y me las llevé para el restaurante, Cloe venía indignada con el colegio de Enzo, donde no le habían pedido ni el nombre, con decir que venía a buscarlo, se lo plantaron en la puerta, con maleta y todo.

—Cloe, he decidido una cosa, y espero que me apoyes — dije, y le conté todo lo que habíamos hablado Julia y yo.

—Por supuesto, será como otro hijo más para mí.

Capítulo 35



Cloe

Cuando Rodrigo empezó a contarme todo lo que Julia había sufrido y lo que le atormentaba, no me lo pensé, lo mismo que criábamos a uno, criaríamos a dos.

—Sabía que me apoyarías — dijo Rodrigo, dándome un beso en los labios.

—Mueve lo que tengas que mover, pero este niño no vuelve a entrar en ese centro ni muerta. Aparte de la seguridad, que es nula, en el propio patio del colegio he sentido miedo, de que me pudieran atracar, y eso que yo no suelo llevar nada de ninguna firma que sea escandalosamente cara.

—He llamado al centro de Héctor, en cuanto que volvamos del viaje, empezará allí, por suerte, mañana es viernes.

—Y yo no iré a trabajar, me quedaré en casa con los dos, y que hagan juntos los deberes que me ha dado la profesora.

—Yo tampoco iré a la oficina, voy a hablar con Roberto para que tenga la documentación lista mañana mismo, y empezaré a empaquetar todo lo que quiero llevarme.

—¿Vas a poner el piso en alquiler, al final?

—No va a hacer falta, Alonso estaba buscando algo así y se quedará con él, he pensado que ese dinero lo ingresaré en una cuenta a nombre de los dos niños.

—Mejor a nombre de Enzo solo, Héctor, por suerte, tiene el dinero que le dejó su padre.

—Cada día me enamoro más de ti, pero no va a ser posible. He dicho que los trataré a los dos por igual, y eso es lo que voy a hacer.

Cloe, después de decir eso, cogió mi cara y me dio un beso, que hizo que los niños empezaran a silbar.

—Héctor, tienes mucha suerte de tener a tu papá y a tu mamá, yo no tengo a nadie —dijo Enzo, con una mirada triste, y aproveché para decirle lo que Rodrigo me había contado.

—Tenemos una propuesta para ti, y espero que nos digas que sí.

—¿Para mí? —preguntó el niño, extrañado, porque además tampoco sabía nada del viaje.

—En realidad son varias, vamos por la primera. ¿Te gustaría que la abuela y tú pudierais venir a Disney con nosotros? —pregunté, porque sabía que era lo que más ilusión le podía hacer.

—¡Sí, sí! Di que sí, por favor, amigo —dijo mi hijo.

—Claro que me gustaría, pero la abuela no tiene dinero para eso, se tendría que quedar todo el mes sin comer —dijo con tristeza.

—No, porque se lo regalaremos nosotros, como a todos los que estamos aquí ahora mismo —le dijo Rodrigo, que entendió la madurez de ese niño. Su cara mutó de la sorpresa a la alegría, y no pudo evitar abrazar a mi hijo, que estaba a su lado.

—La segunda propuesta es que, como tu colegio es muy feo y se cae a pedazos, cuando volvamos del viaje, empezarás en el mismo cole de Héctor.

—Pero si me ha dicho que su cole es una pasada de grande y de bonito… Claro que quiero, ni me lo pienso.

—Y la tercera, pero no menos importante… Verás, la abuela ya está mayor, y cada día le cuesta más, entonces hemos pensado que te vengas a vivir con nosotros tres, a nuestra casa.

—Pero ¿la abuela podrá venir a verme? —preguntó, y era normal, era su única familia.

—Por supuesto, cada vez que ella quiera.

—Entonces acepto. Pero tengo una duda, si Héctor te llama mamá, ¿yo, como tengo que llamarte?

—Como mejor te parezca, si me quieres decir igual que él, estaré más que encantada, si por el contrario estarás más cómodo llamándome Cloe, pues también estará bien.

—Me encantaría que fueras mi madre, y como yo no tengo, creo que te llamaré mamá a partir de ahora.

—Muy bien, y a Rodrigo lo llamaremos papá, los dos, porque como yo tampoco tengo, que el mío está en el cielo —dijo el sabihondo de mi hijo, provocándonos una carcajada a todos.

Pedimos la comida, que nos la sirvieron enseguida. Ver disfrutar a ese niño mientras comía, era la sensación más bonita que podía tener. Todo lo probaba porque, según él, en el colegio solo le daban sopa y puré, y cuando estaba en casa de su abuela, se comía pasta y, una vez a la semana, carne o pescado, y es que la pobre no podía estirar más su pensión.

—Ese niño es un encanto, y si no lo adoptas tú, lo hago yo —me dijo Nuria, que se había pasado toda la comida aguantando el llanto.

—Será mi segundo hijo, y con este ya no tendré que cambiar pañales —dije, entre risas.

—Peor es lo de tu churri, que se ha encontrado con dos, de la misma edad, y encima no ha participado en la concepción de ninguno.

Ambas soltamos una carcajada que resonó por todo el hall del centro comercial, y que contagiamos a los demás. Antes de marcharnos, pasamos por una pastelería, donde compramos dulces para todos.

—Julia, yo me quedo con Enzo el fin de semana, que mañana no vaya al colegio, que hagan los dos los deberes que me ha dado la profesora, así tú puedes preparar todo tranquila —le dije, y es que Rodrigo le había dicho que la recogería a las diez para firmar la cesión de la tutela.

—No tendré vida para agradeceros todo lo que estáis haciendo por él. Ahora sí que me puedo marchar tranquila, porque sé que, a vuestro lado, se hará un hombre de provecho.

Me dio un abrazo, ya que nos íbamos en los dos coches, los niños y yo nos fuimos con Fabio y Nuria, y Rodrigo llevaría a su madre y a Julia, para luego venir a casa.

—Ahora, una ducha y el pijama, mientras preparo la cena —les dije a los niños, entrando en casa.

—Mami, yo no tengo pijama ni tengo ropa, ¿papá me la traerá ahora? — dijo Enzo, un tanto triste.

—No cariño, esa ropa está vieja y la dejaremos allí, por si a otro niño le hace falta. Ahora, te pondrás uno de Héctor, y el sábado iremos a comprarte ropa nueva, como la de tu hermano — dije, con una sonrisa, pues tal y como había dicho Rodrigo, lo trataríamos a los dos por igual.

—Gracias, mamá —me dijo y me dio un beso que me llegó al alma.

—Mamá, ¿nos podemos bañar juntos? Hoy solo, en vez de ducha, ¿vale? — dijo Héctor, poniendo la cara del gato de Shrek.

—Está bien, ahora mismo os lleno la bañera, pero cuando diga que se ha acabado, no quiero tener que repetirlo, ¿de acuerdo? —les dije y ambos

asintieron sonriendo.

El dormitorio de mi hijo tenía dos camas, por lo que podrían dormir juntos, al menos de momento, ya cuando tuviéramos todo arreglado, iríamos a comprarle su propio dormitorio, para que lo tuviera en el momento en el que quisiera dormir solito.

Les llené la bañera, y se metieron en ella, con varios juguetes. Veía a Enzo feliz, y eso me reconfortaba, porque el día que su abuela se marchara, ya estaría acostumbrado a nosotros y a su nueva vida.

Desde la cocina podía escuchar las risas de los dos, y en más de una ocasión me salió la sonrisa sola. Rodrigo entraba en ese momento, y al escucharlos, puso la misma sonrisa que yo.

—Parece que se llevan bien — dijo, dándome un beso en los labios.

—Sí, pero va siendo hora de que salgan, o se enfriarán, que ya el agua tiene que estar como el mármol.

—Yo me encargo, mientras tú terminas la cena.

Subió las escaleras en busca de esos dos granujillas y cuando bajaron, ya venían los tres duchados y en pijama.

—Anda, mira que bien, toda la familia limpia y yo todavía con la ropa de calle —les dije, fingiendo que estaba enfadada.

—Venga, mami, mientras que nosotros ponemos la mesa, sube tú a ducharte y a ponerte el pijama. Cuando bajes, estará la comida en la mesa — dijo Rodrigo, diciéndole a los niños lo que tenían que hacer.

Subí a ducharme y a ponerme el pijama y, efectivamente, en cuanto bajé, estaba todo en la mesa. Ver la cara de Enzo cuando vio la cena, me provocó un nudo en el estómago, se notaba que no estaba acostumbrado a que le dieran estas cosas de comer.

—¿No te gusta, mi amor? —le pregunté, porque si era así, le pondría otra cosa, al menos hasta que se fuera acostumbrando.

—No lo sé, no lo he comido nunca.

—Está buenísimo, hermano, pruébalo — contestó mi hijo, al que le salió esa palabra del corazón, y se notó.

Sobre la mesa había una bandeja de solomillo en salsa y otra de patatas fritas. La carne la había cocinado con verduras, que tampoco las había comido nunca, o al menos no con la asiduidad que debería.

Rodrigo le sacó en su plato un poco, para que lo probara, y se relamió, lo que nos provocó una carcajada a mi chico y a mí.

—¿Puedo repetir? —preguntó, porque le había sacado muy poquito.

—Claro, cariño, eso solo era para que comprobaras si te gustaba. Ahora mismo te sirvo y añado patatas fritas —le dije, tomando su plato de nuevo y llenándolo tal y como había hecho con Héctor.

Terminamos de cenar, y Rodrigo hizo un bol de palomitas, con el que nos sentamos en el sofá del salón para ver una película infantil que había nueva en una plataforma.

Enzo alucinó cuando pusimos todo oscurito, y repartimos las palomitas en dos cuencos, uno para ellos y otro para nosotros, y pusimos la película, decía que él nunca había visto nada igual.

Me daba la impresión de que íbamos a vivir muchas primeras veces con este niño, que no estaba acostumbrado a vivir tal y como vivíamos nosotros, y era tan agradecido, que me ponía los vellos de punta con su mirada la mayoría de las veces.

Se quedaron ambos dormidos a media película, por lo que Rodrigo cogió a Héctor y yo lo hice con Enzo, y lo llevamos a la cama, donde les dejamos un beso de buenas noches, y nos volvimos al salón, donde nos servimos una copa.

—Para Julia ha sido un alivio que nosotros nos hagamos cargo de Enzo, no sabes la preocupación que tenía esa mujer por como terminaría su nieto cuando ella faltara —me contaba Rodrigo, mientras nos tomábamos la copa.

—No permitiría nunca que, teniendo los medios, ese niño terminara en un centro de menores.

—Fabio me dijo que, si era demasiada responsabilidad para nosotros, que ellos se hacían cargo.

—Nuria también me lo dijo, se ha quedado enamorado de este niño.

—Pero, teniendo nosotros otro igual, sería muy cruel que se criara solito, cuando, además, se llevan tan bien.

—El sábado le he dicho que iremos a comprarle ropa, porque de momento tendrá que utilizar la de Héctor, por suerte ambos tienen la misma talla.

—Me parece perfecto, os acompañaré encantado. Así vamos también a comprarle el uniforme y los libros del colegio, para que los tenga cuando volvamos de Disney.

Nos sentíamos completos con la llegada de Enzo, sabíamos que, con el paso de los días sería complicado, sobre todo cuando su abuela faltara, por eso intentaríamos que disfrutaran el uno del otro el tiempo que les quedaba juntos.

Esa noche no hubo sexo, hubo cariño, amor y comprensión, ambos estuvimos pendientes por si el niño lloraba o se sentía mal, por eso permanecimos abrazados durante toda la noche, con el *walkie* de cuando Héctor era bebé encendido, así escucharíamos cualquier ruido de esa habitación.

Cuando Rodrigo se marchó, yo aún dormía, al igual que los niños, por lo que salió en silencio y nos dejó dormir, fueron ellos, Héctor y Enzo, los que vinieron a despertarme, llenándome de besos y caricias.

—Mami, yo sé que a la abuela le pasa algo, que está malita, se lo escuché decir cuando hablaba con Marcela. Vosotros no vais a dejar que me lleven cuando ella se vaya al cielo, ¿verdad? — dijo Enzo, al que abracé y consolé en ese momento.

Capítulo 36



Rodrigo

Cuando me marché, Cloe y los niños seguían durmiendo, como ese día no irían a la escuela, me despedí de ellos dándole un beso a cada uno y me monté en el coche. A la vuelta, Alonso cogería mi coche y yo este, que era más grande, y entre los dos podríamos traer casi todas mis cosas, por no decir todas.

Pero lo primero era lo primero, así que recogí a Julia, ya Roberto nos estaba esperando con el notario, para hacer el registro en el juzgado de la cesión de la custodia por motivos de salud, de ese modo, si su madre aparecía, cosa bastante dudosa, la verdad, no podría reclamar al niño.

—Buenos días, Julia, ¿qué tal te encuentras hoy? —le pregunté, dejándole un beso en la mejilla, al igual que a mi madre, que no se separaba de ella.

—Buenos días, cielo. Tranquila, ya me da igual lo que me pase, porque ahora sé que mi nieto estará cuidado y será feliz.

—No digas esas cosas, mujer, que todavía te queda un viaje por disfrutar con él, además de muchas barbacoas en mi casa los fines de semana.

—Rodrigo, he pensado que, como vosotros estáis trabajando, nosotras recogeremos a los niños en el colegio y nos lo llevaremos para tu casa. Así también Julia podrá pasar tiempo con Enzo.

—Está bien, pero no todos los días. O sea, que podéis ir a nuestra casa cuando queráis, pero que Cloe los recogerá, si queréis, la esperáis en la puerta del colegio y así os vais con ella, a la vuelta, yo os traigo a casa.

Entramos en el despacho de Roberto, que ya tenía todo listo, tanto para lo que habíamos venido a hacer, como para su traslado a mi empresa. Ya habían presentado la renuncia los tres, con el tiempo que la ley dictamina, y estaban deseosos de que ese se cumpliera ya.

Salimos de allí y las dejé montada en un taxi, porque tenía que ir a mi casa a recoger todo, quería dejarlo esa misma tarde, así que no podía perder el tiempo, que para eso no había ido hoy a la oficina a trabajar.

—Menos mal, macho, pensé que me iba a quedar aquí como una estatua de hielo, con el frío que hace —me dijo Alonso, que estaba en el portal esperando.

—No has subido porque no te ha salido de los huevos, porque tienes las llaves desde el otro día.

—¿Y si subo y te encuentro con una churri? ¿Me doy la vuelta o me uno a vosotros?

—Con la única churri que me vas a encontrar a partir de ahora es con Cloe, y con dos niños, me parece que no nos va a dar tiempo de venir hasta aquí —contesté, guiñándole un ojo.

Tal y como subimos, ya tenía allí un montón de cajas que él había subido, el cabronazo me había hecho creer que llevaba un buen rato esperándome cuando era mentira, cuando me lo encontré había bajado a por más cajas, por eso le di una colleja.

Metimos mis trajes en una de esas bolsas destinadas para ello, y el resto de la ropa, en varias cajas grandes, los zapatos y los complementos los metimos en otra, y ya solo faltaban mis enseres personales. En el joyero estaban todos mis gemelos y mis relojes, con lo cual no tuvimos que mover nada, sino meterlo tal cual. Recogimos todos mis artículos de aseo, así como mi perfume, que fueron a otra caja más pequeña. Para terminar, lo hicimos por el

despacho, donde cogí mi portátil, junto al disco duro y la batería externa, así como mis archivadores. Por suerte, en la casa, mi hermano también tenía un despacho, así que lo adaptaríamos para mí, ya estaba hablado con Cloe.

De decoración y demás, no recogí nada. Tampoco tenía grandes cosas que llevarme, porque mis cuatro libros preferidos ya estaban guardados, y la música la escuchaba desde el portátil, así que nada de vinilos o *cds* que cojan polvo.

—Pues ya eres inquilino de este ático de pleno derecho. Si encuentras algo de mi propiedad que creas que debo tener, no dudes en llevármelo a la oficina — dije con mucha solemnidad, como si hablara completamente en serio.

—Claro, hombre, porque ahora, en vez de ser el subdirector de una empresa de inversiones, he pasado a ser repartidor de paquetería. Si hay algo que quieras o que yo vea que debes tener, te lo digo y lo recoges tú con los huevos. Ahora, largo de mi casa —me contestó como si estuviera enfadado.

—De eso nada, chaval, te toca conducir mi coche, que yo llevo el de mi hermano, que es más grande.

—Pero si sois dos conduciendo, ¿para qué coño quieres tres coches? Eso son ganas de alardear —Seguía picándome.

—Porque Cloe lleva el suyo, yo el mío, y el grande lo dejamos para cuando salgamos todos juntos, que es mejor y más seguro para los niños.

Entre risas, bajamos al aparcamiento, donde por sorpresa, me encontré con Ángela, que al parecer se había mudado allí. Alonso se quedó prendado de ella, pero le advertí del tipo de mujer que era, no quería que engañara también a mi amigo como había hecho con todos los demás.

Cuando llegamos a casa, a pesar de que me ofrecí a llevar a Alonso de vuelta a casa, no quiso, tomó un taxi, pero antes entró a saludar a Cloe, a la que solo había visto en un par de ocasiones. Ella estaba sentada en el suelo, de lo más natural del mundo, haciendo con los niños los deberes, y cuando nos vio, se levantó y vino a prepararnos algo de picar.

—Seguid con esto, chicos, enseguida vuelvo —les dijo a los niños, que permanecían a lo suyo.

—Hola amor, ¿qué tal la mañana con estos petardos? — pregunté, dándole un beso en los labios.

—El nivel académico de Enzo está muy por debajo del de Héctor, pero es inteligente y se pondrá al día rápido. Le he explicado varias cosas que no sabía y las ha cogido al vuelo, aparte de que cuenta con la inestimable ayuda de su hermano, que no lo deja ni a sol ni a sombra.

—Eso es bueno, además, si necesita clases de refuerzo, no dudaremos en brindárselas. Alonso, ¿te quedas a comer?

—He cocinado un exquisito pescado al horno con patatas y verduras. ¿No lo oléis? —dijo Cloe, mirando a mi amigo, que arrugaba la nariz indicando que le había llegado el olor.

—Pues no te voy a decir que no, porque de comida precocinada estoy ya un poco harto, y en el restaurante, tampoco es que coma muy a menudo, la verdad.

—Niños, vamos a poner la mesa, que ya es hora. Un cubierto más, que tenemos un invitado —les dijo a los niños, que recogieron todo y vinieron hasta donde estábamos nosotros.

—¿Nadie me va a dar un beso? A lo mejor, es preferible que me vaya, porque valiente recibimiento el que me han hecho estos dos petardos.

Los dos niños, se miraron entre ellos, y salieron corriendo a mis brazos, donde los alcé y me los comí a besos. Era fascinante ver como, con una sola mirada, eran capaces de entenderse.

Al final, decidimos ir de compras esa misma tarde, porque se veía a Enzo un poco incomodo teniendo que coger la ropa de Héctor, así que, allí nos fuimos. Entramos en la franquicia en la que le comprábamos al niño toda la ropa, esa que era para todos los días, como chándal, pijamas y demás, para

luego ir a otra de firma, donde adquirimos la ropa de salir. No era demasiado cara, pero además la ropa era de muy buena calidad.

—¿Qué os parece si cenamos en el local de comida rápida? —preguntó Cloe, que al ver la hora que era y lo cansados que iban, estaba segura de que se quedarían dormidos por el camino.

—¿Otra vez? Con mi abuela solo lo hacíamos los meses que había paga extra —dijo Enzo, un tanto avergonzado.

—Mi amor, a partir de ahora, y como estarás comprobando, cambiarán muchas cosas, no tienes por qué avergonzarte de como lo hacías con la abuela. Eso no significa que, porque no tengamos problemas económicos, os vamos a consentir, que tampoco es eso —le contestó mi chica, con cariño, pero con firmeza.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en todo lo que me estáis dando, que no solo de comprarme cosas, sino de que me queréis como a Héctor, bueno a mí un poquito menos, pero no me importa.

—No cariño, os queremos y os trataremos a los dos iguales. Ninguno va a ser más que el otro, eso también quiero que lo tengáis claro —le aclaró, y el niño se tiró a sus brazos.

No íbamos a potenciar la competitividad entre ellos, todo lo contrario, queríamos que se sintieran hermanos, aunque no fueran de sangre, que encontraran apoyo el uno en el otro. Por suerte, ambos tenían el mismo carácter tranquilo, y se complementaban muy bien, en ese aspecto no íbamos a tener problemas.

Llamé a mi madre para que al día siguiente se vinieran a casa con las maletas, pasaríamos allí todo el fin de semana juntos, y así el lunes a primera hora, saldríamos para el aeropuerto, y confirmó, encantada, que ahora mismo iban a por el equipaje de Julia, que a las diez estarían en casa, y que traerían churros.

También se lo dijimos a los chicos, pero ellos tenían cosas que hacer, así que dijeron que vendrían a comer el domingo, y ya se quedarían. Por

desgracia, a Pelayo y a Adolfo no les habían dado los días libres, así que no podrían hacer ese viaje con nosotros, pero quedamos en hacer otro en verano, a un sitio con playa, para que Enzo la conociera, puesto que nunca había pisado la arena ni se había sumergido en el mar.

Los niños se habían duchado antes de salir, así que, cuando llegaron a casa, tan solo se tuvieron que poner el pijama, y cayeron rendidos en cuanto se metieron en la cama.

Al entrar en nuestra habitación, acorralé a mi chica contra la puerta, y la besé con hambre, con deseo, quería tenerla a mi merced durante esa noche, y lo iba a hacer.

Introduje mis manos por debajo de su jersey, hasta llegar a sus pechos, y los amasé a placer, hasta que conseguí que de su garganta saliera un gemido ahogado. Se lo saqué por la cabeza, arrastrando también el sujetador, y me llevé uno de sus pezones a la boca.

Sus manos tampoco estaban quietas, y apretaban mi culo, acercándome más a ella, donde notó mi miembro completamente endurecido, y se mordió el labio. Me agaché, y me deshice también del pantalón y de su braguita, dejándola totalmente desnuda, mientras yo solo me había quitado el jersey.

—No puedo aguantar más — dije, completamente excitado, y comprobando que estaba lista para recibirme.

—Pues no aguantes, te quiero dentro, ya — contestó, velada por el deseo.

Me bajé el pantalón, la cogí en brazos, rodeando mi cintura con sus piernas, y la penetré de una sola embestida, la empotré contra la puerta, mientras ella se sujetaba a mis hombros. Mi boca quería estar en todo su cuerpo, por eso mi lengua pasaba de su cuello a su pecho, y de ahí a sus labios, el sabor de su piel era adictivo para mí.

En esa postura alcanzamos el clímax, a la vez, y tuvimos que acallar nuestros gritos con la boca del otro, sumergiéndonos en un beso que, además de pasional, fue dulce, hambriento, como si hiciera mil años que no nos encontráramos.

—Vamos a la ducha, juntos —le dije, y me contestó con una sonrisa.

De nuevo, en ese espacio tan reducido, nos volvimos a encontrar, pero esta vez con sexo oral, es que no había tenido el placer de experimentar hasta el final con ella, y que me resultó glorioso.

Capítulo 37



Rodrigo

El fin de semana resultó espectacular, nunca había visto a mi madre ni a Julia tan felices. Jugaron con los niños a todo lo que le pedían, y junto con Fabio y conmigo, hasta al fútbol.

Las risas inundaron cada rincón de ese jardín, de esa casa, y así quería que Enzo recordara a su abuela, disfrutando de ella. El destino nos había puesto muchos momentos duros y complicados por delante, pero también otros muy bonitos, como la aparición de ese niño.

El caso es que, había algo en él que me resultaba familiar, pero no sabía que era, y se lo dije en multitud de ocasiones a Cloe, hasta que recordé algo, de una noche hacía ya mucho tiempo.

—Si te digo que creo que Enzo es mi hijo, ¿me creerías? —le dije a Cloe esa noche al acostarnos.

—¿Por qué no tendría que creerte? Yo no sé con quién te has acostado antes de que nos conociéramos.

—Recuerdo que fue una noche, en una de las fiestas del barrio. Había ido a ver a mi madre, y estaba muy agobiado porque una inversión no me había salido bien, y perdí mucho dinero. Bajé a emborracharme, porque lo necesitaba, y la conocí. No sabía que era adicta, porque su aspecto nada

dejaba entrever, y nos acostamos. Fue el polvo de una noche, y creo que mi madre lo intuye.

—Habla con ellas, con las dos, porque Julia también tiene que saber algo. No creo que ella le dejara su nieto a cualquiera.

Nos quedamos dormidos, entre los brazos del otro, y yo con el pensamiento de aclarar todo cuanto antes.

—Vamos chicos, que nos tenemos que ir o perderemos el avión —grité en el pasillo de abajo, porque habían subido a coger algo que habían olvidado.

Pedimos varios taxis para que cupiéramos todos, y nos encaminamos hacia el aeropuerto. Si los niños iban nerviosos, no os podéis imaginar como iban las abuelas.

—Los niños dormirán con nosotros, así vosotros podréis disfrutar de la noche mágica de Disney —dijo mi madre, nada más bajar del avión para ir hasta el parque.

—A sus órdenes, jefa —le contestó Fabio, que se ganó una colleja de mi madre.

—¡Eso, eso, nosotros dormimos con las abuelas! ¿Te imaginas que nos podamos llevar una hermanita de aquí? —comentó Héctor, y su madre y yo lo miramos con estupor.

—Creo que ya somos bastante, o al final terminaremos pareciéndonos a la serie de Los Serrano, la casa llena de gente siempre —dijo Cloe, con una sonrisa.

Los niños alucinaron cuando vieron que estaríamos en uno de los hoteles del parque, y empezaron a dar saltos de alegría, y a abrazarnos a los dos. Julia estaba emocionada, y encontré ese el momento ideal para que me dijera la verdad.

—Julia, ¿podemos hablar un momento? Aprovechemos mientras que Cloe y Fabio confirman la entrada.

—Claro hijo, aunque supongo lo que tendrás que decirme. ¿Ya te has dado cuenta?

—Me lo confirmas, entonces. Enzo es mi hijo, ¿no es verdad?

—Sí, Rodrigo, o por lo menos eso es lo que me dijo mi hija. Si no te lo he dicho antes es porque ella planeaba sacarte los cuartos, para financiar sus vicios, y eso no lo iba a consentir.

—Pero no es justo para mí, ni para Enzo, que ha crecido sin todo lo que le podía ofrecer su padre, empezando por el cariño.

—No sabes las broncas que me ha costado con tu madre. Además, tengo que confesarte otra cosa, no estoy enferma, tu madre lo ideó todo para que te acercaras al niño.

—Mi madre es una bruja, y tú otra, que lo sepas, pero no sabes la inmensa alegría que me has dado diciéndome esto. En cuanto volvamos, pediré una prueba de paternidad, no porque dude de que sea su padre, sino porque así lo tendré más fácil para reconocerlo en el juzgado.

—Gracias, Rodrigo, no sabéis lo felices que me habéis hecho.

Volvimos a donde estaban los demás, y cuando subimos a dejar las cosas en las habitaciones, antes de bajar al parque, le conté a Cloe todo lo que me había dicho Julia, y tengo que decir que se alegró muchísimo por Julia.

—Tu madre debería escribir novelas de misterio, que le gusta una intriga a mi querida suegra — dijo, riendo.

—Ni que lo digas. A la mierda Agatha Christie con ella.

Fuimos a buscar a los demás, entre risas y abrazos, y dos pequeñas fierecillas nos saltaron encima cuando nos vieron. Cuando llegamos al parque, no solo alucinaron los niños, que Cloe también estaba con la boca abierta, y que decir de mi madre y Julia.

Lo primero que hicimos fue ir a buscar el famoso ratón, como no podía ser de otra forma, pero no podíamos ir de cualquier manera, por lo que, antes de darle el encuentro, entramos en una tienda, de donde salimos todos con las típicas diademas de orejas, ellas con el lazo de lunares, y nosotros con las otras.

—Este momento hay que inmortalizarlo, poneros todos allí —nos dijo Nuria, que llevaba un palo selfi de esos kilométricos con el que nos sacó la foto.

—Estamos ideales, pásamela por WhatsApp, que la voy a imprimir para ponerla en el salón —dijo mi madre, riendo.

—Capaz eres de hacerlo — contesté yo.

—Por supuesto, es la primera foto que tengo de mi familia al completo, mi hijo, mi sobrino, mis nietos y la que no es de sangre, que también es muy importante.

Por fin encontramos a Mickey, delante de su caravana, y Héctor saltaba nervioso por conocer a su personaje favorito de toda la factoría. Le hice un gesto a Fabio, que sabía de mis intenciones, para que sacara el móvil y se pusiera a grabar.

—Cloe, sabes que no empezamos con muy buen pie, pero el destino ha querido que estuviéramos presente el uno en la vida del otro. Por eso, porque no me imagino una vida sin ti y sin los niños, ¿quieres casarte conmigo? — Le pregunté arrodillándome y sacando la cajita que me había entregado mi prima en el centro comercial, y que contenía un anillo de compromiso cuyo diseño se basaba en la Bella y la Bestia.

—Dios mío, ¿qué haces? —me preguntó, con las lágrimas saltadas.

—Pedirte matrimonio, cenutria. Contéstale al muchacho — dijo Nuria, y todos los que estaban alrededor empezaron a jalearla.

—Por supuesto que sí, claro que me casaré contigo, lo haría en esta y en mil vidas más que tuviéramos.

Le puse el anillo y la besé, con todo el amor que albergaba mi corazón. Mientras que nuestros hijos saltaban alrededor nuestro, y se abrazaban a nuestras piernas.

Esa noche os podéis imaginar como la pasamos. Para empezar, la llevé a cenar a la Torre Eiffel, los dos solos, ya que los niños tenían quien los cuidara. En principio mi idea era pedírselo ahí, en la intimidad, pero lo que dijo mi madre al ver la foto, me hizo ver que no había momento más perfecto que ese, rodeados de todos los nuestros. El video se lo enviamos en el grupo a los demás, que se volvieron locos de contentos.

Una vez en la habitación, nos entregamos en cuerpo y alma y, en ese momento, la idea de tener un hijo juntos no me desagradó, y se lo hice saber, por lo que dejó de tomar la píldora en ese mismo momento, ya vendría cuando quisiera o cuando estuviera destinado a llegar.

Al día siguiente, volvimos a disfrutar de toda la magia que el parque nos ofrecía, y también compramos de todo, tanto para los niños, como para los adultos, sobre todo para aquellos que no habían podido venir con nosotros.

—Chicos, ¿os apetece que nos llevemos la decoración de Navidad de estas tiendas? Sé que todavía queda mucho para esa fiesta, pero así la tendremos comprada —les dijo Cloe a los niños.

—Sí, sí, de Mickey, mamá. Las bolas de árbol, y los platos, y todo lo que encontremos —dijo Héctor.

—A mí me gusta mucho también El rey León —dijo Enzo a media voz, como si él no tuviera derecho a pedir nada, por eso hice lo que hice.

—Enzo, tengo que decirte una cosa. Yo soy tu papá, el verdadero, así que no me pidas las cosas con esa pena, por favor. Te debo mi vida entera para compensarte las carencias que has tenido durante estos años.

—¿Me lo dices en serio? — preguntó llorando, abrazándome como si me hubiera extrañado durante toda la vida.

Las lágrimas no solo salieron de sus ojos, sino de todos los que estábamos alrededor, hasta que Héctor le puso el tono de humor que todos los presentes necesitábamos.

—Enzo, fíjate, yo tengo una madre, pero mi padre está en el cielo, y tú tienes un padre, y tu madre no sabemos donde está. Somos como un puzle, y ahora, por fin, estamos completos.

Nos sacó una carcajada a todos. Mi primo, al que todavía no me había dado tiempo de contarle nada, me miraba alucinando, luego le contaría los pormenores.

—Pues yo también tengo algo que contar —dijo Nuria, y todos volteamos la cara hacia ella, totalmente sorprendidos, porque no sabíamos si era una broma de ella o hablaba en serio.

—A ver por donde va a salir mi prima ahora —habló Cloe, con una sonrisa que delataba que algo sabía o, al menos, intuía.

—Estoy embarazada, en octubre tendremos otro miembro en la familia —Soltó la bomba y tuvimos que coger a Fabio, que no sabía nada y casi se desmaya de la impresión.

—¡Vamos a tener un primito! —gritaban los niños, los que a todo le hacían una fiesta.

—Voy a ser padre —murmuraba Fabio, hasta que fue consciente de lo que estaba diciendo, y se levantó como un resorte —¡Voy a ser padre!

—Idiota, me has dado un susto de muerte. Por un momento he pensado que no te había sentado bien la noticia —le dijo Nuria, con lágrimas en los ojos.

—¿Estás tonta? ¿Cómo no me iba a sentar bien, si tú eres la madre? —le contestó, limpiándole las lágrimas con el pulgar, mientras le dejaba un reguero de besos.

El resto del día, lo pasamos buscando la decoración de Navidad más bonita que pudiéramos encontrar. En un momento, Cloe me indicó que me quedara

con los niños, que ella volvía enseguida. Cuando lo hizo, traía varios paquetes con ella, era todo ropita para el bebé de Nuria y Fabio, pijamas de todos los personajes del parque a excepción de las princesas, porque decía que si era un niño no iba a estar bonito con un bodi de Ariel, por ejemplo, así como chupetes y biberones, que le daríamos luego en la habitación, porque ellos se habían subido ya para descansar un rato.

También traía otro más pequeño, y cuando le pregunté que era, me contestó que ya lo vería. Sabía como convencerla para que me dijera su contenido, con cuatro besos en el cuello y alguna que otra palabra susurrada al oído, lo conseguiría, como así fue.

—Eres un pesado, ¿lo sabías? — dijo, con una sonrisa.

—Pero no olvides que soy tu pesado favorito — contesté, con mi sonrisa más seductora, esa que sabía que la ablandaba.

—Son los anillos de la boda, están grabados con nuestros nombres, solo falta poner la fecha.

—¿Cuándo quieres que sea?

—Me da igual, lo que no quiero es un bodorrio de la leche, me gustaría que solo estuviéramos los más allegados, como pasó en mi boda con Carlos.

—Tus deseos son órdenes para mí, pero no quiero esperar mucho. ¿Te parece que lo hagamos este verano, en la playa?

—Me encantaría, además quería pedirte algo. ¿Qué te parece que adoptemos a los dos niños? Me refiero a que tú seas oficialmente el padre de Héctor y yo la madre de Enzo, aunque para eso tendríamos que localizar a la hija de Julia.

—Deja todo en mis manos, que sé como encontrarla y que ceda.

Capítulo 38



Cloe

Habían pasado dos meses desde que hicimos aquél viaje todos juntos, y en ese momento acompañaba a Nuria al ginecólogo, le tocaba revisión y Fabio estaba en una reunión importante, junto a Rodrigo y Roberto, que ya era el abogado oficial de la empresa, junto a Dafne, y Dulce era su secretaria.

—Me he levantado un tanto revuelta hoy, tiene que ser que anoche me sentó mal la cena —le dije a Nuria, mientras esperábamos su turno en la sala de espera.

—Pues yo creo que estás embarazada, fíjate lo que te digo. Te veo igual que cuando lo estabas de Héctor.

—¿Qué dices, loca? Si yo tuve la regla el mes pasado, y este todavía no me toca.

—Igualito, estás dando el mismo argumento que cuando el niño. A mí no me vale que me digas eso. ¿Por qué no aprovechas y que Adela te eche un vistazo? — dijo, refiriéndose a la doctora que le llevaba su embarazo.

—Lo haré, pero solo para que me dejes tranquila. Verás el chasco que te vas a llevar cuando me diga que lo que tengo es un virus intestinal de esos que hay — contesté con una sonrisa.

Adela la llamó, y pasamos a la consulta. Le hicieron una ecografía, en la que le preguntaron si querían saber el sexo del bebé, y ella no se lo pensó, le dijo que sí.

—Pues tenemos aquí a un machote — dijo Adela, con una sonrisa.

—Lo tenía asumido, los hombres de esta familia solo son capaces de hacer niños —dijo Nuria, que además se había salido con la suya, porque ella decía que los niños daban menos problemas, que eran más dóciles que las niñas.

—Deduzco, entonces, que estás contenta con el sexo del bebé.

—Contentísima, ya tiene hasta nombre, anoche mismo lo estuvimos hablando. Se llamará Carlos, como su tío —dijo mi prima y dos lágrimas se cayeron de mis ojos.

Ya no lo echaba de menos, no como antes de aparecer Rodrigo, pero sí que lo recordaba cada día, cuando me sentaba en su árbol a contarle mi día, porque eso no me lo iba a cambiar nadie. Mi chico me acompañaba en algunas ocasiones, en otras lo hacía sola, e incluso con los niños, todos me respetaban, y eso era primordial.

—Adela, quería pedirte un favor. ¿Le puedes echar un vistazo a mi prima? Yo juraría que está embarazada, pero ella dice que no. Con el niño le pasó lo mismo, así que nos gustaría salir de dudas, hemos hecho algo así como una apuesta —le dijo Nuria a la ginecóloga.

—Tengo tiempo de sobra, detrás de ti ya no tenía ninguna cita más. Así que, muchachita, barriga al aire y sube a la camilla. Haremos una ecografía, si no vemos nada, mandaré que te hagan una prueba de embarazo.

—Eres cansina hasta decir basta, Nuria. Mira que hacerle perder el tiempo a la doctora con tonterías…

Me subí a la camilla y seguí las indicaciones que me había dicho. Cuando pasó el ecógrafo por mi vientre, vi una cara de sorpresa en ella que me asustó.

—¿Qué tengo? ¿A qué viene esa cara? Adela que me estás asustando —le dije, esperando que hablara.

—No va a hacer falta esa prueba, se ve clarísimo. Estás embarazada, y traes gemelos o gemelas, que esto todavía no te lo puedo decir. Por su tamaño, estás de unas nueve semanas, aproximadamente.

Me quedé sin habla. ¿Dos niños más? Al final me tiraba por un puente.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. ¿Hay casos de embarazos múltiples en la familia?

—El padre de mi hijo es mellizo con su hermano.

—Pues, te tocó, chica. Lo mismo y a la pareja del otro no le toca.

Nuria y yo nos miramos, y nos reímos con una carcajada. Tan solo de pensar que los otros embarazos, tanto el de Héctor, como el de Enzo, hubieran sido múltiples, me ponían los vellos de punta.

Salimos de allí y nos sentamos en una cafetería. Los niños estaban con las abuelas, por lo que no teníamos que preocuparnos de recogerlos, además, estábamos en las vacaciones de Semana Santa.

—Cuando Rodrigo se entere, el desvanecimiento que sufrió Fabio va a parecer una broma al lado de lo que le va a pasar a él, te lo aseguro —le dije a Nuria.

—¿No decías que era él quien quería tener otro hijo en común? Pues como tenéis dos, otros dos, y así no vais cojos — contestó, casi llorando de la risa.

—No me seas capulla. Ojalá y el siguiente embarazo que tengas, sean trillizos.

—Eres una cabrona, que lo sepas. Pero no me importaría, en dos partos, familia numerosa.

Nos dirigimos hasta la empresa de mi chico, entre otras cosas para darles la noticia. Antes, había llamado a Marcela, para preguntarle si se podían quedar con los niños hasta después de comer, si revelarles nada, por supuesto, y nos dijo que sí, que estaban junto a la chimenea jugando al parchís, y que enseguida preparaba algo de comer.

Antes de llegar, entré en una tienda de bebés, y compré dos chupetes en color blanco, porque no sabía si eran niños o niñas, y me los pusieron en una cajita monísima, que le daría a Rodrigo.

—Buenos días, venimos a ver a Rodrigo Álvarez y a Fabio Castillo — dije a la chica de la recepción, que me miró con muy mala cara.

—Si no tienen cita, lo lamento, pero no puedo dejarlas pasar — contestó, casi sin mirarme a la cara.

—No te preocupes, que eso lo arreglo yo enseguida — contesté, sacando mi móvil.

Nuria la miraba entre asombrada y cabreada, esta no sabía con quién había venido a dar. Por supuesto, le diría a Rodrigo la actitud que su empleada había tenido con nosotros.

—Amor, estamos en la recepción de la empresa, pero la chica tan amable que tienes como empleada, no nos deja pasar sin cita. ¿Me das una para que pueda ver a mi prometido? — dije, irónicamente, y Rodrigo soltó una carcajada.

—Pásame con ella — dijo, y le pasé el móvil a esa mujer tan antipática, donde escuché decirle que nosotros no necesitábamos cita, y que ni se le ocurriera pararnos nunca más.

Cuando colgó, le quité el móvil de las manos, y con una altivez que no era propia en mí, porque normalmente actuaba de manera contraria, tomamos el ascensor para llegar hasta su despacho.

—Te juro que, si no llego a estar embarazada, la hubiera cogido por los pelos cuando nos ha tratado así —dijo Nuria, a la que las hormonas la traían

completamente desquiciada.

—No merece la pena, le hemos dado un guantazo sin mano.

—¿A qué se debe el honor de tan hermosa visita? —dijo Rodrigo, cuando nos vio salir del ascensor.

—Será mejor que te sientes, no vaya a ser que te caigas de espaldas —le contestó Nuria, mientras pasaba para llegar al despacho de su pareja.

Rodrigo me miró con una ceja alzada, sin saber a qué se estaba refiriendo mi prima, mientras me ponía la mano en la espalda para llevarme hasta su despacho.

—¿Vas a hablar ya o tengo que adivinar lo que tienes que contarme? — preguntó Rodrigo, con una sonrisa.

—¿Recuerdas aquella frase que dijo Héctor de "y si de aquí nos llevamos un hermanito" en Disney? — dije, sin saber como seguir.

—¿En serio? ¿Es cierto eso que dijo? — preguntó, ilusionado.

—Sí y no.

—No te entiendo, o es sí o es no, no pueden ser las dos cosas.

—Y tanto que se puede, te lo digo yo que lo sé de buena mano. Es sí, porque estoy embarazada y es no, porque no nos hemos traído un hermanito o hermanita, sino que han sido dos. Son gemelos — dije, y se tuvo que sentar en la silla.

—¿Gemelos? —soltó una carcajada.

—Sí, guapo, y no sé de qué te ríes, porque a mí no me hace ni puta gracia. ¡Qué nos encajamos con cuatro niños! Y además igualados por edad dos y dos.

—¿Y no es maravilloso? Porque yo estoy encantado.

—Claro, si yo estuviera en tu lugar, también lo estaría. Como tú no vas a tener que llevarlos a los dos durante nueve meses en tu vientre…

—No, yo los llevaré en mi corazón, y te haré la vida lo más fácil que pueda en ese tiempo de gestación, te lo prometo.

Salimos de allí y, en vez de irnos a comer fuera, como teníamos pensado, nos fuimos todos a casa, y avisamos a mi suegra de que no hiciera nada de comer, que ya lo llevábamos nosotros.

—Con los nervios, ni me he acordado de que tenía un par de chupetes que había comprado para decírtelo —le dije, con la bolsita en la mano.

—No te preocupes, que lo utilizaremos para darle la sorpresa a los niños, se lo pondremos junto al postre — contestó, y me hizo una ilusión tremenda.

Fabio le fue contando por el camino a su primo que le habían dicho que era un niño, ya Nuria estaba en la semana dieciocho, y se veía claramente. También le contó que se llamaría Carlos, en honor a mi difunto marido, y a Rodrigo, al igual que me pasó a mí cuando me lo dijo, se le saltaron las lágrimas.

Comimos entre risas, Marcela y Julia eran esas abuelas entregadas, que tampoco hacían distinciones entre los niños, y que se quedaron encantadas con la noticia de Nuria, mi suegra llegó a emocionarse. La madre biológica de Fabio, después de aquella visita, decidió que no quería seguir teniendo contacto, que ya había visto que estaba bien, y en el hombre en el que se había convertido, así que ya no necesitaba nada más. Por lo que esas dos mujeres, también ejercerían de abuelas para el pequeño Carlos, lo teníamos más que claro.

De lo nuestro no habíamos dicho nada todavía, así que, a la hora de sacar el postre, encima de la tarta que habíamos comprado, pusimos la cajita. Al principio, todos se quedaron extrañados, excepto Fabio y Nuria, que lo sabían.

—Mamá, ¿qué es esto? —preguntó un curioso Héctor.

—No lo sé, abridlo, los dos —les dije, y Enzo se inclinó para coger la caja.

Cuando vieron que había dos chupetes, se miraron entre ellos, con ganas de guasa y pensando que era una broma.

—Creo que ya somos un poquito grandes para llevar chupete, ¿no te parece? —dijo Enzo, dirigiéndose a su hermano.

—Si fuera uno, podría pensar que vamos a tener un hermano, pero siendo dos… tiene que ser una broma —contestó el sabihondo de mi hijo.

—¿Te acuerdas del deseo que pediste en Disney? —le pregunté a Héctor, que asintió con la cabeza.

—Yo también lo pedí, por si el de Héctor no se cumplía, como lo había dicho en alto —respondió Enzo.

—Pues, ¿sabéis qué? ¡Qué se os ha cumplido a los dos! Vais a tener dos hermanitos o hermanitas, que eso todavía no lo sabemos.

Los dos se abrazaron entre ellos, y acto seguido, vinieron hacia mí, dándome besos en la barriguita, esa que todavía no tenía ni una ligera curvita, pero que ellos ya veneraban.

—No me podíais haber hecho más feliz —dijo Marcela entre lágrimas.

—Yo no soy su sangre, pero siendo los hermanos de mi nieto, los querré igual que si lo fuera, del mismo modo que lo haré con Carlitos —esa vez fue Julia la que habló.

—Nos has cogido completamente de sorpresa, lo de que sean dos, digo, porque lo llevábamos buscando desde el viaje, y la verdad, pensaba que íbamos a tardar mucho más en conseguirlo —les habló Rodrigo, que también estaba muy emocionado.

Terminamos la jornada entre risas y planes de como lo haríamos para distribuir las habitaciones, porque, había de sobra, pero el despacho

tendríamos que bajarlo al sótano, no queríamos que, en medio de una videollamada importante, se colara el llanto de alguno de los bebés.

Epílogo



Diez años después…

Cloe

Nuestra vida había cambiado por completo, dando un giro de ciento ochenta grados en todo. Pero será mejor que empecemos a contarlo desde el principio…

El embarazo gemelar llegó a buen término, y un día veintiocho de noviembre, llegaron al mundo nuestras gemelas, sí, dos niñas, que llevaron por nombre Carla y Carlota, en honor a mi primer amor, ya que ese era el nombre que teníamos pensado si alguna vez teníamos más hijos. Rodrigo estuvo de acuerdo desde el primer momento.

Pero antes de que eso ocurriera, nos casamos. Fue una boda muy íntima, como ocurrió la primera vez, en una playa idílica del sur de España, donde alquilamos varios chalés para que cupiéramos toda la familia. Mi padrino fue Pelayo, y la madrina Dafne, que se volvió indispensable para mí ya marido, al igual que Roberto, desde que entraron a formar parte de la empresa.

Mi vestido era muy diferente al de la primera vez, entre otras cosas porque lucía una barriguita de cinco meses ya, y al ser múltiple, pues os podéis imaginar cuál era su volumen. La luna de miel la dejamos para cuando nacieran las niñas, y la hicimos en dos veces, una los dos solos, cuando las niñas tenían ya seis meses, y otra con los cuatro niños, que la hicimos unas semanas después que la primera.

A Rodrigo no le costó nada dar con la hija de Julia, la madre de Enzo, que no dudó en renunciar a él a cambio de una buena suma de dinero. Cuando mi marido se lo contó a la abuela de su hijo, la mujer lloraba como si no hubiera un mañana, porque no entendía como una madre podía hacer eso, pero supo que era lo mejor que podía haber ocurrido.

Una vez que nos casamos, empezamos el proceso de adopción, que no duró nada, y al final todos llevarían los mismos apellidos, Álvarez Suárez, y así se terminaron las burlas en el colegio. Esa Aitana había sacado la misma maldad que su madre, y se ponía a decirle a mis hijos que habían sido como una obra de caridad, hasta que me tocó las narices e hice lo que no quería. Llevé a Ángela a los tribunales y reclamé la prueba de ADN que determinara si los dos niños eran hermanos de padre, y donde tuvo que admitir, a tenor de los resultados, que había sido una mentira, que ni siquiera Carlos firmó ese acuerdo, que ella lo había puesto ahí el día que vino a comer a casa.

La relación entre mi marido y Alonso se resintió bastante por culpa de ella, lo embaucó de tal manera, que cayó en su trampa, y se convirtió en la marioneta de Ángela. Llegó a un punto tal, que el mismo se despidió de la empresa, y se marchó a trabajar a otra, todo por seguir el consejo de su amada. En cuanto que vio que el poder adquisitivo de su pareja empezó a bajar considerablemente, porque no eran los mismos gastos cuando estaba con mi marido que sin él, se buscó a otro, del que se quedó embarazada, y le dio la patada.

Si hubiera vuelto, mi marido le habría dado otra oportunidad, pero como no lo hizo, siguió en las mismas. Tras un tiempo, dejó también el ático, por lo que Rodrigo se lo alquiló a un médico que acababa de llegar a la ciudad.

Fabio y Nuria eran los felices padres de un niño, Carlos, y de una niña, Sofía, que acababa de cumplir cinco años, se casaron después de que naciera la niña. La madre biológica de Fabio seguía en sus trece, ni siquiera conocía a los niños, pero lo que él decía era verdad, que no se echaba de menos lo que nunca se había tenido.

Pelayo y Adolfo seguían siendo la misma pareja de siempre, vivían juntos desde hacía mucho tiempo, pero no querían casarse, como tampoco tener

hijos, decían que con los nuestros para un ratito o unos días tenían bastante, que ellos querían seguir disfrutando de la vida como hasta ahora.

Dafne y Roberto, terminaron su relación, pero seguían siendo buenos amigos, sobre todo porque tenían un hijo en común, Rodrigo, pero ninguno de los dos tenía pareja. El desgaste de la convivencia había hecho mella en ellos, pero nosotros estábamos seguros de que volverían a estar juntos, sobre todo por la manera en la que ambos seguían mirándose y hablando del otro.

Las que sí se habían casado, pero todavía no tenían hijos, eran Dulce y Camila. Esa relación que empezó de la manera más tortuosa, en especial para Dulce, a la que le costó salir del armario, estaba más que consolidada, y eran las niñeras preferidas por nosotros que, cuando queríamos huir un ratito de los niños, las llamábamos a ellas, que los entendían a la perfección y los querían con locura.

Mis hijos mayores, Enzo y Héctor, eran dos adolescentes que estaban a punto de cumplir dieciséis años. Estaban estudiando cuarto de secundaria, en el mismo colegio al que entraron durante la etapa de infantil, y en el que seguirían estudiando el bachillerato. A Enzo le costó un poco coger el ritmo del nuevo colegio, pero lo consiguió con nuestra ayuda y la de su hermano, y ahora, se picaban entre ellos a ver quién sacaba mejor nota de los dos.

Carla y Carlota, que casi tenían cinco años, eran las muñequitas de sus hermanos, al igual que de su padre. Físicamente, eran iguales, pero muy distintas de carácter. Carla era la tranquila, la que no se tomaba nada a pecho, yo le decía que se moriría de muchas cosas, pero seguro que no del estrés. Por el contrario, Carlota, era un torbellino, que no paraba quieta un momento. Fue la primera que aprendió a andar, a hablar e incluso a nadar, no le daba miedo nada, y a mí me daba miedo ella, que no ideaba nada bueno.

Como he dicho al principio, el destino me hizo una jugada, pero con el tiempo, he sabido comprender que todo tiene un principio y un final, que cuando algo termina, lo mismo es porque viene algo que, si no es mejor, será lo que te ayude a sanar, como lo hizo conmigo.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora